
Desperté
EMBARAZADA
del millonario
Los Hermanos Turner - Libro 3
LUCIANE RANGEL

Desperté EMBARAZADA del millonario

LUCIANE RANGEL

TRADUCCIÓN: NATACHA BARALDI

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Derechos de autor© Luciane Rangel

La violación de derechos de autor es un delito.

Se prohíbe la reproducción de esta obra, total o parcial, por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización del autor.

Este libro es una obra de ficción, creada, escrita y traducida sin el uso de IA (Inteligencia Artificial). Si bien puede haber referencias a eventos o lugares históricos reales, los nombres, personajes e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Se prohíbe expresamente el uso de esta publicación, total o parcialmente, para "entrenar" tecnologías de IA generativa.

AUTHOR: LUCIANE RANGEL

TRADUCCIÓN: NATACHA BARALDI

PORTADA: JOY DESIGNER EDITORIAL

DISEÑO: LUCIANE RANGEL

ILUSTRACIÓN: MERYARTT

IMÁGENES DE DISEÑO: FREEPIK E DEPOSITPHOTOS

TÍTULO ORIGINAL: ACORDEI MÃE DAS GÊMEAS DO MÉDICO RECLUSO

PRIMERA PUBLICACIÓN: 2023

ÍNDICE

Sinopsis
Lista de reproducción
Aviso
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo siete
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo dieciocho
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Epílogo 1
Epílogo 2
Sigue al autor en las redes sociales:
Acerca de la autora

Sinopsis

Un multimillonario viudo y con el corazón bajo llave.

Una joven becaria que huye de un pasado difícil.

Una noche de pasión… y un embarazo descubierto de la manera más inesperada.

Sebastian Turner creía haber sobrevivido a lo peor. Tras perder a su esposa tras una cruel enfermedad, se refugió en la única forma que conocía: una rutina silenciosa, previsible e impulsada únicamente por el trabajo. Como el poderoso CEO del imperio familiar, mantener el control —incluso de sus propias emociones— se convirtió en su armadura para sobrevivir.

Layla Francis nunca imaginó que terminaría enredada con su propio jefe. Estudiante de arquitectura y becaria en una de las mayores empresas del país, oculta sus heridas tras una sonrisa radiante y un carisma natural. Pero tras meses dedicada por completo a cuidar de su madre enferma, el peso da la pérdida empieza a pasarle factura.

Sebastian y Layla apenas se cruzaban… hasta que un encuentro fortuito lo cambió todo.

Una noche.

Sin promesas. Sin expectativas.

Solo deseo puro.

Pero el destino no entiende de acuerdos.

Tras un grave accidente, Layla queda en coma. En el hospital, durante los exámenes de emergencia, la verdad sale a la luz: está embarazada. ¿El padre? Por el tiempo de gestación, solo hay un candidato posible: Sebastian Turner.

Cuando Layla finalmente despierta meses después, no solo descubre que concebió una vida aquella fatídica noche, sino que su jefe —el inaccesible y frío Sebastian— no se ha movido de su lado, cuidándola incansablemente durante todo ese tiempo.

Ahora, unidos por un embarazo inesperado y obligados a convivir, Sebastian y Layla deberán enfrentarse a una nueva realidad. Entre ecografías, la preparación del cuarto del bebé y una cercanía cada vez más eléctrica, ambos empezarán a redescubrir el sentido de sus vidas y a abrirse a sentimientos que creían enterrados.

Cuando el deseo se mezcla con la conexión emocional, resistirse será el mayor desafío de todos.

Lista de reproducción

Abre la aplicación Spotify, haz clic en "buscar", selecciona la cámara y apunta tu teléfono a este código:

O accede a través del enlace:

https://open.spotify.com/playlist/2UHOrS5i3vVSNXK5zA6d4V?si=76252713eb004555

Aviso

Este es el **tercer** libro de la serie **AMORES INESPERADOS.**

Los libros son independientes y cada uno cuenta la historia de una pareja diferente, con un principio, un nudo y un desenlace. Sin embargo, si prefieres leerlos en orden, el primer libro, " **DESPERTÉ COMPROMETIDA CON MI JEFE",** cuenta la historia de **Michael y Camila.** Y el segundo, " **DESPERTÉ MADRE DE LAS GEMELAS DEL MÉDICO",** cuenta la historia de **Logan y Evelyn.** Puedes encontrar los libros en Amazon en este enlace:

¡Espero que te enamores de la lectura!

Con amor,

Luciane Rangel


acordei
GRÁVIDA
do
MILIONÁRIO VIÚVO
AMORES INUSITADOS — LIVRO 3
LUCIANE RANGEL

Prólogo



SEBASTIAN

Los Ángeles – Estados Unidos

31 de diciembre

Yo no veía ningún motivo para celebraciones.

Esa cosa del Año Nuevo no tenía absolutamente ningún sentido para mí.

Ya había sido así el año anterior, cuando pasé el cambio de año en un hospital, donde mi esposa en ese momento estaba internada en estado grave. Ella terminó falleciendo apenas unos días después.

Ese había sido el peor año de mi vida. La idea de una existencia sin Bonnie a mi lado era algo completamente inconcebible. Desde entonces, apenas había estado sobreviviendo.

Mi familia —mi madre, mis hermanos, cuñadas y sobrinos— había sido todo mi soporte y apoyo, y sería absurdo de mi parte pedirles que, al final de un año tan difícil, desistieran de la idea de realizar una gran fiesta de Año Nuevo.

Yo simplemente no quería tener que estar allí.

La fiesta se llevaba a cabo en la mansión de mi madre, y toda la familia estaba reunida, además de algunos amigos.

Para mí, sin embargo, faltaba alguien. Y me dolía pensar que Bonnie siempre faltaría.

Mis sobrinas corrían por todo el jardín cubierto de césped, y los sonidos de sus gritos de alegría se mezclaban con la música de fondo y con el murmullo de las voces en pequeños círculos de conversación. Habían montado un bar, y fui hasta allí, sentándome solo en un banco frente a la barra.

Fue entonces cuando escuché una voz femenina hablando por teléfono:

—Lo sé, sé que es difícil, Sylvie. Pero intenta divertirte. Necesitas superar la pérdida y seguir con tu vida.

Superar la pérdida...

Seguir con la vida...

Por más que esas palabras no estuvieran dirigidas a mí, llegué incluso a bufar, irritado por la cantidad de veces que ya las había escuchado. Hasta tuve ganas de meterme en la conversación para decirle a esa mujer que las cosas no funcionaban así. Si estaba hablando con alguien que estaba de luto, era cruel exigir algo como eso.

Sin embargo, ella continuó, mostrándome que, en realidad, entendía muy bien:

—Tenemos que seguir con nuestras vidas, Sylvie. Por más duro que sea, uno simplemente... no tiene opción, ¿sabes?...Lo sé,

Syl... Lo sé... A mí también todavía me duele mucho.

Su voz adquirió un tono de llanto y, en ese momento, no resistí la tentación de girar el rostro hacia su dirección para ver, por fin, de quién se trataba.

La conocía de vista. Era amiga de mis cuñadas y, hasta donde yo sabía, trabajaba en Turner Architecture, el estudio de arquitectura de mi familia, del cual yo era el CEO.

Era una mujer joven, de unos veinte años aproximadamente, y también muy bonita. Tenía el cabello rizado —que en ese momento estaba recogido en una cola de caballo alta—, la piel negra y unos ojos de un tono entre marrón y verdoso que, en ese momento, no mostraban nada más que pura tristeza.

Yo había escuchado algo sobre ella. Por coincidencia, su madre había estado internada en el mismo hospital en el que Bonnie estuvo, y por eso a veces la veía por allí. Nunca hablamos. Nunca hubo ambiente para eso. En esa época, yo habría dado cualquier cosa por tener la opción de no hablar absolutamente con nadie.

Ella colgó el teléfono y se inclinó sobre la barra. La vi suspirar con pesadez antes de pasarse las manos por el rostro, secando las lágrimas.

No recordaba si había escuchado alguna noticia sobre su madre, ni tampoco había motivo para que alguien me informara algo al respecto, ya que solo la conocía de vista. Pero la escena, junto con la parte de la conversación que había escuchado, me daba una indicación clara de que probablemente su madre también había fallecido.

Hay algo en los ojos de quien ha pasado por una pérdida reciente. Una mezcla de vacío y melancolía que tal vez pase desapercibida para la mayoría de las personas.

Excepto para quienes también están pasando por lo mismo.

Ella se separó de la barra y se giró para salir de allí. En ese momento, sus ojos se cruzaron con los míos y me descubrió mientras la observaba. Ella inclinó levemente la cabeza en un saludo, y yo hice el mismo gesto. Entonces se alejó y fue a conversar con Camila, mi cuñada.

Pedí un trago, pero no llegué a beber ni siquiera la mitad. Me quedé moviendo la bebida dentro del vaso hasta que alguien más se acercó a mí.

—Entonces, querido, ¿qué te pareció la decoración de la fiesta de este año?

Miré hacia un lado y me encontré con mi madre. Como siempre, llevaba una sonrisa radiante en el rostro.

—Extravagante —fue lo que respondí.

—Ah, muchas gracias.

Mi respuesta probablemente no sería un elogio para la mayoría de las personas. Pero, para mi madre, era sinónimo de perfección.

—Estoy feliz de que hayas venido, hijo —dijo, ahora con una voz menos entusiasmada y con un leve tono de tristeza—. Sé lo difícil que debe ser. Yo también la extraño.

—Mamá, si no te importa, prefiero no hablar de eso.

—Lo entiendo, querido. Cuando tu padre murió, yo...

—No, mamá —esta vez hablé un poco más alto, extremadamente irritado con el inicio de ese discurso—. No te

atrevas a comparar a mi padre con Bonnie. Mi padre era un pésimo hombre. Tenía innumerables aventuras extramatrimoniales, te hizo renunciar a tu carrera de actriz, era controlador contigo y, además, fue un padre extremadamente ausente. Él no tiene absolutamente nada que ver con Bonnie.

Su mirada se entristeció todavía más y, en ese mismo instante, me arrepentí de aquel estallido y de mis palabras.

Yo tenía razón en mis opiniones sobre mi padre. Realmente era un pésimo ser humano, mientras que Bonnie era una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Aun así, estaba siendo cruel porque, a pesar de todo, mi madre había amado a ese hombre, con todos sus defectos. Y también había sufrido demasiado con su muerte.

—Lo siento, mamá... —dije arrepentido.

Ella negó con la cabeza, como diciendo que no era nada grave.

—Tienes razón. Tu padre me hizo mucho daño.

—Pero lo amabas.

—Me quitó muchas cosas. Pero, al final, me dio tres hijos maravillosos. Y al menos hoy me siento una mujer afortunada por tener a León.

León era su actual novio. Y ella había tenido varios desde que quedó viuda, sin quedarse demasiado tiempo con uno solo. Después de haber pasado por una verdadera prisión durante los años de matrimonio con mi padre, ahora por fin se sentía libre, y yo sabía que era mucho más feliz así.

—En realidad, creo que León es quien tiene suerte de estar contigo, mamá —declaré, arrancándole una sonrisa.

En ese momento, algo pequeño chocó contra mis piernas. Miré hacia abajo y vi a Alice, mi sobrina de casi tres años, hija de mi hermano menor. Ella levantó su carita para mirarme, sonriendo.

—¡Ío Shebaian! —dijo.

Le devolví la sonrisa, al mismo tiempo que sentí el pecho desbordarse de tristeza. Bonnie estaba loca por Alice. Siempre que la veía, inevitablemente terminábamos hablando sobre los hijos que algún día tendríamos. Nuestros planes eran comenzar a intentarlo apenas ella terminara todas las etapas del tratamiento médico para su enfermedad cardíaca.

Faltaba tan poco para eso...

—¡Alice, ven! —Escuché otra voz infantil, esta vez la de Anna, mi otra sobrina, llamando a su prima para que volviera a reunirse con ellas en algún juego.

Alice volvió a sonreírme antes de salir corriendo y regresar junto a sus primas.

—Creo que será mejor que me vaya —le dije a mi madre.

—¿Qué? No, hijo... Todavía ni siquiera es medianoche. Quédate al menos hasta el cambio de año, falta menos de media hora.

—No estoy de humor para eso, mamá. Lo siento.

Ella continuó protestando, pero yo solo le di un beso en la mejilla y me alejé, dirigiéndome hacia la salida e intentando hacerlo

de la forma más discreta posible para no llamar la atención de mis hermanos, ya que no quería arruinarle la noche a nadie.

Caminé por la calle hasta el lugar donde había dejado mi coche estacionado y escuché el sonido, un poco distante, de un trueno. Al menos ya era casi medianoche y la lluvia probablemente no caería a tiempo para arruinar el cambio de año de quienes celebraban en la fiesta. Incluso si llegaba a llover, había una zona cubierta en el patio que ya estaba preparada en caso de que el clima cambiara.

Le agradecí y le di dinero a uno de los valets que mi madre había contratado para encargarse de los vehículos de los invitados. Entré en mi coche, lo encendí y salí del lugar donde había estacionado.

Sin embargo, cuando pasé nuevamente frente a la casa de mi madre, me detuve por unos instantes al ver a una persona parada allí.

La misma mujer que había visto minutos antes en el bar de la fiesta.

Y la escena era... un tanto...

Peculiar.

Apoyada contra el muro, sostenía un cuaderno en la mano derecha y usaba la izquierda para escribir algo. Al mismo tiempo, tenía el celular colocado sobre el cuaderno y miraba la pantalla cada tres o cuatro segundos, con cierta ansiedad.

Yo no estaba muy animado para conversar, pero su inquietud con el celular me alertó de que podría estar teniendo algún problema.

Por eso volví a avanzar con el vehículo, despacio, y lo detuve frente a ella, bajando la ventana. Cuando me miró, le pregunté:

—¿Está todo bien?

Ella parpadeó varias veces y tuve la impresión de que dudaba si yo estaba hablándole a ella. Incluso llegó a mirar a los lados, como para confirmar que no había nadie más allí.

—Ah... Sí... Es solo que... —Giró la pantalla del celular hacia mí—. Al parecer no hay ningún auto de aplicación disponible.

—¿A las once y cuarenta y cinco de la noche del último día del año? Va a ser complicado conseguir uno.

—Sí... lo sé. Cami dijo que me llevaría a casa, pero... en realidad no tengo intención de quedarme hasta el final de la fiesta.

Moví la cabeza en señal de acuerdo, comprendiendo ya las razones por las que quería irse. Era evidente que, al igual que yo, ella no estaba de humor para fiestas.

—Sube, te llevo —le ofrecí.

—Ah... no, gracias. Vivo un poco lejos.

—No hay problema. No tengo mucha prisa por llegar a mi casa.

Esta vez fue ella quien movió la cabeza en señal de afirmación, demostrando que también entendía perfectamente aquello.

Finalmente, vencida, entró al auto. Coloqué su dirección en el GPS. Realmente quedaba un poco lejos, algo que tomaría alrededor de cuarenta minutos, lo que significaba que probablemente

pasaríamos el cambio de año juntos dentro de ese coche. A ella no parecía importarle y, bueno... a mí tampoco.

Tampoco me molestaba el silencio que se instaló dentro del vehículo. Así permanecimos durante unos quince minutos, hasta que los sonidos de los fuegos artificiales de colores, que comenzaron a estallar en el cielo, llegaron a nuestros oídos.

Eso era... Un nuevo año comenzaba mientras yo estaba dentro de un auto, acompañado por una mujer que era poco menos que una desconocida para mí.

Un nuevo año... del que no esperaba absolutamente nada.

Yo apenas podía imaginarlo... no tenía la más mínima idea de lo equivocado que estaba.

*****

Capítulo uno



SEBASTIAN

1 de enero

Cualquiera habría percibido lo absolutamente deprimente que era aquel momento.

El tráfico avanzaba lentamente, pero en los otros vehículos que iban delante las personas tocaban bocina, y muchos gritaban deseos de feliz Año Nuevo, aunque, muy probablemente, también había por allí mucha gente frustrada por no haber logrado llegar a tiempo a algún lugar donde pretendían pasar la Nochevieja.

Mientras tanto, dentro de mi coche, yo mantenía la mirada fija al frente y, de vez en cuando, miraba rápidamente a la mujer sentada a mi lado, con un bolso y un cuaderno sobre las piernas, y la mirada perdida mientras observaba los fuegos que aún estallaban en el cielo.

Tal vez habría sido educado desearle un feliz Año Nuevo.

Y tal vez ella pensaba lo mismo. Pero, de alguna manera, yo sabía que ella se sentía un poco como yo: con el corazón desbordado de angustia y tristeza al recordar a la persona especial que no estaría en nuestras vidas en el año que comenzaba.

Así que ninguno de los dos fingió optimismo ni felicidad en ese momento. Era más fácil seguir fingiendo que aquel instante no estaba ocurriendo.

—Mi nombre es Layla Francis, por cierto... —dijo cuando, por fin, los fuegos artificiales comenzaron a disminuir.

—Sebastian Turner —respondí.

—Sí, lo sé. Usted es, más o menos, mi jefe. Trabajo en Turner Architecture.

—Sí... Esa información ya la sabía. —Aunque debía admitirlo, no recordaba su nombre.

—¿Es verdad que el estudio firmará el proyecto de un nuevo centro comercial en Los Ángeles?

—Aún estamos en negociaciones, pero es casi seguro. Camila probablemente será la responsable del equipo del proyecto.

—Ah... Qué bien...

Pasaron unos dos minutos más de silencio. El tráfico parecía avanzar aún más lento. Decidí intentar ser amable y continuar con el tema del trabajo.

—¿Tú formas parte del equipo que dirige Camila?

—Sí. Pero todavía no soy arquitecta recibida. Soy pasante.

Como ya había supuesto, ella era bastante joven. Era evidente que todavía era universitaria.

Tal vez debería preguntarle cosas comunes, como si le estaba gustando la carrera, si pensaba seguir dedicándose a la arquitectura o si le gustaba trabajar en Turner.

Pero ya hacía tiempo que las interacciones sociales no eran lo mío. No sentía ninguna voluntad de interactuar con otros seres humanos ni de dar ninguna señal de que pretendiera crear una amistad.

Era una sensación extraña, pero absolutamente todo me daba la impresión de que estaba traicionando a Bonnie.

Parecía incorrecto que yo hiciera nuevos amigos, que me divirtiera, que volviera a sonreír... que hiciera cualquier cosa. Sentía que nunca más podría siquiera ver un episodio de alguna serie que a ella le gustaba. Sentía culpa incluso si comía alguna de sus comidas favoritas.

Parecía injusto que yo pudiera ser feliz, ya que Bonnie ya no podía serlo.

Y el hecho de que no lograra dejar de notar la belleza hipnótica de aquella mujer sentada a mi lado me dejaba aún más incómodo.

De repente, todo el tráfico se detuvo. La aplicación que monitoreaba el tránsito avisó que había ocurrido un accidente más adelante.

—Lo siento mucho —declaró ella, aunque no había mucha emoción en su voz.

Así como tampoco la había en la mía.

—No fuiste tú quien causó el accidente.

—Pero usted probablemente no tendría que tomar esta carretera si no fuera para llevarme a casa.

—No hay problema. En realidad, no tengo mucha prisa.

—Usted salió temprano de la fiesta, así que es bastante obvio que quería irse a su casa lo antes posible.

Esa cosa de "usted" era levemente incómoda. Sin embargo, no la corregí, ya que deduje que no íbamos a tener que convivir fuera del ambiente de trabajo por más de unos minutos.

—No. Yo solo quería salir de allí.

—Entiendo. Yo también. Y, para ser muy sincera... Mi casa es el último lugar al que quisiera ir ahora.

Casi respondí que pensaba exactamente lo mismo.

Cada rincón del lugar donde vivía me hacía recordar a Bonnie, y pasar fechas especiales allí hacía que todo resultara todavía más difícil. Por eso, hacía algunos días había tomado la decisión de buscar un apartamento para mudarme. Sin embargo, esa no era la mejor época del año para conseguir algo así con rapidez, así que pensaba empezar a buscar una nueva vivienda cuando terminaran las fiestas de fin de año.

—Oh, no... —comentó ella, mirando por la ventana.

Seguí su mirada en la misma dirección y vi el motivo de su queja: la lluvia comenzaba a caer. Y ya caía con fuerza.

—Creo que vamos a terminar quedándonos aquí toda la noche... —lamentó, aunque sin mucha emoción en la voz.

Al principio pensé que, dejando de lado la cuestión de la comodidad, tal vez pasar la noche allí sería más agradable que estar en mi casa.

Otro trueno. Esta vez más fuerte. Noté que Layla se sobresaltó en el asiento de al lado. La situación parecía mucho más incómoda para ella que para mí.

Miré hacia el costado de la carretera, un poco más adelante, y tuve una idea. Giré el volante para dirigirme hacia el arcén, y Layla pareció confundida con aquello. Y aún más cuando, unos metros después, hice lo que tenía pensado: entré en una vía de retorno.

—Tranquila —le pedí—. Estamos cerca de un lugar donde suelo quedarme a veces... cuando no quiero volver a casa. Podemos esperar allí hasta que la lluvia pase.

Al mirarla por un momento, noté que me observaba con desconfianza. Y la razón era evidente.

—No te preocupes, realmente solo te llevaré a un lugar donde podamos esperar a que pase la lluvia y mejore el tráfico.

—¿Y qué lugar sería ese?

—Bueno... un hotel... —Obviamente, aquello no mejoró su expresión de desconfianza—. Tengo una suite privada allí, es adonde voy... en fechas en las que no quiero dormir en casa, porque...

—Porque algunos días son más difíciles que otros, por el hecho de que ella ya no está con usted, ¿verdad?

Ella lo entendía.

Probablemente, cualquier otra mujer en esa situación habría interpretado mi propuesta de otra manera y habría entendido mi comentario sobre pasar algunas noches fuera en un contexto diferente. Algo que para mí sería completamente absurdo, porque ni siquiera podía imaginar irme a la cama con otra mujer después de que Bonnie se fuera.

Pero realmente no me sentía cómodo durmiendo en mi propia casa en algunas fechas. Especialmente en los cumpleaños... el de ella, el mío, en nuestro aniversario... Dentro de unos días sería el primer aniversario de su muerte...

—Sí... es eso... —respondí—. Tomaremos una habitación para ti. Y por la mañana nos iremos. ¿Qué te parece? Dijiste que tú tampoco quieres ir a casa.

—Solo que no creo tener cómo pagar una habitación en un hotel donde usted se hospeda. El salario de Turner es muy bueno, pero aun así yo solo soy una pasante.

—Corre por cuenta de la empresa.

Ella esbozó una leve sonrisa de agradecimiento, y yo respondí de la misma manera. Enseguida volvió a sobresaltarse con el sonido de otro trueno, dándome una nueva demostración de que las tormentas no la hacían sentir nada cómoda.

Siguiendo por la vía de retorno, entré en otra carretera que conducía al lujoso hotel que ya me resultaba bastante conocido. Tenía una buena relación con el lugar, ya que el estudio de arquitectura de mi familia solía realizar todos sus eventos allí.

Había sido, de hecho, en una de esas ocasiones cuando mi hermano Michael conoció a su esposa Camila.

Y, por una gran coincidencia, ese también había sido el lugar donde mi hermano del medio, Logan, conoció a su prometida Evelyn, durante un congreso médico en el que él fue uno de los invitados a dar una conferencia, como el famoso neurocirujano que era.

Hace algunos meses, en la primera ocasión en que sentí la necesidad de dormir fuera de casa porque no soportaba los recuerdos de Bonnie, reservé allí una suite presidencial. Y, como ya sabía que aquella era una situación que se repetiría más veces, venía pagando una buena cantidad de dinero para mantener esa habitación exclusivamente reservada para que yo pudiera ir allí cualquier día u hora en que lo necesitara.

Y fue justamente lo que ocurrió en ese momento.

Dejé el auto en el estacionamiento y entré caminando al lado de Layla, con una distancia física entre nosotros que dejaría muy claro para cualquiera que nos mirara que, definitivamente, no éramos una pareja.

Ni siquiera entendía por qué eso me importaba tanto. Incluso cuando Bonnie estaba viva, nunca había sido muy celosa, porque siempre confió en mi fidelidad. Y yo no sentía ninguna preocupación por lo que otras personas pudieran pensar si me veían en la simple compañía de otra mujer.

Bonnie confiaba en mí, yo tenía la conciencia tranquila respecto a mi fidelidad, así que no me importaba lo que los demás pudieran pensar.

Ahora, sin embargo... casi un año después de su muerte, ese tipo idiota de preocupación había comenzado a

atormentarme.

Seguimos hasta el mostrador y, mientras la recepcionista revisaba el sistema, podíamos oír los sonidos de la fiesta de Año Nuevo que se llevaba a cabo en el salón de eventos del hotel, que quedaba justo al lado.

—Lo siento mucho... —declaró la recepcionista—. Pensé que podríamos tener alguna habitación libre, pero nuestra última suite fue alquilada hace una hora.

—No puede ser... —me quejé.

—Perdón, señor. Pero... Es Año Nuevo. La fiesta de nuestro hotel es muy popular en la ciudad.

Iba a seguir insistiendo para que verificara nuevamente, pero Layla me detuvo.

—No se preocupe. No necesito pasar la noche aquí. Puedo quedarme en el vestíbulo hasta que pase la lluvia. Iré revisando el tráfico por internet y, cuando esté más tranquilo, pediré un taxi. Usted ya ha hecho mucho por mí, gracias.

Yo debería haber aceptado simplemente y despedirme de ella. Sabía que, al igual que yo, lo que más buscaba esa noche era la soledad.

Pero eso era algo que no encontraría allí en ese vestíbulo. Los sofás estaban ocupados por personas que venían de la fiesta, todas insoportablemente sonrientes y habladoras.

Definitivamente yo no querría quedarme allí, y sabía que Layla tampoco.

—Si es así, puedes esperar arriba. Cuando la lluvia pase, yo te llevaré a casa.

—No, para nada. No quiero causarte más problemas.

—¿De verdad quieres quedarte aquí?

Ella abrió la boca para responder, pero su voz fue ahogada por dos tipos borrachos que entraron al salón, provenientes del área de la fiesta, cantando animadamente alguna canción sobre la felicidad.

Después de todo, las fiestas de fin de año eran justamente sobre eso: una imposición social para que todo el mundo estuviera feliz. Lo cual, definitivamente, no era algo posible para todos.

Layla suspiró y, vencida, declaró:

—Si realmente no es mucha molestia...

Negué con la cabeza. No me molestaría.

Tal vez, en el fondo, la soledad que ambos buscábamos no era tan absoluta.

Tal vez una compañía sería bienvenida: la de alguien que comprendiera cómo me sentía en ese momento.

*****

Capítulo dos



LAYLA

Yo ya sabía incluso cuál sería la respuesta de mi madre si le contaba lo que había hecho esa noche:

"Pero ¿qué es lo que tienes en la cabeza, niña, para aceptar ir a una habitación de hotel sola con un hombre al que apenas conoces?".

Y ya sabía también los argumentos que usaría a mi favor.

Sebastian Turner no era exactamente un hombre desconocido.

Además de ser el actual CEO del estudio de arquitectura donde yo trabajaba, también era cuñado de mi amiga Camila, quien era una persona en la que yo tenía total y plena confianza.

Y yo más o menos... lo conocía.

Aunque él no me conociera. Después de todo, yo era simplemente una más entre los cientos de empleados de Turner. Pero él era el jefe, el gran CEO atractivo...

Quiero decir... el jefe. Nada más.

Los argumentos, obviamente, no convencerían a mi madre. Tan sobreprotectora como era, enseguida me daría un sermón sobre los peligros de quedarme sola con un desconocido.

Y yo probablemente me reiría y respondería en tono de broma que un hombre guapo como Sebastian Turner correría muchos más riesgos conmigo que al revés.

Eso, por supuesto, en una situación normal.

En una situación en la que, para empezar, mi madre estuviera viva para que pudiéramos tener ese diálogo.

Ya hacía cuatro meses que ella había muerto. Y yo todavía me encontraba, día tras día, repasando mentalmente todas las conversaciones que quería tener con ella. Todas las cosas que quería contarle.

Desearía que ella estuviera allí para poder abrazarla y decirle lo sola que me sentía.

Quería que me orientara sobre qué hacer con Sylvie, mi hermana menor, que todavía era una adolescente. Sobre qué tipo de consejos debía darle. Sobre cómo yo, que tenía apenas veinte años, iba a ser capaz de terminar de criar a una chica de casi diecisiete.

Quería contarle lo insoportable que estaba siendo mantener mi decisión de volver a la casa de mi padre, para poder estar cerca de Sylvie.

En ese tema, ella me pediría que tuviera paciencia y diría que, en el fondo, él me quería.

Incluso ella siempre supo que eso era una gran mentira.

La suite de Sebastian Turner, en realidad, era como un pequeño apartamento. Probablemente era más grande que mi casa.

Apenas entramos, me encontré con una lujosa sala de estar, donde había una barra que la separaba de una cocina, un balcón que parecía bastante amplio y una gran puerta abierta desde donde tenía vista hacia un dormitorio con una cama enorme.

Caminé de inmediato hacia una gran ventana que daba al balcón, desde donde se tenía una vista privilegiada de Los Ángeles, a través de vidrios que protegían el lugar de la lluvia fuerte y del viento que venía desde afuera.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Sebastian, llamando mi atención de vuelta hacia él.

Tal vez habría sido prudente negarme. Pero todo lo que logré pensar fue: "¿Por qué no?"

Entonces lo acompañé hasta el bar que estaba en la sala. Él tomó dos copas y una botella de vino. Mientras la abría, mi celular vibró y lo saqué de mi bolso para ver el mensaje recibido.

Y creo que dejé mi desánimo bastante evidente en mi expresión, porque Sebastian preguntó:

—¿Algún problema?

—No. Es mi hermana adolescente. Fue a una pequeña fiesta de Año Nuevo con sus amigas y le pedí que me avisara cuando llegara a casa. Solo que no imaginé que volvería tan rápido.

—No debe ser fácil para ella.

—No lo es.

Cuando me entregó la copa, dejé los buenos modales completamente de lado y simplemente me bebí el líquido de un solo trago.

Sebastian ni siquiera había empezado a beber el suyo, pero enseguida se ofreció a servirme más.

Y solo esa primera dosis de alcohol ya me hizo perder la inhibición y comenzar a desahogarme con mi jefe como si nos conociéramos muy bien.

—Cualquier adolescente daría todo por tener un día al año en el que no tuviera hora para volver a casa. Yo le dije que incluso podía dormir en casa de una de sus amigas y regresar mañana. Pero probablemente esperó hasta la medianoche y se fue. ¿Por qué no puede simplemente ser una adolescente?

—Tal vez porque perder a uno de los padres a tan corta edad hace que uno madure.

—Yo soy la hermana mayor. El peso de asumir nuevas responsabilidades en una situación como esa es mío, no de ella.

Bebí otra copa, y Sebastian hizo lo mismo con la suya, de modo que enseguida tuvo que volver a llenar ambas. Y tal vez esa primera dosis de alcohol también lo había vuelto un poco más hablador de lo que se había mostrado hasta entonces.

—Yo soy el mayor de tres hijos y, aunque ya éramos adultos cuando nuestro padre murió, también asumí el papel de convertirme en una especie de figura paterna para mis hermanos.

—¿Y funcionó?

—No. Ni un poco. No tuve mayores preocupaciones con Logan, que es nuestro hermano del medio. Pero Michael... abandonó

la universidad, no quería saber nada del trabajo, era fiestero, irresponsable. Incluso escuchaba mis consejos y decía que los seguiría, pero... creo que nunca logré transmitir suficiente autoridad para eso.

—Bueno... Michael Turner era el CEO de Turner Architecture cuando empecé a trabajar allí, y era un buen jefe. Mi amiga Camila siempre dice que es un gran marido, y también veo que parece ser un buen padre.

—Lo es. Un gran padre, de hecho. Y también es un buen hombre. Al final, logró encaminarse, a pesar de todo lo que imaginábamos cuando era más joven.

—Entonces... hiciste un buen trabajo.

—No creo merecer el mérito por eso. Me puse un peso sobre los hombros que no era mío. Nosotros tuvimos a nuestra madre. Tú y... Sylvie, ¿verdad?... tienen a su padre.

—Sí... Sylvie tiene un padre. Aunque en este momento no está siendo lo suficientemente bueno, ni siquiera para él mismo. ¿Te molesta si abro la puerta del balcón?

Movió la cabeza en señal de negación y fui hasta la puerta para abrirla. Él me siguió, llevando las dos copas y la botella de vino, que ya estaba casi por la mitad.

Coloqué mi inseparable cuaderno y mi bolso sobre una de las sillas y me senté en otra. Había una más a mi lado, donde Sebastian se sentó. La lluvia seguía cayendo con fuerza, golpeando sin piedad los vidrios que rodeaban el lugar, pero al menos los truenos ya no eran tan estruendosos. Y eso, para mí, ya representaba un enorme alivio.

Los peores momentos de mi vida habían estado marcados por el sonido de tormentas.

Mi inconsciente había absorbido esos recuerdos con tanta fuerza que el hecho de que lloviera tan intensamente en esa primera víspera de Año Nuevo sin mi madre hacía que el dolor en mi pecho fuera todavía mayor.

Sebastian Turner volvió a servirnos y volvimos a beber en silencio durante algunos segundos. Hasta que pareció desinhibirse un poco más, al punto de hacer una pregunta más personal:

—¿Por qué dijiste que solo Sylvie tiene un padre? ¿Son medio hermanas?

—Ella es mi hermana completa. Tanto en el registro civil como en mi corazón. Pero... biológicamente...

Saqué mi celular del bolso y abrí la galería de fotos, desplazándome hasta encontrar una en la que estábamos Sylvie, nuestra madre y yo. Había sido tomada hacía más de un año, antes de que el estado de salud de mi madre empeorara. En una época en la que todavía creíamos que todo estaba bajo control.

Le entregué el celular a Sebastian y dejé que mirara la foto. Sylvie y nuestra madre eran casi copias una de la otra. Ambas con piel color oliva y cabello castaño y liso. El de mi hermana, sin embargo, tenía un tono más claro, y ella tenía los ojos azules, heredados de nuestro padre.

La diferencia física entre ellas y yo era bastante evidente.

—Fui adoptada —conté.

Él asintió, pero yo sabía que aquello no explicaba por qué me había referido a mi padre como si fuera solo el padre de Sylvie.

No era algo fácil de explicar, y mucho menos algo que yo solía contarle a la gente.

No era algo en lo que siquiera me gustara pensar.

Yo era conocida —al menos hasta la reciente pérdida de mi madre— como una persona alegre. Pero eso se debía a que evitaba exponer los detalles más tristes de mi vida. Podía parecer extrovertida, pero en realidad era muy reservada con respecto a eso.

Sebastian me devolvió el celular y, cuando fui a tomarlo, nuestras manos se tocaron y ambos levantamos el rostro, con nuestras miradas encontrándose. Él nunca me había mirado de esa manera (bueno, en realidad, hasta ese día nunca me había mirado de ninguna forma), y eso despertó algo dentro de mí.

Era obvio que yo ya había notado lo atractivo que era aquel hombre. El cabello rubio, los ojos azules, la barba corta que le daba un aire aún más masculino a su mandíbula definida. Pero, en ese momento, en ese cruce de miradas... sentí... algo más.

Además de su belleza, la sensualidad de aquel hombre me golpeaba de lleno, pero siempre había sido algo solo de mi parte, y solo desde lejos.

Ahora parecía existir una tensión sexual a nuestro alrededor.

O tal vez era solo el alcohol confundiendo mi cabeza y haciéndome ver —y sentir— cosas que no existían.

Pensando en eso, me esforcé por salir de aquel trance y simplemente tomé de nuevo mi celular, intentando ignorar la aparente atracción que había surgido entre nosotros.

Después de todo, era obvio que nada iba a ocurrir entre nosotros, por innumerables razones. Hacía aproximadamente un año

que él había perdido a su esposa, y era evidente que aún no se había recuperado de aquello. Sin mencionar que él era mi jefe.

Además, aunque todavía no había bebido lo suficiente como para considerarme borracha, el alcohol había afectado lo suficiente mi mente como para no saber muy bien cómo diferenciar el deseo de la necesidad afectiva. Yo estaba triste, emocionalmente golpeada... y, en esas condiciones, el sexo podía parecer una excelente vía de escape.

Solo parecer...

Miré hacia afuera y noté que la lluvia comenzaba a disminuir.

—Creo que el tráfico ya debe estar más fluido ahora —declaré, poniéndome de pie.

Sebastian hizo lo mismo, pero le dije:

—Por favor, no hace falta que te molestes con eso. De verdad puedo irme sola. Si no consigo un auto por aplicación, vi que hay una estación de metro cerca de aquí.

—No, dije que te llevaría.

—De verdad no es necesario. Además, bebiste un poco.

Él miró la copa que tenía en la mano y la dejó sobre la silla en la que antes había estado sentado.

—Esa cantidad de alcohol no es suficiente para alterar mis reflejos.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Asentí con la cabeza. Y allí, de pie uno frente al otro, otro clima extraño nos envolvió.

Y una multitud de pensamientos desordenados invadieron mi mente.

Estaba tan sola...

Él era un hombre tan atractivo...

Hacía mucho tiempo que no me involucraba físicamente con nadie...

Estaba realmente tan sola...

Él era realmente una tentación en forma de hombre...

Y yo, sinceramente, no quería irme...

Sebastian también me miraba como si mil cosas estuvieran pasando por su cabeza. Entonces me sorprendió al dar un paso al frente y colocar su mano en mi cintura.

—Creo que no estoy pensando con claridad —declaró. Un destello de arrepentimiento pasó por sus ojos, mezclándose con el deseo.

O con la necesidad de escapar.

O tal vez con ambas cosas al mismo tiempo.

En una osadía que estaba segura de que jamás habría tenido si estuviera completamente sobria, apoyé las palmas de mis manos sobre su pecho, sintiendo, bajo la tela de la camisa de vestir, su pecho que parecía bien formado.

¿En qué estaba pensando?

—Creo que no quiero pensar con claridad —repliqué. Mis ojos vagaban por sus labios y, me di cuenta que los de él también recorrían los míos.

Y él demostró que tampoco quería pensar demasiado en aquello cuando su brazo rodeó por completo mi cintura, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo. Levanté el rostro para seguir mirándolo, sintiendo su respiración contra mi piel.

Un segundo más.

Otro cruce de miradas.

Otro pensamiento advirtiéndome de lo loco que era aquello.

Al diablo con la cordura.

Entonces, sus labios se encontraron con los míos.

Y, en ese instante, decidí que nada más importaba.

*****

Capítulo tres



SEBASTIAN

No sabía qué me había llevado a hacer aquello, pero de una cosa estaba completamente seguro:

No debería estar besando a esa mujer.

Pero, mierda, al mismo tiempo... simplemente no podía dejar de besarla.

Porque necesitaba aquello.

En ese día en que todo el planeta celebraba un nuevo comienzo, yo me sentía paralizado, incapaz de seguir adelante. Entonces, algunas copas de alcohol —que, aunque ni de lejos eran suficientes para dejarme borracho, parecían darme el valor para tomar aquella iniciativa impulsiva— y la forma en que esa chica me miró me hicieron creer que, tal vez, era el momento de seguir adelante.

Solo físicamente. Para satisfacer una necesidad puramente carnal.

No en mis sentimientos.

Nunca en mis sentimientos.

Mi corazón sería para siempre de Bonnie. Pero tal vez mi cuerpo ya estaba preparado para esas dosis de alivio.

Tal vez el sexo haría que, al menos la parte física de mi existencia, sintiera un poco menos la ausencia de Bonnie. Allí, con los ojos cerrados, mientras mi lengua invadía la boca de aquella mujer, tal vez podría fingir que era Bonnie a quien estaba besando.

No era ella...

Ni siquiera se parecía a ella...

Pero, si me esforzaba un poco más...

Sin dejar de besarla, comencé a retroceder de nuevo hacia el interior de la suite, atravesamos toda la sala y fuimos directamente al dormitorio. Layla parecía tener el mismo propósito que yo en aquello. Sin conversaciones, sin largos preliminares, ambos buscábamos únicamente el consuelo del sexo crudo y directo. Ninguno de los dos buscaba sentimientos más allá del placer momentáneo.

En realidad, buscábamos lo contrario de eso: la fuga completa de todo el vacío y la tristeza que estábamos sintiendo. Un orgasmo para nuestros cuerpos, una anestesia para nuestras almas.

Mi boca dejó la suya para vagar por su cuello, mientras mis manos recorrían su cuerpo, comenzando a abrir el cierre de su vestido. Al mismo tiempo, ella desabotonaba mi camisa.

Con su vestido ya completamente abierto, aunque todavía cubriendo su cuerpo, la empujé hasta que su espalda encontró la pared.

Mis manos acariciaban sus pechos, todavía por encima de las capas de tela, y ella gimió de una manera que hizo que todo mi cuerpo sintiera una urgencia todavía mayor por aquello. Sin embargo, en ese mismo instante, llegó un destello de conciencia.

—Señorita Francis... —dije, intentando volver a la formalidad que era más correcto tener con una empleada mía.

Dios mío, no solo una empleada... sino una pasante. Debía tener, como mucho, veinte años. Todavía era universitaria. Una maldita niña. Solo entonces me di cuenta de que probablemente ni siquiera tenía edad suficiente para beber.

¿Cuántas capas de ética estaba rompiendo con eso?

Comencé a apartarme, pero ella me sujetó por la pretina de mis pantalones. Una de sus manos bajó hasta mi erección, tocándola por encima de la tela. Cerró los dedos alrededor, ejerciendo la presión justa.

Maldita sea... aquello hacía todo mucho más difícil.

—Creo que es un poco tarde para llamarme "señorita Francis" —replicó.

—¿Cómo debo llamarte? Eres pasante en mi empresa.

—No aquí. No ahora. Ya llegamos demasiado lejos. Igual vamos a arrepentirnos de esto, incluso si nos detenemos ahora, así que... simplemente termina lo que empezaste.

Con una de sus manos todavía sobre mi erección, subió la otra hasta mi cuello y volvió a atraer mi rostro hacia el suyo, mordisqueando mi labio inferior, haciendo que volviera a besarla. Bajé mi mano hasta el borde de su vestido, deslizándola por su muslo.

Todo su cuerpo tembló y volvió a gemir cuando mis dedos se deslizaron dentro de su ropa interior, encontrándola ya muy húmeda, completamente lista para mí.

Pasé mi brazo por debajo de una de sus rodillas, levantando su pierna. Con la mano que ya la exploraba, introduje un dedo dentro de ella.

Lanzó un grito y hundió la cabeza contra mi pecho. Sus manos, ansiosas, abrieron mis pantalones y bajaron mi ropa interior, liberando mi miembro ya más que duro.

Su pequeña mano comenzó a moverse sobre él, arriba y abajo, provocándome sensaciones que ya creía olvidadas.

Introduje otro dedo, que se deslizó con facilidad dentro de ella, de lo deliciosamente mojada que estaba, y usé el pulgar para presionar su clítoris con movimientos circulares. Gimió más fuerte y aquellos sonidos eran como música para mis oídos.

La mitad de mi mente seguía advirtiéndome lo equivocado que era todo aquello.

En parte, por la conciencia de saber que yo solo estaba usando a esa chica... aunque sabía que, en cierto nivel, yo también estaba siendo usado.

Era un encuentro casual, un placer sin compromiso, una búsqueda mutua de camuflar el dolor. En otra parte porque... qué demonios, no era Bonnie quien estaba allí. No era dentro de ella donde se movían mis dedos, no era su olor el que llenaba mis fosas nasales, no era su voz la que gemía de placer ni su mano la que me masturbaba.

Si ella estaba muerta, ¿tenía yo algún derecho a volver a sentirme vivo?

Sin embargo, la otra mitad de mi cerebro solo quería seguir adelante.

Ambos jadeábamos juntos mientras yo le metía mis dedos, su mano se movía más rápido sobre mi verga y nuestras bocas se exploraban.

Dejando de besarla por un momento, me permití mirar el rostro de aquella mujer que estaba conmigo, encontrándola con los ojos cerrados, los labios entreabiertos y la respiración profunda, mientras palabras sin sentido escapaban entre sus gemidos.

La visión logró volverme todavía más loco de deseo.

Mierda... ella era demasiado hermosa...

Y, por más que pensara que lo que estábamos haciendo, por sí solo, ya era incorrecto, no quería limitarme a eso.

Necesitaba más.

Necesitaba sentirla por completo.

Necesitaba estar dentro de ella.

Se quejó en protesta cuando mis dedos salieron de su interior, pero enseguida gritó por la sorpresa cuando la tomé por la otra pierna, levantándola y llevándola hasta la cama, donde prácticamente la arrojé.

De pie, terminé de quitarme la ropa, lo cual fue bastante rápido, ya que mi camisa y mis pantalones ya habían sido abiertos por Layla.

Sentándose, ella hizo lo mismo con su vestido, arrojándolo en algún rincón de la habitación. Y yo me embriagué con la visión de su

cuerpo perfecto, ahora cubierto solo por sujetador y ropa interior.

—Si quieres detenerte aquí, dilo ahora —dije. Mi voz sonaba más brusca de lo que pretendía.

—Necesito que continúes —respondió.

Necesito...

La palabra me describía perfectamente.

Yo también necesitaba aquello.

Fui hasta la cama, sostuve el rostro de Layla y volví a besarla. Bajé las manos hasta el broche de su sujetador, liberándola de esa prenda, pudiendo ahora recorrer con mis dedos sus pechos sin ninguna tela que impidiera el contacto directo.

Ella apartó su boca de la mía y dejó escapar un gemido, y yo descendí hasta uno de sus pezones, tomándolo entre mis labios. Lamiendo, chupando, mordisqueando... y sintiéndome aún más duro con los sonidos de sus gemidos.

—Así... Por favor, no te detengas... —pedía.

Su cuerpo se inclinó hacia atrás hasta que su espalda encontró el colchón, y seguí con lo que hacía, bajando una de mis manos nuevamente dentro de su ropa interior, volviendo a penetrarla con dos dedos, mientras otro trazaba círculos sobre su clítoris. Sus caderas comenzaron a moverse, marcando el ritmo.

—Más, señor Turner... Más...

Señor Turner...

Carajo... eso era condenadamente sexy.

Nunca había tenido fantasías de acostarme con una empleada mía... mucho menos con una pasante, alguien mucho más joven que yo. Pero, en ese momento, aquello era más excitante de lo que podría haber imaginado.

Continué masturbándola... más rápido, más profundo, con más fuerza, hasta sentir cómo sus músculos se contraían y escucharla soltar un gemido alto y prolongado al alcanzar el orgasmo.

Saqué mis dedos de su interior y los llevé a mi boca. Su sabor era embriagador. Tanto como la forma en que me miraba mientras hacía eso.

Estaba aún más hermosa de esa manera... jadeante, satisfecha... pero aun así con los ojos desbordando deseo al verme probar su sabor.

—¿Aún quieres más? —pregunté. Nuevamente, sonando brusco.

Ella asintió con la cabeza. Sus ojos descendieron hasta mi miembro y se mordió el labio inferior, hambrienta de aquello.

—Dime qué es lo que quieres —ordené.

—Quiero que continúes, señor Turner.

—Sé más clara.

—Te quiero... dentro de mí.

—¿De qué manera? Porque si estás buscando una noche de amor, no es lo que tendrás conmigo.

—No estoy buscando eso.

—Entonces, ¿qué quieres?

Volvió a morderse el labio inferior y pareció un poco tímida cuando declaró:

—Quiero que me penetres. Necesito que me penetres.

Perfecto. Porque yo también necesitaba penetrarla.

Arranqué su ropa interior, me coloqué entre sus piernas y levanté sus caderas, acercándola hacia mi verga. No quise acostarme sobre ella ni besarla mientras la penetraba, porque eso era algo que yo hacía con Bonnie.

Y, como ya había dicho, no estaba allí para hacer el amor. Y ella tampoco.

Queríamos escapar de la realidad, y eso era lo que tendríamos.

El primer movimiento fue lento y profundo.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras yo la llenaba. Estaba tan apretada y tan mojada que aquel inicio fue torturante para mí.

Sin embargo, en cuanto estuve completamente acomodado y bien profundo dentro de ella, comencé a moverme con más fuerza, asegurándome de que sintiera cada centímetro de mi miembro dentro de ella.

—Sí... Señor Turner... —pronunciaba entre gemidos, mientras todo su cuerpo se movía con mis embestidas bruscas dentro de ella —. Así... Eso... Así...

Le gustaba aquello.

Y a mí me gustaba darme cuenta de eso. Aunque la intención allí era solo embriagarme y perderme en mi propio placer, la visión que tenía de ella —clavando las uñas en las sábanas, la cabeza inclinada hacia atrás, las expresiones en su rostro— era hipnotizante.

Aumenté la velocidad, penetrándola de una manera todavía más agresiva. Dejé que mi cuerpo intentara descargar todo el odio que sentía por mi pérdida.

Y Layla seguía pidiendo más.

Y yo seguía queriendo más.

Apoyé una de mis manos en el colchón, justo al lado de su rostro, y llevé la otra hasta uno de sus pechos. Ella, por su parte, deslizó los dedos y las uñas sobre mi pecho y mi abdomen.

Comencé a gemir junto a ella, dejando que mi boca pronunciara palabras que ni siquiera yo lograba distinguir, sintiendo que estaba a punto de correrme dentro de ella.

Pasó rápidamente por mi mente el pensamiento de que no estábamos usando preservativo.

Hacía muchos años que no me involucraba con ninguna mujer que no fuera mi esposa —que usaba un DIU— y, desde que ella había muerto, me había vuelto completamente célibe, de modo que ni siquiera sabía si tenía algún condón en mi billetera.

Pero dejé que ese pensamiento se fuera, sin querer reflexionar sobre aquello en ese momento.

No quería reflexionar sobre nada.

Solo sentir...

O dejar de sentir todo el dolor del caos que había invadido mi alma durante casi un año.

Sentí, nuevamente, cómo todos los músculos de Layla comenzaban a contraerse, y ella arqueó el cuerpo, soltando un gemido más largo y fuerte que indicaba que estaba alcanzando el orgasmo.

Y yo la seguí poco después, derramando mi líquido caliente dentro de su cuerpo.

Por un instante, la sensación del orgasmo me trajo paz.

Solo por un instante.

Al siguiente, una horrible sensación de culpa cayó sobre mí.

¿Qué demonios acabo de hacer?

*****

Capítulo cuatro



LAYLA

Nunca había sido así antes...

Sebastian salió de dentro de mí y se levantó, comenzando a recoger la ropa del suelo.

Y yo, que había dejado que todo aquello sucediera con la esperanza ridícula de que esos momentos de placer hicieran que me sintiera menos vacía, obtuve un resultado completamente opuesto.

Ahora me sentía mucho peor que simplemente triste y vacía.

Me sentía sucia, usada...

Al mismo tiempo tenía la conciencia de que yo también había usado a Sebastian Turner, lo que añadía a todo aquello un sentimiento de culpa.

Todo eso cayó de golpe sobre mi cabeza, provocándome un mareo que ya no podía atribuir al alcohol.

Me levanté, observando mientras Sebastian se vestía, y me llevé conmigo la sábana con la que cubrí mi cuerpo. Lo cual era una actitud ridícula, teniendo en cuenta que él no solo había visto, sino también tocado mi cuerpo de muchas formas.

Dios mío... ¿qué habíamos hecho?

—Lo siento mucho... —Dejé que mis labios pronunciaran aquella disculpa.

Era un poco absurdo disculparse por una relación sexual completamente consentida por ambas partes, y que había sido tan increíble...

Al menos mientras duró.

Ahora me sentía terrible. Y era evidente que Sebastian Turner también.

Y, mierda... todavía tendría que lidiar con el hecho de que ocasionalmente podríamos volver a encontrarnos en la empresa, ya que él era mi jefe.

Él negó con la cabeza, aunque no me miró a los ojos.

—Soy yo quien debe disculparse. Esto no debería haber pasado.

—Es cierto... —reafirmé.

También quería levantarme para vestirme, pero me daba vergüenza quitarme la sábana que me cubría.

Lo cual era completamente ridículo después de lo que habíamos hecho.

—La lluvia ya ha disminuido. Voy a llamar un taxi para irme —anuncié.

En ese momento él se abotonaba la camisa y yo me permití darle una última mirada a su abdomen perfecto. Pero enseguida desvié la vista, sintiéndome otra vez avergonzada.

Como si no hubiera, apenas unos minutos antes, deslizado mis dedos por todos aquellos músculos definidos, mientras él me penetraba de una manera tan brusca... de una forma que ningún otro hombre había hecho conmigo antes.

Tal vez ya debería haber notado, en ese momento, que todo su deseo estaba impulsado por el odio de que la mujer que amaba no estuviera allí. Casi podría jurar haberlo oído gemir el nombre de ella mientras me daba el más increíble de los orgasmos.

O tal vez fue solo una impresión mía. Nunca lo sabría.

¿Cómo algo tan físicamente delicioso podía estar impulsado por sentimientos tan oscuros?

Pensar en eso me provocaba todavía más culpa.

Él no me respondió y simplemente salió de la habitación, cerrando la puerta. Tal vez para darme más privacidad para vestirme...

O tal vez solo quería evitar volver a mirarme.

Me levanté y recogí mi ropa del suelo, vistiéndome lo más rápido que pude.

Cuando salí de la habitación, encontré a Sebastian cerca de la puerta, sosteniendo mi bolso y mi cuaderno. Ni siquiera intentaba disimular cuánto quería deshacerse de mi presencia.

Sin embargo, fue una sorpresa para mí cuando anunció:

—Vamos, te llevaré a casa.

—No hace falta —repliqué—. Puedo llamar un taxi.

—No vas a conseguir uno tan fácilmente en la noche de Año Nuevo. Y dije que te llevaría, ¿no es así?

—No es una promesa que tengas que cumplir.

—Ya he roto demasiadas promesas esta noche. Vamos.

Abrió la puerta y la mantuvo abierta para que yo saliera. Cuando pasé a su lado, pude notar que bajaba la mirada, claramente avergonzado.

Era evidente lo culpable que se sentía. Como si estuviera traicionando a su esposa, incluso después de casi un año de su muerte.

Bajamos en silencio por el ascensor y fuimos hacia el estacionamiento. En el auto, él colocó mi bolso y mi cuaderno en el asiento trasero antes de que entráramos, y luego permanecimos un buen rato sin intercambiar ni una sola palabra. Hasta que reuní el valor para repetir la disculpa que había dicho aún en la cama del hotel.

—Perdón por lo que pasó.

Él respondió de inmediato:

—Somos dos adultos, señorita Francis. Ambos quisimos eso.

—Al menos una parte de nosotros.

—Yo todavía amo a mi esposa.

No tenía motivos para enfatizar eso ante mí. Era más como si quisiera reforzarlo en su propia mente, como una forma de castigarse por lo que había sucedido.

—Nadie espera que dejes de amarla en algún momento —respondí.

—No lo haré. Nunca.

—Es obvio que la amarás para siempre. Pero, en algún momento, tendrás que seguir adelante. No solo en relación con lo que hicimos hoy, sino... en relación con tus sentimientos. En permitirte amar a otra persona.

—¿Podemos no hablar de eso? ¿Podemos simplemente fingir que nada de esto ocurrió?

Vaya... ¿de verdad necesitaba tratar lo que había pasado como si hubiera sido algo absolutamente repulsivo?

Asentí con la cabeza. No quería demostrar que me había sentido ofendida por aquello, pero creo que mi expresión me delató, porque él me miró rápidamente y suspiró.

—No es nada personal, señorita Francis.

—Lo sé. Lo entiendo.

—No lo entiendes.

—No completamente, claro. Pero al menos la parte del duelo, yo...

—No lo entiendes —repitió, ahora con más impaciencia—. No es lo mismo.

—Claro que no. Son relaciones distintas, una esposa y una madre, pero ambos son duelos, y tienen en común el hecho de que...

Me interrumpió de una forma todavía más irritada:

—Ella ni siquiera era tu verdadera madre.

Las palabras me golpearon como una puñalada directa en el pecho, como si me rasgaran el corazón. Y él pareció darse cuenta de inmediato.

—Perdón... Yo... no quise decir eso...

Sentí que las lágrimas calientes comenzaban a deslizarse por mi rostro y giré la cabeza hacia un lado, pasando a mirar por la ventana.

Sebastian continuó:

—Estaba nervioso, Layla, y terminé hablando sin pensar...

Entonces, ¿me había vuelto a llamar "Layla"? ¿No era "señorita Francis" hasta hace unos instantes?

No quería escuchar sus disculpas. Me sentía una completa idiota por haber siquiera considerado contarle sobre la complicada relación que tenía con mi padre.

Al menos no lo había hecho. Porque lo poco que había revelado sobre mi vida ya había sido usado de forma cruel en mi contra, demostrando lo estúpida que había sido al confiar en ese hombre.

Confiar tanto como para irme a la cama con él, cuando apenas nos conocíamos. ¿En qué demonios estaba pensando para tomar una decisión como esa?

Además de la culpa y la tristeza, ahora también me invadía la rabia. ¿Quién se creía ese hombre para decir que mi madre no era "de verdad", cuando ella siempre había sido lo más real de toda mi vida? Podía tener dudas sobre mis orígenes biológicos, pero nunca,

en ningún momento de mi existencia, había tenido la menor duda sobre el amor que mi madre... la que me eligió... sentía por mí.

Ni sobre lo que yo sentía por ella. Algo que sentiría para siempre, junto con una nostalgia que aplastaba mi pecho con una fuerza descomunal.

La lluvia volvió a caer con fuerza y sentí nuevamente que mi cuerpo temblaba con el sonido de los truenos, que era lo único que se escuchaba dentro del auto, ya que Sebastian volvió a quedarse en silencio, probablemente entendiendo que nada de lo que dijera podría suavizar unas palabras tan duras e innecesarias.

El sonido de la lluvia golpeando la carrocería del auto hizo que mi angustia aumentara. Mis manos temblaban y sentí mi corazón acelerarse dentro de mi pecho, mostrando que estaba al borde de una crisis de ansiedad.

—Detén el auto —dije, sin mirar a Sebastian.

—¿Qué?

—Quiero bajarme. Déjame en alguna parada de autobús.

—Estamos en una autopista.

No había ninguna parada de autobús allí. Era algo obvio, pero, en medio de aquel torbellino en el que se encontraba mi mente, ni siquiera era capaz de razonar bien. Todo lo que lograba pensar era que quería salir de ese vehículo que parecía asfixiarme.

—Hay una gasolinera más adelante, déjame allí, por favor.

Me quité el cinturón de seguridad —que también parecía asfixiarme aún más— y me giré para tomar mis cosas del asiento trasero.

Y fue en ese momento cuando algo sucedió.

Vi a Sebastian hacer un movimiento brusco, como si pisara el freno. Volví a girarme y vi que estábamos a punto de chocar contra el vehículo de adelante, que había frenado de forma abrupta. Sebastian giró el volante y sentí mi cuerpo siendo lanzado hacia un lado, en dirección a la ventana.

—¡Cuidado! —grité, presa del pánico, al ver los autos del carril que acabábamos de invadir, viniendo en sentido contrario, de frente hacia nosotros.

Sebastian logró desviar el auto hacia un lado de la carretera, pero aun así no se detuvo. Mi cuerpo, sin la protección del cinturón de seguridad, fue arrojado en distintas direcciones mientras el vehículo giraba y se salía de la vía, hasta detenerse al chocar contra algo.

Aquel impacto fue lo último que sentí, junto con un fuerte dolor de cabeza.

Y entonces, fui tragada por la oscuridad total y el silencio.

*****

Capítulo cinco



SEBASTIAN

Todo lo que vino después de aquel choque apareció en flashes, en breves lapsos de conciencia.

El primero de ellos probablemente fue el más aterrador de todos. El sonido de la sirena de la ambulancia, junto con las voces de los paramédicos, pareció despertarme. Al abrir los ojos, percibí que mi visión estaba borrosa. Uno de mis ojos ardía, húmedo por algo que pronto deduje que era sangre.

—No se mueva —dijo una voz—. Estamos sacándolo del vehículo y lo llevaremos a un hospital.

Solo entonces percibí el dolor. Y me pregunté cómo había sido posible no notarlo antes, porque era intenso y parecía atravesar absolutamente todo mi cuerpo. Era tan fuerte que ni siquiera podía sentir las manos de los paramédicos que me sacaban del vehículo.

Volví a cerrar los ojos y sentí que perdí la conciencia durante algunos minutos antes de abrirlos otra vez, encontrándome ya acostado en una camilla, con todo mi cuerpo inmovilizado. Aun así, logré mover los ojos hacia el auto y lo vi con la parte delantera destruida contra un árbol. Al lado del

asiento del pasajero, un grupo de paramédicos intentaba sacar a alguien que todavía estaba dentro.

Podía ver la silueta de alguien allí.

—La... —dije, percibiendo mi voz débil—. La chica... Layla...

—Nos ocuparemos de ella —dijo uno de los profesionales que me atendía.

Intenté responder, pero no lo logré, porque volví a perder el conocimiento.

Desperté nuevamente ya en el hospital y, al abrir los ojos, me encontré con el rostro conocido de uno de mis hermanos.

Logan respiró aliviado al verme despertar. Vi que el techo sobre su cabeza se movía y aún me tomó unos instantes comprender que, en realidad, era yo quien estaba siendo empujado sobre una camilla.

—Todo va a estar bien, Sebastian —aseguró mi hermano.

Noté que todavía llevaba la misma ropa de la fiesta de Año Nuevo, lo que demostraba que probablemente había ido directo al hospital al recibir la noticia.

—La chica... —volví a decir cuando la imagen de Layla regresó a mi mente.

—¿Qué chica? —preguntó Logan, confundido—. Bien, es común tener alucinaciones en momentos posteriores a un trauma. Todo va a estar bien.

—La chica... —repetí—. Francis... Layla Francis.

Logan parpadeó, confundido. Entramos en una sala y los demás médicos decían cosas a las que yo ni siquiera prestaba atención.

—¿Layla Francis? ¿La amiga de Evelyn? —preguntó—. ¿Estaba contigo? —Levantó el rostro y miró a los otros médicos —. ¿Había alguien más con él en el auto?

Mientras alguien respondía, intenté incorporarme. Pero, además del dolor, Logan me lo impidió.

—Necesito saber cómo está ella —dije, consumido por la preocupación y la culpa.

—Fue llevada a la unidad de cuidados intensivos —respondió una médica.

Aquello, por un lado, me tranquilizó al saber que estaba viva. Por otro, pensé que, si la habían llevado a cuidados intensivos, su situación no debía de ser nada buena.

—Todo va a estar bien, Sebastian —aseguró Logan—. Vas a tener que pasar por una cirugía. No es mi especialidad, pero estaré aquí todo el tiempo acompañando todo. Conozco bien a todo el equipo de este hospital. Layla sin duda está recibiendo toda la atención que necesita.

—Necesito tener noticias de ella, Logan.

—Ahora no puedes ir a ningún lado. Ni siquiera aunque quisieras. Ya te lo dije, vas a tener que pasar por una cirugía en la pierna.

Mi pierna…

¿Qué diablos le había pasado a ella?

Intenté levantarme de nuevo, ahora con más ímpetu. Esta vez, no fue solo mi hermano quien me detuvo, sino también el dolor insoportable en mi pierna izquierda.

Alguien se acercó e inyectó algo en la vía que tenía en la vena. Otras dos personas se unieron a Logan para sujetarme.

Cuando dejé de intentar levantarme, no fue por voluntad propia, sino por algún sedante o alguna mierda parecida que me habían administrado.

—Cálmate, hermano —pidió Logan, mirándome a los ojos —. Estoy aquí y voy a cuidar de ti.

Logré negar con la cabeza.

—No. Déjame, Logan... cuida de ella, por favor.

No sabía cómo estaba Layla, pero recordaba que ella no llevaba el cinturón de seguridad en el momento del impacto. Probablemente se había golpeado la cabeza, y Logan era el mejor neurocirujano del país.

Él asintió en silencio, y nuevamente sentí que mi visión se oscurecía.

Mi último pensamiento fue que no me perdonaría si algo le pasaba a esa chica.

*****

Desperté un rato después, sin tener la menor idea de cuánto tiempo había pasado. Al abrir los ojos, me encontraba en una habitación del hospital y vi dos rostros conocidos: el de

mi otro hermano, Michael, y el de mi madre, que, llorando, declaró:

—Ah, Dios mío... Despertaste, mi amor. ¿Cómo te sientes?

—Tranquila, mamá —pidió Michael—. Dale espacio para que respire.

—¿Qué... qué pasó? —pregunté, sintiéndome confundido.

En aquellos primeros momentos, todo lo ocurrido parecía más bien una pesadilla lejana.

—Sufriste un accidente de auto —dijo Michael—. Pero ahora todo va a estar bien.

Accidente...

La sola mención de esa palabra hizo que todo regresara de golpe a mi memoria, y mi primer impulso fue intentar levantarme. Solo entonces noté que mi pierna estaba elevada, sujeta por un soporte y completamente inmovilizada.

—¡Tranquilo, Sebastian! —pidió Michael—. Ni siquiera han pasado veinticuatro horas desde que saliste de una cirugía complicada.

—¿Y la chica que estaba conmigo? —pregunté, siendo esa mi primera preocupación.

La imagen de los paramédicos intentando sacar un cuerpo atrapado entre los hierros del auto no salía de mi cabeza, llenando mi pecho con una sensación de culpa.

No había logrado frenar a tiempo cuando el tráfico se detuvo.

No había conseguido controlar el auto cuando salimos de la carretera.

Ella había querido tomar un taxi... Si yo hubiera permitido eso, aquel accidente no habría ocurrido.

Y, sobre todo... yo había sido un idiota con ella dentro del auto, y por eso se quitó el cinturón de seguridad.

Una serie de errores que podían costarle la vida a una persona.

Mi madre sostuvo mi mano, intentando calmarme.

—Ella va a estar bien, querido. Logan está cuidando de ella. Está en manos del mejor médico del país.

—Y tú también necesitas concentrarte en recuperarte —dijo Michael—. ¿Tienes idea de que pudiste haber perdido la pierna? Pero todo salió bien. Vas a necesitar algo de fisioterapia para volver a moverla con normalidad, pero será cuestión de algunas semanas.

Negué con la cabeza. En ese momento, mi maldita pierna era lo que menos me importaba.

—¿Cuál es su estado de salud? —pregunté.

Y ambos se quedaron en silencio, intercambiando una mirada que ya me daba la respuesta.

Pero Michael intentó disimular:

—Aún no tenemos mucha información.

—Pero su familia ya fue informada —se apresuró a decir mi madre—. Camila se puso en contacto con su hermana, que

vino ayer mismo al hospital.

—¿Va a sobrevivir? —pregunté directamente.

Mi madre se apresuró a decir un "claro que sí", mientras que el rostro de Michael me transmitía algo mucho más cercano a la sinceridad.

Ellos no podían afirmar eso.

Probablemente, el estado de salud de ella era mucho más complicado que el mío.

*****

Capítulo seis



SEBASTIAN

3 de enero

Me estaban llenando de medicamentos fuertes.

Lo cual debía de ser lo normal para alguien que había pasado por una cirugía como la mía después de sufrir un accidente de auto.

Cada vez que el efecto de los medicamentos comenzaba a disminuir, sentía dolor en cada músculo, hueso y articulación de mi cuerpo, algo que parecía venir a recordarme la gravedad de lo que había ocurrido.

Y siempre me llevaba a pensar que, si yo estaba en un estado tan crítico, ni siquiera podía imaginar cómo estaría Layla, considerando que estaba sin cinturón de seguridad en el momento del accidente.

Atendiendo a mi pedido, mi hermano Logan estaba cuidando directamente de su caso y me mantenía informado. Aunque actualmente era el director general del Hospital de Nueva York, había trabajado durante años allí, en Los Ángeles, y por eso tenía

muchos conocidos y buenos contactos en esa institución, lo que le permitió pedir algunos favores especiales.

Además de poder participar directamente en los procedimientos, también consiguió que su esposa Evelyn y nuestra cuñada Camila fueran registradas como acompañantes de Layla, ya que eran amigas de ella.

Sobre todo porque, hasta ese momento, su padre todavía no había aparecido por allí. Solo su hermana, que por ser menor de edad no podía ser acompañante de una paciente en la unidad de cuidados intensivos.

Lo que sabía hasta el momento era que Layla había sufrido algunas fracturas óseas, aunque ninguna de ellas era lo suficientemente grave como para dejar daños permanentes. Y que había perdido mucha sangre con el accidente y, por eso, necesitó recibir una transfusión. También respiraba con la ayuda de aparatos, pero Logan me aseguró que esa probablemente sería una condición temporal.

Se mostraba optimista respecto a su mejoría, pero yo no sabía hasta qué punto ese optimismo era real o si solo lo hacía para mantenerme tranquilo en esa cama.

Claro, como si yo tuviera alguna posibilidad de escapar de allí, teniendo la pierna enyesada y suspendida, y con tantos analgésicos fuertes metidos en mi torrente sanguíneo que incluso llegaba a perder la noción de cuánto tiempo pasaba despierto o dormido.

Sin embargo, en ese momento estaba completamente despierto. Y, aunque no lo hubiera estado, de todos modos me habría despertado por la furia con la que se abrió la puerta de mi habitación.

—Hola, Sebastian —me saludó la mujer después de entrar como un huracán.

"Huracán" sería un buen término para referirse a ella.

—Hola, Janet —respondí.

Janet Rodriguez trabajaba para mi familia desde hacía muchos años, desde que mis hermanos y yo aún éramos niños. Por eso tenía una forma medio maternal de hablarnos.

No maternal de una manera cariñosa, sino autoritaria.

Como en ese momento, cuando me miraba con una mezcla de preocupación y una expresión que parecía preguntar "¿en qué mierda te metiste ahora?".

Era nuestra abogada. Durante mucho tiempo se había ocupado solo de asuntos de la empresa, pero recientemente también había comenzado a trabajar en nuestros casos personales.

Se acercó a la cama y miró mi pierna.

—Me enteré de que casi tuvieron que amputarte una pierna.

—Qué bueno que no tuvieron que hacerlo, ¿no? —repliqué con sarcasmo—. ¿Por qué estás aquí? ¿Viniste como amiga de la familia o como abogada?

—Inicialmente, como amiga. Como la amiga mayor, que tiene edad suficiente para ser tu madre y que se desesperó cuando descubrió lo que había pasado. Sabes, Sebastian, en algún momento de mi vida decidí que no quería tener hijos, y te juro que pensé que con eso nunca recibiría llamadas en medio de la noche ni me sentiría mal por saber que alguien a quien quiero se metió en algún lío o casi se mata en plena madrugada.

—Siempre pensé que ese era el discurso que usabas con Michael cuando hacía alguna estupidez y necesitabas sacarlo de problemas.

—Y lo era. De ustedes tres, Michael era el chico problemático. Pero Logan y tú, de repente, después de hacerse adultos, decidieron unirse a él en eso. —Hizo una pausa, intentando mantener su postura autoritaria y fría. Sin embargo, noté que contuvo la respiración en un intento evidente por no llorar, y su voz sonó quebrada cuando concluyó—. Cuando vi el estado en el que quedó tu auto, simplemente perdí la cabeza. Podías haber muerto. Tienes suerte de estar vivo.

—Lo sé, Janet. Lo sé. Pero estoy bien. Siento haberte preocupado, de verdad.

Ella asintió.

—¿Aún sientes dolor?

Sabía que no era propio de ella demostrar preocupación, aunque realmente se preocupara.

—Estoy bien, en serio.

—Bien... —Se sentó en el sillón al lado de mi cama y, visiblemente, intentó recomponerse para volver a su postura fría, profesional e impaciente de siempre—. ¿Podemos hablar ahora como cliente y abogada?

—¿Necesito una abogada ahora?

—¿Qué crees? En este momento hay una joven en coma en la unidad de cuidados intensivos de este hospital, que llegó hasta aquí después de sufrir el mismo accidente que tú, en un auto que tú conducías. ¿Puedes explicarme qué fue lo que pasó?

Podía hacerlo. Había repasado todos aquellos acontecimientos en mi mente unas mil veces.

—El tráfico se detuvo. Yo iba a una velocidad alta, pero dentro de los límites de la carretera. No conseguí frenar a tiempo, intenté sacar el auto de la vía, pero perdí el control y choqué contra un árbol.

—Te hicieron un análisis de sangre y había un porcentaje de alcohol.

Esa era una posibilidad que todavía no se me había pasado por la cabeza. Sobre todo porque, cuando tomé el volante, no me sentía borracho. No había percibido todo lo que ocurrió como una consecuencia de una posible falla en mis reflejos.

¿Podría haber sido eso? Si así fuera, mi culpa por lo ocurrido no sería solo subjetiva. Ya no sería únicamente una serie de "si". "Si hubiera dejado que Layla tomara un taxi" o "si no le hubiera dicho esa estupidez que hizo que se quitara el cinturón de seguridad".

Ahora podría ser una culpa objetiva y directa.

—Aún no había relacionado una cosa con la otra, Janet. Además, en ese momento no me sentía borracho. No al punto de estar incapacitado para conducir.

—Bien, solo el peritaje del auto podrá decirlo. Existe la posibilidad de que haya sido alguna falla mecánica.

—¿No hay otra posibilidad?

—No. Tuve acceso a las cámaras de seguridad de la carretera que registraron tu accidente. El intervalo de segundos entre el momento en que el tráfico se detuvo y el momento en que saliste de

la vía era más que suficiente para que hubieras frenado, Sebastian. Pero parece que ni siquiera intentaste hacerlo.

—Sí lo intenté. Recuerdo claramente haber pisado el freno.

—¿De verdad lo recuerdas? Accidentes como el tuyo a veces afectan un poco el discernimiento de nuestra memoria.

Pensé mejor en eso, intentando recordar el momento del accidente. Janet tenía razón, no podía tener demasiada certeza sobre lo que decía. Los recuerdos eran demasiado vagos.

—Entonces, ¿por eso viniste aquí como mi abogada? —pregunté, pero no esperé su respuesta—. Si se comprueba mi culpa, pagaré por ello. No quiero ninguna defensa.

—Vamos con calma, Sebastian. Sé que ya estás cubriendo todos los gastos hospitalarios de la joven y que seguirás haciéndolo si ella queda con alguna secuela o si llega a morir, pero estamos hablando de un proceso que puede pasar al ámbito criminal.

—Si algo más grave le ocurre, Janet, merezco ser castigado.

—Soy tu abogada y es mi deber defenderte.

—No si yo no quiero ser defendido.

—¿Hacemos un acuerdo? Concéntrate únicamente en recuperarte. En ponerte bien para salir pronto de esta cama y de este hospital. Y deja que yo me encargue de las cuestiones burocráticas y legales.

Percibí en la mirada de Janet la urgencia que sentía para que yo aceptara aquello. Y por eso asentí, intentando tranquilizarla, asegurándole que realmente iba a concentrarme en recuperarme lo más rápido posible.

*****

Capítulo siete



SEBASTIAN

15 de enero

Apenas dos semanas después, por fin recibí autorización médica para levantarme de la cama.

Eso solo ocurrió gracias a Logan, quien usó su influencia para que el médico responsable de mi caso me diera el alta para poder moverme.

Me sugirieron usar una silla de ruedas, ya que todavía necesitaría algunos días más para que mi pierna se recuperara, pero opté por usar muletas, aunque los médicos insistieron en que quizá aún era un poco pronto para eso.

No tenía tiempo para prolongar los cuidados. Necesitaba recuperarme lo más rápido posible para salir cuanto antes de ese infierno.

De todas formas, todavía tendría que quedarme algunos días más atrapado en ese maldito lugar. El mismo en el que Bonnie había pasado sus últimas semanas de vida. El mismo lugar en el que desearía no volver a poner un pie nunca más.

Pero había terminado ahí por mi propia culpa. Y además había arrastrado conmigo a una mujer joven, que ahora estaba literalmente entre la vida y la muerte.

Layla seguía en coma, debido a un traumatismo de cráneo.

Por mi culpa...

Ella no podía recibir visitas, salvo las personas registradas como sus acompañantes. Pero le pedí a Logan que me llevara hasta el sector donde estaba. Quería hablar con el médico responsable de su cuidado y verla, aunque fuera a través del vidrio de la puerta de la UCI.

Mi otro hermano, Michael, también había ido a visitarme ese día, y ambos actuaban como mis guardaespaldas, caminando uno a cada lado mío por los pasillos del hospital, a paso lento para adaptarse a mi ritmo con las muletas.

—¿Ustedes no tienen nada más importante que hacer hoy? —refunfuñé, ya molesto con todo ese cuidado.

—Ya sabes cómo es, ¿no? —respondió Michael, sarcástico—. Soy el jefe de Turner en tu ausencia, así que eso también me da el poder de dejar a alguien en mi lugar. Camila está encargándose de todo allá. Sabes que es competente para eso.

—Más que tú, sin duda —repliqué. Y él solo se rió, probablemente tomándolo como una broma.

Y ni siquiera lo era. Yo no decía nada que no fuera la verdad.

Miré a Logan y dije:

—¿Y tú? ¿No deberías volver a Nueva York con tu familia?

Mi madre y mis dos hermanos prácticamente nunca me dejaban solo; los tres se turnaban para quedarse conmigo. Y, hasta donde yo sabía, mis cuñadas Camila y Evelyn también se turnaban para quedarse con Layla.

Y absolutamente nadie sabía responderme cuando preguntaba por el padre de ella.

Entramos al ascensor y, después de presionar el botón del piso superior al nuestro, Logan respondió:

—Evelyn va a volver mañana con las niñas, pero yo pienso quedarme algunos días más, al menos hasta que te den el alta.

—Voy a necesitar un fisioterapeuta, Logan. No un neurocirujano.

—En realidad pensé que quizá pueda ser más útil aquí como hermano que como médico.

—¿Quién diría que justo tú te convertirías en el pegajoso de la familia?

—¿Y quién diría que justo tú te convertirías en el más desapegado?

Esa no era la palabra correcta. Pero era cierto que me había estado alejando en los últimos meses, desde la muerte de Bonnie. Siempre estaría disponible para mi madre, mis hermanos, cuñadas y sobrinos cuando me necesitaran, pero ya no era alguien que se entusiasmara con visitas, cenas o fiestas.

Nada de eso tenía ya ningún sentido para mí.

—Tienes tu trabajo en Nueva York, Logan —declaré—. Yo voy a estar bien.

—Ya dije que me iré en cuanto te den el alta, Sebastian.

Pensé en replicar, pero, en ese momento, la puerta del ascensor se abrió y vimos, a unos metros al frente, a mis cuñadas Evelyn y Camila, junto a una adolescente, las tres discutiendo con una mujer uniformada que probablemente era empleada del hospital. Logan apuró el paso hasta ellas y preguntó, colocando una mano en la espalda de la chica, que era la más tensa de las tres:

—Sylvie... ¿Está todo bien por aquí?

¿Sylvie?

Miré mejor a la chica, obligando a mi mente a recordar la foto que Layla me había mostrado en su celular.

Entonces, esa era su hermana...

Sylvie miró a Logan, con los ojos azules llenos de lágrimas.

—Esta señora está diciendo que mi hermana tiene que quedarse sola.

La mujer nos miró y explicó:

—La paciente que ellas quieren ver no puede recibir visitas.

—No somos visitas —replicó Evelyn, enérgica—. Nosotras dos somos las acompañantes de Layla, y esta chica es su hermana.

La mujer respondió con calma, dirigiéndose más a Logan, quien, aunque no trabajaba oficialmente allí, llevaba bata y una credencial de médico visitante:

—Como ya les explicaba, los menores de edad no pueden ser acompañantes. El nuevo jefe solicitó que revisáramos todas las relaciones de acompañantes de los pacientes, y la situación de la

señorita Francis está completamente irregular. Figuran dos nombres como acompañantes, Evelyn Turner y Camila Turner, pero ninguna de las dos es familiar de ella.

—Espera... —dijo Logan—. ¿Dijiste "nuevo jefe"?

—Sí, la dirección del hospital cambió este año, y el nuevo jefe asumió ayer.

Teníamos un problema ahí. Logan había usado su influencia en el hospital para lograr que Evelyn y Camila fueran registradas oficialmente como acompañantes de Layla. Como Evelyn tendría que volver a Nueva York al día siguiente, Camila continuaría con ese papel. Había sido un pedido de ambas, que no querían que su amiga se quedara sola. Sin embargo, según el reglamento, solo los familiares podían acompañar a los pacientes internados.

—¿Y quién es el nuevo jefe? —preguntó Logan.

—Es el doctor Wilson.

—¿Wilson? ¿Alfred Wilson?

—Exactamente.

Logan hizo una expresión que me indicó que no solo conocía al médico mencionado, sino que además no le caía bien.

O quizá mi hermano no le caía bien al nuevo director, como quedó claro cuando me dijo, mientras Evelyn, Camila y ahora también Michael seguían discutiendo con la empleada y Sylvie continuaba llorando:

—Ese tipo era uno de los candidatos al puesto de jefe en el hospital de Nueva York. Y claramente no quedó muy contento cuando perdió contra mí.

—¿Eso quiere decir que no vas a poder usar tu influencia para mantener a Camila como acompañante?

—Definitivamente no. Y la hermana no puede ser acompañante, es menor de edad.

—¿Cuál es exactamente el estado de Layla, Logan?

—Pasó por algunas cirugías y transfusiones de sangre, pero sigue en coma, sin cambios en su cuadro. Y, lamentablemente, necesitamos que despierte para evaluar si hay alguna secuela del accidente.

—¿Y su padre? ¿Por qué no está aquí como acompañante? —Le hice la pregunta en un tono un poco más bajo, para que Sylvie no escuchara.

Y probablemente no habría escuchado, ya que se había unido a Michael y a mis cuñadas en los intentos de convencer a la empleada de que no modificara la lista de acompañantes de su hermana.

—Sylvie solo dice que él no puede venir —respondió Logan en el mismo tono—. El hombre perdió a su esposa hace poco, quizá su estado emocional no sea el mejor en este momento.

Era un argumento bastante válido para mí. Hacía pocos meses que la madre de Layla había muerto, y yo entendía muy bien el dolor de quedar viudo de alguien a quien amas. Incluso un año después de la muerte de Bonnie, sentía que aún no había recuperado la cordura.

Un año...

Solo entonces me di cuenta de la fecha. Ese era exactamente el día del primer aniversario de la muerte de Bonnie. Y ahí estaba

yo, en ese mismo maldito hospital donde ella había respirado por última vez.

Logan anunció que no tenía sentido seguir discutiendo con la empleada, que probablemente no podía hacer nada en esa situación. Al fin y al cabo, solo estaba cumpliendo órdenes.

—¡Qué demonios! —exclamó Camila, apenas la empleada se alejó y se fue detrás de un mostrador—. ¡Layla no puede quedarse completamente sola, eso no es justo!

—Lamentablemente, esas son las normas, Camila... —dijo Logan, abrazando a su esposa—. Tranquilas, ella está siendo muy bien atendida aquí.

—No quiero que mi hermana se quede sola —sollozó Sylvie.

—¿No tienen algún otro familiar? —preguntó Logan—. ¿Un tío, abuelos... algún primo que sea mayor de edad?

Sylvie negó con la cabeza.

—No. Nuestros abuelos murieron hace algunos años, y nuestro padre ya no tiene contacto con sus hermanos.

—Camila y yo somos amigas de ella —insistió Evelyn—. Qué mierda, ¿cómo es que eso no cuenta como familia?

—Debería, pero en este caso no cuenta —dijo Michael, con un tono más serio de lo que era habitual en él.

Logan asintió:

—Y, lamentablemente, el nuevo director me odia. No tengo forma de hacerle ningún pedido.

En ese momento, los ojos de Sylvie finalmente parecieron notar mi presencia allí, y se mostró confundida.

—¿Quién eres tú?

Todos parecieron ponerse en alerta ante la pregunta, lo que me daba una idea de lo que vendría después.

—Mi nombre es Sebastian Turner —respondí.

La expresión en el rostro de la chica cambió, pasando de la tristeza a la rabia.

—Tú... Fuiste tú quien provocó ese maldito accidente. Tú eres el culpable de que mi hermana esté como está.

Las acusaciones eran duras, pero no tenía forma de defenderme de ellas. Las causas del accidente aún no habían sido esclarecidas.

Apenas fui internado, me hicieron un análisis de sangre que comprobó la presencia de alcohol en mi organismo, pero yo tenía plena conciencia de que no estaba borracho cuando tomé ese volante. No consideraba que mis reflejos estuvieran alterados.

Al menos, esa era la percepción que yo tenía, y obviamente podía estar equivocado. Tal vez el mayor error de mi vida había sido decidir conducir después de haber bebido. Y nunca me perdonaría si eso llegara a costarle la vida a otra persona.

—Lo siento mucho —fue lo único que logré decirle a Sylvie.

Ella siguió mirándome con odio y su llanto se intensificó. Camila y Evelyn se apresuraron a apartarla de mí, llevándola hasta una silla mientras hablaban con ella en un intento de calmarla. Yo

solo las seguí con la mirada, sintiendo el peso de la culpa por la forma en que la chica me miraba.

Había perdido a su madre hacía apenas unos meses. Ahora estaba a punto de perder también a su hermana.

Por mi culpa.

*****

Capítulo ocho



SEBASTIAN

Mientras mis cuñadas intentaban calmar a Sylvie, una médica apareció por uno de los pasillos y nos vio, acercándose hacia nosotros. Por la forma en que Logan la saludó, deduje de inmediato que era la responsable del caso de Layla.

Confirmé esa sospecha cuando mi hermano nos la presentó, y la médica —la doctora Butler— nos invitó a seguirla hasta su consultorio.

Logan y ella fueron adelante, y yo avancé más despacio, acompañado por Michael, quien apoyó una mano en mi espalda, mostrando preocupación.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Ya te dije que estoy bien, Mike. Aunque esté usando estas malditas muletas y no pueda apoyar la pierna en el suelo, todavía soy capaz de moverme por mi cuenta.

—Sabes que no estoy hablando de eso, ¿verdad?

Lo sabía. Michael podía haber sido un fastidio como hermano cuando éramos niños, además de un adolescente y joven bastante problemático, pero tenía una cualidad innegable:

siempre había sido una buena persona. Sabía que, si estuviera en mi lugar, él, al igual que yo, se estaría consumiendo por la culpa debido al estado de salud de Layla. Así que sabía que podía entenderme.

—No voy a perdonarme si esa mujer no sobrevive, Mike... —declaré.

—Va a sobrevivir. Tenemos que tener fe.

—Si la fe fuera suficiente, la gente buena no moriría, Mike. Tú lo sabes.

—Lo sé. Pero necesitamos aferrarnos a algo.

Yo no quería aferrarme a nada. Ya me había aferrado bastante a la certeza de que Bonnie sobreviviría a la enfermedad que, al final, le quitó la vida.

Giramos al final del pasillo y la doctora Butler abrió una puerta que conducía a otro corredor, con paredes de vidrio a media altura, desde donde se podía ver cada sala de la UCI y a los pacientes dentro.

Y fue en la última de las salas, del lado izquierdo, donde la vi.

Me detuve frente al vidrio, mirando a Layla. En una cama, conectada a aparatos que monitoreaban sus signos vitales.

La imagen, de manera involuntaria, me llevó a Bonnie, cuando estaba en esa misma situación. La diferencia era que Layla tenía hematomas, puntos y vendajes en el rostro y en los brazos. Probablemente también en el resto del cuerpo, cubierto por una sábana.

—Ven, Sebastian... —me llamó Michael, tocando mi hombro.

Miré a Layla por un segundo más antes de girarme y seguir al lado de mi hermano por el pasillo, hasta el consultorio de la médica.

Cuando llegamos, ella y Logan ya estaban conversando:

—Lamentablemente, ya no podré darles los informes diarios —decía ella—. Hubo un cambio en la dirección y las cosas están mucho más estrictas por aquí...

Logan asintió.

—Sí. Y descubrí que el nuevo director es Wilson. Realmente tiene esa fama.

—Supe que antes intentó obtener el puesto de jefe en el hospital de Nueva York, que tú asumiste.

—Así es. Lo que significa que, en este momento, no le caigo muy bien, así que de nada serviría intentar pedirle un favor personal.

—Sí, lo sé. —Suspiró—. Bueno, por hoy voy a pasarles la información de la paciente. Solo que ya no podré hacerlo a partir de mañana...

Tomó una tablet de la mesa y comenzó a deslizar el dedo por la pantalla, aparentemente buscando el informe de Layla Francis.

Mientras esperábamos, pensaba en lo que podía hacerse a partir de ese momento. No podía dejar a esa mujer internada

allí, en un estado tan vulnerable, sin que hubiera nadie responsable por ella.

—¿Su hermana podrá recibir los informes diarios? —pregunté.

La médica negó con la cabeza, aún con la mirada fija en la pantalla de la tablet.

—A pesar de que es menor de edad, podré informarle sobre el estado clínico de su hermana. Pero, lamentablemente, no podrá permanecer aquí como acompañante. Solo podrá venir en los horarios de visita.

—Voy a buscar a su padre —afirmé—. Solo necesito que me den el alta. Ya estoy bien, puedo caminar con las muletas.

—Todavía no estás en condiciones de recibir el alta, Sebastian —replicó Logan—. Necesitas al menos unos días más para eso.

Iba a responderle, pero Michael fue más rápido que yo:

—Deja que yo me encargue de buscar al padre de la chica, ¿de acuerdo? Logan tendrá que volver a Nueva York, pero Camila y yo todavía estaremos por aquí para ayudarte con eso.

—Ustedes tienen dos hijos pequeños y una empresa de la que ocuparse —rebatí.

—La empresa está bien, y nuestra madre está cuidando de los niños por nosotros. Sé que te has cerrado mucho desde la muerte de Bonnie, Sebastian. Pero no olvides que todavía tienes una familia que te apoya.

Mierda... ¿tenía que mencionar a Bonnie justo en ese momento?

Finalmente, la médica pareció encontrar lo que buscaba y le entregó la tablet a Logan, que era el único de los tres que entendería esos términos médicos.

—¿Y bien? —pregunté.

—Básicamente... nada nuevo... —respondió Logan. Y deslizó el dedo por la pantalla para pasar a la siguiente página —. Antes presentaba una leve alteración en el funcionamiento de los riñones, pero aparentemente eso ya se normalizó, lo cual es muy bueno.

—Ha tenido mucha suerte —dijo la médica. Y tuve ganas de reír ante eso. ¿Cómo podía considerarse "suerte" que alguien estuviera herido de esa manera y en coma desde hacía quince días? Sin embargo, ella explicó—: No sufrió ninguna lesión grave en ningún órgano. Dada la gravedad del accidente, eso fue realmente muy positivo.

—Y las tomografías cerebrales no muestran ninguna alteración —concluyó Logan, deslizando nuevamente el dedo por la pantalla.

—¿Eso quiere decir que no va a quedar con secuelas? —pregunté.

—Todavía es pronto para saberlo —respondió la médica—. Lamentablemente, para algunas evaluaciones de daño cerebral, necesitamos que la paciente esté despierta.

—Entonces, ¿por qué no despierta, mierda? —dije, más alto y más irritado de lo que debería.

La doctora, sin embargo, no se mostró afectada. Debía estar acostumbrada a reacciones agresivas de personas que recibían información médica sobre un familiar o un amigo.

Pero Layla no era ninguna de las dos cosas para mí. Era simplemente alguien a quien conocía, con quien tuve un único encuentro sexual, completamente desafortunado. Sin embargo, la culpa que me consumía era tan profunda que, en ese momento, no había nada que deseara más que su recuperación.

Pero, antes de que la médica pudiera responder, Logan habló, mirando fijamente la pantalla:

—Espera... ¿Este análisis de sangre es de ella?

La doctora se acercó, también mirando la tablet.

—Ah, sí... Este era el punto más importante que tenía para comentarte. Lo hicimos esta mañana. Observé algunas alteraciones hormonales en el último análisis y decidí solicitar una prueba de Beta HCG...

¿Beta HCG?

Yo podía ser un completo ignorante en términos médicos, pero recordaba el nombre de ese examen. Bonnie se lo había hecho una vez, dos años antes, cuando su menstruación se retrasó y consideramos la posibilidad de que estuviera embarazada.

Entonces...

—¿Le hicieron una prueba de embarazo a Layla? —pregunté, incrédulo.

Fue Logan quien respondió:

—Por los niveles hormonales, está en una gestación de aproximadamente dos semanas.

¿Aproximadamente dos semanas?

Habían pasado exactamente quince días desde el accidente.

Y desde la noche en que nosotros...

—No puede ser... —dije, en shock.

Probablemente sin comprender toda la dimensión de mi desconcierto, los tres continuaron la conversación.

—¿Eso complica su situación? —preguntó Michael.

—Es un factor adicional de preocupación en este momento —respondió la médica—. Vamos a tener que realizar una serie de exámenes más y monitorear cuidadosamente este embarazo, además de ajustar algunos medicamentos para que no afecten al embrión.

—Dos semanas... —murmuré, con mi mente repitiendo una y otra vez esa última información.

—Probablemente ni siquiera sabía que estaba embarazada cuando ocurrió el accidente —opinó la médica—. De hecho, por el tiempo estimado de gestación, la concepción ocurrió en una fecha cercana al suceso, así que no tenía forma de saberlo.

No había sido un día cercano... Habían sido horas.

Esa misma maldita noche.

A menos que Layla hubiera estado con otro hombre ese mismo día o, como mucho, el anterior, ese embarazo era...

Ese hijo era...

—Mierda... —exclamé.

Actuando por impulso, solté las muletas y me di la vuelta, ignorando el dolor al apoyar la pierna enyesada en el suelo. Mis hermanos intentaron detenerme, pero logré soltarme de ellos y salir del consultorio. Aun cojeando, avancé por el pasillo a paso rápido. Fui hasta la sala de la UCI donde estaba Layla y entré.

Me detuve a su lado, apoyando las manos en la baranda de su cama y miré su rostro que, a pesar de estar tan golpeado, mostraba la suavidad de alguien que duerme en paz y no de alguien en coma.

—Tienes que despertar, Layla... —dije, ahora en voz baja, con el pecho desbordado de angustia—. Necesito saber si este hijo es realmente mío. Necesito... —Hice una pausa, mirando su rostro—. Necesito que estés bien... Por favor.

Escuché las voces y los pasos entrando en la habitación por la puerta que había dejado abierta. Mis hermanos me sujetaron, ambos diciendo algo sobre que estaba loco, mientras la doctora Butler insistía en que yo no tenía autorización para estar allí.

La miré, usando el argumento que ahora tenía para obtener esa autorización.

—Tengo derecho a ser su acompañante. Tengo derecho a estar aquí... como el padre de este bebé.

Sentí cómo las manos de mis hermanos se aflojaban de mis brazos. Probablemente, ambos impactados por lo que acababan de oír.

La médica me miró en silencio durante unos segundos, como si evaluara si mis palabras merecían credibilidad o si eran solo un intento para poder convertirme en acompañante de Layla.

Y la realidad era que ni siquiera yo podía estar completamente seguro de la respuesta.

*****

*****

Capítulo nueve



SEBASTIAN

16 de enero

No podía estar seguro de eso.

No tenía ningún tipo de relación con Layla y, hasta donde sabía, era una mujer soltera, así que no tendría nada de extraño que hubiera tenido relaciones con otro hombre cerca del día en que nosotros estuvimos juntos.

Y, por más que esa duda me dominara —al fin y al cabo, necesitaba saber si ese hijo era realmente mío—, intenté que no se notara cuando reconocí la paternidad ante la administración del hospital.

Después de todo, esa fue la manera que encontré para asegurarme de que Layla no estuviera sola durante el tiempo que le tomaría despertarse.

Una parte pesimista de mí me corrigió. *Si es que despierta*. Pero intenté no prestarle atención. Al menos por ese momento, quería aferrarme a la esperanza.

Tal vez Michael tenía razón. Era importante tener algo de fe a la que aferrarse en momentos como ese. Y creer que esa chica iba a recuperarse se había vuelto algo vital para mí.

Tuve que firmar algunos documentos y, ahora, todo estaba oficializado. Layla no quedaría desamparada.

En cuanto terminé con toda la burocracia y conseguí un documento que me autorizaba a ser acompañante de Layla Francis, me aparté del mostrador y caminé hacia el área de recepción, donde el pequeño grupo me esperaba: mis hermanos, junto a sus esposas, y Sylvie, quien fue la primera en decir algo:

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con mi hermana, y por qué nunca me habló de ti?

Fui sincero en mi respuesta:

—Solo "salimos" una única vez, la noche del accidente.

—Mi hermana no suele irse a la cama con alguien apenas lo conoce. Y siempre se cuida. Eso es lo que me dice.

Bueno... probablemente le decía eso a su hermana menor como una forma de darle el ejemplo sobre la importancia de la prevención. Cuando mis hermanos eran más jóvenes, yo repetía lo mismo, el típico discurso sobre usar preservativo para evitar una enfermedad de transmisión sexual o un embarazo no deseado.

En realidad, era algo sincero, ya que yo solía seguirlo al pie de la letra... hasta ese momento. Tal vez Layla también lo hacía. Pero aquella noche habíamos sido dos completos irresponsables.

Para sacarme de esa conversación, Camila colocó las manos sobre los hombros de Sylvie y dijo:

—Cariño, Sebastián no se lo está inventando. Layla realmente está embarazada. La médica repitió hoy el examen y el resultado fue el mismo.

La chica seguía molesta.

—Entonces, ¿quieres decir que él apenas la conoce, pero porque se acostó con ella una sola vez tiene más derechos que yo, que soy su hermana?

—No se trata de eso, Syl... —insistió Camila—. Lamentablemente, como eres menor de edad, no puedes ser acompañante. Si no fuera por este embarazo, ninguno de nosotros podría. Míralo de esta forma: Sebastian podrá estar cerca de ella y nos informará todo sobre su estado de salud.

—¿Crees que eso puede hacerme sentir mejor, Camila? Layla está en ese estado, para empezar, porque él se acercó a ella.

Sylvie estaba cumpliendo muy bien el papel de mantener el sentimiento de culpa ardiendo dentro de mí.

Intentando poner fin a aquello, Logan y Evelyn anunciaron que tenían que irse, porque su vuelo salía esa misma noche, y le pidieron a Sylvie que los acompañara, ya que le darían un aventón hasta su casa.

En cuanto los tres se marcharon, me giré hacia Michael y Camila, y mi hermano menor preguntó:

—No estás haciendo esto solo para aliviar tu culpa y para que la chica tenga a alguien como acompañante, ¿verdad, Sebastian?

Negué con la cabeza.

—Realmente nos acostamos aquella noche, después de salir de la fiesta de Año Nuevo.

—Entonces, ¿de verdad eres el padre de este bebé?

—Eso ya no puedo afirmarlo con sinceridad.

—Probablemente sí —declaró Camila—. Hacía bastante tiempo que Layla no salía con nadie. Solíamos hablar de esas cosas. Creo que el último chico con el que estuvo fue poco antes de que el estado de salud de su madre empeorara, y eso fue hace más de un año.

Eso aún no me daba certezas. Basándome en el margen de fechas posibles para la concepción, tal vez simplemente todavía no le había contado a Camila que había estado con otro hombre. Pero, en ese momento, incluso si tuviera esa confirmación, no daría marcha atrás en la decisión de, por ese instante, asumir esa paternidad para poder acompañar su internación.

—Bien, tengo que irme —comunicó Camila—. Le prometí a Alice que la llevaría al preescolar hoy.

—Acompaña a tu esposa, Mike —le pedí—. Yo ya estoy bien, no necesito más un acompañante, y mucho menos que mi hermano menor me haga de niñera.

—¿Estás seguro? —replicó Mike, provocador—. Ayer mismo saliste corriendo como un loco, sin las muletas. Así que pareces alguien que sí necesita una niñera.

—Fue en un momento de shock por el descubrimiento. Todavía estoy asimilando todo.

—Sé que serás un gran padre, Sebastian. Siempre quisiste tener hijos.

No en ese contexto, con una mujer a la que apenas conocía y que ahora estaba en coma en un hospital. Sin embargo, decidí que aún no quería hablar sobre eso. No había procesado correctamente la parte de convertirme en padre.

—En serio, Mike, ve a casa. Además, conseguí la autorización para continuar con mi tratamiento como acompañante de Layla Francis. No sé si existe algún procedimiento para "acompañante de un acompañante".

Michael asintió, aunque seguía viéndose preocupado. Sin embargo, pareció recordar algo y se quitó la gran mochila que llevaba en la espalda, abriéndola.

—Llevo días caminando con esto y siempre me olvido de dártelo... —Sacó algo grande envuelto en una bolsa plástica negra y me lo extendió. Lo tomé, sin entender—. Tu auto fue llevado a peritaje después del accidente, pero al día siguiente me entregaron esto. Dijeron que no es relevante para la investigación de las causas del accidente. Son los objetos que estaban dentro de él.

Asentí, pensando que toda esa investigación era una gran pérdida de tiempo. Yo sabía perfectamente los motivos de lo ocurrido. Mis reflejos simplemente no habían funcionado como debían y no logré frenar a tiempo cuando el tráfico se detuvo. Actué por instinto, desviando el auto hacia la banquina para intentar evitar un choque y terminé perdiendo el control del vehículo.

No había motivos para seguir buscando una culpa que ya sabía y aceptaba como mía.

De todos modos, le agradecí a Michael y él me abrazó a modo de despedida. Correspondí al abrazo, sintiéndome agradecido por tener su apoyo y el de toda mi familia en ese momento difícil.

Desde allí, me dirigí al lugar donde sabía que pasaría gran parte de mis días.

No había otra cama en la habitación de la UCI, solo un sillón para el acompañante, donde me senté apenas entré. Seguiría durmiendo en mi habitación, donde también recibiría todos los medicamentos necesarios en horarios ya establecidos, y además comenzaría sesiones de fisioterapia para recuperar la movilidad de la pierna operada.

Me quedé un tiempo en silencio, mirando a Layla, sin saber muy bien cómo funcionaría todo aquello.

¿Debería hablar con ella?

Por cierto, ¿sería capaz de escucharme?

Y, en caso de que pudiera hacerlo, ¿qué tendríamos para decirnos?

Todo era un poco extraño, y llegué a cuestionarme si había sido una buena idea meterme en esa situación.

Al mismo tiempo, pensaba en lo solitario y cruel que sería dejarla completamente sola.

Entonces, decidí comenzar esta nueva etapa de convivencia diciendo lo que llevaba atorado en la garganta desde el día del accidente.

—Lo siento mucho. Espero que puedas perdonarme por haberte puesto en esta situación. Fui un idiota y completamente imprudente, y no merecías tener que pasar por todo esto.

Ella permaneció completamente inmóvil, como ya era de esperarse. Sinceramente, era difícil creer que pudiera estar

escuchando cualquier palabra que yo dijera.

Miré el paquete en mis manos y lo abrí, preguntándome qué podría haber dentro para ocupar tanto espacio. Había cambiado de auto hacía pocos meses y no tenía muchos objetos personales en él.

Pero apenas lo abrí, entendí qué era lo que hacía tanto volumen. Como era de esperarse, había pocas pertenencias mías allí, pero también había un bolso femenino y un cuaderno. Las cosas de Layla. Se las entregaría a Sylvie al día siguiente.

Fui a colocar los objetos sobre una mesa al lado del sillón, pero algunas cosas se me escaparon de las manos y cayeron al suelo. Entre ellas, el cuaderno, que se abrió. Había algunos papeles sueltos dentro, que también se desparramaron por el piso.

No tenía la intención de invadir la privacidad de Layla, pero, entre el texto escrito a mano, mi nombre resaltó, llamando mi atención.

(…)su nombre es Sebastian. Sebastian Turner. Ver la tristeza en sus ojos destrozó mi corazón.

Volví a sentarme, llevándome el cuaderno conmigo, que ahora noté que parecía ser un diario. Sabía que estaba mal hacer eso, pero mi nombre estaba escrito allí. Por eso, dirigí la mirada al inicio de la página y comencé a leerla completa para entender en qué contexto me había mencionado.

Las páginas, ligeramente amarillentas, no tenían líneas. Aun así, toda la escritura estaba hecha de forma impecablemente recta, con una caligrafía casi dibujada.

Hoy fue uno de los días más difíciles de todos hasta ahora.

Fuimos una vez más a llevar a mi madre a su tratamiento y allí habló con el médico responsable y decidió que ya no quiere continuar con las sesiones.

El médico nos explicó que, debido al avance de la enfermedad, las probabilidades de cura son casi nulas. Ante eso, quedaban dos alternativas: seguir intentando, aun contra todas las probabilidades, y con ello conseguir un mayor tiempo de vida, o detener los tratamientos, lo que le daría a mi madre una expectativa de, como máximo, unos diez meses de vida. Con el tratamiento, tal vez podría vivir el doble de ese tiempo.

Entiendo su decisión. Porque ver el sufrimiento y el malestar que provoca cada una de las sesiones es devastador. Nada en este mundo me destruye más que ver a mi madre sufrir.

O casi nada. También me destruye la idea de verla partir.

Todo lo que quería era poder aferrarme, con todas mis fuerzas, a esa probabilidad de menos del uno por ciento de que el tratamiento funcione y ella se cure. Mi padre y mi hermana también piensan así. Pero esa es una decisión que solo ella puede tomar. De todos modos, estoy dispuesta a hablar más con ella. Quizá también tenga esperanzas y cambie de idea.

Me encontré con Camila y Evelyn allí en el hospital. En realidad, toda la familia Turner estaba allí, incluso los niños. Descubrí que alguien de la familia también está en una situación complicada. Es la esposa del hermano mayor. Si no

me falla la memoria, su nombre es Sebastian. Sebastian Turner. Ver la tristeza en sus ojos destrozó mi corazón.

Cerré el cuaderno, atormentado por el recuerdo de aquel momento, ocurrido en el mismo hospital donde estábamos ahora. Llevé a Bonnie allí para realizarle una cirugía que pondría fin a un problema cardíaco que llevaba tiempo tratando. Ni siquiera los médicos esperaban que presentara una complicación que terminaría por quitarle la vida.

Debería dejar ese cuaderno de lado. Leer un fragmento en el que mi nombre había sido mencionado era comprensible, pero nada más de lo que hubiera allí me correspondía.

Sin embargo, mis manos me traicionaron y volví a abrirlo, pasando rápidamente por todas las innumerables páginas escritas —algunas parecían dibujos— hasta llegar a la última, fechada el treinta y uno de diciembre.

Entonces lo recordé. Cuando salí de la fiesta, la vi escribiendo algo allí.

Odio todo esto. Odio que el mundo entero espere que todos estén felices en fechas como esta. Y odio que yo, de alguna manera, esté actuando igual.

Sylvie estaba llorando al teléfono. ¿Y qué hice yo? Le dije que necesitaba distraerse e intentar divertirse en la fiesta de sus amigas. ¿Cómo pude pedirle eso? Es solo una niña. Ni siquiera yo, con mis veinte años, soy capaz de lograrlo.

Venir a la fiesta de los Turner fue un error. Convencer a Sylvie de ir a la fiesta de sus amigas también. Deberíamos estar juntas ahora, apoyándonos la una a la otra. Ahora ya es demasiado tarde para eso.

Todo lo que quiero es irme de aquí. Ir a cualquier lugar que no sea mi casa, donde tengo que lidiar con los recuerdos de mi madre… y con la presencia de mi padre. Solo por Sylvie regresé allí, no por él. No por alguien que no siente ningún afecto por mí.

Yo solo quería… desaparecer.

Simplemente dejar de existir.

Sylvie es la única razón por la que sigo adelante. Y es por ella que me obligo a aparentar que estoy bien, aunque mi alma esté sumergida en un caos inmenso.

Porque no me queda nada más que valga la pena.

Al terminar de leer esa última página, volví a cerrar el cuaderno, sintiendo el peso de esas palabras y lo mucho que se parecían a lo que yo mismo sentía aquella noche.

¿Cómo pude haber sido tan idiota como para decirle a Layla que no era capaz de comprenderme? ¿Cómo pude creer que su duelo fuera menor que el mío? ¿Cómo pude juzgar sus sentimientos como hija por no ser biológica?

Yo fui un imbécil, sinceramente.

Recogí los papeles sueltos del suelo y volví a guardarlos dentro del cuaderno. Lo dejé sobre la mesa y volví a mirar a Layla.

—Si crees que Sylvie es tu motivación... despierta de una vez, por ella —dije, en voz baja, deseando que pudiera escucharme—. Y no solo por ella. Porque ahora existe una razón más.

Pensé en ese bebé, que tenía muchas probabilidades de ser mío.

Que tenía muchas probabilidades de convertirse también en mi razón para seguir adelante.

*****

Capítulo diez



SEBASTIAN

30 de enero

A través de la pared de vidrio, observaba cómo Sylvie conversaba con su hermana.

Las visitas, por fin, habían sido autorizadas, y la chica podía pasar dos horas al día allí. Por lo general, era en ese momento cuando yo me ausentaba para realizar mis sesiones de fisioterapia.

Mis daños motores eran menores de lo que los médicos esperaban, y venía mostrando avances en la fisioterapia. Por eso, terminé recibiendo el alta hace cuatro días, un poco antes de lo previsto.

Aun así, pasaba todo el día en ese hospital, y solo me iba por la noche para dormir en casa, regresando muy temprano al día siguiente.

Una enfermera pasó junto a mí y abrió la puerta de la habitación, informándole a Sylvie que el horario de visitas había terminado. La chica se levantó y le dio un beso prolongado en la frente a su hermana. Era bonito ver cuánto se querían.

Cuando salió de la habitación, se detuvo frente a mí. Ni siquiera intentaba disimular la rabia que aún sentía y cuánto me culpaba por la situación en la que se encontraba su hermana.

—Entonces, ¿cuál es el parte de hoy? —preguntó, de forma seca.

—Sin cambios —respondí.

—¿Y el bebé?

—Todo está bien.

—Qué bueno. No encontré el documento de identidad de Lay en su bolso. ¿Por casualidad lo tienes tú?

Me sorprendió la pregunta. Yo le había entregado el bolso de Layla a su hermana. Sin embargo, no hice lo mismo con el cuaderno, temiendo que Sylvie llegara a leer esa última página, en la que Layla contaba cómo se sentía con respecto a ella.

Eso me hizo pensar en cómo me sentí con mis hermanos menores cuando nuestro padre murió, y supuse que tampoco querría que ellos supieran eso. Por lo tanto, decidí quedarme con el diario hasta que Layla despertara.

Solo entonces recordé los papeles sueltos que estaban dentro del cuaderno. Era probable que alguno de ellos fuera un documento de identidad.

—Tal vez esté entre las cosas que me entregaron, las que sacaron de mi auto —respondí, añadiendo una mentira—. Todavía no saqué todo de la bolsa en la que me lo entregaron. Voy a buscarlo y mañana te aviso si lo encuentro.

Ella asintió.

—Perfecto.

Empezó a darse la vuelta para irse, pero la detuve, preguntando algo que llevaba días rondando mi mente.

—Espera, Sylvie. Tu padre... ¿de verdad no piensa venir?

—Tiene problemas... de salud.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No. Ya es suficiente con todo el dinero que estás gastando cubriendo la internación de mi hermana. Probablemente nunca podamos devolverte todo eso.

—Y no tienen que hacerlo. No es más que mi obligación.

—Estoy de acuerdo —respondió con acidez y de forma directa. Me pregunté si su hermana también sería así. Después de todo, Layla y yo no habíamos hablado lo suficiente como para que yo pudiera conocerla mejor—. Pero no tienes ninguna obligación con nuestro padre.

—Pero si puedo ayudar...

—Ya te dije que no puedes. Solo él puede. Pero para eso tiene que querer.

—¿Cómo es eso?

—Nada. No es nada. De verdad tengo que irme.

Entonces se dio la vuelta y se alejó rápidamente. En ese momento, volví a entrar en la habitación de Layla y me senté en el sillón al lado de su cama.

—Tu hermanita es bastante difícil de tratar, ¿no?

Abrí el primer cajón de la mesita junto a la cama y tomé el cuaderno de Layla, que no había vuelto a abrir desde el día en que llegó a mis manos.

Pasé las páginas rápidamente, buscando los papeles sueltos que había guardado dentro, encontrándolos todos en una sola hoja, al inicio. Eran recibos, dos tarjetas de presentación al azar y el documento de identidad que Sylvie estaba buscando. Tomé todo para entregárselo al día siguiente, y mi intención era volver a guardar ese diario como lo había hecho hasta entonces.

Sin embargo, cometí el error de desviar la mirada hacia la página abierta. Y, esta vez, no fue el texto lo que llamó mi atención, sino un dibujo.

Un dibujo simplemente perfecto.

Era posible reconocer a las personas retratadas: Layla y Sylvie, ambas con aspecto más joven. Miré la fecha anotada justo debajo, que indicaba que había sido hecho hacía casi dos años.

También estaba la firma de Layla, confirmando la autoría de la ilustración.

—Tienes mucho talento... —dije, apartando la mirada del papel para mirar a la mujer recostada en la cama frente a mí.

Era interesante descubrir algo más sobre ella. Después de todo, aún sabía tan poco sobre su vida. Si anotara todo lo que sabía, no ocuparía ni media página de ese cuaderno.

Era estudiante de Arquitectura, pasante en Turner Architecture, y tenía...

Miré el documento de identidad, comprobando su fecha de nacimiento.

Veinte años. Cumpliría veintiuno en un mes, y yo esperaba que pudiera pasar su cumpleaños en casa.

Había sido adoptada, tenía una hermana adolescente, había perdido a su madre hacía algunos meses y, por alguna razón desconocida, no se llevaba bien con su padre.

Era zurda. Me di cuenta de eso cuando la vi escribiendo fuera de la casa de mi madre la noche de la fiesta. Y era increíble en la cama.

Negué levemente con la cabeza, intentando apartar ese pensamiento completamente inapropiado.

Y estaba embarazada. Muy probablemente de un hijo mío.

Y eso cerraba la lista de cosas objetivas que sabía sobre ella.

Volví a mirar el dibujo y supe que debía detenerme ahí. Sin embargo, cuando me di cuenta, ya estaba bajando la mirada de forma instintiva hacia el pequeño texto escrito justo debajo.

Sigo practicando mi trazo, aunque sé que esto es una gran pérdida de tiempo. Encontré esta foto mía con Syl en mi celular y decidí intentar reproducirla. Me gustó el resultado.

Dibujar es algo que siempre me hace bien. Y lo necesitaba hoy, después del día que tuve ayer.

No sé por qué cometí el error de ir a almorzar a la casa de mis padres. A mi madre le encanta cuando voy, y me gusta estar con ella y con Syl, pero… mi padre siempre logra arruinar cada uno de esos momentos.

Simplemente no es capaz ni de fingir que le agrado o que no se arrepiente del día en que aceptó llevarme a su casa.

Ya sé que él es así, así que no debería dejar que eso me afecte. Pero, en lugar de eso, una parte de mí siempre está buscando maneras de agradarle, de demostrarle que puedo ser la hija perfecta que él quería que fuera.

He estado pensando mucho en eso estos últimos días. En que haber entrado a la carrera de Arquitectura pudo haber sido un gran error. Después de todo, ese era su sueño y no el mío.

Sin embargo, también necesito pensar en mi futuro. No es que odiara la Arquitectura. Incluso me gusta, aunque no sea algo a lo que quiera dedicarme el resto de mi vida. Y tampoco tengo otra carrera sólida que quisiera seguir.

Solo cosas relacionadas con el arte. Pero, si hiciera eso, estaría firmando con más fuerza una declaración de guerra entre mi padre y yo. Su vida consiste en decirme que los "dibujos tontos" no le dan futuro a nadie.

Tal vez debería simplemente seguir mi corazón y arriesgarme por lo que amo. He estado pensando mucho en eso.

El universo podría enviarme una señal para ayudarme a decidir.

Deslicé la mirada hacia la hoja siguiente, que ya comenzaba en otra fecha, días después de aquella.

Y la señal llegó.

Hace meses me postulé a una vacante para el nuevo equipo de pasantes de Turner Architecture. Estaba segura de que no lo lograría, ya que todavía estoy en mi primer año de la carrera. Aun así, fui una de las seleccionadas.

Es simplemente el estudio de arquitectura más grande del país. ¿Cómo podría decir que no a una oportunidad así?

El salario es mucho mejor que el de mi trabajo de medio tiempo como mesera, además de que aporta mucho a mi currículum. Es el trabajo soñado para cualquier estudiante de Arquitectura, y llegó directo a mis manos.

Tal vez esta sea la señal que tanto le pedí al universo.

Volví a mirar el dibujo, atento a sus detalles. Ni siquiera necesitaba ver la foto original para darme cuenta de que era absolutamente perfecto.

—No era una señal, Layla... —dije, volviendo a mirarla—. Solo mira esto. ¿Cómo puedes dejar algo tan perfecto escondido entre las páginas de un diario? Y no deberías elegir una profesión basándote en lo que tu padre...

Me quedé en silencio de pronto, pensándolo mejor y dándome cuenta de que yo era la persona menos indicada en el mundo para decirle eso a alguien.

—Bueno, no es muy diferente de lo que yo mismo hice, al final... —dije—. Mi padre siempre insistió en la importancia de que alguno de sus hijos asumiera algún día el control de Turner. Mi hermano del medio, Logan, desde niño siempre insistió en que quería ser médico. El menor, Michael, todavía era demasiado joven para decidir cualquier cosa sobre su vida, pero siempre dejó claro

que no tenía ningún interés en mostrarse responsable con nada. Y yo era el hijo mayor, así que... Siempre me pareció algo natural que yo fuera el sucesor de mi padre. Creo que nunca lo pensé demasiado. Yo simplemente... seguí sus planes, incluso después de que murió. Nunca me detuve a considerar si podía tener vocación para otra cosa en la vida. En eso soy diferente a ti, porque... Mira esto.

Volví a mirar el dibujo, reafirmando en mi mente que ella era, sin duda, muy talentosa.

Mis manos se deslizaron sobre el papel y, sin darme cuenta, terminé pasando la página. Si lo hubiera pensado un segundo, habría entendido que estaba yendo demasiado lejos. Pero, en ese momento, no quería pensar. Sentía una necesidad absurda de conocer más sobre esa mujer.

La página siguiente también comenzaba con un dibujo. Era una casa frente al mar. Era de noche, el cielo estaba lleno de estrellas y, en la arena, se podían ver las espaldas de una pareja sentada y, un poco más adelante, dos niños y un perro que parecían correr hacia el mar.

No había colores en el dibujo hecho a lápiz. Pero, aun así, había tanta vida allí.

Debajo, comenzaba un texto que continuaba en la página siguiente.

A veces sueño con un futuro así para mí.

Amo el mar, y sería la persona más feliz del mundo si pudiera dormir y despertar todos los días con el sonido de las olas. Puede ser una casa simple, pequeña, no me

importan los grandes lujos. Mientras tenga el mar, todo será perfecto.

El mar y una familia.

Quiero tener dos hijos, aunque solo quiero quedar embarazada una vez. Recuerdo cuando mi madre estaba embarazada de Syl, y lo radiante que se veía. Quiero vivir eso algún día también, si es posible. Pero al menos uno de mis hijos será gestado solo en mi corazón, tal como yo fui en el corazón de mi madre. Y, por supuesto, quiero tener al menos un perro.

Y también, si es posible, quiero algún día encontrar un amor.

Pero todo eso parece tan lejano.

Tengo un buen salario en Turner, pero las casas cerca del mar, por más simples que sean, son bastante caras. Y ya quería tener un perro desde que me fui de la casa de mis padres, ya que mi padre nunca nos permitió tener ningún animal. Pero aquí, en el edificio donde alquilé mi departamento, no permiten mascotas.

Y en cuanto al amor...

Andrew y yo llevamos seis meses saliendo. Es un buen chico y me gusta, pero...

No sé explicarlo bien. A veces siento que no es alguien que vaya a estar a mi lado si en algún momento necesito apoyo. Ya me ha comentado que sueña con ser padre algún día, pero no lo imagino sosteniendo la mano de una mujer mientras su hijo viene al mundo.

Y no lo imagino... no sé... haciendo cosas como mirar las estrellas conmigo.

Vaya, ahora que lo escribí, me doy cuenta de lo tonto que suena.

En fin, no sé si Andrew y yo vamos a durar. Y tampoco sé si voy a cumplir estos sueños, pero hoy desperté con esta imagen en la cabeza. De esta casa. De esta vida. Y quise, al menos en un dibujo, hacerla real.

Cerré el cuaderno, pensando que ya había ido demasiado lejos con todo aquello. Sentía que estaba invadiendo la privacidad de Layla y sabía lo mal que estaba eso.

Al mismo tiempo... también sentí algo en el pecho al leer todo aquello.

Era casi como hablar con ella.

Era como, por fin, poder conocerla mejor.

—Nada de eso es una tontería, ¿sabes? —dije—. Nos conocemos poco, pero creo que eres el tipo de persona que no merece nada menos que alguien que quiera mirar las estrellas contigo.

*****

Capítulo once



SEBASTIAN

12 de febrero

Con cada día que pasaba sin que Layla diera señales de despertar, más notaba la preocupación en el rostro de la doctora Butler.

Según ella, todos los signos vitales de Layla se mantenían estables, al igual que los del bebé, que ahora ya tenía seis semanas. Incluso ya estaba entrando en el período ideal para realizar la primera ecografía, que se recomienda hacer antes de la décima semana. Como padre, yo podía autorizar ese examen, pero no me sentía cómodo haciéndolo. Me parecía una invasión más al cuerpo de Layla, una más entre las tantas que ya se habían hecho, con todos los estudios y procedimientos para los que tuve que dar mi consentimiento. Además, ella merecía estar consciente cuando se realizara esa primera ecografía.

Recibí el alta en los primeros días de febrero y solo necesitaba continuar con algunas semanas más de fisioterapia. Ni siquiera creía que fueran muchas, porque ya estaba logrando caminar bien con la pierna operada. Aún sentía algo de dolor y cierta dificultad en

algunos movimientos, pero creía que en poco tiempo estaría completamente recuperado.

Seguía yendo al hospital. Muchas veces, incluso pasaba la noche allí. Ya me había acostumbrado a dormir en ese sillón.

Aun así, necesitaba salir en algunos momentos para resolver asuntos personales. Como ese día, en el que por fin logré coordinar con un agente inmobiliario para visitar algunos departamentos. Había pospuesto demasiado mi mudanza y quería resolver eso lo antes posible.

En ese momento, me estaba mostrando el último de los departamentos que había seleccionado para mí. Lo seguía por las habitaciones, asintiendo con la cabeza y fingiendo que me importaban los detalles que él describía. Estaba dispuesto a cerrar la compra de cualquiera de ellos esa misma tarde. Probablemente del primero que habíamos visitado, ya que era el que estaba más cerca de la oficina de Turner.

Hasta que algo, por fin, llamó mi atención.

—La diferencia de este departamento con respecto a los demás está aquí... —dijo el agente, mientras abría las puertas del balcón de la suite principal—. Difícilmente encontrará otro departamento en venta con una vista mejor que esta.

Cuando las puertas se abrieron y el aire fresco del mar entró en la habitación, entendí lo que quería decir. Me acerqué a la amplia terraza y miré hacia la playa al otro lado de la calle. La cercanía al mar no había sido algo que tomé en cuenta cuando pedí esas visitas, pero ahora entendía cuánto marcaba la diferencia.

Cerré los ojos por un momento, escuchando el sonido de las olas. Sin embargo, en el piso alto en el que estábamos, el sonido

llegaba débil, mezclándose con el de los autos que circulaban por la avenida.

De pronto, se me cruzó por la mente que eso no era lo que quería.

El dibujo de Layla invadió mis pensamientos.

¿Era una locura pensar que, tal vez, recién ahora me estaba dando cuenta de que yo también quería algo así?

Antes, tenía mil sueños junto a Bonnie. Viajes que queríamos hacer, los hijos que queríamos tener... en lo que ahora me parecía otra vida, otra existencia, me había permitido soñar. Hasta que la mujer que amaba murió y todo lo que me quedó fue la practicidad necesaria para seguir con mis días. Solo quería salir de ese departamento para huir de sus recuerdos, pero... ¿hacia dónde quería ir realmente?

Ni siquiera tenía energía para pensar en eso.

Ahora, sin embargo, por fin me detuve a pensar que... tal vez todavía quería algo. Tal vez aún quedaba vida dentro de mí.

Y tal vez eso no estaba mal.

Abrí los ojos y me giré hacia el agente, que ya tenía en el rostro la sonrisa de quien daba la venta por hecha.

—¿Tienes algunas casas? —pregunté.

Él pareció confundido.

—¿Casas?

—Sí. Casas.

—Usted me había dicho que su interés era únicamente por departamentos.

—Sí, pero tal vez haya cambiado de idea. ¿Podemos reprogramar para otro día y ver algunas casas?

—Claro. ¿Tiene alguna característica específica en mente?

—Sí. Quiero que esté frente al mar.

Él volvió a sonreír, probablemente porque sabía que eso aumentaba considerablemente el valor de la propiedad.

Y así quedó acordado. Ese mismo día me enviaría fotos de anuncios de algunas casas para que yo eligiera cuáles quería visitar, y coordinaríamos lo antes posible.

Salí de allí y regresé al hospital. Ya había estado por la mañana, cuando hice mi fisioterapia, y después pasé algunas horas con Layla. Había decidido que, después de la visita a los departamentos, iría directo a casa para descansar, pero cambié de idea.

Porque realmente quería contárselo a Layla.

Apenas entré en su habitación, como de costumbre, fui directo al sillón junto a su cama.

—Hola —dije.

Y, como siempre, hice una pausa, como si esperara una respuesta.

—Hoy visité algunos departamentos, pero ninguno llamó mucho mi atención. Entonces recordé tu dibujo y pensé que tal vez me gustaría vivir en una casa. Crecí en una, así que pensé que...

ahora que seré padre, puede ser bueno que al menos uno de los hogares de nuestro hijo tenga suficiente espacio para que pueda correr.

Nuestro hijo...

La idea aún me parecía tan lejana y surreal. El vientre de Layla seguía plano bajo las sábanas, y nadie que la viera allí diría que estaba embarazada.

Y yo aún ni siquiera tenía la confirmación de que el hijo fuera realmente mío, ni de si ella querría que yo formara parte de su crianza.

Esperaba que sí. Porque, de pronto, me di cuenta de que quería eso.

—Quiero estar presente en todo, Layla... —dije—. Si me lo permites, quiero estar contigo durante todo el embarazo y en la crianza de este niño. Quiero planear una habitación para él o para ella en mi nueva casa. Quiero poder ser tu amigo, para que juntos podamos decidir siempre lo mejor para nuestro hijo o hija. Pero para eso necesitas despertar. ¿Por qué no despiertas?

Me incliné hacia adelante en el sillón, observándola más de cerca. La serenidad en su rostro seguía dando la impresión de que solo estaba dormida.

Solo necesitaba abrir los ojos, pero llevaba allí ya más de un mes.

—¿Por qué no despiertas? —repetí, con una fuerte angustia en el pecho.

Quería que las cosas que le decía fueran realmente una conversación. Quería escuchar su voz. Quería saber más sobre ella.

Pensé nuevamente en el diario, que no había vuelto a abrir desde el día en que busqué el documento de identidad. Las páginas que leí habían creado una conexión inicial entre nosotros, pero sentía que no era suficiente. Necesitaba saber más sobre ella.

Al mismo tiempo, entendía el error que cometí al invadir su privacidad y estaba decidido a no repetirlo. Si al menos hubiera otra forma de conocerla...

El teléfono en mi bolsillo sonó y lo saqué, viendo que eran mensajes enviados por el agente inmobiliario, con las fotos de las casas que había prometido enviarme. Las vería con calma más tarde.

Respondí confirmando que las había recibido y diciendo que al día siguiente me pondría en contacto. Ya iba a guardar el teléfono nuevamente, pero seguí mirándolo, teniendo una idea.

Un diario es algo personal. Algo que quien escribe generalmente no quiere que nadie lea.

Pero ¿y si Layla tenía cosas que quería que otros supieran? En realidad, casi todo el mundo las tiene. Estamos en la era de las redes sociales.

Entré a Google y escribí su nombre. Entre los primeros resultados encontré un enlace a Instagram. Y, cuando lo abrí, me llevé una sorpresa.

Ella no publicaba fotos allí.

Solo dibujos hechos por ella.

Deslicé todo el contenido hacia abajo, hasta llegar al primero de ellos, que era justamente el dibujo de ella con su hermana. La siguiente publicación era de dos semanas después. Mostraba a una mujer negra, con el cabello rizado hacia atrás, como si un fuerte

viento lo empujara. Tenía los ojos cerrados y los brazos abiertos, y llevaba un vestido lleno de estrellas.

La descripción era muy breve:

Debería sentirme triste. Pero me siento libre. Libre de ser quien realmente soy, y de amar y ser amada por alguien que quiera ver las estrellas a mi lado.

Y enseguida entendí de qué se trataba. Fue cuando ella terminó la relación sobre la que tenía tantas dudas.

Seguí pasando los dibujos. Lo hice lentamente, intentando absorber cada detalle de las imágenes y de los textos que publicaba. A veces eran solo frases cortas. En otras, párrafos más elaborados. Algunos eran letras de canciones. Conocía y me gustaban la mayoría de ellas.

Y compartía muchas de las opiniones que ella expresaba en sus textos, sobre los temas más diversos.

Y me quedé fascinado con absolutamente todos los dibujos.

Cuando me di cuenta, ya era de noche. Habían pasado horas y aún no había visto ni un tercio de los dibujos publicados. Decidí continuar al día siguiente, porque quería hacer eso allí, a su lado.

Quería comentarle mis opiniones, aunque sabía que probablemente no podía oírme.

Cuando me fui, pensé en lo mucho que me gustaría pasar más tiempo allí.

Sin darme cuenta, tal vez en ese momento ya estaba empezando a enamorarme de Layla Francis.

*****

Capítulo doce



SEBASTIAN

15 de febrero

—Ojalá pudieras ver, pero el borde de la piscina da directamente al mar. Aún no he visto el atardecer allí en persona, pero los anuncios tienen fotos increíbles. Ya cerré la compra, pero mi mudanza la haré poco a poco. Creo que antes de fin de mes ya podré mudarme.

Estaba hablando demasiado. No recordaba haber estado así desde la muerte de Bonnie. En general, no sentía ganas de hablar con nadie, pero con Layla estaba siendo diferente.

Era irónico que me sintiera tan a gusto con alguien que ni siquiera podía responderme. Y yo tenía muchas ganas de oír su voz.

Dejé de hablar en cuanto oí golpes en el vidrio de la pared de la UCI. Giré el rostro y vi a Sylvie, que había llegado para el horario de visita. Por lo general, la indicación era que solo permaneciera una persona a la vez en la habitación con Layla, así que siempre me retiraba en esos momentos. Incluso para darles privacidad a las dos hermanas.

—Vuelvo más tarde, Layla —dije antes de levantarme.

Recién entonces, mientras caminaba hacia la puerta, noté que Sylvie no estaba sola. A su lado había un chico que debía tener su edad o tal vez un poco más.

Me llamó la atención. No tanto por su apariencia física en sí, sino por la forma en que se presentaba, con varios piercings en el rostro, ropa completamente negra y tatuajes que cubrían gran parte de sus brazos.

Apenas crucé la puerta, lo miré directamente y pregunté:

—¿Quién eres tú?

Sylvie resopló, molesta, y respondió:

—¿Quién eres tú para creer que tienes algún derecho a preguntar eso?

—Soy el acompañante de Layla y, por lo tanto, quien autoriza quién puede visitarla.

—Él no vino a visitarla. Solo vino a acompañarme. No es que te deba ninguna explicación, pero este es Brad... mi novio.

—¿Y tu hermana sabe que estás saliendo con alguien?

El chico soltó una risita nada apropiada y murmuró:

—Creo que en este momento no sabe muchas cosas.

Sin embargo, dejó de sonreír en cuanto notó que ni Sylvie ni yo le encontramos la menor gracia.

Sylvie le entregó su bolso para que lo sostuviera y dijo:

—Nos vemos aquí en dos horas.

—Claro, nena.

¿*Nena*? ¿En serio?

Me quedé pensando de verdad si Layla habría aprobado esa relación, sobre todo por lo protectora que era con Sylvie. La chica no era mi hermana, así que no debería preocuparme por eso. Pero sentía que ya entendía tan bien los sentimientos de Layla hacia su hermanita que me sentí en la obligación de vigilar la situación.

Lo cual era bastante ridículo de mi parte. Porque no era como si Layla y yo tuviéramos una relación que me llevara a asumir el papel de hermano mayor de Sylvie.

Dejé esos pensamientos de lado y, cuando la chica entró en la habitación y me quedé solo con ese chico en el pasillo, decidí intentar sacarle otro tipo de información:

—Entonces, ¿tú y Sylvie están saliendo?

—Sí.

—¿Y ya te presentó a su padre?

—No. Ni de broma. Creo que ese tipo nunca aprobaría a ningún novio para Sylvie. Ella es la princesita de su vida.

¿Eso era en serio? ¿El hombre era sobreprotector con una de sus hijas, pero la otra ni siquiera le despertaba la preocupación de ir a visitarla al hospital?

—Entonces, ¿es celoso con sus hijas? —pregunté, intentando obtener más información.

—Solo con Sylvie, ¿no? Él y Layla tienen ese problema...

—¿Qué problema?

—¿Cómo que no lo sabes? Pensé que estabas saliendo con ella.

Realmente no me agradaba ese tal Brad...

—Digamos que no tuvimos mucho tiempo para hablar sobre eso.

Quería insistir con más preguntas para intentar entender la situación, pero en ese momento mi teléfono sonó y tuve que alejarme, saliendo del pasillo de la UCI y avanzando por otro en dirección a la sala de recepción, mientras atendía la llamada.

Era Janet. Y con solo ver su nombre en la pantalla, ya me hacía recordar la situación de la que ella se estaba ocupando. Eso hizo que el peso de la culpa volviera a caer sobre mí.

—Ya salió el resultado del peritaje de tu coche —dijo apenas atendí.

Suspiré, tenso. Aunque ya había asumido la culpa por lo ocurrido, estar a punto de recibir una confirmación de eso era algo doloroso.

—¿Y entonces? Sinceramente, Janet, no sé para qué todo esto. Ya dije que la culpa fue mía, y responderé por todo lo que corresponda.

—Qué bueno, entonces, que tienes una excelente abogada, que insistió mucho para que este peritaje se realizara.

—¿Por qué lo dices? ¿Se descubrió alguna falla en el coche?

—No solo una falla. Un problema grande. Tú no tenías cómo frenar cuando el tráfico se detuvo porque tu coche estaba completamente sin frenos.

—¿Qué?

—Sin frenos, Sebastian. La manguera de freno estaba dañada. Por eso no pudiste frenar cuando el tráfico se detuvo, ni después de que se salió de la vía.

—No es posible, Janet. Usé ese coche durante horas ese mismo día. Fui a la fiesta en casa de mi madre, después fui al hotel. El freno funcionó perfectamente.

—Sí. Hasta que dejó de funcionar. Creo que no entendiste la gravedad de lo que ocurrió. No fue una falla mecánica. Todo indica que la manguera fue dañada intencionalmente.

—¿Me estás diciendo que alguien manipuló mi coche con el propósito de provocar un accidente?

—Yo no digo nada, Sebastian. Lo dice el peritaje. Y todo apunta a que fue así.

—Pero ¿quién haría algo así? ¿Y por qué? ¿En qué momento?

—Si llegaste al hotel sin problemas, seguramente fue allí donde ocurrió todo. La policía ya solicitó las imágenes de las cámaras de seguridad del estacionamiento. Mientras no descubramos al verdadero responsable, limpia tu conciencia. No fue culpa tuya.

—Gracias, Janet. Gracias por no rendirte, incluso cuando te lo pedí.

—Tranquilo. Sigue cuidando de la joven y del bebé. Por cierto, tú y tus hermanos tienen formas curiosas de convertirse en padres, ¿no? ¿Es una extraña tradición de la familia Turner?

—Si lo es, espero que termine aquí.

Volví a agradecerle y terminamos la llamada. Luego llamé a Michael y le conté todo.

—¿Quién podría haber hecho eso? —me preguntó apenas terminé de explicarle—. No eres de los que se hacen enemigos.

—No lo soy. Y no se me ocurre nadie.

—Piénsalo bien. Alguien con quien hayas tenido problemas en la universidad o en la escuela.

—Tengo treinta y tres años, Mike. Hace demasiado tiempo que terminé los estudios.

—Sí, pero hay gente que guarda rencores toda la vida, quién sabe.

—Probablemente no sea nada de eso. Si alguien tiene algún problema personal contra mí, no debe ser algo de hace tanto tiempo.

—Tal vez no sea exactamente un asunto personal, Sebastian. Eres el CEO de Turner, ¿no?

La sugerencia me llevó a pensamientos que, hasta entonces, no habían pasado por mi mente. Michael podía tener razón.

El problema contra mí podría ser de ámbito profesional. O, tal vez, también hubiera algo personal en eso.

—Nuestro padre tenía muchos enemigos —dije, lo que pareció ser exactamente lo mismo que Michael había pensado.

—Sí, los tenía. Creo que se podría hacer una lista. De hecho, si quieres, yo mismo puedo hacer una.

—Sí, la voy a querer. Ya que estás ocupándote de las cosas en la oficina, intenta conseguir información sobre los últimos contratos. Los aceptados y, sobre todo, los rechazados. Y revisa también con el departamento legal todos los procesos iniciados o recibidos por Turner en los últimos años.

—Claro, señor. ¿También le gustaría una porción de papas fritas para acompañar? —respondió, con ironía.

—Fuiste tú quien se ofreció a ayudar.

—Sí, lo sé. Solo era una broma. Déjamelo a mí.

—Por cierto, me dijiste que intentarías hablar con el padre de Layla.

—Y lo intenté. Fui a su casa varias veces, pero nunca me atendió. Finge que no está, cuando yo sé que sí. La última vez, me dieron ganas de romper la puerta y entrar por la fuerza.

—Contrólate, Michael, tienes dos hijos que criar. No querrás ir a la cárcel por allanamiento.

—Sí, lo sé. Seguiré intentando. Y también voy a intentar hacer una lista de posibles personas que quieran deshacerse de ti.

Todavía era difícil creer aquello, que alguien podría haber planeado algo con la intención clara de acabar con mi vida.

Me despedí de mi hermano y terminé la llamada. Revisé la hora, viendo que todavía faltaba bastante para que terminara el horario de visitas y Sylvie se fuera. Era extraño el hecho de que yo ansiara tanto volver a estar en compañía de Layla.

Me senté en una silla vacía de la recepción y abrí la aplicación de Instagram en el celular, entrando directamente al perfil de Layla. Aún no había revisado todas las publicaciones, ya que lo hacía con calma, siempre dedicando un tiempo a analizar cada detalle de los dibujos y los textos que ella publicaba.

Esta vez, me detuve en una ilustración colorida que mostraba un campo lleno de margaritas de varios colores. Me perdí durante largos minutos, absorbiendo cada detalle de la imagen, pensando que, por alguna razón, me transmitía una sensación de paz.

Y entendí los motivos cuando bajé la pantalla y leí el texto.

Mucha gente no lo sabe, pero, cuando un niño es adoptado, los padres adoptivos pueden decidir un nombre para él, incluso si ya tiene uno. Yo tenía tres años cuando fui adoptada, y mi madre me cuenta que no quería cambiar mi nombre. Primero, porque temía que eso pudiera confundirme. Y, segundo, porque le gustaba el nombre que yo ya tenía: Daisy. Significa "margarita", y siempre dice que esa pasó a ser su flor favorita desde que me conoció.

Bueno, pero a mi padre no le gustaba el nombre. Él quería "Layla", porque era el nombre que deseaba darle a la hija biológica que aún no había llegado hasta ese momento. Mi madre cedió y, así, cambié de nombre.

No recuerdo muchas cosas del tiempo en que viví en el orfanato, mucho menos de mi madre biológica, por eso creo que no tuve dificultades para aceptar mi nuevo nombre.

Pero mi madre mantuvo la esencia del anterior en mí al recordármelo siempre. Cuando yo era niña, le encantaba comprar ropa con estampados de margaritas. Entonces, el nombre antiguo, que se suponía que sería solo un vínculo con mi pasado, pasó a ser también algo que me conecta con mi madre.

Hoy es mi cumpleaños. Creo que el más triste de mi vida, al ver a mi madre tan delicada de salud. Cuando quise hacer este dibujo apenas me desperté, no era una forma de homenajearme a mí misma por la fecha, sino a la conexión que existe entre nosotras.

Te amo, mamá. Recupérate pronto.

Bajé la pantalla hasta los comentarios, algo que rara vez hacía. Encontré algunos nombres conocidos allí, lo que demostraba que esa red social de Layla no tenía nada de secreta.

@camilacollins98: ¡Ella va a estar bien, amiga! Mucha fuerza para ella. Y feliz cumpleaños para ti. ¡Estoy aquí para lo que necesites!

@evelyn_spanish_teacher: Estamos todos apoyándote. ¡Feliz cumpleaños!

@michael.turner: ¡Feliz cumpleaños!

@dr.loganturner: Qué interesante eso del nombre, no tenía idea. Feliz cumpleaños.

@anna_e_aurora_turner: ¡Tía, qué dibujo tan bonito! ¡Nos encantó! ¡Qué flor tan bonita, igualita a ti! Besos de Rory y Anna, ite queremos!

Ni siquiera sabía que mis sobrinas Aurora y Anna tenían Instagram. Y, en realidad, ¿cómo iba a saberlo, si había pasado todo ese último año completamente alejado de cualquier red social?

Pero algo interesante era que, entre todos mis familiares que comentaron, solo dos niñas se enfocaron más en el dibujo que en el texto. Probablemente porque aún eran muy pequeñas y, seguramente, les resultó cansador leer un texto tan largo. Pero eso también mostraba una sensibilidad infantil que los adultos probablemente van perdiendo con el tiempo.

Seguí bajando entre comentarios de personas que no conocía, hasta llegar a uno que enseguida deduje de quién era.

@hannahfrancis68: No quiero que estés nunca mal, mi princesa. Seremos felices por el tiempo que aún tengamos juntas. Eres y siempre serás la flor más hermosa de mi vida. Tan hermosa como los dibujos que haces. Que Dios te bendiga siempre. Besos de mamá.

Eso me formó un nudo en la garganta, una tristeza inmensa. Revisé la fecha de la publicación: 16 de febrero del año anterior. Un año atrás, la madre de Layla estaba viva, deseándole feliz cumpleaños en su publicación. Ahora, ya no estaba.

—Un año... —murmuré, volviendo a revisar la fecha.

Se cumpliría exactamente un año al día siguiente.

—Mañana es el cumpleaños de Layla... —volví a susurrar.

Ella cumpliría años dentro de ese maldito hospital.

*****

Capítulo trece



SEBASTIAN

16 de febrero

Compré margaritas para su cumpleaños. Amarillas, porque sabía que era su color favorito.

Una de sus bandas favoritas era Queen.

Me pareció curioso, considerando su corta edad. Incluso para mí, que tenía doce años más que ella, era lo que yo llamaría un gusto musical "anticuado".

Pero puse uno de los álbumes para que lo escuchara el día de su cumpleaños y, al recordar varias de las canciones, me di cuenta de que a mí también me gustaban, aunque hacía años que no las escuchaba.

Fue interesante cómo una red social me permitió conocer tanto sobre ella. Su gusto musical, su color, sus flores, sus películas favoritas que mencionaba de vez en cuando en alguna publicación.

Y su sensibilidad explícita en sus dibujos.

Obviamente, solo descubrí lo que ella permitía que todos supieran. El diario seguía guardado en el cajón. A veces quise tomarlo y hojearlo, leer más páginas, entenderla mejor. Pero fui firme en la decisión de respetar su intimidad. Ya había leído mucho más de lo que debía.

Los días pasaban y ella no despertaba. La agonía dentro de mí crecía.

Mis hermanos y mi madre me preguntaban si era bueno para mí seguir yendo al hospital todos los días. Yo continuaba alejado de mi trabajo, en el que justamente me había sumergido para anestesiar el dolor que me había dejado la partida de Bonnie. Sylvie también me cuestionaba sobre hasta cuándo permanecería allí como acompañante.

Pero me negaba a dejar a Layla sola. Después de todo, estaba esperando un hijo que posiblemente era mío. Y, además, si yo no estaba allí, ella estaría completamente sola. Y no quería que eso sucediera.

Me ausenté del cuarto durante el horario de visitas. Ese día, además de Sylvie, Camila también fue a verla, junto con algunos amigos que no conocía.

Cuando todos se fueron, encontré varios globos y ramos de flores esparcidos por el cuarto. Me senté en la silla, pero me levanté poco después, cuando llegó la doctora Butler. Pareció sorprendida por todos esos regalos, así que le expliqué:

—Hoy es su cumpleaños.

Me ofreció una leve sonrisa, visiblemente triste. Luego se acercó a Layla, revisando sus signos vitales. Normalmente hacía eso por la mañana, antes de que yo llegara.

—Si quieres que me retire... —empecé a decir.

—No es necesario —respondió—. Ya revisé su estado general esta mañana. Decidí echar un vistazo adicional por estar aquí. En realidad, vine a hablar contigo.

—Claro —respondí.

Parecía que quería conversar allí mismo, pero le pedí que saliéramos del cuarto. Si íbamos a hablar sobre el estado de Layla, prefería que ella no escuchara. Aunque no estaba seguro de si podría oír lo que se decía cerca de ella, decidí no arriesgarme.

Al llegar al pasillo, la doctora dijo:

—Ya lleva más de un mes en el mismo estado de coma, sin responder a ningún estímulo. Y con cada día que pasa en este estado, el riesgo de fallecimiento aumenta.

Asentí con la cabeza en señal de acuerdo. Aunque mi mente aún trataba de procesar aquella información, quise que la médica siguiera hablando. Que dejara toda la situación completamente clara, sin rodeos.

Ella continuó:

—Necesitamos empezar a prepararnos para la posibilidad de que no despierte nunca más.

Esta vez, el movimiento de cabeza que hice fue de negación. Me pasé la mano por el rostro, intentando ordenar mis pensamientos.

Y la doctora continuó:

—Mantendremos todos los recursos y esfuerzos para que siga viva y con salud, hasta que podamos hacerle una cesárea, y…

—Espera… ¿Quieren mantenerla como una especie de incubadora? ¿Es eso?

—Ese es un término muy fuerte.

—No. Es exactamente lo que querías decir.

—Sé que es mucha información de golpe, señor Turner.

—Ella respira sin aparatos, tiene temperatura corporal, presión arterial, los latidos del corazón… Todo en orden.

—Sí. Mantiene cierto nivel de actividad cerebral, lo que permite que su cuerpo siga funcionando. Pero no se mueve, no responde a ningún estímulo. Su estado no ha presentado ninguna evolución. Y, como dije, cuanto más tiempo pasa así, mayor es el riesgo de fallecer.

—Ella no va a morir —repliqué, más enérgico de lo que pretendía.

La médica, sin embargo, no se inmutó. Ya debía estar acostumbrada a ese tipo de reacción.

—No estoy diciendo que vaya a hacerlo. Solo te estoy manteniendo al tanto de todos los posibles escenarios futuros.

Miró a Layla a través del vidrio de la pared, antes de girarse y dirigirse a su oficina al final del pasillo.

Yo me quedé allí parado un momento, intentando procesar todo aquello.

La idea de que Layla pudiera morir era asfixiante. Antes, lo era por no querer cargar esa culpa el resto de mi vida. Por más que ahora supiera que el accidente no había sido provocado por una imprudencia mía, siempre tendría conmigo el remordimiento por esa gran estupidez que le había dicho en el auto y que la llevó a quitarse el cinturón con la intención de bajar.

Pero ahora no era solo eso. La conocía mejor. Había pasado días enteros junto a ella durante un mes y, aunque no abriera los ojos ni dijera palabra, había encontrado formas indirectas de conocerla.

Y sabía que era demasiado buena para terminar así, aún tan joven.

Sin embargo, ¿desde cuándo la vida respetaba esas cosas? Bonnie también había sido una mujer maravillosa, y su vida fue truncada a los treinta años.

Volví al cuarto y me detuve al lado de la cama de Layla. Nunca la había tocado desde que ingresó a la UCI. Pero no pude resistir tomar una de sus manos entre las mías.

—¿Puedes oírme, Layla? —dije—. Ojalá pudieras abrir los ojos y ver la cantidad de flores y globos en este cuarto, para que entiendas que hay muchas personas deseando tu regreso. Tú me dijiste que…

Me detuve al darme cuenta de lo que estaba diciendo. Ella no me lo había dicho directamente; lo había leído en su diario.

Continué:

—Sé que sientes que, después de la partida de tu madre, lo que te da fuerzas para seguir viviendo es tu hermana. ¿Y sabes qué? Ella todavía te necesita mucho. Deberías ver el novio tan raro que

tiene… De verdad, todavía necesita mucho de tus consejos. Y no solo ella. Tienes amigos. Y tienes… tenemos… un pequeño ser que te necesita más que nadie. Por favor, Layla… si puedes oírme, por favor… dame una señal, una sola señal de que aún estás aquí y que lucharás por tu vida y por la de nuestro hijo.

Su rostro permanecía tan sereno como siempre, sin ningún cambio en sus facciones. Y me sentí, de repente, como un gran idiota por todo aquello. Por estar completamente fuera de la realidad.

No podía oírme. Y aun si pudiera, ¿por qué mi pedido sería relevante para que reaccionara de alguna manera?

—¿Es muy extraño si digo que yo también necesito que regreses? —continué—. Al principio, pensé que era solo por culpa, porque tú habías llegado a esa situación por algo planeado contra mí. Pero ya no es solo eso. Siento como si… sé que es raro, pero… además de mi familia, tal vez seas la persona más cercana a una amiga para mí. Siento que podría contarte cualquier cosa. Y no, no es por estar en esta situación, porque a veces incluso creo saber lo que me responderías, qué opiniones o consejos darías, porque… siento que ya te conozco, Layla. Sé lo sensible, trabajadora, cariñosa y especial que eres. Así que, por favor… vuelve. Si aún no estás lista, dame solo una señal… dime que vas a estar bien.

En ese momento, algo realmente sucedió. Y fue tan suave que me llevó algunos segundos más percibir un toque leve y casi imperceptible sobre mi mano. Cuando la miré, vi que sus dedos se movían lentamente.

—Layla… —dije, asombrado.

Observé con más atención su mano entre las mías, aún pensando que podría ser una alucinación mía.

Pero no lo era. Sus dedos realmente se movían.

Volví a mirar su rostro y mi sorpresa solo aumentó. Sus párpados temblaban antes de que, lentamente, comenzaran a abrirse.

—¿Está despertando? ¡Dios mío, estás despertando!

Solté una de sus manos para presionar la campana de emergencia, volviendo enseguida a inclinarme sobre ella.

—Está todo bien, Layla. Está todo bien —le aseguré, temiendo que se asustara al encontrarse en esa situación.

Sin embargo, sus ojos, entreabiertos y somnolientos, no mostraban ningún movimiento. Parecían simplemente mirar al techo. O, en realidad, enfocarse en un punto fijo sin ver realmente nada.

Una enfermera entró, seguida por la doctora. Me pidieron que me apartara, y la doctora Butler movió una pequeña linterna frente a los ojos de Layla, revisando luego sus signos vitales.

Entonces, los pesados párpados de Layla volvieron a cerrarse.

—Va a apagarse de nuevo —dije, angustiado.

La médica se giró hacia mí con una leve sonrisa en el rostro.

Esta vez era una sonrisa de esperanza.

—No se va a "apagar" de nuevo, porque en realidad no llegó a despertar.

—¿Cómo que no? —pregunté—. Movió las manos y abrió los ojos.

—¿Le hablaste para que esto que sucedió se considerara una reacción?

—Le pedí que despertara.

—Perfecto. Eso significa que, a diferencia de antes, empezó a responder a estímulos sonoros.

—¿Entonces realmente puede escucharnos?

—Vamos a hacer más pruebas para evaluarlo. Pero antes no mostraba ningún movimiento. Así que tal vez esto sea un progreso en su cuadro.

—¿Eso quiere decir que va a despertar?

—Significa que, en este momento, tiene un poco más de posibilidades que antes.

Un poco más de posibilidades parecía mucho mejor que *casi ninguna posibilidad.*

Era una esperanza a la que iba a aferrarme con todas mis fuerzas.

*****

Capítulo catorce



SEBASTIAN

3 de marzo

Los avances seguían siendo pocos. Sin embargo, existían, y cada uno de ellos me daba más esperanza de que, muy pronto, Layla finalmente despertaría.

La doctora Butler se fue de vacaciones y la reemplazó otra doctora más joven, la doctora Jones. Le envié un mensaje a Logan preguntándole sobre ella, y me preocupó cuando me dijo que había investigado y descubierto que era una médica recién graduada, que acababa de terminar su residencia.

No quería parecer prejuicioso con los médicos nuevos, pero quería que Layla permaneciera bajo el cuidado de la doctora Butler, que era una profesional reconocida en todo el país. Sin embargo, Logan me tranquilizó, diciéndome que no tenía motivos para pensar que fuera una mala doctora.

Durante el horario de visitas, como siempre, aproveché para salir mientras Sylvie se quedaba con su hermana. La chica

seguía yendo acompañada de su novio y me miraba de manera hostil, como si no tuviera derecho a estar allí.

Ese día necesitaba ir a la oficina de Turner Architecture. Sin embargo, no era para tratar asuntos empresariales; confiaba en que Michael se estaba encargando de todo durante mi ausencia. Fui a una reunión con Janet.

Al entrar en la sala de reuniones, esperaba encontrar a otros abogados junto a Janet, pero ella estaba acompañada solo por mis hermanos Michael y Logan.

—¿Qué pasó aquí? —pregunté mientras caminaba hacia la mesa.

Mis hermanos se levantaron para abrazarme.

—Logan, ¿por qué no estás en Nueva York? —pregunté.

—Cuando la familia nos necesita, venimos —dijo mi hermano del medio.

Pensé: "¿Y qué necesita exactamente nuestra familia? Nuestra madre... ¿Está bien?".

Janet respondió mientras señalaba la silla que estaba justo frente a ella, al otro lado de la mesa rectangular:

—Iba a llamar también a Trinity, pero Michael pensó que era mejor no preocuparla.

—No hay motivos para eso —dijo Michael, aunque parecía un poco más preocupado de lo habitual.

—Entonces, ¿cuál es el problema familiar? —pregunté mientras me sentaba—. Creí que Janet me había llamado para

contarme las novedades sobre mi accidente.

—Y fue exactamente para eso —respondió ella—. Pero quizás la persona que atentó contra ti también intente algo contra tus hermanos en el futuro.

—¿Qué? —pregunté, preocupado.

—Tus hermanos ya están al tanto de la situación, así que necesito ponerte al día. No hubo ningún registro de las cámaras de seguridad del estacionamiento del hotel, que probablemente fue donde tu auto sufrió daños. Hubo una falla en el sistema de cámaras poco después de la medianoche.

—Llovía mucho esa noche. ¿No será por eso? —pregunté.

Janet se rió con ironía.

—Claro, qué gran coincidencia. Solo que la falla ocurrió después de que dejaste el auto allí y entraste al hotel. Así que no fue posible ver quién manipuló tu coche. Pero… logré grabar el momento en que llegaste.

Deslizó un iPad sobre la mesa y lo tomé, viendo un video pausado. Toqué la pantalla y la imagen comenzó a moverse, mostrando mi auto entrando al estacionamiento. Seguí observando y, menos de un minuto después, otro vehículo entró. El video se detuvo poco después, lo que me indicó que ese era el fragmento importante de esa cámara específica.

—Un auto entró justo después del mío… —comenté—. ¿Eso prueba algo?

—Pasa al siguiente video —ordenó.

Deslicé el dedo sobre la pantalla y pasé al siguiente video. Era de otra cámara del estacionamiento y mostraba mi auto entrando a una plaza de estacionamiento. Instantes después, Layla y yo salimos del vehículo y caminamos juntos, probablemente hacia la entrada del hotel.

Tomé aire para preguntar de nuevo si eso demostraba algo, pero noté movimiento en una esquina de la pantalla. Miré más de cerca y vi a un hombre detrás de una columna, observando hacia donde Layla y yo nos dirigíamos.

—¿Ese tipo nos estaba espiando? —pregunté, incrédulo.

—Aparentemente, te estaba siguiendo —respondió Janet —. Los videos de otras cámaras muestran que salió del auto que entró justo detrás del tuyo.

—¿Entonces podremos rastrearlo por la matrícula del coche?

—No es tan simple. El auto era robado. Lo encontraron abandonado la mañana después de tu accidente. En fin, sigue observando.

El hombre —que parecía joven, quizá alrededor de treinta años— permaneció escondido un rato hasta que salió de detrás de la columna. Se acercó a mi auto y lo miró por un tiempo antes de analizar todo a su alrededor. En cierto momento, miró directamente a la cámara de seguridad y luego se alejó caminando hasta desaparecer del plano de la filmación.

Janet tomó de nuevo el iPad.

—El operador de las cámaras de seguridad ya fue citado para explicar cómo las cámaras del estacionamiento dejaron de funcionar pocos minutos después de esto. Todavía no he tenido

acceso a su declaración, pero pronto lo haré. Mientras tanto, pedí la ayuda de Michael para que me asistiera con otro detalle.

Miré a mi hermano menor, que tomó la palabra:

—El estacionamiento del hotel es restringido para huéspedes y asistentes a eventos, como era el caso esa noche, que había una fiesta de Año Nuevo. Para salir es necesario presentar la tarjeta magnética que se entrega al hacer check-in. En el caso de los asistentes al evento, también deben registrarse.

—¿Y el tipo que saboteó mi auto sería lo suficientemente tonto como para registrarse con su nombre real?

Logan explicó:

—Creo que no contaba con que te detendrías en un hotel, y por eso no se preocupó en llevar un documento falso. Mi suposición es que simplemente necesitaba presentar una identificación para el registro. Era eso o no habría podido salir de ahí con el auto en el que llegó.

—Y mi suposición… —continuó Janet—. Es que él no contaba con que tuvieras una abogada tan capaz de investigar hasta el final. Logré conseguir la lista con todos los nombres de quienes hicieron check-in o se registraron para la fiesta esa noche.

—Deben ser cientos de nombres —dije.

—Él llegó después que tú. Así que reducimos considerablemente la lista. No hubo muchas personas haciendo check-in después de la medianoche. Filtramos solo hombres entre veinte y cuarenta años, que estuvieran sin acompañantes. Al final quedaron solo tres nombres.

Michael volvió a tomar la palabra.

—¿Recuerdan lo que hablamos? Sobre la posibilidad de que esto tuviera que ver con nuestro padre o con la oficina. Janet me pasó los nombres. Y yo, personalmente…

Janet y Logan tosieron al mismo tiempo, arruinando la pose que Michael sostenía, inflando el pecho.

—¡Dejen de criticarme! —pidió—. Porque yo, personalmente… pedí al personal de TI de la oficina que me ayudara.

—Eso no es responsabilidad del área de TI, Michael —lo reprendí—. No es cuestión de ningún departamento, es algo personal.

—Si supiera cómo acceder a la base de datos y cruzar información, lo haría yo mismo. Pero no sé, así que pedí ayuda a nuestros empleados. ¿Eso es acaso incorrecto?

—Sí —respondí, en coro con Logan y Janet.

Michael movió las manos frente al rostro, como si no fuera gran cosa.

—No les dije de qué se trataba, tranquilos.

—Pero usaste un departamento de la empresa para asuntos personales… —criticó Logan.

—Era la única herramienta que tenía —replicó Michael—. Además, funcionó. Y fue bastante trabajo, ¿eh? Porque les pedí que cruzaran cada uno de los nombres con todas las personas que hubieran tenido reuniones o firmado contratos con Turner. Primero, revisaron solo el último año y no encontraron nada.

Luego pedí que revisaran los últimos dos, tres, cuatro años… Ya empezaba a pensar que no iba a llevar a nada, pero al final lo encontré.

—Lo encontró el personal de TI —lo corrigió Logan.

—¡Como sea! Lo encontraron, eso es lo importante. En fin, el nombre de él es Daniel Reed, tiene treinta y un años y se reunió con el CEO de Turner hace siete años.

—¿Siete años? —pregunté, sorprendido—. Nuestro padre todavía era el CEO.

—Exacto —volvió a hablar Janet—. Cuando Michael me pasó esa información, le pedí que verificara con la seguridad del edificio de Turner. Todos los visitantes deben registrarse, así que revisamos los datos de ese tal Daniel Reed que estuvo aquí, solo para asegurarnos de que no fuera otra persona con el mismo nombre que el hombre del hotel. Pero la fecha de nacimiento también coincide, así que no tenemos dudas de que es la misma persona.

—Espera… ¿Están diciendo que el hombre que intentó matarme se reunió con nuestro padre hace siete años?

—Exactamente —respondió Logan—. Pero no encontramos registros empresariales sobre él. Ni registros como cliente de Turner. Todo indica que nuestro padre lo recibió en su oficina para tratar algún asunto personal.

Janet suspiró, cansada, antes de preguntar:

—La pregunta más importante ahora es la siguiente, Sebastian: ¿Conoces a Daniel Reed? ¿Has tenido algún contacto o desacuerdo con él?

Moví la cabeza en señal de negativa.

—No tengo idea de quién es.

—Entonces creo que queda claro que, sea cual sea el asunto de él, estaba relacionado con tu padre. Y eso convierte a ustedes tres en posibles objetivos de este loco. Por lo tanto, hasta que sea detenido, es mejor que refuercen su seguridad.

Miré a Logan.

—¿Por eso volviste a Los Ángeles?

—Sí. Janet me contó un poco de la situación por teléfono. Hasta hace poco, ni siquiera habría considerado mudarme. Pero ahora tengo esposa y dos hijas, y sé que estarán más seguras en Los Ángeles. Pedí licencia en el hospital y Evelyn dejó su escuela al cuidado de una empleada de confianza.

—¿Y nuestra madre? —pregunté—. Si nosotros tres somos objetivos, ella también puede estar en peligro.

—Nos quedaremos con ella —informó Logan—. Evelyn, las niñas y yo estaremos en su casa, así no se quedará sola.

Miré a Michael, que también habló sobre sus medidas de seguridad:

—Camila también pidió licencia en Turner y creemos que es más seguro sacar a Alice y Eric de la guardería por ahora. Reforzaremos todo el sistema de seguridad de la casa.

Asentí. Y solo en ese momento, cuando mis hermanos hablaron sobre la seguridad de sus hijos, me di cuenta de que yo también tenía otra vida que proteger ahora.

—Layla está embarazada de un hijo mío —dije.

Y Janet respondió, mostrando que ya había pensado en eso. Claro, porque esa mujer parecía pensar en todo.

—La información sobre su embarazo aún no es pública. Y vamos a mantenerla así. Si ella despierta del coma y vuelve a casa…

—”Cuando” —la corregí, sin siquiera pensarlo demasiado.

Ella pareció no comprender al principio.

—¿Qué?

—Dijiste "si". Cuando Layla despierte y vuelva a casa. Ella va a despertar.

Asintió con la cabeza, como diciendo “lo hablaremos después”, y simplemente continuó:

—Bien, cuando pueda volver a casa, vas a tener que alejarte.

—No puedo alejarme, Janet, ella está embarazada de un hijo mío.

—No estoy diciendo que la abandones, Sebastian. Manténla al tanto de la situación y trata de ser lo más discreto posible sobre el hecho de que está embarazada de un hijo tuyo. Al menos hasta que detengan a ese hombre. Ya se han presentado todas las pruebas; será cuestión de días, como máximo semanas, hasta que lo arresten. Pero, hasta entonces, ustedes tres… tengan mucho cuidado y protejan a sus familias.

Todos estuvimos de acuerdo y Janet se fue. Después de pasar casi una hora más hablando con mis hermanos sobre todo aquello, nos despedimos. Les dije que iba a ir a mi nueva casa a comenzar a pensar en todo lo relacionado con los sistemas de seguridad. Y esa era, realmente, mi intención. Especialmente porque ya era tarde y el sol comenzaba a ponerse.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en toda esa situación. Alguien había intentado matarme y, por eso, otra persona inocente estaba ahora en coma en un hospital. Una vez más, el sentimiento de culpa me consumió, y sentí que necesitaba hablar con Layla sobre eso, aunque ni siquiera pudiera saber si me escucharía.

Así que tomé el primer auto disponible y me dirigí al hospital.

Tan pronto como empujé la puerta del pasillo de la UCI, me detuve, asustado, al ver un movimiento extraño frente al cuarto de Layla.

Vi a dos enfermeras entrando al cuarto, mientras otras dos se quedaban en la puerta, mirando a través del vidrio con preocupación y curiosidad. Me apresuré a acercarme y también miré a través del vidrio.

Y apenas pude creer lo que veía.

Al principio, sentí una ola de desesperación al ver a la doctora Jones moviendo una pequeña linterna frente a los ojos de Layla. Fue imposible no pensar que lo peor había sucedido. Sin embargo, en pocos segundos me di cuenta de que era todo lo contrario.

Layla estaba… despertando…

Despertando…

Me acerqué a la puerta, apartando a las enfermeras e intentando entrar. Sin embargo, estaba cerrada por dentro. Golpeé varias veces, angustiado, volviendo a mirar a través del vidrio. La médica me miró por un instante, sin interrumpir lo que decía a Layla, y luego hizo una señal para que uno de los enfermeros me abriera.

Prácticamente lo empujé en cuanto destrabó la puerta y entré al cuarto, justo en el momento en que la doctora Jones decía, mirando a Layla:

—Todo está bien ahora. Tus signos vitales son excelentes. Solo necesitaremos hacer algunos exámenes más para asegurarnos de que tú y tu bebé estén bien.

¡Mierda!

¡Mil veces mierda!

Cuando la doctora Butler me dijo que le había pasado todo el caso de Layla a su sustituta, creí que había sido realmente todo, incluyendo la información de que Layla aún no sabía que estaba embarazada.

Ella acababa de salir de un coma de dos meses. No podía recibir esa noticia así.

Y pude ver toda la confusión en su rostro. Eso me puso tan tenso que me apresuré a decir algo rápidamente para tratar de desviar su atención del tema.

Está bien, sabía que un embarazo no era precisamente un tema del que se pudiera hablar a la ligera, pero… Tal vez Layla

estuviera demasiado confundida para comprenderlo en ese momento.

—Qué bueno que despertaste —fue lo que dije—. Nos preocupamos mucho.

Los ojos de Layla se desviaron de la médica para mirarme a mí. Confusos, asustados…

Hermosos…

Todavía no me había dado cuenta de lo bonito que era ese tono verdoso en sus ojos.

Entonces, llevó una de sus manos a la cabeza, como si sintiera algún dolor. O quizás era solo la confusión de ese momento.

La médica se giró hacia mí y, para mi desesperación, repitió lo mismo que le había dicho a Layla:

—Parece estar bien. Pero aun así vamos a hacer algunos exámenes para verificar el estado real de su salud y la de su bebé.

—¿Qué bebé? —preguntó Layla, confundida. Su voz temblaba y estaba ronca, probablemente por el tiempo que pasó sin usarla.

Quise encontrar las palabras para responder de forma simple. En realidad, quería poder hacer que olvidara esa información, al menos por un momento, hasta que pudiera comprender todo lo que había pasado.

Pero la doctora Jones fue más rápida en responder, como si no fuera nada importante:

—Estás embarazada, querida. De nueve semanas.

Layla me miró, con los ojos aún más asustados, como implorando alguna explicación. La médica le pidió que descansara, pero ella no pareció escuchar y preguntó:

—¿Cuánto tiempo exactamente estuve en coma? ¿Qué día es hoy?

—Hoy es tres de marzo, querida. Pasaste dos meses dormida.

Tuve que interrumpir antes de que esa mujer hiciera que Layla se desmayara y pasara otros dos meses inconsciente.

—Doctora, ¿puedo hablar un momento con ella?

—Vamos a necesitar realizar algunos exámenes —argumentó.

—Lo sé. Solo déme diez minutos antes de eso, por favor.

—Está bien —dijo sonriendo—. Supongo que estás feliz de verla de vuelta. Solo diez minutos, ¿de acuerdo? Y trata de no decir nada que pueda ponerla nerviosa o confundida.

Ah, un poco tarde para pensar en eso, ¿no?

¿Cuál era el problema de esa médica?

Finalmente salió junto con los enfermeros, y yo me quedé pensando por dónde empezar aquella conversación.

Bueno, no haría mucha diferencia. Layla ya había recibido todos los golpes posibles ese día.

*****

Capítulo quince



LAYLA

¿Dos meses?

¿Había sufrido un accidente… y pasado dos meses dormida?

¿Ese tipo de cosas pasan en la vida real?

¿Cómo era posible que hubieran pasado dos meses? Yo solo iba a una fiesta de Año Nuevo, y…

No… llegué a la fiesta. Estuve un tiempo allí, y…

Me dolía la cabeza al intentar recordar. Sebastian Turner se acercó, tocando ligeramente mi brazo.

Volví a mirar al hombre frente a mí, repasando mentalmente toda la información.

Aparentemente, sufrí un accidente y, cuando desperté, estaba embarazada… ¿de Sebastian Turner?

¿Del millonario viudo que apenas conocía?

—¿Estás bien? —preguntó, con un tono que parecía de genuina preocupación.

Dios mío…

Podía recordar, aunque de forma confusa. Sebastian Turner me había dado un aventón al salir de la fiesta. Nos detuvimos en un lugar para esperar a que pasara la lluvia, y…

—Dios mío… —dije, repitiendo la frase que más rondaba en mi mente.

Miré a Sebastian Turner, justo a mi lado. Tan cerca de mí, con las manos tocando mi brazo…

Y recordé los momentos en que sus manos tocaron mucho más.

Ah, esas manos grandes sabían exactamente qué hacer y cómo hacerlo...

—No, eso no fue lo que pasó… —dije, negando con la cabeza.

Y, una vez más, por quinta o sexta vez, forzaba mi mente a recordar cada detalle de aquella noche.

Esa noche que debía haber sido ayer, no dos meses atrás.

—Por favor, Layla… trata de calmarte.

¿Calmarme?

¡Había sufrido un accidente!

Había pasado dos meses dormida.

Y antes de eso… fui a la cama de un hotel con mi jefe. Un hombre que, hasta ese día, nunca me había dirigido palabra más allá de un eventual y meramente educado "hola" cuando nos encontrábamos en algún evento familiar o en los pasillos de la empresa.

Y ahora, yo… yo…

—No puede ser que esté embarazada… —susurré, en estado de shock.

Me sentí completamente desorientada y giré el cuerpo sobre la cama intentando levantarme. Pero al apoyar la mano en el colchón para impulsarme, simplemente no pude. No tenía fuerza en los brazos para eso.

—¿Qué pasó con mis brazos? —pregunté.

—Layla, por favor, no puedes levantarte.

Pero apenas lo escuchaba. Los músculos de mis brazos temblaron, pero logré levantar el torso para sentarme. Con algo de confianza, intenté ponerme de pie. Pero apenas mis pies tocaron el suelo, mi cuerpo se desplomó. Sebastian reaccionó rápido, rodeando mi cuerpo con los brazos y evitando que cayera.

—¿Qué pasó con mis piernas? —dije, a punto de llorar.

¿Qué estaba pasando con todo mi cuerpo?

Sebastian Turner me volvió a sentar en la cama y me explicó.

—Has pasado dos meses acostada, inmóvil. Tus músculos están débiles, no puedes simplemente levantarte y caminar.

—¿Ya no puedo caminar? —Lo miré a los ojos, sin poder contener las lágrimas.

No quería parecer una niña asustada, pero…

La verdad es que eso era exactamente lo que sentía.

Creo que nunca antes la frase "necesito a mi madre" tuvo tanto sentido como en ese momento, cuando me sentía más vulnerable que en cualquier otra etapa de mi vida.

Pero mi madre no estaba allí. Eso lo recordaba perfectamente.

—Vas a poder caminar, Layla. Pero no ahora. Por favor, recuéstate otra vez, no puedes hacer esfuerzo todavía, acabas de despertar de un coma.

Él todavía me sostenía, apoyando su mano en mi torso para que me mantuviera sentada en la cama, con las piernas colgando hacia el suelo. Me sentía realmente agotada y quería volver a recostarme, pero había una urgencia aún mayor: necesitaba respuestas.

Así que no me importó la cercanía de mi cuerpo con el de Sebastian Turner. Solo lo miré a la cara, necesitando entender lo que había pasado.

—¿Qué tipo de accidente sufrí? —pregunté.

Los recuerdos de la parte de la noche que pasé con él aún eran un poco borrosos. Recordaba que nos acostamos y luego…

creo que nos fuimos. Todo era muy vago, como si hubiera pasado hace mil años.

Pero, al mismo tiempo, parecía que hubiera sido ayer, no hace dos meses.

—Tuvimos un accidente de coche —explicó.

—¿Los dos? ¿Juntos? ¿Tú también…?

—Sí, yo también tuve que estar un tiempo en el hospital. Pero mi situación fue mucho menos grave que la tuya. ¿Recuerdas que te quitaste el cinturón de seguridad?

—¿Por qué habría hecho algo así?

Él suspiró, como si esa fuera una de las partes difíciles de contar. Negué con la cabeza, porque eso no importaba tanto en ese momento. Tenía dudas mucho más urgentes.

—¿He estado dos meses dormida? ¿Ya estamos en marzo?

—Sí, así es.

¿De verdad había perdido todo enero y febrero? Había pasado todo el invierno, el regreso a clases de la universidad, el cumpleaños de mi hermana, mi propio cumpleaños…

Las primeras nueve semanas de mi embarazo…

—No puede ser… ¿Estoy embarazada? ¿No usamos preservativo?

—No, no lo usamos. Creo que ninguno de los dos lo pensó.

—No suelo ser tan irresponsable.

—Yo tampoco.

—Y realmente estoy…

—¿Embarazada? Sí.

—Dios mío… Creo que de verdad quiero recostarme.

Él me ayudó, colocando suavemente mis pies sobre la cama. Luego, me sorprendió al pasar su mano por mi rostro para secar mis lágrimas.

Y entonces, la vergüenza que había estado reprimiendo finalmente me cayó encima. Sebastian pareció notarlo, porque retrocedió de inmediato.

—No quiero que tomes mi pregunta como ofensiva, Layla. Pero… dijiste que siempre usas preservativo, así que… como no lo usamos esa noche, y coincide con la fecha de concepción del bebé… creo que el hijo es mío, ¿no es así?

La pregunta no me ofendió. Era genuina, considerando que yo era soltera, y no habría sido raro que hubiera estado con otro hombre uno o dos días antes. La idea podía parecer extraña para mí, ya que no era precisamente una defensora del sexo casual, pero…

Bueno, teniendo en cuenta la forma en que prácticamente me lancé a sus brazos esa noche, él no podía presumir otra cosa.

—Hace mucho tiempo que no… que no tenía relaciones con nadie más… —dije, un poco tímida.

Después de todo, lo último que jamás imaginé en mi vida era tener que hablar de mi vida sexual con mi jefe.

—¿Dónde está mi hermana? ¿Ella sabe lo que me pasó? —pregunté.

Entonces me di cuenta de que era una pregunta estúpida. Era obvio que Sylvie lo sabía, ya que todo había pasado hacía dos meses y no la noche anterior.

—Ha venido a verte todos los días. Pero no puede quedarse porque… bueno, para ser acompañante hay que ser mayor de edad.

—¿He estado sola todo este tiempo?

—No. Yo soy tu acompañante.

—No puedes ser mi acompañante —repliqué, ya que conocía bien las reglas de un hospital.

—Puedo. Estás embarazada de un hijo mío.

—Pero no estabas seguro de que fuera tuyo.

—Pero sabía que la posibilidad era grande. Y, bueno… no podía simplemente dejarte sola.

Por un instante, me quedé sin palabras ante su gesto. Realmente no tenía ninguna obligación de hacer eso. Aunque estuviera embarazada, no éramos pareja. La verdad es que apenas me conocía.

Sin embargo, dejé eso de lado para hacer otra pregunta, aun sabiendo que existía un alto riesgo de arrepentirme después.

—¿Y mi padre? ¿Por qué no está siendo mi acompañante?

Noté la vacilación en el rostro de Sebastian. Y cuando finalmente habló, fue como una forma de evadir la pregunta:

—Creo que ya han pasado más de diez minutos, ¿no? —Se alejó, yendo hacia el timbre al lado de la cama—. Tienes que hacerte los exámenes.

—Señor Turner… —lo llamé, usando la forma que sabía que era más apropiada. Tendríamos un bebé juntos, pero al final, él seguía siendo solo mi jefe. Me miró después de presionar el timbre y repetí—: ¿Por qué mi padre no es mi acompañante?

—Lo siento mucho, Layla, pero…

—¿Pero…?

—Simplemente no lo sé. No vino.

—¿No vino… ni siquiera a visitarme?

—No. Lo siento.

Más lágrimas escaparon de mis ojos sin que pudiera controlarlas. En medio de todo lo que estaba descubriendo en ese momento, era ridículo sufrir por algo a lo que ya debería estar acostumbrada.

Sebastian pareció tomar aire para decir algo, pero en ese momento entraron dos enfermeros al cuarto, diciendo que me llevarían a realizar algunos exámenes.

Me dejé guiar por ellos, dejando a Sebastian atrás. Fueron largas horas llenas de procedimientos, en los que solo respondía

mecánicamente a sus preguntas, mientras intentaba buscar en mi mente las respuestas que realmente necesitaba.

*****

Capítulo dieciséis



LAYLA

5 de marzo

Sylvie vino a verme a la mañana siguiente de la noche en que desperté, y pasó todo el día conmigo. Lloró mucho, dijo mil veces cuánto se había preocupado y, cuando por fin logró calmarse, intentó animarme contándome todo lo que había pasado en esos últimos dos meses. Desde cosas de su escuela, pasando por chismes de artistas, sobre parejas famosas que se habían divorciado, hasta noticias de actualidad y entretenimiento. Podía parecer cosa de una hermana tonta, pero me pareció tierno cuando dijo que aún no había visto la nueva temporada de su serie favorita porque quería esperar para verla conmigo, como siempre hacíamos.

Tierno, pero al mismo tiempo angustiante. Porque yo podría no haber vuelto. Podría haber muerto en ese accidente, y no quería que la vida de mi hermana se detuviera por mi ausencia.

Ya había sido suficiente todo lo que se había detenido desde que nuestra madre falleció.

Sin embargo, Sylvie no mencionó nada sobre nuestro padre. Y pareció evitar el tema de mi embarazo. Solo habló del bebé al final de la tarde, como si tuviera miedo de que eso aún fuera confuso para mí.

Y lo era.

Fue cuidadosa al abordar el tema, pero se mostró feliz con la idea y aseguró que me ayudaría a cuidar al bebé.

Y al otro día, Camila y Evelyn vinieron a visitarme. Ambas me abrazaron, muy emocionadas, y también trajeron varias hojas con dibujos.

—Te los envió Alice —explicó Camila, mientras me entregaba un dibujo que parecía ser de ella conmigo, rodeadas por un corazón un poco torcido, pero hermoso.

—Anna y Aurora también —añadió Evelyn.

Los dibujos enviados por las gemelas eran un poco más elaborados, ya que eran mayores, tenían casi siete años, mientras que Alice pronto cumpliría tres. Incluían frases como "Tía, te amamos" y "Mejórate pronto, tía Layla". Por más simple que pareciera, eso me conmovió.

—Son tan adorables… —dije, emocionada con los dibujos. Me estaba emocionando muy fácilmente con absolutamente todo—. Y Eric también.

Camila mostró una sonrisa enorme y orgullosa.

—Dices eso porque aún no has visto lo inquieto que está. Especialmente ahora que ya se pone de pie, apoyando sus manitos en los muebles. Quiere explorar toda la casa.

—¿Ya se pone de pie? —pregunté, sorprendida.

Eso no era posible. El bebé de Camila apenas estaba empezando a gatear el otro día…

Literalmente fue *el otro día*, para mí. Era como si hubiera sido anteayer, pero en realidad ya habían pasado más de dos meses desde la última vez que lo vi, en la fiesta de Año Nuevo. Eso era demasiado tiempo para un bebé.

Tiempo suficiente para que ahora supiera que había uno formándose dentro de mí.

—Tus visitas aún están restringidas —dijo Camila—. Pero en cuanto te pasen a otra habitación, podré traer a Alice y a Eric para que te vean.

—Y yo traeré a las gemelas —agregó Evelyn.

Moví la cabeza en señal de negación.

—No, por favor. Por más que quiera verlos, los hospitales pueden ser lugares difíciles para los niños. Espero poder irme pronto de aquí y entonces sí podré verlos. Por cierto… —Miré a Evelyn—. ¿Hasta cuándo van a quedarse en Los Ángeles?

Ambas se miraron entre sí, como si guardaran un secreto, y luego Evy respondió:

—Es una historia larga, Lay. En algún momento te la contaremos. Pero no ahora. Necesitas tranquilidad para recuperarte.

Eso me dejó un poco intrigada, pero pronto lo dejé de lado, pensando que no debía ser nada importante.

—Bueno… no puedo mantenerme de pie, tengo dificultades incluso para comer por mi cuenta, todavía me están alimentando con comida blanda, hago pis a través de una sonda, descubrí que estoy embarazada y que pasé dos meses enteros completamente inconsciente. No sé si usaría la palabra "paz" para describir mi mente en este momento.

Me reí, porque era un intento de broma. Pero las dos me miraron con tristeza. Camila tomó mi mano.

—Lo siento mucho, amiga. Estamos muy felices de que hayas vuelto, pero ni siquiera puedo imaginar el caos que debe haber en tu cabeza.

—Voy a estar bien —respondí, forzando una sonrisa—. Bueno, los dos vamos a estar bien, ¿verdad? Ya no estoy sola en esto.

Llevé una de mis manos a mi vientre, intentando acostumbrarme a la idea de que tendría un bebé. Esta vez, las dos sonrieron, y Camila comentó:

—Y ustedes dos tampoco están solos. Sabes que Sebastian estuvo contigo todo este tiempo, ¿verdad?

Sentí de repente que mi rostro se calentaba, avergonzada al pensar en eso. Todavía me resultaba difícil imaginar al imponente Sebastian Turner pasando meses en vela en un hospital para cuidar… de mí.

Sin embargo, si lo pensaba un poco mejor, cualquier cosa en toda esa historia habría sido inimaginable para mí hace apenas unos meses. Empezando por lo que acababa de mencionar:

—Todavía no puedo creer que me acosté con mi jefe…

Las dos se rieron y Evelyn dijo:

—Nosotras también nos sorprendimos. Ni siquiera sabía que se conocían más que de vista.

—No nos conocíamos —expliqué—. Todo simplemente pasó, pero… en realidad, todavía no lo conozco.

—Sin juzgarte, amiga —dijo Camila—, pero fue una gran sorpresa, porque eso de tener sexo con desconocidos, o poco conocidos en este caso, no es algo habitual en ti.

—Ya hacía bastante tiempo que mi rutina sexual era solo la abstinencia —respondí—. Como dije, simplemente pasó. Creo que estaba un poco vulnerable con todo eso de Año Nuevo, extrañando a mi madre, enojada con el mundo…

Evelyn asintió, mostrando que entendía.

—Se juntaron la vulnerabilidad, la abstinencia y un hombre atractivo, no había forma de que fuera diferente.

—¡Evy! —la reprendió Camila.

Y las tres nos reímos. Mi situación no tenía nada de graciosa, pero no pude evitar reír ante ese análisis tan preciso.

—¿Acaso dije alguna mentira? —se defendió Evelyn—. No cambiaría a mi Logan por nada, pero hay que admitir que son tres hermanos muy bien dotados físicamente. Y, seamos sinceras: Sebastian probablemente también estaba en esa mezcla de vulnerabilidad, enojo con el mundo y abstinencia sexual… y tenía a Lay como compañía. ¿Cómo iba a resistirse?

—Sí, claro… —respondí, todavía riendo.

La verdad es que, en esa cama de hospital, con mi cabello sin lavar desde hacía quién sabe cuánto tiempo, algunos kilos menos y el rostro demacrado, lo último que podría sentirme en ese mundo era "atractiva". Pero era muy bueno tener amigas que se esforzaban por levantar mi autoestima.

Camila volvió al punto inicial del tema:

—Como te dije, Sebastian estuvo a tu lado todo este tiempo. Puedes estar segura de que será un padre presente y que no te dejará sola en esto.

Forzando un poco la memoria, logré recordar con más claridad la noche que Sebastian y yo pasamos juntos. El sexo había sido impulsivo y, al mismo tiempo, increíble. Pero en cuanto terminó, apareció el sentimiento de culpa en ambos. Probablemente el de él era mucho mayor, al recordar a su esposa. Y yo recordaba la forma en que había lidiado con eso. La manera en que me miró, o mejor dicho, cómo evitó mirarme.

Y también recordé la frialdad y las palabras crueles que me dijo en el coche. Hizo el comentario más despreciable, tocando una herida muy personal de una manera horrible. Y fue eso lo que me hizo quitarme el cinturón de seguridad y pedirle que detuviera el coche en una gasolinera para poder bajarme.

Yo apenas conocía a Sebastian Turner antes de todo aquello. Cuando empecé a trabajar en Turner, llegué a coincidir con algunos meses de su gestión, antes de que tuviera que ausentarse para cuidar a su esposa enferma. La impresión que tenía de él era la de un hombre increíblemente atractivo y, aunque un poco reservado, bastante amable y educado. Luego se ausentó durante un largo período y regresó solo después de la muerte de su esposa.

Cuando volvió, parecía otro hombre. Más cerrado, sin sonrisas ni muestras de simpatía con los empleados. Y también mucho más exigente con el trabajo.

Antes de que ocurriera lo nuestro, él seguía siendo un hombre callado. Fue educado conmigo e incluso amable al preocuparse por mi regreso a casa. Pero después… se mostró bastante insensible.

Entonces… ¿por qué había permanecido a mi lado durante dos meses mientras yo estaba en coma? El accidente no lo obligaba a hacerlo. Ni siquiera la paternidad del bebé, de la cual ni siquiera estaba seguro.

A menos que, debajo de esa máscara de frialdad, realmente hubiera un buen hombre.

Iba a decir algo, pero en ese momento llegó la médica, anunciando que necesitaba hacerme más exámenes y que, ese mismo día, comenzaría las sesiones con un fisioterapeuta para recuperar los movimientos de mis músculos, afectados después de dos meses sin moverme.

Camila y Evelyn se despidieron y se fueron. Un enfermero me ayudó a salir de la cama y me acomodó en una silla de ruedas, en la que me llevaron fuera de la habitación.

Cuando pasamos por la sala de recepción, lo vi.

Sebastian Turner… estaba allí.

Después de todo… incluso después de que yo hubiera despertado, seguía allí.

Nuestras miradas se cruzaron mientras me llevaban hacia la sala de exámenes. Y sentí que mi corazón latía más fuerte en

el pecho, sin siquiera entender la razón.

*****

Capítulo diecisiete



LAYLA

8 de abril

Sebastian Turner seguía yendo al hospital. Ya no todos los días, como hacía antes, pero lo veía por ahí al menos tres veces por semana.

Lo veía en la sala de recepción y, a veces, iba hasta el área de fisioterapia, me saludaba desde lejos con un gesto y casi siempre hablaba con mi fisioterapeuta. Deduje que probablemente hacía preguntas sobre el bebé. Si todo estaba bien, si podía tener alguna dificultad en su desarrollo debido a mi limitación física y a las actividades que necesitaba realizar.

Bueno, al menos eso era lo que yo deducía. Tom, mi fisioterapeuta, nunca me contó de qué hablaban. Y yo me esforzaba bastante en tantearlo para intentar que soltara algo.

Tuve avances rápidos con las sesiones. Después de un mes, todavía me cansaba con facilidad y sentía algo de debilidad al hacer ciertos movimientos, pero ya era capaz de caminar sola, de ir al baño. Incluso me permitieron bañarme sola, lo que me alivió muchísimo.

En esos poco más de treinta días que duró mi recuperación, fui descubriendo la felicidad y la satisfacción en tareas simples que antes me parecían tan insignificantes.

Hasta que, por fin, llegó el día de irme.

Sylvie me llevó algo de ropa y, por fin, me vi libre de esa cosa horrible que era la bata de hospital. Logré cambiarme sola en el baño y regresé a la habitación, donde mi hermana me esperaba con una enorme sonrisa en el rostro.

—Es tan bueno verte así —dijo.

Y yo le devolví la sonrisa.

—Espero que la señorita no haya hecho muchas travesuras durante el tiempo que estuve aquí.

—Claro que no, Lay —respondió. Hizo un puchero, como una niña contrariada—. Venía aquí a verte todos los días después de la escuela. No tuve ni tiempo para hacer "travesuras".

—Entonces deberías haberlas hecho. Eso es lo que hacen los adolescentes.

—Tal vez lo haga ahora que vas a volver a casa.

—Vamos a hablar con calma sobre los términos de eso.

Aún sonriendo, abrí el primer cajón del mueble al lado de la cama, en el que ya había revisado y había visto que estaba mi diario. Sylvie pareció curiosa al verlo.

—¿Qué hace eso ahí?

—Estaba conmigo en el momento del accidente. Alguien debió haberlo traído aquí.

—Pero ¿por qué no me lo entregaron? Ese tipo me dio tu bolso. ¿Por qué sacó tu diario de adentro?

—Bueno, el diario no estaba dentro del bolso en el momento del accidente. Tal vez se lo dieron en momentos distintos y se olvidó de entregártelo.

—Eso es muy raro. No me cae bien.

No me preocupaba que mi diario estuviera ahí. De hecho, incluso me sentía agradecida de que Sebastian no se lo hubiera entregado a Sylvie. Conocía lo suficiente a mi hermana como para saber que era muy probable que leyera lo que yo escribía ahí. Y muchas de las cosas recientes trataban sobre mi preocupación por ella.

Como buena adolescente, sabía ser bastante entrometida cuando quería. Tal vez ese era el único punto que nos hacía discutir de vez en cuando, ya que yo valoraba demasiado mi privacidad. Sin duda me habría enfurecido si mi diario hubiera sido entregado a ella y hubiera leído cualquier cosa.

—Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me cae bien —repliqué en tono de broma.

Eso fue suficiente para que Sylvie riera. Sin embargo, enseguida contuvo la risa y planteó una pregunta:

—Entonces, ¿ustedes no están saliendo realmente?

¿Yo? ¿Novia de Sebastian Turner? La idea me sonó tan absurda como si alguien dijera que yo tendría alguna posibilidad de salir con Henry Cavill.

—No, no estamos saliendo.

—Pero van a tener un bebé.

—Sylvie, tienes dieciséis años. Ya pasamos por la etapa de hablar sobre cómo se hacen los bebés, ¿no?

—Diecisiete —replicó.

—¿Qué?

—Cumplí diecisiete años, Lay. En enero.

Recordar eso me entristeció. Había perdido tantas cosas en ese período de tiempo… Y todavía me sentía bastante confundida intentando volver a la vida normal.

Como si lo hubiera notado, Syl volvió a hablar, claramente tratando de distraerme de esos pensamientos:

—Me acuerdo de esa conversación. Y recuerdo que, en ella, me dijiste que es importante que dos personas se gusten para dar el "siguiente paso".

¿De verdad iba a usar mis propias palabras en mi contra?

—No dije que no me guste Sebastian Turner.

—Acabas de decir que no te cae bien.

Maldición, estaba cayendo en demasiadas contradicciones.

—Es diferente a que alguien realmente te desagrade.

—Sabes perfectamente a qué tipo de "gustar" te referías cuando tuviste esa conversación conmigo.

—Sí, lo sé. Lo que no te dije en ese momento es que eso no siempre pasa. A veces uno se deja llevar solo por las hormonas y las

cosas terminan ocurriendo. Pero eso es en el mundo de los adultos, no de los adolescentes. Acuérdate de controlar al máximo tus hormonas hasta después de los dieciocho años.

—¿Hasta el año que viene?

—¿Qué?

—Cumplo dieciocho el año que viene, Lay.

—¿Dije "dieciocho"? En realidad quise decir "veintiuno".

—Tú todavía tenías veinte cuando te acostaste con tu "no-novio" antipático.

—Sylvie, en serio… Yo simplemente no soy un buen ejemplo a seguir, ¿de acuerdo? Haz lo que te digo, no lo que yo hago.

—Está bien. Entonces todo ese discurso de "usa siempre preservativo" también es solo para adolescentes.

—No. Es para todo el mundo. Yo me equivoqué y… eso fue todo. Ahora tienes en casa un excelente ejemplo de todo lo que no debes hacer.

Ella tomó aire para responder, pero en ese momento alguien abrió la puerta. Era Ashley, la enfermera del turno, que estaba encargada de darme el alta. Traía una silla de ruedas, y yo todavía protesté un poco, diciendo que podía caminar hasta la salida. Sin embargo, ella insistió en que esa era una norma del hospital y recalcó que debía descansar la mayor cantidad de tiempo posible.

—Ya fueron más de tres meses de reposo. Dos de ellos bastante intensos —repliqué, haciéndola reír.

Al final, me senté en la silla, colocando mi diario sobre las piernas, y Ashley me empujó mientras, junto a mi hermana, me guiaba hasta la salida del hospital.

Cuando llegamos allí, lo vi.

Sebastian estaba allí, de pie cerca de la puerta, con un pequeño ramo de margaritas en las manos.

Margaritas.

Había varias en mi habitación cuando desperté. ¿Había sido él quien llevó algunas?

Sacudí la cabeza, intentando no pensar en eso.

La enfermera se detuvo, dejando mi silla justo frente a él. Nos quedamos en silencio durante unos segundos, mirándonos, hasta que él extendió las flores hacia mí. Las tomé, un poco tímida por todo aquello.

Timidez que mi hermana, definitivamente, no compartía conmigo, porque preguntó sin ningún tipo de vergüenza:

—¿Qué haces aquí?

—Voy a llevarlas a casa —respondió.

No fue intencional, pero esa frase me provocó ansiedad. Después de todo, fue con la oferta de llevarme a casa que todo aquello había ocurrido.

—No hace falta —replicó Sylvie con energía. Realmente no parecía agradarle en absoluto Sebastian—. Vamos a tomar un taxi.

—Insisto —dijo él, mirándome directamente—. Prometo que esta vez no tendremos imprevistos y te dejaré en casa sana y salva.

La forma en que me miró dejaba en evidencia lo que sentía: culpa. Probablemente aquello lo había estado carcomiendo desde el día del accidente.

Ahora todo resultaba más claro para mí. Los motivos que habían llevado a ese hombre a pasar tanto tiempo yendo todos los días al hospital para hacerle compañía a una persona desconocida e inconsciente.

Yo creía que no tenía motivos para sentirse culpable. Al final, todo había sido solo un accidente. Sin embargo, por respeto a ese sentimiento, terminé asintiendo con la cabeza.

Sylvie se mostró claramente molesta por eso, pero no le quedó otra opción que aceptar.

El auto de Sebastian estaba estacionado muy cerca de la entrada del hospital, y fue él mismo quien empujó mi silla hasta el vehículo. Al llegar, abrió la puerta y me tomó en brazos, acomodándome en el asiento trasero.

No debería haber sentido todos esos escalofríos por estar, durante unos segundos, entre sus brazos, pero no pude evitarlo. Era extraño, pero tenía la sensación de que él era, para mí, más que mi jefe, al que apenas conocía de vista, que me había dado un aventón al salir de una fiesta, había intercambiado algunas palabras conmigo y con quien había tenido algunos momentos de sexo casual y un breve desacuerdo después.

Eso había sido todo, ¿no?

Pero, por alguna razón, sentía como si lo conociera mucho más que eso. Como si hubiéramos compartido más tiempo. Como si fuera, no sé… un amigo, tal vez.

No exactamente eso. No solo eso.

Era extraño y confuso.

Sylvie se sentó a mi lado y le mencionó la dirección a Sebastian, que nos llevó en silencio hasta nuestra casa.

En realidad, hasta la casa en la que yo había crecido y de la que me fui apenas entré a la universidad. Y a la que esperaba no tener que volver nunca, pero tuve que hacerlo después de la muerte de mi madre. El término más adecuado para ese lugar, donde me sentía solo como una huésped no muy deseada, era "la casa de mi padre".

Pensé en cómo sería reencontrarme con él. Para mí, había pasado poco más de un mes, pero en realidad habían sido más de tres, contando el tiempo que estuve en coma.

Y él no había ido a visitarme ni una sola vez en esos más de noventa días.

Me quedé un momento mirando la casa. El césped estaba demasiado alto. Después de todo, siempre era yo quien contrataba a alguien para cortarlo, ya que mi padre había dejado de preocuparse por eso desde que mi madre murió.

Al parecer, había dejado de preocuparse por todo. Y esa fue la razón por la que regresé a vivir allí: para poder cuidar de Sylvie.

Y también de él, en la medida en que me lo permitiera.

Sebastian abrió la puerta de mi lado y me tendió la mano.

—¿Puedes caminar? —preguntó.

Asentí con la cabeza, pero acepté su mano como apoyo para bajar del vehículo. Sylvie se apresuró a entrar en la casa, dejándonos solos en la acera.

—Gracias —dije, de pie frente a Sebastian, sosteniendo mi cuaderno y las flores que me había regalado—. Por llevarnos y… bueno, por todo.

—No fue nada —respondió—. Necesito tu número. Me gustaría mucho poder acompañarte a los controles… ya sabes… del bebé.

Instintivamente, llevé una mano a mi vientre, que mostraba una leve y casi imperceptible curva. Había perdido peso durante el tiempo que estuve en coma, así que el embarazo, hasta ese momento, apenas había hecho que me acercara a mi peso de antes del accidente.

—Todavía no hemos hablado de eso… —dije. En realidad, no habíamos hablado casi de nada.

Era extraño, porque sentía como si ya hubiéramos pasado horas y horas conversando.

—No quiero que asumas eso si no es realmente lo que quieres —continué—. No hay nada peor para un niño que ser criado por alguien por un simple sentido de obligación. Yo quiero a este hijo, aunque no haya sido planeado, y voy a criarlo con o sin un padre.

Él asintió.

—Yo también quiero a este hijo, Layla. Y quiero ser parte de todo en su vida.

Era sincero. Se notaba en sus ojos que lo decía con convicción, sin ninguna duda.

—Está bien. Ya dejé programado el primer control para la próxima semana. Si quieres ir…

—Quiero. De verdad quiero.

—Bien… entonces anota mi número…

Sacó el teléfono y me preparé para dictárselo, pero fui interrumpida cuando la puerta de la casa se abrió y un hombre de cincuenta y dos años —aunque aparentaba al menos veinte más— y visiblemente borracho salió en nuestra dirección.

*****

Capítulo dieciocho



LAYLA

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó mi padre, irritado.

Se había vuelto cada vez más común verlo de esa manera. Siempre había tenido algunos problemas con la bebida, pero no era algo tan serio y preocupante hasta la muerte de mi madre, cuando se entregó por completo al vicio.

—Hola, papá… —dije, tensa.

—Nada de "hola, papá". ¿Por qué viniste aquí?

Me quedé sin reacción ante la pregunta. ¿A dónde más iba a ir, si ese era el lugar donde había estado viviendo?

Sebastian dio un paso al frente, colocándose entre nosotros.

—Disculpe, señor… Pero sabe que Layla estuvo internada en un hospital, ¿verdad?

—¡No me importa! —respondió mi padre, prácticamente escupiendo las palabras—. Siempre dije que no eras mi hija, y

ahora estoy aún más seguro de eso. ¡Una hija mía nunca aparecería embarazada sin estar siquiera casada!

Aquello era increíble. Tanto, que incluso Sebastian pareció quedarse sin palabras.

Yo ya había escuchado muchas cosas de mi padre. La frase "no eres mi hija", incluso, se había vuelto común desde que mi madre falleció. Antes evitaba decirlo, por respeto a ella. Pero después de que murió… y de que me vio como la principal responsable de eso… ya no tenía por qué fingir que al menos toleraba mi presencia.

Pero siguió tolerándome. Después de todo, yo cuidaba de Sylvie, dejaba la comida preparada y la casa limpia. Los tres meses sin mi presencia tal vez le habían servido para darse cuenta de que yo no era tan necesaria allí. Especialmente ahora, que iba a tener un bebé.

Sylvie salió corriendo desde dentro de la casa y también se colocó frente a nuestro padre.

—¿Qué estás haciendo, papá? —preguntó, furiosa—. No puedes hablarle así a Lay.

—¡Le hablo como quiero! —replicó—. Una mujer embarazada y soltera no va a entrar en mi casa.

—Está bien, me voy —anuncié, haciendo que Sebastian y Sylvie me miraran, probablemente pensando ambos que yo estaba un poco loca. No tenía a dónde ir, después de todo—. Pero Sylvie se viene conmigo. No voy a dejarla vivir contigo.

Podría haber dicho más: "no voy a dejarla viviendo con un borracho irresponsable como tú". Pero no lo hice porque,

increíblemente, todavía tenía respeto por ese hombre, aunque no lo mereciera.

Y su respuesta dejó claro que él, en cambio, no tenía ni una pizca de respeto por mí:

—Llamaré a la policía si te la llevas. No voy a permitir que mi hija viva con una cualquiera.

Sebastian volvió a mirarlo, y pude ver el odio evidente en su rostro, así como los nudillos de sus manos volverse blancos por la fuerza con la que apretaba, probablemente intentando controlarse.

—Agradezca a Dios que no tengo el valor de golpear a un viejo borracho —dijo.

Luego se giró hacia mí y tomó mi mano, con la intención de llevarme de vuelta al auto. Pero yo me quedé inmóvil, sin entender.

—Vamos, Layla, no tienes por qué soportar esto.

—No tengo a dónde ir… —respondí. Mi voz salió casi en un susurro angustiado.

—Sí tienes. Solo ven.

—Yo… yo no… —tartamudeé, sin saber exactamente qué decir.

Su mano apretó un poco más la mía, y me dijo:

—Solo confía en mí. Sé que no he hecho mucho para merecerlo, pero… dame ese voto de confianza.

No sabía si era porque realmente confiaba… o si era por la desesperación de ese momento, por la urgencia que sentía de alejarme de mi padre y de irme de ese lugar… Pero, cuando me di cuenta, mis pies empezaron a avanzar uno delante del otro, caminando, dejándome guiar por Sebastian de regreso al auto. Él abrió la puerta del pasajero y yo me senté en el asiento, aún con los pies fuera del vehículo, cuando Sylvie se acercó a mí y se agachó frente a mí, llorando mucho.

—Lo siento, Lay… Yo… yo le conté lo del bebé porque pensé que eso haría que lo reconsiderara y que al menos fuera a visitarte. Yo creí… yo creí que…

Su voz se quebró por el llanto y yo la acerqué hacia mí, abrazándola.

—No es tu culpa, Syl. Nada de esto es tu culpa.

—¿A dónde vas? Llévame contigo, por favor.

Su petición me atravesó el corazón. Pero intenté aferrarme al hecho de que, aunque solía ser brusco conmigo, mi padre no trataba mal a Sylvie. Su adicción al alcohol hacía que pasara más tiempo fuera de casa que dentro, y no estaría presente para ser el padre que ella merecía, pero tampoco sería capaz de lastimarla, ni físicamente ni con palabras. Eso era en lo que necesitaba concentrarme, por la razón que expuse:

—No puedo llevarte conmigo, Syl. Él es tu padre y tu responsable legal.

—Siempre está borracho, hay noches en las que ni siquiera vuelve a casa. Me he sentido tan sola. Primero perdimos a mamá, después casi te pierdo a ti… y ahora te estás yendo.

—No, mi amor. Tú nunca vas a estar sola, ¿de acuerdo? Necesito irme ahora, pero… después, con calma, te prometo que vamos a encontrar una solución para todo.

Estaba prometiendo algo que ni siquiera sabía si podría cumplir. Pero era todo lo que podía hacer en ese momento. Mi padre había regresado al porche y caminaba de un lado a otro, gritando para que Sylvie entrara y para que yo me fuera de una vez. Con cada grito, sentía que el pecho se me desgarraba más y más, y lo único que quería era desaparecer de allí lo antes posible.

Cuando Sylvie y yo nos soltamos, pasé mis manos por su rostro, secando sus lágrimas. Ella se puso de pie y se giró hacia Sebastian. Sabía que no le tenía ninguna simpatía, por eso fue una sorpresa escucharla decir:

—Cuídala bien, por favor.

Él asintió y, con suavidad, me ayudó a acomodarme en el asiento, metiendo mis piernas dentro del vehículo antes de cerrar la puerta. Luego rodeó el auto y se sentó al volante.

Nos abrochamos los cinturones y, cuando puso el auto en marcha, miré hacia atrás: a mi hermana, a mi padre, que aún gritaba desde la entrada, y a la casa en la que había crecido… hasta que todo desapareció de mi vista al doblar en la esquina.

Volví a mirar al frente, sintiendo que las lágrimas nublaban mi visión. Pero no tenía tiempo para eso en ese momento. Sebastian me estaba sacando de allí, pero yo necesitaba decidir a dónde iría.

Pareció leer mis pensamientos.

—Vas a venir a mi casa.

—No puedo quedarme en tu casa —repliqué.

—Al menos por un tiempo. Todo el que necesites, hasta que encuentres otro lugar.

—Eso puede llevar tiempo. Compartía un departamento con una compañera de la universidad, que ahora vive con su novio. No sé si mi salario me alcanzaría para cubrir sola los gastos de… ¡Maldición! —Solté al darme cuenta de un detalle.

—¿Qué pasa?

—Ni siquiera sé si todavía tengo trabajo.

—Claro que lo tienes.

—Soy solo una pasante. Y, aunque el salario de Turner es muy bueno en comparación con el promedio, ese puesto no cubre tres meses de licencia médica.

—Yo decido qué cubre y qué no.

Para cualquiera, podría haber sonado arrogante, pero entendí que no era el caso. Quería transmitirme seguridad.

Y, en realidad, lo logró.

—De verdad no necesita hacer tanto por mí, señor Turner…

—¿Podemos acordar dos cosas?

—¿Cuáles?

—Bueno, antes que nada, puedes dejar de llamarme "señor Turner". Es extraño, eres la madre de mi hijo.

La madre de su hijo…

Eso era lo que todavía me resultaba extraño.

De todos modos, asentí. Y él continuó:

—La segunda es que… como acabo de decir, eres la madre de mi hijo. Claro que voy a hacer todo lo que esté a mi alcance, Layla. No voy a dejarte sin un lugar donde vivir. Y, sinceramente, después de conocer a tu padre, tampoco estaría tranquilo dejando que vivas con él.

—Él no era así cuando mi madre estaba viva. Bueno, al menos conmigo, solía ser más discreto con sus opiniones.

—¿Por qué te trata de esa manera?

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta, haciéndome entender que, incluso si quisiera, no sería capaz de desahogarme sobre eso. Toda mi relación con mi padre representaba algo que desbordaba mi pecho de la más profunda tristeza.

Era el único padre que conocía. A pesar de que nunca había querido realmente serlo.

—Lo siento… —logré decir entre sollozos—. Yo… yo no quiero… no quiero hablar… de…

Él retiró una de las manos del volante y tocó la mía, que descansaba sobre mi diario íntimo y junto a las flores en mi regazo. Giré el rostro hacia él al mismo tiempo que él me miró de reojo, lo suficiente como para notar, probablemente, mi sorpresa por ese nuevo contacto. Entonces apartó la mano rápidamente y dijo:

—No tienes que decir nada que no quieras. Todo va a estar bien.

Quería decir algo. Quería agradecerle por todo lo que estaba haciendo por mí, pero simplemente no pude.

El llanto se volvió aún más fuerte, dejándome incapaz de pronunciar una sola palabra más.

*****

Capítulo diecinueve



SEBASTIAN

9 de abril

Comprendía perfectamente que ella no quisiera desahogarse conmigo. Porque el único desahogo que había tenido, la única cosa personal que me había contado de forma directa —sobre el hecho de haber sido adoptada—, había sido usada por mí en un momento de locura en el que quise herirla con palabras, de manera totalmente injusta.

Después de eso, ¿cómo podría confiar en mí?

La llevé a mi casa. Llegamos ya de noche, y ella estaba tan abatida que no tuve cómo mostrarle la parte trasera del patio, con vista directa al mar. Desde allí, bastaba con bajar unos pocos escalones para pisar la arena de una playa en Malibú, que era muy poco concurrida precisamente por estar en una zona de mansiones.

Mi nueva casa no era exactamente como la que ella había dibujado, pero el mar estaba justo ahí, y yo sabía cuánto lo amaba.

Todo eso era tan contradictorio… Al mismo tiempo que ella me había contado una sola cosa sobre sí misma, al menos de forma directa, yo ya sabía tanto sobre ella. No me sentía orgulloso de lo que había descubierto a través de los fragmentos que leí en su diario, pero eso era solo una pequeña parte de todo, ya que cumplí la promesa que me hice de no volver a invadir su privacidad de esa manera. Sin embargo, casi todo lo que sabía sobre ella era por lo que dejaba ver públicamente, a través de sus dibujos, sus textos e incluso de las canciones que añadía a sus publicaciones en Instagram.

Entonces simplemente la guié hasta mi habitación, diciéndole que podía dormir allí. Tenía habitaciones libres —una de ellas, de hecho, pensaba reservarla para el bebé—, pero la única con muebles era la mía. Por eso, dormí en la sala. Lo cual no fue ningún gran sacrificio, considerando que el sofá era bastante grande y cómodo.

Aun así, no logré dormir bien. Estaba consumido por la rabia hacia ese hijo de puta que, legalmente, era el padre adoptivo de Layla. Sentía que incluso era un insulto usar ese título para él. Adoptivo o biológico, ser un verdadero padre iba mucho más allá de un nombre en un certificado de nacimiento, y ese hombre, definitivamente, no merecía ser considerado así.

Y tenía todo el derecho a decir algo así, ya que mi propio padre había sido un hombre bastante ausente en mi vida y en la de mis hermanos. Aun así, lograba ser mejor que el de Layla. Al menos, nunca nos había hablado de esa manera.

Terminé levantándome muy temprano y fui a la cocina a preparar el desayuno. Algo que no hacía desde…

Desde el último día que Bonnie estuvo en casa, antes de ir al hospital a someterse a una cirugía de la que nunca regresó.

Cuando quedé viudo, dejé de preocuparme por preparar comidas elaboradas. Desayunaba en la oficina y comía cualquier cosa que vendieran en la panadería frente al edificio. A la hora del almuerzo pedía lo que fuera por delivery, y hacía lo mismo en la cena, salvo en las ocasiones en que salía a cenar con clientes importantes.

Precisamente por eso, no tenía muchas cosas en la cocina. Abrí los armarios y todo lo que encontré fueron tostadas integrales y algunos frascos de mermelada.

Tal vez tendría que pedir algo por delivery…

—Buenos días… —La voz dulce y femenina a mi espalda me sorprendió, haciéndome dar un pequeño sobresalto.

Me di vuelta y encontré a Layla en la entrada de la cocina, todavía con la misma ropa del día anterior.

—Buenos días —respondí—. Aún es temprano, ¿por qué no duermes un poco más?

—Creo que ya pasé demasiado tiempo durmiendo… —replicó, con un tono más ligero, aunque la tristeza seguía siendo evidente en su rostro.

—Entiendo. Vine a preparar algo para comer, pero… lo único que tengo son tostadas y mermelada.

—Por mí está perfecto.

—No, no lo está. Una mujer embarazada necesita comer cosas más nutritivas.

—No sé mucho de nutrición, pero… las tostadas con mermelada suenan bastante apetecibles comparadas con la comida

del hospital.

Se acercó y se detuvo a mi lado. Se puso de puntillas y alzó las manos para tomar el paquete de tostadas y el frasco de mermelada del armario. Luego me miró por un momento, dedicándome una leve sonrisa antes de girarse y dirigirse hacia la isla de la cocina.

Cerré el armario y la seguí, arrastrando una silla a su lado para sentarme.

—De todas formas, necesitamos tener comida de verdad aquí —dije, tomando el frasco de mermelada para abrirlo—. Me mudé hace poco más de un mes y apenas me dio tiempo de organizar los muebles de la cocina, la sala y mi habitación. No me quedó tiempo para ir al supermercado.

—Puedo ir por ti. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecerte por darme alojamiento.

—No necesitas hacer eso. Puede parecer una tarea simple, pero es cansador, y aún no estás completamente recuperada.

—Casi lo estoy. Y también quiero volver al trabajo. Creo que debo haber reprobado por ausencias en la universidad, todavía tengo que averiguar cómo está mi situación allí. Pero necesito volver a trabajar. Por cierto, gracias por haber mantenido mi puesto.

—Sería un verdadero idiota si te despidiera después de todo eso.

—No fuiste un idiota. En ningún momento. Fuiste todo lo contrario.

—Bueno… De todas formas, tómate al menos dos semanas más para recuperarte un poco antes de volver al trabajo. Mientras

tanto, creo que tendrás que ir a buscar tus cosas a la casa de… ¿cómo se llama?

—¿De mi padre?

—Su nombre. No creo que sea adecuado referirse a él de esa manera.

Noté un leve temblor en sus labios, una tristeza evidente provocada por mi comentario. Aunque fue duro, lo consideré necesario. Pensaba que cuanto más Layla se refiriera a ese hombre de forma afectuosa, más sufriría por todo aquello.

—Albert —respondió, tomando una tostada y arrancando un pedazo con la mano antes de llevarlo a la boca.

—Puedo ir hasta allá a recoger tus cosas. ¿Tu hermana podría hacer una maleta para ti?

—Seguro que sí. Pero no quiero que te tomes esa molestia. Si no te importa, puedo pedirle a Sylvie que me traiga algo de ropa. Quiero verla y saber cómo está después de todo lo que pasó ayer.

—Claro. Pero también puedo ir a buscarla. Sobre todo por el peso de la maleta.

—No voy a pedirle que traiga muchas cosas. Y sobre las dos semanas de reposo… creo que sería un abuso de mi parte quedarme tanto tiempo aquí.

¿Ella pensaba que dos semanas era demasiado tiempo?

Para mí era tan poco. Quería que se quedara mucho más que eso.

Pero, ¿qué estaba pasando por mi cabeza?

—Puedes quedarte el tiempo que necesites. No sería un abuso, Layla. Estás embarazada de un hijo mío. Vivo solo en una casa grande. Y ahora que estoy retomando mi cargo como CEO en la empresa, pasaré mucho más tiempo allá que aquí. No vas a incomodarme en absoluto.

—Aun así… tal vez no sea lo más apropiado. No tenemos ningún tipo de relación.

—Vamos a ser padres del mismo hijo, eso ya es una relación. Podemos hacer esto de la forma más amigable posible. Somos dos adultos.

—Pero ¿y cuando tú…? —Hizo una pausa, observándome en silencio durante unos instantes—. No, déjalo.

—Ahora dilo. "Cuando yo", ¿qué?

—Nada. Puedes ofenderte, como la otra vez.

—¿Por qué me ofendería? Vamos, dilo.

Ella dudó un momento más antes de hablar:

—Está bien… Sé que aún amas y siempre amarás a tu esposa, pero… puedes y debes seguir con tu vida en algún momento. Y cuando quieras traer a una mujer a casa, ¿cómo vas a explicar mi presencia aquí?

—No estoy pensando en eso. Lo que pasó entre nosotros fue…

—Un error, lo sé.

No era la palabra que yo pensaba usar…

Pero recordé que había sido exactamente la que yo mismo utilicé aquella fatídica noche.

Layla continuó:

—En ese momento, tal como ocurrió, como una forma de escapar de la realidad… Fue realmente un error. Pero tú mereces seguir adelante e intentarlo de nuevo. Conocer a una buena mujer, enamorarte, rehacer tu vida…

—Yo solo… no estoy pensando en eso ahora. Quiero empezar de nuevo, pero… con mi trabajo y… siendo padre.

—Bueno… todo nuevo comienzo es válido.

—Entonces, ¿eso significa que te vas a quedar? ¿Al menos hasta que nazca el bebé?

Ella se rió, como si yo acabara de decir algo muy gracioso.

—Faltan seis meses para que nazca el bebé. La mitad de un año.

—No es mucho tiempo para reorganizar tu vida desde cero, Layla. Pero puedes… ahorrar una buena parte de tu salario, volver a la universidad e intentar recuperar el año académico, hacer planes, quizá buscar un lugar donde vivir… mientras cuidamos juntos de tu embarazo. Después de que nazca el bebé, vas a necesitar apoyo en los primeros meses y, como ya te dije, quiero formar parte de la vida de este niño desde el principio. Cuando él o ella sea un poco menos dependiente exclusivamente de ti, y cuando tu vida esté más en orden, empezamos a organizar algo como vivir en casas separadas y una custodia compartida.

—No lo sé, Sebastian. Creo que necesito pensar mejor todo esto.

—Bueno… tienes tiempo para hacerlo. ¿Sabes qué me ayuda a pensar?

Ella negó con la cabeza y yo me levanté, tomándola de la mano para que me acompañara. Así, la guié hacia la parte trasera de la casa. Vi cómo su rostro se iluminaba al ver la vista.

—Guau… —Sonrió, mirando el mar, que se extendía al final del borde de la piscina—. Está bien… esta vista es un gran argumento para convencerme de aceptar tu propuesta.

Yo también sonreí, alegre por ese breve momento de felicidad en ella.

—No recordaba lo bien que me sentía estando cerca del mar —dije.

Sentí ganas de añadir que había sido ella quien me lo había recordado y quien, indirectamente, me había llevado a elegir esa casa en lugar de un departamento frío con vista a otros edificios.

Sin embargo, recordé que el dibujo de la casa en la playa no formaba parte de su Instagram. Era algo que ella había decidido guardar solo para sí misma. Y yo me sentía bastante avergonzado por haber descubierto eso.

—Sí. Yo también amo el mar. Dijiste que te mudaste aquí hace poco. No sé dónde vivías antes, pero… esta casa fue, claramente, una excelente elección.

—Yo también lo creo. Estuve a punto de mudarme a otro departamento, pero cambié de idea a último momento.

—¿En serio?

—Sí. Me di cuenta de que tuve una buena infancia creciendo en una casa con patio. Entonces pensé que, ya que voy a ser padre, quería que al menos uno de los hogares de nuestro hijo tuviera suficiente espacio para que pueda correr al aire libre.

De repente, ella giró el rostro hacia mí, como si algo de lo que había dicho hubiera llamado su atención.

Yo también la miré, confundido por la expresión de asombro con la que me observaba.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ella parpadeó varias veces, hasta que negó con la cabeza.

—Lo siento… es que… sentí como si… no, no fue nada…

—¿Otra vez con eso de "no fue nada"? Ahora dímelo.

—Es que es una tontería. Alguna confusión de mi mente…

—¿Qué tipo de confusión?

—Es que… tuve la sensación muy clara de haber hablado de esto contigo antes. Pero es una tontería. Porque, antes de hoy, nunca habíamos hablado realmente sobre cómo vamos a criar al bebé, ¿verdad?

Sonriendo, volvió a mirar el mar. Y esta vez fui yo quien se quedó sorprendido. Porque aquello no era un error ni una tontería…

Yo realmente le había dicho eso mientras ella dormía.

Aun así, intenté disimular haciendo otra pregunta:

—Entonces, ¿te vas a quedar?

—¿Estás seguro de que no voy a incomodarte?

—Ya te lo dije, casi no paso tiempo en casa. Apenas notaré que estás aquí.

Era una mentira. O una media verdad. Realmente pasaba poco tiempo en casa. Sin embargo, sería imposible no notar su presencia.

—Con una condición —dijo ella.

—¿Cuál?

—Que vuelvas a tu habitación. Yo me quedo en la sala.

—Ya encargué muebles para las habitaciones de invitados. Planeé una con cama matrimonial y otra con dos camas individuales, pensando en que mi hermano Logan quizá quiera quedarse aquí con su familia cuando venga a Los Ángeles. Puedes quedarte en una de esas habitaciones. Y aún hay otra libre, que quiero convertir en la habitación del bebé. Podemos hacerlo juntos.

Ella llevó una mano a su vientre y sonrió.

Y yo entendí eso como un sí.

*****

Capítulo veinte



SEBASTIAN

11 de abril

El equipo de montaje de los muebles llegó ese mismo día, y ahora Layla ya tenía su propia habitación. Al día siguiente, su hermana llevó una bolsa grande con ropa y objetos personales y, mientras las dos conversaban, salí a resolver algunas cosas, como comprar comida para la casa.

Recién ahora, dos días después, regresaba a la empresa. Layla insistió en ir también, pero las indicaciones médicas y del fisioterapeuta eran que se quedara en casa descansando un poco más. Aún no estaba completamente recuperada del accidente.

Cuando llegué a Turner Architecture, fui directamente a la oficina del CEO y, como era de esperarse, encontré a Michael allí. Sin embargo, no estaba solo. Tecleaba algo en la computadora con una sola mano, mientras con la otra sostenía al pequeño Eric. Y, sentada en el suelo, estaba Alice, garabateando unas hojas de papel.

—¡Tío Sebastian! —exclamó mi sobrina en cuanto me vio, levantándose y corriendo a abrazar mis piernas.

—¡Sebastian! —exclamó mi hermano al verme—. No sabía que venías hoy, pero qué bueno que lo hiciste. Todos los problemas de esta oficina decidieron explotar hoy.

Tomé a Alice en brazos y besé su mejilla, luego volví a mirar a mi hermano.

—¿Por qué trajiste a los niños aquí?

—Están sin guardería, ¿recuerdas? Y hoy Camila tuvo que acompañar a su abuela a unos exámenes de rutina.

—Podrías haberlos dejado con mamá.

—Camila sugirió lo mismo, pero pensé que podría con todo y… Eric, por favor, hijo, ¿puedes quedarte quieto? Está bien, quieres ir al suelo, ¿no? Ve, anda, explora el mundo.

En cuanto lo dejó en el suelo, Eric salió gateando por la oficina, claramente dispuesto a explorar todo. Michael volvió a concentrarse en la computadora.

—Esto de estar sin guardería está siendo bastante complicado —dijo mientras escribía—. Camila hace mucha falta aquí. Parece que las cosas no avanzan sin ella. Tenemos tres proyectos grandes atrasados, clientes furiosos… un verdadero caos.

—Bueno, ya estoy de vuelta. Puedo retomar el cargo de CEO, tú vuelves a tu puesto anterior… ¿y el de Camila no lo asumió alguien mientras cubría el tuyo?

—¿Sabes quién asumía siempre el puesto original de Camila cuando ella tenía que ocupar el mío como jefe?

—¿Quién?

—Layla. También hace mucha falta aquí.

—¿Layla asumía el puesto de Camila? ¿No sigue siendo una pasante?

—Camila siempre dice que Layla es mucho más competente que todos los arquitectos titulados de su equipo juntos. Y probablemente tenga razón, porque sin Camila ni Layla, ningún otro tipo asumió el puesto, pero voy a tener que despedirlo, porque simplemente retrasó todos los plazos y entregó un montón de trabajos mal hechos, y ahora estamos llenos de problemas por resolver, y… ¡mierda! Acabo de acordarme. Tengo una reunión en quince minutos.

—¿Trajiste a los niños a la oficina en un día de reunión?

—Pensé que podría con todo. Eric ya debería estar dormido a esta hora, así que iba a dejar a los dos con mi secretaria.

Alice bajó de mis brazos y corrió con sus pasitos aún torpes detrás de su hermano, que soltó un grito de felicidad y se apresuró a gatear para "huir" de ella. Las carcajadas de los dos niños llenaron la oficina y sentí ganas de sonreír, hasta que me di cuenta de que ese no era el momento más adecuado para tanta alegría infantil en ese lugar.

—Está bien, Mike. Yo iré a la reunión y tú quédate con los niños.

—Ah, Sebastian… vaya…

Ese "vaya" fue dicho con el tono de alguien que, en realidad, quería soltar una grosería, pero se contenía por la presencia de sus hijos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pensé que te ofrecerías a quedarte con ellos.

—¿Por qué haría eso?

—Porque eres el tío Sebastian buena onda. Porque ni siquiera sabes de qué trata la reunión ni con quién es, estás completamente fuera de los asuntos de la oficina. Y porque… —dejó de escribir y me miró— estoy agotado. Camila está agotada. Solo queremos poder volver a llevar a los niños a la guardería.

No pude evitar reír. Desde que se convirtió en padre, mi hermano Michael siempre se había mostrado como el hombre más dispuesto del mundo. Ahora, sin el apoyo de una guardería que le permitiera a él y a Camila equilibrar el cuidado de sus hijos con el trabajo, podía ver en él otra cara de la paternidad.

En mi condición de futuro padre, aquello debería haberme asustado. Sin embargo, lo único que hice fue admirar aún más a mi hermano y a mi cuñada. Y pensar que yo también podría con eso.

—Está bien, Mike, ve a la reunión y deja que yo me encargue de los dos.

—Hermano… te debo una.

—Pronto yo también tendré un bebé. Así que, créeme, en algún momento me voy a cobrar ese favor.

Él sonrió y se acercó a mí, dándome unas palmadas en la espalda.

—No tengo dudas de que serás un gran padre.

—Ve de una vez a tu reunión antes de que cambie de opinión.

—Ya voy. Solo necesito… —Se palpó los bolsillos del pantalón y del saco, buscando algo—. Maldición, ¿dónde está mi celular?

Miré alrededor y vi a Alice sentada en el suelo, al lado de su hermano, mostrándole algo en la pantalla del celular de su padre. Michael siguió mi mirada y pensé que le daría un infarto cuando vio eso.

—¡Dios mío! ¡Alice! ¡Eric!

Se acercó a sus hijos y se agachó frente a ellos, recuperando su celular y explicándoles que no podían jugar con eso. Mientras se levantaba y comenzaba a caminar hacia mí, movió la pantalla del dispositivo y se detuvo de repente, como si hubiera visto algo que lo sorprendió.

—Oye, Sebastian… —empezó a decir.

—¿Qué pasa? —pregunté, curioso.

—Camila me envió algo que vio en internet… Escucha, ¿no tienes nada que contarme?

—¿Como qué?

—Algo como…

Antes de que pudiera terminar la pregunta, la puerta del elevador privado de la oficina se abrió, revelando a Janet, que parecía bastante molesta.

—¿No tienes nada que contarme, Sebastian? —preguntó.

Pero ¿qué era exactamente lo que tenía que contarle a todo el mundo?

¿Alguien podría decírmelo primero a mí?

—Vaya, estás en problemas, hermano… —El énfasis en "problemas" dejó claro que, una vez más, quería usar una palabra mucho menos educada—. Arréglatelas con Janet y luego me cuentas lo que tengas que contar… si es que sobrevives para hacerlo.

Dicho eso, prácticamente corrió hacia el elevador, pasando junto a Janet como si fuera un niño huyendo de un regaño, y dejando al hermano mayor —en este caso, yo— solo para enfrentar la reprimenda que venía.

Y yo ni siquiera sabía el motivo.

Mi abogada se detuvo frente a mí y preguntó:

—¿Qué fue lo que te pedí?

—¿Con respecto a qué, exactamente?

—A la chica, Sebastian. A tu dulce Bella Durmiente.

Suspiré, entendiendo a qué se refería.

—Que mantuviera cierta distancia, para mantenerla segura y fuera de peligro.

—¿Y qué hiciste?

No tenía idea de cómo se había enterado de eso, pero era evidente que ya lo sabía, así que simplemente respondí:

—Yo… la llevé a vivir conmigo.

—¡Increíble, Sebastian! ¡Increíble!

Extendió la mano con el celular hacia mí, y entonces pude ver la noticia en la pantalla.

Había una foto tomada a cierta distancia, en la que aparecíamos Layla y yo, uno al lado del otro, probablemente captada desde la playa hacia la que da la vista de mi casa, en el momento en que conversábamos. La imagen había capturado un instante en el que ella miraba el mar y yo tenía el rostro girado hacia ella.

Justo debajo, el texto sensacionalista del artículo:

¿El último Turner soltero ya no está disponible?

Viudo desde hace más de un año, Sebastian Turner (33 años), estaría viviendo con una joven misteriosa. Las fuentes afirman que la mujer sería una pasante de Turner Architecture.

No me digné a leer el resto del texto, porque ya imaginaba el tipo de basura que encontraría allí. Incluso podría haber hecho un bingo con los temas que suelen aparecer en ese tipo de "artículos periodísticos" de portales de chismes.

Siempre mencionaban el hecho de que mi difunto padre había tenido innumerables relaciones extramatrimoniales, muchas de ellas con empleadas. Así como también siempre hablaban de mi madre, por haber sido una actriz reconocida de Hollywood, y de los varios novios que tuvo desde que quedó viuda, como si eso fuera algo que desacreditara su imagen y ofendiera su honor.

Sin mencionar que mis hermanos también tenían su cuota de "escándalos" publicados en ese tipo de prensa. Así que sabía que sus nombres probablemente también habían sido mencionados allí.

—Banda de buitres… —murmuré.

—Lo son —coincidió Janet—. Una banda de buitres. Pero eso no cambia el hecho de que hiciste exactamente lo contrario de lo que te pedí.

—No es lo que parece, Janet. Solo voy a alojar a Layla, porque su padre la echó de la casa y no tenía a dónde ir. Pero no hay nada entre nosotros.

—Suponiendo que yo creyera eso… ¿de verdad crees que el tipo que intentó matarte también lo va a creer? ¿Y más aún después de que fotos como esa se filtraron a la prensa?

—No… no lo va a creer.

Bajó el celular y lo guardó en su bolso.

—¿Cómo está la seguridad de ustedes? ¿Contrataste guardaespaldas?

—No. Pero el condominio donde vivo es bastante seguro. También tengo cámaras por toda la casa y reforzamos el sistema de seguridad aquí en el edificio de la empresa.

—No es suficiente, Sebastian.

—Dijiste que ese tipo estaba por ser arrestado, así que pensé que nuestra situación de riesgo era temporal.

—Sería temporal, si no estuviera prófugo.

—¿Prófugo?

—Sí, Sebastian. La orden de arresto ya fue emitida hace tiempo. Pero no lo han encontrado.

—¿Qué más se descubrió sobre él?

—Tenía un taller mecánico. Eso explica cómo supo manipular tan bien los frenos de tu auto. Pero el lugar está cerrado. Los empleados que trabajaban allí no saben nada, simplemente llegaron a trabajar al día siguiente de tu accidente y el lugar estaba cerrado. Daniel Reed no volvió a ser visto desde entonces. Vivía en una casa alquilada y simplemente se fue, abandonó todo.

—Qué hijo de…

—Shhh... —Desvió la mirada de mí hacia Alice y Eric, que seguían jugando juntos en el suelo de la oficina.

Necesitaba empezar a controlar mi vocabulario.

—Entonces… —retomé— seguimos todos en peligro…

—Sí. No sabemos qué motivó a Daniel Reed a atentar contra ti. Así que sí, podría intentar algo contra tus hermanos, tu madre o, por supuesto, contra ti. Lo que también pone a esa chica en peligro. ¿Ya le contaste sobre la situación?

Desvié la mirada, evitando responder. Y, por supuesto, Janet notó mi duda.

—No puedo creerlo, Sebastian. ¿No le has dicho nada?

—No es algo tan simple, Janet. Ella despertó descubriendo que había pasado dos meses en coma y que estaba embarazada. Pensaba decírselo en cuanto saliera del hospital, pero luego su padre hizo lo que hizo, y… es demasiado para procesar.

—Lo entiendo. Pero yo, en su lugar, querría saber que alguien intentó matarme.

—Ella cree que solo fue un accidente.

—Entonces díselo. Necesita saber que está en peligro, Sebastian. Especialmente porque está embarazada.

—Está bien. Se lo diré hoy mismo.

—No te imaginas cuánto extraño ocuparme solo de asuntos empresariales. Cuando resolvamos todo este problema tuyo, me voy a jubilar y viajaré con mi marido a algún lugar muy lejano, donde ningún Turner pueda encontrarme.

—Me encargaré de regalarles los pasajes a ti y a tu marido. Será mi regalo de Navidad para ti.

—Un buen regalo sería que lleguemos a Navidad con todos vivos y, preferiblemente, sin que tú o tus hermanos se metan en otro problema.

—Haremos lo posible para que así sea.

—De acuerdo. Díselo a la chica. Hoy mismo. —Desvió la mirada por un instante hacia algo detrás de mí, antes de darse la vuelta y comenzar a caminar hacia el elevador—. Por cierto, me gusta la nueva decoración de tu oficina.

—¿Nueva decoración? —pregunté, confundido.

Entonces me giré y vi a mis dos sobrinos, cada uno con un crayón en la mano, Eric sentado y Alice de pie, ambos completamente entretenidos mientras dibujaban en la pared.

—Oigan, ¿qué están haciendo?

Cuando empecé a caminar hacia ellos, Alice soltó un grito entre risas y salió corriendo. Eric intentó imitarla gateando, pero no llegó muy lejos antes de que lo atrapara.

—Te tengo, pequeño. Ahora vamos a atrapar a tu hermana también.

Y, con él en brazos, fingí correr detrás de Alice, dejando a propósito que escapara cada vez que estaba a punto de alcanzarla.

Las risas de ambos llenaron la oficina y, por un momento, me hicieron olvidar todo el caos en el que se había convertido mi vida.

Hacía mucho tiempo que no jugaba con Alice. Con Eric, nunca había llegado a hacerlo, ya que él nació poco después de la muerte de Bonnie, cuando yo ya me había cerrado por completo a momentos felices como ese.

Mientras jugaba con los dos, sentía que una parte del antiguo Sebastian regresaba poco a poco. Y eso me hizo pensar que, quizá, sí sería capaz de ser un buen padre.

De ser el padre que mi hijo merecía tener.

*****

Capítulo veintiuno



LAYLA

22 de abril

Durante poco más de una semana, Sebastian estuvo extraño.

Bueno, no es que yo conociera a ese hombre lo suficiente como para definir cuál sería su comportamiento "normal". Pero resulta sospechoso cuando una persona pasa días diciéndote, por la mañana, antes de irse al trabajo, la frase "cuando vuelva, tenemos que hablar", y cada vez que regresa por la noche dice algo que no parece ser lo que realmente quería decir.

El primer día, me mostró el artículo que salió en un portal de chismes, donde yo era descrita como una "joven bonita y misteriosa". Me preocupó que eso pudiera traerle problemas en su vida, pero él dijo que su principal preocupación era yo. Y, bueno, yo era una completa desconocida, así que probablemente eso no me afectaría en nada.

El segundo día, me dijo que lo que tenía que contarme era que tendríamos a dos guardias de seguridad vigilando la entrada principal de la casa. No me pareció extraño, porque, al

fin y al cabo, él era el CEO del mayor estudio de arquitectura del país, además de ser hijo de una actriz famosa, y eso lo convertía en una especie de celebridad. Era normal que tuviera preocupaciones de seguridad.

El tercer día, me informó que había contratado a un fisioterapeuta para que continuara mi tratamiento en casa. Dijo que no era conveniente que saliera en los próximos días, debido a la noticia. Lo que llevó al tema del cuarto día, que fue decirme que mi ecografía había sido reprogramada para una fecha un poco más adelante, también por cuestiones de seguridad.

Entonces empecé a desconfiar del nivel de esa seguridad. Y sus respuestas sobre lo que decía que necesitábamos hablar se volvieron cada vez más vagas, dejándome con la certeza de que me estaba ocultando algo.

Hasta que llegó el día en que volvería al trabajo, ya con el alta de mi fisioterapeuta.

Fuimos juntos en su auto, solo que no era él quien conducía, sino otro guardia de seguridad que también trabajaba como chofer.

Permanecimos en silencio durante todo el trayecto, hasta que el auto se detuvo en el estacionamiento del edificio de la empresa. Sebastian y yo bajamos del vehículo y caminamos hacia el elevador. Mientras presionaba el botón, él preguntó, en un intento evidente de iniciar conversación:

—¿Estás emocionada por volver al trabajo?

—No veía la hora de hacerlo —respondí con sinceridad—. Extraño al equipo, la rutina… sentirme útil.

—Qué bueno, porque tu equipo realmente te va a necesitar mucho. Parece que los plazos están un poco retrasados.

—¿Cómo que retrasados? Camila nunca deja que ningún plazo se atrase.

Se rascó la nuca, y nuevamente tuve la impresión de que me estaba ocultando algo. Y eso se volvió más evidente cuando volvió a desviar el tema:

—¿De verdad vas a volver a la universidad?

—Como te dije, perdí demasiadas clases y no tendría tiempo para recuperarlas, así que volveré en el próximo período.

—Sí, eso ya me lo contaste. Pregunto si de verdad piensas seguir con arquitectura.

—Claro —respondí como si fuera obvio—. ¿Por qué preguntas eso?

—No lo sé. ¿No has pensado en cambiar de área? Tal vez a algo que te guste.

—¿Y de dónde sacaste la idea de que no me gusta la arquitectura?

Se volvió a rascar la nuca. Yo ya empezaba a asociar ese gesto con las veces en que Sebastian no quería responder algo.

—No dije que no te guste. Yo solo… Tal vez tengas otros sueños.

Bueno, en realidad sí los tenía. Aprendí a apreciar la arquitectura porque ya había empezado a trabajar en el área

mientras aún estaba al inicio de la universidad, pero no era, en verdad, mi primera opción como sueño profesional.

Sin embargo, Sebastian Turner no tenía cómo saber eso. Era algo que nunca le había contado a nadie. Así que deduje que su comentario había sido solo otro intento de desviar el tema principal. Cualquier cosa relacionada con que Camila estuviera dejando que los plazos se atrasaran… y que, de alguna forma, tenía relación con algo que él llevaba más de una semana intentando decirme.

Sin embargo, cuando la puerta del elevador se abrió para que entráramos, ignoré por completo todo lo relacionado con Camila y pregunté, de una sola vez, lo que más había estado rondando mi mente en esos últimos días:

—¿Quieres que me vaya?

Él me miró, confundido.

—¿Qué?

Odiaba sonar como una niña insegura. Pero era difícil controlar los pensamientos de que quizá yo estaba siendo una molestia por estar en su casa, o que tal vez mi presencia no era realmente deseada allí.

Tal vez él realmente estaba empezando a abrirse a la idea de salir con otras mujeres, lo cual no sería algo sencillo cuando la elegida por él descubriera que había otra viviendo en su casa.

Bien… ese pensamiento provocó una enorme angustia en mi pecho. Lo cual era ridículo, ya que había sido precisamente yo quien lo había incentivado a seguir con su vida sexual y afectiva. Sin embargo, la sola idea de que él llegara a tocar,

besar… o enamorarse de otra mujer me incomodaba mucho más de lo que tenía derecho a sentir.

De cualquier manera, él me estaba ocultando algo. Algo que llevaba días intentando decirme, pero siempre se echaba atrás.

—¿Es eso lo que llevas días intentando decirme, pero no tienes el valor? —pregunté—. Estoy estorbando, ¿no es así? Es mejor que me vaya de tu casa, pero te sientes obligado conmigo porque estoy embarazada, ¿es eso?

Él permaneció en silencio durante unos segundos, tiempo suficiente para que la puerta del elevador volviera a cerrarse sin que ninguno de los dos entrara.

Solo después de esa pausa, habló:

—No, Layla. No quiero que te vayas. De verdad no quiero.

Intenté disimular un suspiro de alivio.

Porque yo tampoco quería irme.

—Entonces, ¿qué es lo que tienes que decirme, pero sigues postergando, como si te faltara valor?

—Creo que… este no es el momento ideal para eso.

—Sabes que cada vez que me respondes así, me dejas aún más preocupada, ¿verdad? Las preocupaciones no son buenas para una mujer embarazada. Especialmente si acaba de salir de un coma de dos meses.

Era un chantaje emocional claro y descarado, lo sabía. Aun así, esperaba que funcionara. Después de todo, cada quien

juega con las armas que tiene.

Y funcionó, porque finalmente me lo dijo:

—Nuestro accidente… no fue solo un accidente. Alguien manipuló mi auto mientras estábamos en el hotel. Mis frenos fueron dañados de forma intencional.

De todo lo que imaginaba escuchar, nada se acercaba siquiera a eso.

¿Había sido un intento de asesinato?

De repente, la idea de que me echara de su casa ya no me parecía tan grave.

—¿Alguien intentó matarte? —pregunté. Por fin, todo ese refuerzo en la seguridad personal tuvo sentido en mi mente.

Él asintió, tenso.

—Eso es lo que llevo días intentando decirte, pero estaba tratando de encontrar la mejor forma de hacerlo, para no ponerte tan nerviosa. De hecho, creo que pasé todo este tiempo dándole vueltas al asunto con la esperanza de que el hombre que casi nos mata fuera encontrado y arrestado.

—¿"Encontrado"? ¿Eso significa que ya se sabe quién fue, y que esa persona está prófuga?

—Sí. Y es alguien a quien no conozco en absoluto. Lo único que descubrimos sobre él es que tuvo una reunión con mi padre hace algunos años. Pero yo nunca estuve con él, ni siquiera había oído hablar de él, no tengo idea de quién es. Lo que nos lleva a creer que su problema personal es con mi

padre. Y eso hace que toda mi familia sea vista como un posible objetivo.

—Entonces, ¿por eso Evelyn y Logan están en Los Ángeles con los niños desde hace más de un mes? Se lo pregunté a ella, pero noté que había algo que no quería contarme.

—Sí, por eso. Y también por eso Camila no está viniendo a la empresa. Ella y Michael sacaron a sus hijos de la guardería, porque nunca sabemos de qué es capaz un loco como ese.

—Y yo también estoy en riesgo… ¿por estar embarazada de un hijo tuyo?

Él volvió a asentir, claramente sintiéndose terrible por eso.

—Por mi culpa. La idea era que me alejara de ti. Pero ni siquiera lo pensé antes de llevarte a mi casa. Y entonces, alguien nos fotografió y eso se filtró a la prensa.

No sabía qué pensar. La idea de estar en riesgo de muerte ya era lo suficientemente aterradora por sí sola, pero pasar por eso estando embarazada, era…

Era desesperante.

—Deberías habérmelo dicho… —dije, aún intentando procesar todo aquello.

—Quería encontrar la forma correcta. Y terminé haciéndolo de la peor manera posible. La verdad es que… probablemente todo esto sea solo una precaución, Layla. No tenemos nada que confirme que ese hombre quiera hacerle daño a alguien más que no sea yo.

—Eso no es nada tranquilizador, Sebastian.

Él se colocó frente a mí, sujetó suavemente mis brazos y me giró para que yo hiciera lo mismo. Aunque llevaba un blazer que cubría mi piel, sentí que cada célula de mi cuerpo reaccionaba a su contacto. Pero fue una sensación casi imperceptible en medio del pánico por lo que acababa de descubrir.

—Nada va a pasar, Layla. Ni contigo ni con nuestro bebé. Te lo aseguro. Lamento mucho haberte puesto en esta situación, pero no me quedaría tranquilo si estuvieras lejos de mí. Si ese hombre realmente quiere hacerle daño a alguien relacionado conmigo, en algún momento descubriría tu embarazo. Tengo una vida pública, no puedo garantizar que en algún momento no sería fotografiado mientras te acompaño a algún examen, o después de que nazca nuestro hijo. Y aun si te dejara sola en esos momentos, podría descubrirlo de alguna forma. Por eso, no considero un error haberte llevado a mi casa, donde puedo protegerte.

Bien… después de su contacto, fueron esas palabras las que provocaron una reacción extraña en mí.

Protegerme…

Había sido él quien me había puesto en peligro en un principio, pero… si todo lo que me decía era cierto, no había sido su culpa. Él mismo y toda su familia estaban en peligro por algún problema que su padre había tenido con otra persona.

Y si había algo de lo que yo estaba segura en la vida, era de que nadie podía ser responsabilizado por las acciones de sus padres.

Aun así, todo aquello era demasiado aterrador, pero… al mismo tiempo… las palabras de Sebastian y la forma en que sostenía mis brazos y me miraba directamente a los ojos me transmitían una sensación de protección.

Alguien se detuvo a nuestro lado y presionó el botón del elevador. Sebastian me soltó y ambos miramos hacia un lado, encontrándonos con tres mujeres que conversaban y reían, probablemente empleadas de Turner. Debían ser de algún sector que yo no conocía, o habían sido contratadas recientemente. Después de todo, yo había estado ausente desde finales de año.

Ellas nos saludaron brevemente, sin interrumpir su conversación, y nosotros les devolvimos el saludo, antes de que él hablara en voz baja, de modo que solo yo pudiera escucharlo.

—Tú y nuestro bebé están seguros, Layla. Te lo garantizo. Y prometo que seguirán estando seguros.

—Quiero que me prometas otra cosa, Sebastian.

—Lo que quieras.

—Sé que somos solo dos personas que van a criar a un hijo juntas y que no tenemos ninguna relación, pero… por favor… no vuelvas a ocultarme nada. Nada que esté relacionado con esta situación, con las investigaciones para encontrar a ese hombre… ni nada que tenga que ver conmigo o con nuestro bebé.

El elevador se detuvo en nuestro piso y la puerta se abrió. Las tres mujeres entraron, pero nosotros permanecimos quietos, mirándonos a los ojos. Tuve la sensación de percibir cierta vacilación en él, pero ese sentimiento desapareció cuando finalmente respondió:

—Te lo prometo.

Asentí con la cabeza, dejando claro que habíamos llegado a un acuerdo.

Salimos del elevador. Y volví a sentirme segura.

No solo porque Sebastian estaba a mi lado, sino porque creí que no volvería a ocultarme nada.

*****

Capítulo veintidós



SEBASTIAN

29 de abril

Finalmente había llegado el día de los exámenes.

Fuimos juntos a la clínica, donde Layla tuvo consulta con la médica que se encargaría de acompañar todo el embarazo y realizar su parto. Fue una consulta bastante larga, en la que tanto ella como yo hicimos numerosas preguntas. La pesaron, le revisaron la presión, los latidos cardíacos, la temperatura y, después, la enviaron a una sala de análisis donde le extrajeron algunas muestras de sangre. Luego de eso, una enfermera nos guió hasta otra sala, donde se realizaría la tan esperada ecografía morfológica.

Layla se recostó en la camilla de examen y yo me senté en un sillón a su lado. La enfermera nos pidió que esperáramos, informando que la médica llegaría enseguida, y se retiró, dejándonos a solas en aquella sala con poca iluminación.

Confieso que estaba bastante nervioso. Pero era evidente que Layla lo estaba mucho más. Desde el día en que le conté que nuestro accidente había sido provocado por alguien, no habíamos

vuelto a hablar del tema. Las cosas en la empresa estaban realmente caóticas, y ella misma se encargó de quedarse más tiempo —yo, por supuesto, le pagaría horas extra por eso— para intentar adelantar un poco todo el desorden causado por la ausencia de Camila. Con eso, íbamos y volvíamos juntos todos los días, pero nuestros trabajos seguían en salas y pisos distintos. Llegábamos tarde a casa y ella normalmente se iba directo a su habitación, mientras que yo todavía pasaba un tiempo en mi oficina antes de dormir.

Con todo eso, nuestras conversaciones durante el desayuno y los trayectos de ida y vuelta a Turner giraban en torno al trabajo.

De hecho, era difícil creer que Layla no amara la arquitectura. Porque realmente era una excelente profesional.

Ahora, estando solos en la sala de la ecografía, no había ningún contexto para hablar de trabajo. Y yo tampoco quería hacerlo.

No quería seguir hablando solo de trabajo con ella.

Lo cual era extraño, porque hasta hacía muy poco tiempo ni siquiera sentía ganas de hablar con nadie.

—¿De verdad crees que está bien? —dijo de repente, rompiendo el silencio entre nosotros.

—¿A qué te refieres?

—Él… o ella. Nuestro bebé.

—La médica ya dijo que, por lo que parece, todo está bien.

—Aún no podemos estar seguros. Esta ecografía es la que va a dar más respuestas, ¿no?

—Tu estado clínico está bien, Layla. Tenías el peso un poco por debajo de lo esperado para el tiempo de gestación, pero desde que despertaste del coma te has ido recuperando. Y todos los exámenes que te hicieron en el hospital muestran que todo está bien. Este bebé fue muy monitoreado durante todo el tiempo que estuviste internada.

—Durante parte del tiempo, ¿no? Solo descubrieron que estaba embarazada a las dos semanas. Y en ese lapso pasé por transfusiones, pequeñas cirugías, me administraron todo tipo de medicamentos fuertes sin saber del embarazo…

—Pero todo fue corregido de inmediato en cuanto se detectó la gestación.

—¿Y esas dos primeras semanas? ¿Y si algo le hizo daño al bebé? ¿Y si por eso llega a tener algún problema de salud? ¿Y si…?

—Oye… tranquila… —Toqué su mano con las mías, de la misma forma en que lo había hecho una vez en el hospital, cuando le pedí que regresara. Y, como en aquella ocasión, movió ligeramente los dedos, como si buscara intensificar ese contacto—. Nuestro bebé está bien. Y, si no lo está, nos aseguraremos de que lo esté.

Respiró hondo. Podía ver un brillo en sus ojos verdosos, provocado por las lágrimas de angustia que luchaba por contener. Y una vez más me encontré pensando en lo hermosa que era y en lo bien que me sentía estando con ella.

Porque lo que ella no sabía era que todas esas preocupaciones también me atormentaban. Pero yo intentaba calmarla con palabras, mientras que ella me calmaba a mí con su sola presencia.

—Estoy un poco histérica, ¿no? —dijo, casi con un tono quejumbroso.

Y sonreí, encontrándola aún más adorable.

—No. Estás siendo una madre preocupada.

—Es extraño entender que ahora soy madre.

—Lo sé. Para mí también es extraño pensarme como padre.

—Tú estás manejando esto mucho mejor que yo.

—Solo es porque tuve más tiempo para asimilar la idea. Durante parte del tiempo que estuviste en coma, yo también estuve en el hospital. Me operaron, necesité fisioterapia y algo de tiempo para recuperarme. Tuve demasiado tiempo a solas para pensar.

—Supe que te quedaste allí más tiempo del necesario para tu recuperación.

—Era lo mínimo que podía hacer, después de que terminaras en esa situación solo por haber estado conmigo en el momento y lugar equivocados.

—Aun así. Tantos días en el hospital, dentro de una habitación, viendo a una persona dormir todo el tiempo… Debió de haber sido muy solitario…

¿Cómo podía explicarle que aquello no tuvo absolutamente nada de solitario? Porque, en realidad, no me sentí solo en ningún momento.

Ahora pensaba en cuánto me habría gustado que ella hubiera sentido mi compañía, así como yo sentí la suya.

Tal vez me estaba volviendo loco, después de todo. Tal vez fue realmente la soledad de los meses que pasé en ese hospital lo que me hacía confundir las cosas. Yo, sin duda, simplemente me sentía bien con Layla… y, sumado a eso, el hecho de que fuera una mujer muy hermosa, de que la única noche de sexo que tuvimos había sido increíble y de que ahora estuviera embarazada de un hijo mío… todo eso confundía mi mente y me llevaba a pensar que sentía algo más…

—¿Tienes alguna idea de nombres? —preguntó, claramente intentando distraerse con la conversación.

Su mano se movía entre las mías, demostrando que aún estaba tensa.

En realidad, todavía no me había detenido a pensar en eso. Pero era un buen momento para empezar.

—Me gusta Sophia —respondí.

Ella sonrió.

—¿No era el nombre del personaje de tu madre en aquella película…?

—Sí. La película que la nominó al Óscar. Digamos que crecí con otros niños preguntándome si yo era "el hijo de Sophia de la película".

—¿Y aun así te parece un buen nombre para una hija?

—Bueno, con el tiempo aprendí a apreciarlo.

—Sophia… —repitió, como probando cómo sonaba—. Me gusta. También me gusta Olivia.

—También es bonito. Si es niño… ¿Qué te parece Lucas? ¿Y Owen?

—Me gusta Lucas, pero no tanto Owen. También pensé en Nathan.

—Nathan… —esta vez fui yo quien repitió el nombre, probando cómo sonaba. Me agradaba bastante—. Es un buen nombre, Layla.

—Es bueno tener algunas opciones. Aunque me gusta la idea de tomar la decisión final cuando veamos su carita.

—Mi madre dice que así fue con nosotros tres. Tenía algunas ideas de nombres, pero solo se decidió definitivamente cuando nacimos.

Ella asintió, ahora con una sonrisa mucho más tranquila, envuelta en la conversación.

—Entonces tenemos Sophia y Olivia… Lucas y Nathan… —dijo.

—También me gusta Liam —añadí.

—Lucas, Nathan y Liam. ¿Ava, para niña?

—No está mal, pero por ahora prefiero Sophia u Olivia. Aunque todavía faltan muchos meses… creo que podemos pensar en muchas otras opciones hasta entonces.

Ella me miró en silencio durante unos segundos antes de decir:

—Me alegra tenerte a mi lado en todos estos momentos y decisiones, Sebastian.

También sonreí, pensando que podría decir lo mismo. Que, aunque ese embarazo nos había tomado completamente por sorpresa, de una manera que jamás habría imaginado en toda mi vida, realmente me sentía feliz de estar viviendo todo aquello.

Nos quedamos en silencio, simplemente mirándonos a los ojos. Y no podía dejar de pensar en lo hermosa que era esa mujer y en cuánto deseaba besarla.

La puerta se abrió en ese momento, produciendo un sonido que nos hizo sobresaltarnos y que rompió por completo la atmósfera que se había formado. Solté la mano de Layla y me giré para saludar a la médica que llegaba para realizar la ecografía. Ella se acercó a Layla y, después de explicarle el procedimiento, levantó su blusa para aplicar un gel en su vientre.

Y entonces pude ver la ligera elevación que aún no se notaba con la ropa. El vientre de Layla seguía siendo bastante discreto, pero ya era claramente el de una mujer embarazada.

Instantes después de que el transductor del ultrasonido tocó su piel, comenzaron a aparecer algunas imágenes en el monitor. Al principio, algo todavía indefinido, que poco a poco fue tomando forma.

Sin darme cuenta, mi mano volvió a buscar la de Layla, y cuando la encontró, se entrelazaron con firmeza, mientras ambos manteníamos la vista fija en la pantalla.

En nuestro bebé, que se mostraba allí.

La médica nos fue explicando todo, señalando cada parte del pequeño cuerpo y verificando el desarrollo de cada órgano.

—¿Quieren saber el sexo? —preguntó la médica.

Y ambos afirmamos al mismo tiempo.

—Sí. Pero lo más importante… todo está bien con él, ¿verdad? —preguntó Layla, en un tono que buscaba confirmar todo lo que ya se había dicho.

La médica sonrió y confirmó:

—Todo está perfecto. Van a tener un niño muy saludable.

—¿Un niño? Vamos a tener un niño… —repitió Layla, emocionada.

Yo, en cambio, apenas podía decir una palabra. De repente, sentí un nudo en la garganta, una emoción tan profunda de felicidad que no creía posible sentir algún día, especialmente después de la etapa en la que pensé que mi vida ya no tenía ningún sentido.

Ahí estaba el sentido de todo. Allí, en el vientre de esa joven a la que meses atrás le había ofrecido un aventón sin ninguna otra intención.

Ahí estaba mi nueva razón para vivir.

Mi hijo…

Nuestro hijo. Mío y de esa mujer…

Que ya significaba para mí mucho más de lo que era capaz de admitir, incluso para mí mismo.

—Vamos a tener un niño… —repetí, emocionado.

Una emoción que creció aún más cuando el latido del corazón del bebé resonó en la sala. Eran latidos tan fuertes para un ser tan pequeño.

Aún no había llegado al mundo y ya había pasado por tantas cosas…

Pero, a partir de ese momento, estaba dispuesto a todo para protegerlo.

Miré a Layla, mientras aún sosteníamos nuestras manos, ambos emocionados.

Y pensé en lo mucho que yo también estaba dispuesto a hacer para protegerla.

*****

Capítulo veintitrés



LAYLA

27 de abril

—Mira este, ¡qué lindo! ¿Qué te parece? —Sylvie me mostró el celular, donde exhibía fotos de ropita de bebé.

Había pasado por una tienda de artículos infantiles el día anterior y fotografió varias prendas para mostrármelas. Cada día estaba más emocionada con la idea de tener un sobrino.

Era sábado y había ido a visitarme, además de llevar una bolsa con más ropa para mí. Estábamos sentadas compartiendo una gran y cómoda reposera que estaba frente a la piscina y también frente al mar. Llevábamos horas hablando, pero ella claramente intentaba evitar un tema que no podía seguir postergándose.

—Ese enterito es realmente lindo, como todos los demás que me mostraste, Syl. Pero ahora que ya me enseñaste todo, ¿no quieres contarme cómo van las cosas en casa?

Hice una corrección mental: esa casa ya no era mía. Pero era difícil recordarlo, considerando que había crecido allí. Incluso después de mudarme para empezar la universidad, seguía sintiendo ese lugar como lo más cercano que tuve a un hogar, porque mi madre estaba allí. Ahora, las cosas habían cambiado demasiado.

Sylvie suspiró, dejando en evidencia que preferiría evitar el tema.

—Ya sabes, Lay. Nuestro padre sale a beber y ni siquiera veo a qué hora vuelve a casa. A veces, cuando salgo por la mañana rumbo a la escuela, lo encuentro dormido en el sofá o incluso en el suelo de la sala, de la cocina... El otro día estaba en el patio. Cuando regresé, ya se había ido otra vez. Y es mejor así, porque no quiero hablar con él después de lo que te hizo.

—¿Está descuidando la provisión de algo en casa?

—No. Él recibe el pago de la jubilación y deja una parte del dinero para las cuentas y los gastos sobre la mesa de la cocina. Yo lo tomo todo y lo escondo. Sé que se queda con una parte para gastarla en bebidas, pero me da miedo que termine con todo, venga a buscar más y nos quedemos sin comida o nos corten la luz por falta de pago. Y estoy pagando todas las cuentas como corresponde, ¿sí? Incluso estoy logrando guardar un poco de dinero como reserva. Siempre te vi encargarte de todo, aprendí cómo se hace.

Parecía orgullosa de sí misma y yo sonreí, reforzando eso. Pero no pude evitar comentar:

—Lamento que tengas que hacerte cargo de todo esto siendo tan joven. Deberías estar concentrada en tus estudios. Ya estás casi al final de la preparatoria, pronto tendrás

preocupaciones con la universidad. ¿Ya tienes alguna idea de qué quieres estudiar?

Ella se encogió de hombros.

—Arquitectura, en la Universidad de California, ya lo sabes.

—No, no lo sabía. ¿Cuándo decidiste eso?

—Se decidió cuando nací y nuestro padre abrió una cuenta de ahorros para mí. Ya tengo lo suficiente para unos dos o tres años de matrícula, ya me encargaré del resto.

—Cuando eras más pequeña, decías que querías ir a la Universidad de Nueva York.

—Los costos serían mucho más altos con la mudanza, la vivienda, la comida y todo lo demás. Sin contar que queda del otro lado del país, lejos de todos.

—Puedo ayudarte con los gastos. Y no estarás lejos de todos. Evelyn vive allí. En una emergencia, tendrías gente conocida cerca. Además, ¿no es ahí donde algunas de tus amigas planean estudiar? Incluida Louise.

Noté cómo su rostro se sonrojaba, pero lo disimuló.

—Qué raro, Lay. Parece que quieres deshacerte de mí.

—Lo que quiero es que estudies lo que quieras y donde quieras. No es porque nuestro padre haya guardado dinero para cubrir parte de tus estudios que tengas que hacer algo que es su sueño y no el tuyo.

Ella se encogió de hombros, cambiando de tema con rapidez, como hacía siempre que hablábamos sobre su futuro profesional.

—Como dijiste, ya tengo diecisiete años. ¿Puedes creer que soy la única entre mis amigos que todavía no tiene licencia de conducir? Podrías enseñarme a manejar, ¿no?

—Me encantaría. Pero ¿no estás olvidando un detalle básico? No tengo auto.

Ella suspiró, desanimada, y yo también me sentí mal por eso. A los dieciséis, yo había aprendido a manejar con nuestra madre. Pero ese auto en el que aprendí tuvo que ser vendido, así como también vendí el que compré cuando empecé a trabajar en Turner, para poder cubrir todos los gastos médicos del tratamiento de mamá.

—Pueden usar el mío, si quieren —dijo una voz masculina desde la terraza.

Giré el rostro en esa dirección y me encontré con Sebastian. Se estaba aflojando la corbata del traje y probablemente acababa de llegar. A pesar de ser sábado, había ido a Turner para adelantar algunos pendientes.

Sylvie resopló y se levantó, anunciando:

—Es hora de irme.

—Puedo pedirle a mi chofer que te lleve —dijo Sebastian. Había estado intentando acercarse.

—No hace falta. Voy a encontrarme con un amigo, tenemos un trabajo de la escuela.

—¿Tu novio? —preguntó Sebastian.

Y eso me sorprendió. Al principio pensé que solo intentaba molestarla, pero noté el desconcierto en la reacción de Sylvie, lo que me dio la clara impresión de que había algo ahí que yo aún no sabía.

—Te mando un mensaje cuando llegue a casa, Lay. ¡Adiós!

Me dio un beso en la mejilla y prácticamente corrió hacia la salida. Sebastian se acercó y se sentó en la reposera junto a la mía.

—A tu hermana todavía no le agrado, ¿verdad? —comentó.

Pero yo seguía demasiado intrigada por lo que acababa de pasar.

—¿Qué dijiste? ¿Tiene novio?

Me observó en silencio durante unos segundos, hasta que preguntó, con cautela:

—¿No te lo contó?

—No. ¿De dónde sacaste eso del novio?

—Es un chico medio raro. Lleno de tatuajes y piercings. Si yo fuera tú, estaría pendiente de eso.

¿Un chico con tatuajes y piercings? Yo conocía a alguien así...

—Ah... ¿Hablas de Brad?

—Sí, creo que ese era el nombre.

Solté un suspiro de alivio. Me habría molestado bastante si mi hermana estuviera ocultándome un novio.

—Brad no es su novio. Es su mejor amigo, desde que eran niños.

—Bueno, ella me lo presentó como su novio.

Yo sabía que no era verdad. Brad era un buen chico, aunque la gente solía juzgarlo por su apariencia. Lo conocía desde muy pequeño y sabía que entre ellos no había absolutamente nada más que amistad. Me preocupaban los motivos de Sylvie para inventar eso.

En ese momento, con tantas cosas ocurriendo en mi vida, esa preocupación por mi hermana me asfixió. Sentía que necesitaba hablar de eso.

—No debería contarte cosas sobre mi hermana, pero... ¿prometes no decirle a nadie?

—Claro —respondió Sebastian, como si no fuera gran cosa —. Además, ¿a quién le contaría cosas sobre tu hermana?

—Es que... son cosas personales de ella, pero... siento que necesito desahogarme.

—Puedes desahogarte conmigo. Soy el padre de tu hijo, creo que eso nos convierte en amigos.

Amigos...

La palabra me pareció demasiado fuerte y, al mismo tiempo, también muy débil.

O mejor dicho... insuficiente.

Quería ser amiga de Sebastian. Me hacía feliz que confiara en mí al considerarme así. Pero aun así, de repente eso me parecía tan poco...

Me obligué a dejar de pensar en eso y acepté el hombro amigo que me ofrecía.

—Sabes, Sylvie nunca ha tenido un novio. Y eso no es un problema en absoluto. Así como tampoco sería un problema el hecho de que yo piense... en realidad, tenga casi la certeza... de que a ella no le gustan para nada los chicos.

Él frunció el ceño, mostrando confusión.

—¿Y qué tiene que ver Brad con eso?

—Exactamente. Ese es el problema. No sé por qué te mintió sobre eso, ni si eso significa que también le esté mintiendo a otras personas.

—¿Crees que inventó un novio para engañar a los demás?

—No logro encontrar otra explicación.

—¿Pero por qué haría eso?

—No tengo idea, porque simplemente no habla conmigo de eso. Le doy espacio, le demuestro que estoy aquí, que podemos hablar de cualquier cosa, que siempre voy a apoyarla y a contenerla. Pero ella simplemente... no me lo cuenta.

—Si no te lo contó, ¿cómo sabes que le gustan las chicas?

—Eres el mayor de tres hermanos, Sebastian. ¿En qué momento supiste que Logan y Michael eran heterosexuales?

—No sé... creo que... siempre lo supe, desde que llegaron a la adolescencia.

—Exacto. Uno simplemente lo sabe. Incluso sé que le gusta una chica de su clase desde el primer año de secundaria. No me lo dice con todas las letras, pero la forma en que la mira y habla de esa chica... Cuando uno ama a alguien, percibe ese tipo de cosas. Sylvie es mi hermanita y... bueno, creo que soy una hermana sobreprotectora.

—Eres una gran hermana, Layla.

—Ahí está el problema: no lo soy. Porque Sylvie no se siente con confianza para hablar conmigo.

—¿Has pensado que tal vez simplemente han pasado tantas cosas en sus vidas que ella no sintió que fuera el momento adecuado para contártelo? ¿Cuánto tiempo, antes del accidente, llevaban sin tener momentos a solas fuera de la casa de Albert?

Había tocado un punto importante. Antes de que nuestra madre enfermara, hacía mucho tiempo que no salíamos juntas solo nosotras dos. Siempre nos escribíamos mensajes, pero... ella vivía en la misma casa que Albert Francis. Tal vez tenía miedo de que él revisara su celular. Después, atravesamos toda la situación de la enfermedad y la muerte de nuestra madre, luego vino el periodo de duelo, y volví a vivir con ella, pero en la misma casa de nuestro padre, que no era precisamente un ejemplo de persona tolerante.

Y luego vino el accidente, los meses en el hospital... Y cuando ella iba a verme a la casa de Sebastian, siempre estaba preocupada por mi salud y entusiasmada por hablar sobre su sobrino.

—Tal vez tengas razón. Gracias, Sebastian. Una vez más.

—¿Por qué? No hice nada especial.

—Me escuchaste.

—Como dije, vamos a tener un bebé. Y estamos compartiendo el mismo techo.

—Tienes razón. Y en cuanto a la parte de ser amigos... creo que deberíamos hacer más... esto... —Moví mi dedo índice en el espacio entre los dos.

Sin embargo, Sebastian pareció no entender.

—¿"Esto" qué?

—Hablar. Vamos a ser padres del mismo bebé, deberíamos conocernos mejor.

Se quedó en silencio unos instantes, como si estuviera pensando en algo y evaluando si debía decirlo o no. Finalmente, esbozó una leve sonrisa.

Y tenía que admitir que me encantaban sus sonrisas. Al principio, hasta el día del accidente, casi no existían. Después de que desperté del coma, se volvieron raras. Poco a poco, en los últimos días, habían empezado a ser más frecuentes, pero aun así siempre eran leves, silenciosas y contenidas.

Además, notaba que la tristeza en sus ojos disminuía un poco más cada día.

—Entonces, conozcámonos mejor —declaró por fin.

Y fue mi turno de sonreír. Me acomodé en el asiento, apoyando los pies en el suelo y quedando en la misma posición

que él, frente a frente, con una distancia de unos dos pies entre nosotros.

—Bueno, yo ya te conté un poco sobre mí —dije—. Ahora te toca a ti.

—En teoría, me contaste algo sobre tu hermana.

—Hablé de cómo me siento al respecto. Así que es algo sobre mí.

Él puso los ojos en blanco, como si mi argumento no lo convenciera. Aun así, dijo:

—No sé qué podría contarte sobre mí que tú no sepas ya.

—Hay muchas cosas que no sé sobre ti. Por ejemplo... tu color favorito.

—Negro.

—Predecible. ¿Comida favorita?

—China. Pero eso ya son dos cosas.

—¿Género de literatura favorito?

—Suspenso. Y ya van tres cosas.

—Está bien, entonces me toca a mí. Color: amarillo. Comida: pizza. Género de literatura: también me encanta el suspenso, pero mi favorito sigue siendo la comedia romántica.

Él asintió, sin mostrarse sorprendido por nada.

—Interesante... —fue todo lo que dijo.

—Está bien... son cosas un poco tontas, ¿no?

—No hay nada en ti que sea tonto, Layla.

La frase fue dicha de una manera tan simple y natural y, al mismo tiempo, tan sincera, que sentí como si mi corazón hubiera dejado de latir por un instante. Mis ojos quedaron atrapados en los de Sebastian, y tuve la ligera impresión de que él se inclinaba un poco hacia adelante y que su rostro se acercaba un poco más al mío.

Pronto me di cuenta de que no era solo una impresión, y también de que no era solo él quien se inclinaba, sino yo también. Ambos nos movíamos el uno hacia el otro, hasta que nuestros labios estuvieron lo suficientemente cerca como para que yo sintiera su respiración cálida rozar mi piel.

Hubo esa pausa. La breve pausa que precede al beso. Y sentí que mi corazón volvía a latir, esta vez acelerado, con una agradable ansiedad por lo que estaba por suceder.

Deseaba tanto ese beso. Tanto y con tanta intensidad, que era como si mil mariposas se agitaran en mi estómago, inquietas por ello.

Pero el beso no llegó. Porque, en ese momento, sonó un celular, devolviéndonos a la realidad.

Nos separamos de inmediato y Sebastian tomó el teléfono, deslizando el dedo para ignorar la llamada. Yo me puse de pie.

—Yo... necesito acomodar la ropa que mi hermana me trajo... —Era una excusa absurda. Como si él fuera a creer que necesitaba salir de ahí de inmediato para organizar en un armario una docena de prendas que mi hermana había llevado

para mí—. Gracias una vez más por la conversación —concluí, antes de girarme y entrar en la casa.

—Layla, espera... —me llamó Sebastian, pero seguí caminando rápidamente y simplemente fingí no escucharlo, yendo directamente a la habitación de huéspedes que había estado ocupando.

Apenas entré, apoyé la espalda contra la puerta.

—¿En qué estás pensando, Layla? —me dije a mí misma.

No podía confundir las cosas. Sebastian y yo ya nos habíamos dejado llevar por las hormonas y por un sentimiento compartido de tristeza.

Pero eso no iba a volver a pasar.

No podía volver a pasar.

*****

Capítulo veinticuatro



SEBASTIAN

19 de mayo

Aparentemente, lo había arruinado todo.

En ese intento de besar a Layla, terminé alejándola de mí.

Ese casi beso hizo que volviéramos al punto en el que solo hablábamos de trabajo y, ahora, de forma aún más breve y directa que antes. Cada vez que intentaba siquiera comenzar una conversación sobre lo que había pasado, o lo que *casi* había pasado, ese día, Layla cambiaba de tema, comentando sobre el plazo de algún proyecto o alguna llamada de un cliente.

Y eso, para mí, fue una señal muy clara de que nuestra relación debía limitarse al punto en el que estaba: ella trabajaba en mi empresa y tendríamos un hijo juntos.

Durante esa semana, le dije que necesitábamos hablar sobre el proyecto para la habitación del bebé. El embarazo ya entraba en la vigésima primera semana y teníamos que empezar a organizarnos para la llegada de nuestro hijo en pocos meses.

Acordamos hablar de eso durante el fin de semana. Entonces, cuando nos encontramos en la cocina esa mañana de domingo, le dije que la esperaría en la habitación que sería del bebé.

Me encontró allí después del desayuno.

No había nada en la habitación. Yo estaba mirando las paredes blancas cuando Layla entró y se detuvo a mi lado.

Un breve e incómodo silencio se instaló entre nosotros durante unos segundos, hasta que hablé:

—Bueno, todavía no tengo ninguna idea, pero tal vez tú hayas pensado en algo. El equipo del área de diseño de interiores de Turner es bastante competente, dejé en sus manos los proyectos de las otras habitaciones de la casa e hicieron un excelente trabajo.

—En realidad, yo... hice unos bocetos. Quería que les echaras un vistazo.

Levantó un cuaderno que recién entonces noté que llevaba en las manos. El mismo cuaderno de hojas lisas que yo ya conocía bien.

No tan bien como me gustaría. Pero, sin duda, mucho mejor de lo que debería.

Lo abrió directamente en una página y me lo entregó. Los dibujos hechos a lápiz captaron mi atención de inmediato.

—No tengo tanta experiencia en arquitectura de interiores —se apresuró a aclarar—. Son solo algunos bocetos. Y quise hacerlos a mano porque dibujar en papel me tranquiliza y... en realidad, se me ocurrieron algunas ideas para el cuarto y las fui plasmando, pero... sé que este es el cuarto que nuestro hijo tendrá en tu casa, no en la mía, solo que...

—Layla... —la llamé, haciendo que dejara de buscar explicaciones—. Esto está perfecto.

Aparté la mirada del papel para mirarla, y ella sonrió. Realmente no sabía si estaba tan tensa por la inseguridad sobre su trabajo o por la incomodidad debido a lo que casi había ocurrido entre nosotros el mes anterior.

Tal vez era un poco de ambas cosas.

Volví a mirar el cuaderno y noté que en la otra página también había un dibujo. Era una ampliación de una de las paredes, donde estaría la cuna. Estaba completamente ilustrada, con una representación infantil del mar, con un pequeño barco navegando a lo lejos y un sol con un rostro sonriente.

Era delicado y simple, pero al mismo tiempo hermoso.

—¿Vas a pintar tú misma el mural? —pregunté.

—Como dije, fue solo una idea. La imagen de ese cuarto apareció en mi mente y la pasé al papel. Pero tal vez quieras sugerir algún cambio.

—No quiero. Ya te dije que está perfecto. Pero creo que nadie más podría reproducir ese dibujo en la pared tan bien como tú.

Ella seguía sonriendo y sentí como si el muro de hielo que se había construido entre nosotros en esas últimas semanas por fin se hubiera derretido por completo.

—Bueno, no soy una dibujante profesional, aunque todavía soy mucho mejor con el lápiz que con la pintura. Pero puedo intentarlo.

—¿En serio no eres profesional? ¿Y esto?

—Es un boceto. Eso lo aprendemos apenas entramos a la carrera de Arquitectura.

—No lo digo solo por eso, sino...

Me quedé en silencio de repente, y ella se quedó mirándome, esperando a que terminara la frase. Tal vez era una buena oportunidad para confesar que había visto otros dibujos que había hecho en ese mismo cuaderno, pero me detuve a tiempo. Temí cómo reaccionaría.

Sabía que necesitaba confesarlo en algún momento, pero quise posponerlo. Entonces, dije otra cosa:

—Vi tu Instagram.

Ella dejó de sonreír y sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Tú... viste mi Instagram?

—Digamos que... vi y leí todas las publicaciones.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Cuándo...?

—Cuando estábamos en el hospital. Tuve curiosidad por conocerte un poco más, te busqué en internet y encontré tu perfil.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Bueno... no sirvió de mucho. Como habrás notado, nunca publiqué fotos allí.

—Si fuera un perfil lleno de fotos y videos, apuesto a que no te conocería mejor de lo que pude conocerte a través de tus dibujos.

Layla parpadeó varias veces, como si estuviera reflexionando sobre eso. No era una invasión de privacidad, ya que se trataba de un perfil público, pero claramente se mostró tímida ante la situación.

—Ahora tiene sentido... —dijo finalmente.

—¿Qué cosa?

—Cuando te pregunté sobre tu estilo de lectura, tu color y tu comida favorita... y te conté los míos... y tú actuaste como si ya supieras todo eso.

—Bueno... uno de tus dibujos era de una porción de pizza...

Ella se cubrió el rostro con las manos y empezó a reír. Y el sonido de su risa resultó tan reconfortante para mí. Me llevó a esos momentos en los que veía cada una de sus publicaciones y la observaba dormida en una cama, sin ninguna reacción ni movimiento. Y a lo mucho que deseaba saber cómo sería unir su imagen con las emociones que leía en sus textos y veía en sus dibujos. Muchos eran profundos, reflexivos, algunos incluso tristes... pero varias de sus publicaciones también eran alegres y llenas de humor... como el dibujo de la pizza que acababa de mencionar.

Había dedicado un texto a una porción de pizza de pepperoni. Y era simplemente genial.

—Debes haber pensado que soy muy tonta, ¿verdad? ¿Quién dibuja comida y escribe un texto sobre eso?

—En tu defensa, era una porción que se veía bastante apetecible, de tan realista. Y ni siquiera soy un gran amante de la pizza.

—Entonces retiro lo que dije, Sebastian Turner... Ya sabes mucho sobre mí. Siento que siempre pongo un pedazo de mi alma en mis dibujos. Así que, al ver ese perfil de Instagram, viste una gran parte de quién soy.

—Entonces... por eso dije que no sabía qué contarte sobre mí. Porque siento que nada de lo que diga puede compararse con todo lo que sé de ti a través de tus dibujos.

—¿Por qué no lo intentas? Cuéntame algo. Algo que pueda parecer simple y trivial... porque es en las cosas más sencillas donde conocemos mejor a las personas.

Pensé un momento, tratando de encontrar algo que fuera simple y relevante.

—Tuve un perro cuando era niño... —dije lo primero que se me vino a la mente.

Layla sonrió, como si eso realmente le pareciera interesante.

—¿En serio? ¿Cómo se llamaba?

—Max. Nada original.

—¿Y cómo era Max?

—Grande, torpe y adorable. Vivió casi quince años. Yo ya estaba en la universidad cuando murió. Mi madre me llamó para contármelo y lloré como un niño.

—Nunca tuve un perro, pero creo que puedo entenderlo.

Y ella siempre había querido tener uno. Yo también lo sabía.

—Bueno... Cuando era niño, mis hermanos y yo a veces acompañábamos a nuestra madre a los sets de filmación.

Especialmente durante las vacaciones escolares. Me fascinaba todo lo que ocurría detrás de cámaras en el cine.

—Imagino que debe ser fascinante, especialmente para un niño.

—Y la acompañábamos porque nuestro padre, aunque vivía en la misma casa que nosotros, siempre fue un hombre bastante ausente.

El rostro de ella adquirió una expresión triste. Sabía que, aunque de maneras distintas, ella también entendía bien lo que era la ausencia de un padre.

—Lo siento mucho.

—Mi madre se culpaba, ¿sabes? Y mi padre se aprovechaba de eso, hacía que se sintiera culpable por dedicarse a su carrera como actriz. Decía que debía quedarse más tiempo en casa, cuidándonos. Pero él... él nunca estaba. Era común que siempre inventara viajes o reuniones de negocios. Y también era común que lo descubrieran con muchas mujeres diferentes.

—De verdad lo siento mucho, Sebastian. Por ustedes y por tu madre.

—Yo también. Se retiró en el punto más alto de su carrera, a los cuarenta y tantos años, porque terminó cediendo a la presión de su esposo. Recuerdo que me sentía culpable por eso, porque todos decían que Trinity Turner había dejado su carrera para cuidar de sus hijos. Y sé que mis hermanos también se sentían así.

—Fue muy cruel lo que tu padre les hizo. Pero... ahora que ya son adultos... ¿Trinity no ha pensado en volver a actuar?

—Creo que se siente insegura. Todavía recibe muchas propuestas, pero las rechaza todas.

—¿Y ya hablaste con ella al respecto?

—Siempre le digo que debería considerar la posibilidad de volver.

—Pero ¿ya le dijiste cómo te sientes? ¿Cómo te sentiste cuando renunció? ¿Y todo eso que me acabas de contar?

Abrí la boca para responder que sí, pero me quedé paralizado de inmediato, dudando de mi respuesta. ¿En algún momento le había dicho realmente todo eso a mi madre? ¿Le había dejado claro que nunca debía sentirse culpable por su carrera? ¿Que, por más que trabajara mucho, nunca había sido una madre ausente?

Siempre le decía que debía volver a actuar y hacer lo que la hiciera feliz, pero... tal vez lo que necesitaba escuchar era precisamente eso: que nunca había fallado como madre. Que sabíamos que siempre hizo todo lo posible por darnos una infancia sana y feliz.

—Creo que... voy a hablar con ella de eso en algún momento.

Layla sonrió y yo le devolví la sonrisa. Permanecimos en silencio unos instantes, hasta que me sorprendió al empezar a contar:

—Mis padres pasaron los primeros doce años de matrimonio intentando tener hijos. Después de todo ese tiempo, perdieron la esperanza y decidieron adoptar...

Se detuvo y respiró hondo, dejando ver que aquello le resultaba difícil.

Yo me había preguntado muchas veces cuál era su historia con su padre y por qué ese hombre sentía tanto odio hacia ella. Incluso se lo había preguntado directamente a Layla. Tanto cuando estaba en coma, incapaz de responder, como después, cuando dejó claro que no se sentía cómoda hablando de eso.

—Pero esa decisión, aunque fue de común acuerdo, fue emocionalmente distinta para cada uno —continuó—. Mi madre siempre entendió que un niño adoptado no es una simple sustitución de un hijo biológico, sino un hijo que llega de otra manera.

—Eso debería ser algo evidente.

—Para mi padre no lo era.

Hizo otra pausa. Y yo, por impulso, tomé su mano.

—No tienes que hablar de esto si no quieres, Layla.

—Nunca hablo de esto. Con nadie. Pero quiero contártelo a ti.

Asentí, deseando de verdad ser digno de esa confianza.

Tras otra pausa, continuó:

—Tenía tres años cuando ellos me adoptaron. Y apenas unas semanas después, cuando ya incluso habían perdido toda esperanza, mi madre descubrió que estaba embarazada. Para ella, eso significó la felicidad de tener otra hija. Para mi padre, fue el alivio de poder tener "una hija de verdad".

—Es difícil creer que alguien piense así.

—La verdad es que él solo aceptó la adopción por insistencia de mi madre, y me veía como un "premio consuelo" por no poder tener hijos biológicos. Cuando Sylvie nació, me vio como un error.

Siempre amó a Sylvie y nunca me quiso a mí. Pero cumplía con sus obligaciones como tutor legal. Incluso abrió una cuenta de ahorros para mi educación universitaria. Siempre decía que Sylvie y yo debíamos ser arquitectas como él. Cuando me fui a la universidad y salí de casa, probablemente sintió que su obligación legal había terminado y que solo tenía que soportarme en ocasiones sociales. Después vino la enfermedad de mi madre, y...

Se quedó completamente en silencio, ahogada por el llanto.

Entonces hice algo en lo que ni siquiera pensé: la acerqué hacia mí, rodeando su cuerpo con mis brazos, que parecían envolver algo demasiado frágil en comparación con mi tamaño. Ella me abrazó de vuelta y lloró en silencio durante unos segundos...

O tal vez fueron minutos...

La verdad es que perdí completamente la noción del tiempo mientras la sostenía entre mis brazos. Todo lo que podía sentir era rabia hacia Albert, por todo lo que le había hecho. Y el deseo de que su dolor pudiera aliviarse de alguna manera.

Aún entre mis brazos, volvió a hablar:

—Cuando mi madre decidió dejar el tratamiento, todos estuvimos en contra. Pero los médicos fueron claros: nada podía salvarla. La enfermedad ya estaba demasiado avanzada. Lo único que los tratamientos lograrían sería darle un poco más de tiempo, unos meses más. Pero a costa de mucho dolor y sufrimiento. Siempre terminaba muy mal después de cada sesión, y... estaba agotada. Todo lo que quería era vivir sin ese sufrimiento, aunque fuera por menos tiempo. Y yo... estuve de su lado. Dije que respetaría su decisión.

Entonces, había sido por eso que Albert había dicho que ella era culpable de la muerte de su madre.

Intenté, en ese momento, ponerme en el lugar de ese hombre, ya que yo también había pasado por la pérdida de la mujer que amaba

Recordé el momento en que Bonnie estaba en coma y pensé en la posibilidad de que algún médico me dijera que podía despertar y vivir unos meses más, pero a costa de un dolor intenso y de un sufrimiento insoportable. ¿Qué decidiría? ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar para tener unos meses más... o al menos unas horas más con ella?

Sin embargo, en el caso de la madre de Layla, esa decisión le correspondía solo a ella. Era una mujer lúcida y consciente.

Y Layla la amaba lo suficiente como para aceptar su decisión.

—No tenía nada que hacer... —dijo Layla entre lágrimas, aún entre mis brazos—. Ella ya había tomado la decisión. Solo habría hecho que sufriera más si hubiera seguido insistiendo en contra de eso. No iba a cambiar de opinión. Y nada, absolutamente nada, iba a salvarla. Y él fue tan cruel, juzgándola hasta el último minuto. Ella quería pasar sus últimos meses de vida en paz, pero terminó viviendo discusiones horribles con él todos los días.

—No tienes la culpa de nada, Layla.

Mi afirmación era evidente. Sin embargo, sabía que muchas veces lo evidente necesita ser dicho por otra persona para que tenga sentido en nuestros oídos y en nuestra mente.

—La forma en que me echó de la casa no debería dolerme. Nada relacionado con él debería herirme. Pero yo tenía tres años cuando fui a vivir con ellos. Así que es el único padre que he conocido en la vida.

—Pero él no es tu padre, Layla. Y no hablo de genética. Porque tu madre y tu hermana siempre fueron reales para ti, pero él no.

Sabía que para mí era mucho más fácil decir eso que para ella asimilarlo, pero sentía que debía intentarlo. Layla no merecía cargar con el dolor de ese rechazo.

Ella siguió llorando en mis brazos, pero poco a poco se fue calmando, su llanto se volvió más bajo y los sollozos disminuyeron.

Hasta que apartó las manos de mi espalda y se alejó un poco, apoyándolas sobre mi pecho. Levantó la cabeza y me miró a los ojos. Y no fui capaz de resistirme.

Una vez más, me sentí completamente hechizado por ella. Llevé una de mis manos a su rostro y deslicé el dedo índice por su piel, observando cada rasgo de sus facciones y repitiendo mentalmente lo hermosa que era.

Y cuánto la deseaba.

Cuando se puso de puntillas y llevó una de sus manos a mi nuca, guié mi rostro hacia el suyo, permitiendo que ese beso tan esperado finalmente sucediera.

Tomé sus labios con los míos, al principio de forma suave, sin parecerse en nada a nuestro primer beso, ocurrido meses atrás en aquella habitación de hotel. Ahora, todavía había deseo, pero no solo eso.

También había sentimientos. Tal vez una avalancha de ellos.

Mi lengua pidió paso entre sus labios y se encontró con la suya. El contacto comenzó suave y lento, pero poco a poco se volvió más intenso, más urgente. Mis manos recorrieron su espalda hasta

el borde de su blusa, deslizándose por debajo del tejido sobre sus costillas. Ella gimió contra mis labios y ese sonido me envolvió aún más.

Necesitaba a esa mujer más de lo que había necesitado cualquier otra cosa en mi vida.

Y era evidente cuánto ella también me necesitaba.

Demasiado evidente.

Sus manos fueron hasta el borde de mi camisa y empezaron a levantarla. Entonces me di cuenta de todo lo que implicaba lo que estaba a punto de suceder y simplemente me detuve.

No sé de dónde saqué la fuerza para hacerlo, pero... simplemente me detuve, sintiendo la tensión en mi cuerpo cuando un gemido de protesta escapó de sus labios.

—Sebastian... —murmuró, tirando de mi nuca para volver a besarme.

—Layla, no... —pedí.

—¿Qué?

—No vamos a tener sexo, Layla. No ahora.

Ella se quedó inmóvil, como si esas palabras la hubieran impactado, aunque las pronuncié con la mayor suavidad posible.

—¿No me deseas? —preguntó. Y pude ver nuevas lágrimas en sus ojos.

Maldición... ¿cómo podía siquiera pensar eso?

Tomé su mano, que aún estaba en mi nuca, y la llevé hacia mi cuerpo, queriendo que sintiera cuánto la deseaba. Ese simple contacto, incluso a través de la ropa, me hizo inhalar con fuerza para contenerme. Y vi en sus ojos que entendía perfectamente cuánto la quería.

—¿De verdad crees que no te deseo?

Ella tragó saliva, mirándome con una mezcla de deseo y tristeza.

—Si me deseas y te lo estoy pidiendo, ¿qué te detiene?

Llevé mi mano a su rostro y pasé los dedos por sus lágrimas.

—Esto, Layla. Igual que la otra vez, estás vulnerable. Igual que la otra vez, estás buscando en el sexo un alivio no solo para tu cuerpo, sino también para tu alma herida.

—¿Y qué más da? Quieres acostarte conmigo, ¿no? Estoy aquí, entregándome por completo a ti.

Deslicé los dedos hasta su mentón y me acerqué de nuevo, mordiendo suavemente su labio inferior y tirando de él con lentitud. Luego la besé otra vez, pero sin dejar que el beso se profundizara, o no podría cumplir lo que estaba diciendo. Acerqué mis labios a su oído y mordí suavemente el lóbulo, haciendo que su piel se erizara. Solo lo suficiente para mantener el deseo vivo y para que entendiera cuánto yo también lo quería.

Entonces susurré en su oído:

—Cuando vuelva a estar dentro de ti, quiero tener la certeza de que no tomaste esa decisión en un momento en el que no estabas bien. Quiero perderme en ti sabiendo que solo estás sintiendo placer, y no buscando una forma de anestesiarte.

Cuando me aparté para mirarla a los ojos, vi que su llanto se intensificaba aún más.

—Te necesito, Sebastian.

—Y no pienso irme a ningún lado.

Se lanzó a mis brazos y la abracé de nuevo. Besé la parte superior de su cabeza y repetí, una y otra vez, que todo estaría bien.

*****

Capítulo veinticinco



LAYLA

Siento que ya te conozco, Layla. Sé lo sensible, trabajadora, cariñosa, y especial que eres. Así que, por favor... regresa.

Abrí los ojos lentamente, como si respondiera a ese pedido que podría jurar haber escuchado en la voz de Sebastian. Me di cuenta de que me había quedado dormida con la cabeza apoyada en su pecho, ambos acostados en su cama, en su habitación...

Por segunda vez, estaba en la misma cama que Sebastian Turner. Ahora, sin embargo, sin que hubiéramos hecho nada más que besarnos.

Muchos besos. Pero nada más que eso.

Él me había guiado hasta su habitación, se acostó conmigo y acarició mi cabello mientras yo lloraba. Me dijo que todo iba a estar bien, repitió innumerables veces que yo era hermosa, perfecta, increíble y tantos otros adjetivos absolutamente encantadores. El punto máximo de intimidad fue

cuando levantó mi blusa y acarició mi vientre, mientras besaba mi boca de una forma tan placentera...

Y tan... envolvente...

Era un camino sin retorno para mi corazón. Porque sabía que ya sentía por él algo que nunca había sentido antes por ningún otro hombre.

Creo que pasamos horas allí. Me recosté sobre su pecho y él acarició mi cabello hasta que me quedé dormida, agotada por el llanto. Ahora despertaba con la sensación de haberlo escuchado llamarme. Sin embargo, unos segundos después de despertar, me di cuenta de que no había dicho nada. Probablemente esa voz solo estaba en mi mente.

Era solo un sueño...

Levanté el rostro y me encontré con sus ojos mirándome con un cariño y una preocupación evidentes. Casi podía imaginarlo diciendo de verdad esas palabras con las que había soñado. Era casi como un recuerdo…

"Siento como si... Lo sé, es extraño, pero... además de mi familia, quizás seas la persona más cercana a una amiga para mí".

Lo cual era una tontería, obviamente. Porque no recordaba ningún momento en el que Sebastian me hubiera dicho esas palabras.

Sin embargo, recordaba muy bien lo que él había dicho antes de que me quedara dormida. Especialmente lo que dijo

antes de que termináramos en esa habitación. Sobre él hundiéndose dentro de mí.

Solo esa idea me provocaba un escalofrío entre las piernas. Algo que definitivamente necesitaba controlar.

—¿Estás bien? —preguntó, con su voz ronca y preocupada.

Y excitante, cabe decir.

Asentí con la cabeza.

—¿Dormí mucho tiempo?

—¿Más allá de esos dos meses? —bromeó.

—Qué gracioso... —respondí, conteniendo la sonrisa.

Porque me gustaba esa faceta de Sebastian. Cuando se permitía bromear y dejaba de lado esa aura oscura.

—Solo unos minutos —respondió—. Media hora, tal vez un poco más.

Por más que me sintiera bien en sus brazos, y que deseara que ese despertar hubiera sido después de algo mucho más intenso que desahogarme en lágrimas frente a un hombre tan atractivo como él, necesitaba hacer una confesión:

—Me alegra que no hayamos tenido sexo.

Sus cejas se elevaron.

—Vaya… sabes muy bien cómo subirle el ánimo a un hombre, ¿no?

Esta vez no pude evitar reír.

—No se trata de eso. Quería acostarme contigo. Para ser sincera, lo deseaba mucho. Pero tenías razón: no de esa manera.

—Me alegra haber tenido razón. Eso hizo que el sacrificio valiera la pena.

Recordé el momento en que él guió mi mano hasta su cuerpo bajo la ropa, y sentí su deseo... firme e intenso. Debo admitir que ahora me sentía un poco culpable por haberlo dejado así. Especialmente porque ya sabía lo que era estar con Sebastian Turner, y... solo el recuerdo fugaz de eso ya hacía que una sensación cálida se extendiera por mi cuerpo.

Y sinceramente no recordaba a ningún otro hombre que provocara en mí una reacción así solo con el recuerdo de una noche juntos.

Tal vez las hormonas del embarazo me estaban afectando demasiado.

O tal vez... era algo más que eso. Y también más que el hecho de que ningún otro hombre me había dado un orgasmo como el que Sebastian me había dado. No es que tuviera una larga lista de experiencias en mi vida amorosa. Solo un novio al final de la secundaria, más dos en la universidad.

Ninguno de ellos se acercaba ni remotamente a Sebastian Turner. En ningún aspecto... tamaño, desempeño, atractivo... o en lo que me hacían sentir.

Volví a hablar:

—Además, la última vez... en realidad, la única vez... que buscamos consuelo en los brazos del otro, me dijiste inmediatamente después que había sido un error.

Él llevó el dedo índice a un mechón de cabello que caía en un rizo sobre mi rostro y lo apartó.

—¿Eso te dolió?

—No. Tal vez me afectó un poco el ego, como mujer, pero... en ese momento, tú eras solo un hombre atractivo con quien me había acostado. Ya no es así.

—¿Ya no soy un hombre atractivo? De verdad decidiste arruinar mi autoestima hoy, ¿no?

Le di un pequeño golpe en el brazo, riendo otra vez.

—Sigues siendo un hombre atractivo. Muy atractivo. Pero ya no eres solo eso. Me dijiste, en ese momento, que si yo buscaba una noche de amor, no la tendría contigo. Y no era lo que yo buscaba, así que estaba bien si lo consideraste un error. Pero ahora ya no quiero que simplemente te acuestes conmigo, Sebastian. Aún no sé definir exactamente lo que siento por ti, pero lo que sí sé es que ahora no quiero nada que no sea hacer el amor contigo.

Abrió la boca para decir algo, pero apoyé mis dedos sobre sus labios.

—Déjame terminar, por favor. No me debes nada. Sé que tienes una herida enorme en el pecho y que tal vez aún no te sientes listo para avanzar hacia algo más que sexo. Y yo fui la persona que aceptó ser tu primer paso en esta etapa, en permitirte volver a sentir placer. Y en ese momento, yo también

quería solo eso. Pero ahora no. Y está bien si no estamos en la misma sintonía respecto a esto.

Cuando terminé de hablar, él permaneció en silencio, solo mirándome.

—¿No vas a decir nada?

Deslizó su mano hasta mi espalda y no pude contener un grito al sorprenderme cuando giró rápidamente sobre mí, haciendo que mi espalda tocara el colchón y sintiera el peso de su cuerpo sobre el mío, aunque se apoyó en un brazo para no ejercer presión sobre mi vientre.

Entonces tomó mis labios en un beso.

—Voy a decirlo... —dijo, separando su boca por un instante antes de volver a besarme—. Voy a decir que eres adorable.

—No sé si eso es exactamente lo que quería escuchar —respondí.

Y me dio otro beso. Mi garganta dejó escapar un pequeño gemido de protesta cuando volvió a separarse.

—También eres increíblemente sexy.

—Mmm... creo que eso sí me gusta...

Otro beso. Esta vez un poco más largo, aunque aún demasiado breve para mi gusto.

Sin embargo, valió la pena por lo que dijo a continuación.

—Y me enamoré de ti mientras aún estabas dormida.

Cuando volvió a besarme, no reaccioné. Me quedé completamente inmóvil, tomada por sorpresa por esas palabras.

—¿Ahora tú no vas a decir nada? —provocó.

Dios mío, ¿qué podía decir?

—Pero dijiste que dormí solo media hora... —respondí, como una tonta.

Esta vez fue él quien rió.

—No ahora. Hablo de los dos meses que estuviste en coma.

—Pero... ¿cómo es posible...? ¿Cómo pudiste enamorarte de alguien a quien ni siquiera conocías?

—Vi tus dibujos, leí tus textos... escuché las canciones que compartiste en cada una de esas publicaciones... Fue como hablar contigo todos esos días. Así fue como, de verdad, te conocí y me enamoré de ti.

Ay, caramba... Si repetía una vez más eso de que estaba enamorado de mí, creo que sería capaz de desmayarme y entrar en coma otra vez.

Sostuve su rostro y lo atraje hacia el mío, apoderándome de su boca con la mía de una forma que dejaba claro que no necesitaba oír nada más. Luego lo empujé, haciendo que volviera a recostarse de espaldas sobre la cama. Me senté sobre su abdomen, con una rodilla apoyada a cada lado, y separé nuestras bocas para quitarme la camiseta, quedando con el pecho cubierto solo por el sostén.

Lo vi respirar más hondo mientras me miraba.

—Layla, no tenemos que...

Desplacé mis caderas hacia atrás hasta sentarme sobre su erección. Incluso a través de la ropa, podía sentirlo firme, demostrando que me deseaba tanto como yo.

Volvió a inhalar con fuerza tras ese contacto. Y lo hizo otra vez cuando llevé las manos a mi espalda, desabrochando el sostén y dejando que la prenda cayera sobre la cama, exponiendo mis pechos.

—Ya no estoy vulnerable, Sebastian.

Deslicé las manos por debajo de su camisa, encontrando los músculos definidos de su pecho. Tenía que admitir que ni siquiera sabía de dónde había sacado toda esa audacia. Después de aquella primera noche, tal vez Sebastian me veía como una mujer completamente segura en lo sexual, lo cual no era del todo cierto. Los tres hombres anteriores a él habían sido solo chicos. Y siempre me tomaba un tiempo soltarme de esa manera. Si es que alguna vez lo había hecho.

No así. Nunca.

Sebastian tenía ese poder sobre mí, el de hacerme sentir audaz, valiente, segura.

Él deslizó sus manos por mis muslos, recorriendo mi cuerpo con la mirada.

—Eres hermosa. Eres perfecta.

La forma en que me miraba en ese momento, recorriendo la parte de mi cuerpo que estaba expuesta, me hacía sentir deseada, derribaba cualquier resto de inseguridad que pudiera tener por mi vientre y mis pechos marcados por las estrías del

embarazo. Yo podía ver mil imperfecciones en mí, pero él me miraba como si me venerara. Como si no fuera nada menos que perfecta.

Y ese efecto que tenía sobre mis inseguridades respecto a mi apariencia física era el mismo que tenía sobre mis traumas y mis dolores. Había pasado toda mi vida sintiéndome frágil, rota, insuficiente...

Pero Sebastian era capaz de ver lo mejor de mí. Y de hacerme verlo también.

Tomé el borde de su camisa y la levanté, y Sebastian me ayudó a quitársela, dejando a la vista su pecho esculpido. Me incliné sobre él, volviendo a besarlo, embriagándome con la forma en que su lengua se entrelazaba con la mía. Cuando sus manos sujetaron mis pechos, una oleada de placer recorrió todo mi cuerpo como una descarga eléctrica.

Sin embargo, pronto sentí una incomodidad en esa posición, debido al tamaño de mi vientre presionado contra su abdomen. Y Sebastian pareció notarlo, porque giró el cuerpo, sosteniéndome hasta que quedé recostada de lado sobre la cama. Sus labios se apartaron de los míos y preguntó:

—¿Estás segura? No tenemos que hacerlo.

—Yo te pregunto a ti, Sebastian: ¿estás seguro de lo que me dijiste?

—¿Que me enamoré de ti? Sin la menor duda. Pero repito lo que dije antes: en el momento en que haga el amor contigo, quiero estar seguro de que estás cien por ciento aquí conmigo, y no solo buscando placer para aliviar el dolor.

La forma en que dijo “hacer el amor” recorrió cada célula de mi cuerpo, acelerando los latidos de mi corazón.

—Estoy cien por ciento aquí —aseguré—. Estoy completamente aquí. Hazme el amor, Sebastian Turner.

Él volvió a besarme, y eso fue suficiente respuesta para saber que iba a concederme lo que le pedía.

*****

Capítulo veintiséis



LAYLA

Era la segunda vez que lo veía desnudarse de esa manera, de pie frente a la cama donde yo estaba. Y, también por segunda vez, me sentí aún más excitada ante la escena. No podía mentirme a mí misma ni negar que, incluso antes de aquella primera noche, ya había imaginado cómo sería Sebastian Turner desnudo. Y en ninguna de las versiones que imaginé —por más que todas fueran bastante generosas— él la tenía tan grande.

Los recuerdos de cuando embistió con fuerza y brutalidad aquello tan grande dentro de mí hicieron que presionara mis muslos uno contra el otro, sintiendo un calor aún más intenso entre mis piernas.

—Si te gusta tanto lo que ves, podrías hacer un dibujo —me provocó, arrojando la ropa en algún rincón del cuarto.

—Tal vez lo haga —respondí—. Pero no se lo mostraré a nadie.

Se arrodilló frente a la cama y tomó la pretina de mis bermudas, tirando de mí hasta que mis rodillas quedaron justo en el borde del colchón, con mis muslos aún sobre la cama y

mis piernas colgando hacia abajo. Luego desabotonó la prenda y la bajó hasta dejarme sin ella. Pensé que haría lo mismo con la ropa interior, pero en lugar de eso volvió a subir a la cama y se apoderó de mi boca con la suya.

Me besaba como un hombre, no como los chicos con los que había estado antes. Sus manos recorrían mi cuerpo en una mezcla de suavidad y posesión. Cuando sus dedos ejercían un poco más de presión sobre mi piel, dejaban claro todo lo que quería.

Y así fue como una de sus manos descendió, tocándome por encima de la tela de la ropa interior, con una presión deliciosa, ni demasiado brusca ni demasiado leve. Lo suficiente para que la urgencia en mi vientre aumentara y yo me sintiera aún más excitada. Sus dedos se deslizaron por dentro de la tela y, sin dejar de besarme, escuché un sonido grave escapar de su garganta al notar lo húmeda que ya estaba.

Separó su boca de la mía y la llevó por mi cuello hasta llegar a mis pechos, lamiéndolos y mordisqueándolos. Sus dedos se movían en un vaivén por mi intimidad, y llevé el dorso de la mano a la boca, intentando contener los gemidos, porque todo aquello era una explosión enloquecedora de sensaciones intensas.

—Y todavía ni siquiera he empezado, Layla... —dijo, levantando la mirada para mirarme al rostro mientras seguía lamiendo mi pezón.

Incluso me sentí un poco avergonzada por eso. Aún no habíamos hecho nada y yo ya estaba tan húmeda, con los pezones duros, y esforzándome por no gemir demasiado fuerte, considerando que ni siquiera me había penetrado con los dedos, ni había tocado aún mi punto más caliente.

—Sebastian... —pronuncié su nombre y eché la cabeza hacia atrás cuando sus dedos encontraron mi punto más sensible y comenzaron a estimularlo.

—Quiero probarte, Layla. ¿Puedo?

Asentí con la cabeza, agitada.

—Haz conmigo lo que quieras, Sebastian.

Descendió lentamente, besando y lamiendo mi vientre, mientras seguía estimulándome con los dedos, hasta bajar de la cama y volver a arrodillarse en el suelo, entre mis piernas. Entonces retiró mi ropa interior despacio, mirándome a los ojos durante todo el proceso, antes de que su rostro desapareciera entre mis piernas, oculto tras mi vientre.

La forma en que su lengua me recorrió hizo que mis manos se cerraran con fuerza, aferrándose a las sábanas. Intenté pronunciar su nombre otra vez, pero lo que salió de mi boca fue un sonido incomprensible.

Y comenzó a moverse de una forma deliciosa, entrando y saliendo, deslizándose por mi punto más sensible y deteniéndose unos segundos allí antes de volver a recorrerme.

—Eres tan deliciosa, Layla... —dijo en algún momento, con el aire caliente de su respiración rozando mi piel. Y volvió a lamerme, haciéndome inhalar con fuerza—. Tan deliciosa...

—Sebastian... yo... yo...

¿Qué quería decir? Ni siquiera yo lo sabía. Mi mente parecía nublada, envuelta en un placer que nunca antes había sentido.

—Eres tan dulce... —Volvió a penetrarme con un dedo, mientras su lengua se concentraba en mi clítoris.

—Dios mío, Sebastian... —mi voz salió entre gemidos.

—Tan caliente... —Introdujo otro dedo, moviéndolos dentro de mí en un punto que...

—Así... Justo ahí...

—Estás tan húmeda... Tan sensible...

Intenté decir algo más, pero ya no lograba formar palabras en mi mente. Y tampoco hacía falta, porque él continuó estimulándome exactamente donde yo quería.

Un punto exacto que ni siquiera sabía que existía dentro de mí.

—Deliciosa... —volvió a recorrerme con la lengua, y me estimuló de una forma que...

Dios mío, no iba a resistir.

—Te gusta así, ¿no? —provocó, entre una y otra succión, mientras sus dedos se movían dentro de mí con intensidad—. Podría pasar horas disfrutando de tu sabor, hasta que te desmayes de placer.

—Seb...

Sentía que no estaba nada lejos de eso. Moví las caderas y sentí cómo Sebastian aumentaba el ritmo con el que sus dedos entraban y salían de mí, deslizándose con facilidad por lo húmeda que estaba. Entre los sonidos del movimiento, lo oía gemir mientras me estimulaba, como si realmente disfrutara de

aquello. Y cuanto más gemía yo, más parecía excitarse él, sin que siquiera lo tocara.

La ola de placer fue creciendo cada vez más, hasta estallar por completo. Fue como si mi mente se apagara por unos segundos, sumergida en un orgasmo indescriptible.

Se recostó a mi lado, manteniendo una de sus manos donde antes había estado su boca. Ahora, moviéndose más despacio, como en una caricia íntima y deliciosa. Me besó, haciéndome sentir mi propio sabor en su lengua.

—Te ves aún más hermosa cuando sientes placer —declaró.

—¿Cómo lo haces? —pregunté, con la voz todavía agitada.

Probablemente no era lo que esperaba oír, porque frunció el ceño.

—¿Cómo hago qué?

—Saber exactamente cómo hacerlo. Solo con los dedos y... la boca... Nadie nunca...

Me dio vergüenza terminar la frase. Antes de Sebastian, el sexo para mí era algo más... "tradicional" y "práctico". Siempre de la misma forma, la mayoría de las veces sin orgasmos... Nunca tuve orgasmos como los que él me había dado. Y nunca nada más allá de la penetración, como mucho con algunas caricias previas.

Hasta ese momento, yo era prácticamente una inexperta en ese tipo de intimidad.

—Sé hacer muchas cosas, Layla. Y quiero enseñarte muchas cosas también.

—¿Como un jefe con su pasante? —lo provoqué.

Una leve sonrisa apareció en su rostro, dejando claro que le había gustado la idea. Volvió a besarme y enseguida me sentí completamente lista otra vez. Ahora quería mucho más que caricias y besos.

—Enséñame a hacer el amor, señor Turner —dije.

—Será nuestra lección de hoy, señorita Francis.

Me acomodó sobre la cama, colocando una almohada bajo mi espalda para inclinar mi cadera hacia arriba sin que el peso de mi vientre me molestara. Luego se posicionó entre mis piernas y comenzó a penetrarme.

Muy despacio.

Dios mío.

—Sebastian... —pronuncié su nombre entre un gemido.

Era diferente a la otra vez. Ahora lo sentía centímetro a centímetro, hundiéndose lentamente dentro de mí, tan profundo.

Tan intenso.

Cuando estuvo completamente dentro de mí, me miró a los ojos y comenzó a moverse. Al principio, despacio, con un ritmo delicioso. A diferencia de la otra vez, lo hacía mirándome directamente, y pude sentir de verdad como si estuviéramos convirtiéndonos en un solo cuerpo.

Era una conexión simplemente increíble.

Poco a poco, sus movimientos se volvieron más intensos, y sonidos de placer escapaban de su garganta mientras seguía mirándome. Una de sus manos alcanzó uno de mis pechos y la otra recorría mi vientre y mi pierna.

Más fuerte.

La velocidad aumentó y pude ver un poco de aquel Sebastian de la noche en el hotel. Más intenso, más salvaje, haciendo que el sonido de sus movimientos se mezclara con nuestros gemidos.

Más profundo…

Más rápido...

Más fuerte...

Más brutal...

Más...

Mis piernas se apretaron con más fuerza alrededor de él a medida que sentía otra ola de placer acercarse. Cerré los ojos en el momento en que fui arrastrada una vez más por el orgasmo, y los abrí después para ver a Sebastian hacer lo mismo, mientras sentía su cuerpo tensarse dentro de mí.

Tener sexo con Sebastian aquella noche en el hotel había sido, hasta entonces, lo más placentero de mi vida.

Pero no se comparaba en absoluto con lo que era hacer el amor con él.

*****

Capítulo veintisiete



SEBASTIAN

8 de junio

Todo iba bien, en todos los aspectos posibles.

En Turner, por fin casi estábamos al día con todos los plazos. Layla seguía quedándose después de hora, por más que yo me preocupara por estar exigiéndole mucho. Siempre respondía que no, que le gustaba el trabajo, que el dinero de las horas extra era bienvenido y que se sentiría aburrida yendo a casa sola, siendo que yo, de cualquier manera, tendría que quedarme en la oficina hasta más tarde.

Y, al final de cuentas, me sentía más tranquilo por tenerla conmigo. Me preocuparía si regresara a casa sin mí, incluso aunque el sistema de seguridad de allí estuviera bastante reforzado.

Y, en casa, las cosas iban... aún mejor. Las noches —y las mañanas— con Layla eran increíbles, y hacían que me preguntara por qué habíamos tardado tanto en entregarnos a esos sentimientos. Ahora, la habitación de huéspedes había quedado vacía, ya que Layla dormía conmigo.

A pesar de que las cosas en la oficina ya estaban más tranquilas, todavía necesitaba ir los sábados para adelantar algunos pendientes. Layla se quedaba en casa, ya que ese era el día en que Sylvie solía visitarla. Y, aun con cierta resistencia de la adolescente, Layla había logrado convencerla de aceptar que uno de los guardias de seguridad la llevara de regreso.

No creía que el hombre que había intentado matarme fuera a hacer algo contra la chica, pero prefería tomar esa precaución.

Cuando llegué, dejé mi maletín en el sofá de la sala, tomando solo una invitación que había recibido ese día. Con ella en la mano, avancé por el pasillo. Escuché el sonido de música proveniente de una de las habitaciones y seguí caminando despacio, porque pensé que, tal vez, Sylvie aún estaría allí. Sin embargo, cuando me detuve en la puerta de la habitación del bebé, encontré a Layla sola. Su celular, apoyado sobre una de las cajas de muebles que aún serían armados, reproducía una canción de Queen, y la madre de mi hijo se balanceaba lentamente al ritmo de la música, de espaldas a mí y de frente a la pared. Con un pincel en la mano, hacía un degradado con pinturas en distintos tonos de azul en la parte donde, probablemente, dibujaría el mar.

—¿Decidiste empezar sin mí? —dije.

Como estaba concentrada, terminó sobresaltándose, asustada por mi voz, y se giró hacia atrás. La imagen de ella, con el cabello rizado recogido en una cola de caballo alta, usando un pantalón de sudadera y un top blanco que dejaba su hermosa barriga al descubierto, así como el contorno de sus pechos sin sostén, me cautivó.

—¡Sebastian! —exclamó, llevando una de las manos al pecho —. No puedes llegar a escondidas de esa manera. ¿Quieres matarme de un susto?

Cruzó los brazos frente al pecho, fingiendo estar molesta. Yo me acerqué, mientras aflojaba mi corbata, y besé sus labios.

—Lo siento. Pensé que todavía estabas con Sylvie.

—Tuvo que irse más temprano. Hoy tiene una fiesta de cumpleaños de una amiga. Y tú también llegaste más temprano. Se suponía que esto era una sorpresa para ti.

—¿En serio llegué temprano? Creí que había pasado demasiado tiempo lejos de ti.

La besé nuevamente, llevando la mirada hacia la pared parcialmente pintada de azul y hacia las varias latas de pintura de otros colores esparcidas por el suelo cubierto con periódicos.

—¿De verdad ibas a hacer todo el dibujo hoy? —pregunté, sorprendido.

—Probablemente no, pero al menos iba a adelantar la parte del mar y del barquito. Si regresabas en el horario de siempre, tendrías una sorpresa.

—Bueno, ya que llegué temprano, puedo ayudarte. —Me quité el saco y empecé a arremangar las mangas de mi camisa—. ¿Por dónde empiezo?

Ella siguió con los brazos cruzados, mirándome mientras reprimía una sonrisa.

—¿Sabes pintar paredes?

—Solo lo sabré si lo intento.

—Entonces nunca lo has hecho, ¿verdad?

—Bueno, soy bueno probando cosas nuevas. Hay varias que me encantaría probar contigo, por cierto.

Volví a acercarme, pero antes de que pudiera besarla otra vez, me sorprendió cuando pasó el pincel, manchado de pintura azul, por mi mejilla.

—¡Oye! —protesté, fingiendo molestia.

Ella rió.

—Si quieres aventurarte a pintar, tienes que aceptar ensuciarte un poco. —Sus ojos se desviaron hacia la invitación en mis manos—. ¿Qué es eso?

—Ah, Logan fue hoy a Turner y me la entregó. Son las invitaciones de la boda.

Le entregué el sobre, que tomó con entusiasmo, abriéndolo y admirando la tarjeta blanca con letras doradas. Mi hermano Logan y Evelyn ya vivían juntos desde hacía un tiempo y estaban casados por civil. Pero tenían planes de celebrar una boda en Los Ángeles el próximo verano.

—Qué bonito... —dijo, mirando la invitación con fascinación—. Evelyn me invitó a ser una de las damas de honor, aún tengo que comprar mi vestido. Solo dijo que quiere que Camila y yo usemos algo azul, pero nos dejó elegir el tono y el modelo. Solo que no sé muy bien qué ponerme, porque será la primera vez que asista a una boda así... En la playa, al atardecer...

—Es una buena pregunta. También tengo que preguntarle eso a Logan, porque creo que no estaremos en un ambiente adecuado para esmoquin. Esa boda será prácticamente lo opuesto a la de Michael y Camila, que fue en Aspen, en pleno invierno. Y todos tuvimos que usar capas y más capas de ropa por el frío.

—Tus hermanos son bastante opuestos, ¿no?

—No tienes idea. Menos mal que encontraron parejas que comparten sus gustos particulares para celebraciones de boda tan diferentes.

Me miró durante unos segundos, como analizándome, antes de preguntar:

—¿Y la tuya?

—¿La mía?

—Sí. Tu boda. ¿Cómo fue?

Percibí la duda en su pregunta. Hasta hacía poco, cualquier tema que me recordara a Bonnie habría sido evitado, incluso con cierta dureza. Sin embargo, ahora notaba que pensar en ella ya no me causaba un dolor tan intenso. Era más bien una sensación agridulce, una mezcla de nostalgia y gratitud por haber vivido tantos momentos increíbles a su lado.

—Mi boda fue lo más tradicional posible. En una iglesia, todo muy clásico. La verdad, yo no tenía muchas exigencias, pero era el sueño de Bonnie. Y fue una ceremonia muy bonita.

Ella sonrió con sinceridad, y eso hizo que la admirara aún más. Quizá otra persona, en su lugar, sentiría celos o incluso evitaría hablar de eso.

Decidí devolverle la pregunta, aunque de otra forma:

—¿Y tú? ¿Cuál sería tu boda ideal?

—¿Sinceramente? No pienso mucho en eso.

—¿En serio? —Me sorprendí de verdad.

—En serio. Tal vez... algo más íntimo. Una ceremonia en casa, seguida de una cena con las personas cercanas, para celebrar. Cuando pienso en el casamiento, creo que me enfoco más en la relación en sí que en una gran celebración, ¿sabes? Pienso en lo que quiero vivir junto a esa persona.

Fue imposible no recordar aquel dibujo suyo. La casa en la playa, los niños, el perro, la pareja feliz contemplando el mar y las estrellas...

El sueño de tener a alguien con quien mirar las estrellas...

Y en cómo eso también era lo que yo mismo quería.

Habría dicho algo al respecto, pero Layla fue más rápida en cambiar el rumbo de la conversación.

—Hablando de relaciones... Hablé un poco con Sylvie hoy.

—¿En serio? ¿Y cómo te fue?

—Bueno, no fue nada tan directo. El cumpleaños al que va hoy es justamente el de la compañera de clase de la que sé que está enamorada. No te lo conté, pero revisé las redes sociales de la chica y descubrí que es abiertamente bisexual, y también que está soltera en este momento.

—¿En serio, Layla Francis? ¿Espiando a la chica?

—Mira quién habla... Fuiste tú mismo quien indirectamente me dio esa idea, después de decir que habías visto mi Instagram y que habías conocido mucho de mí a través de él. Sylvie es mi hermanita. Antes de apoyarla para que se le declare a alguien, necesitaba saber lo mínimo sobre esa persona.

—Está bien, es justo. Pero entonces, ¿qué hablaste con ella?

—Bueno, yo... —Miró la invitación que tenía en las manos, y noté que lo hacía por cierta timidez ante lo que estaba a punto de decir—. Empecé contándole sobre nosotros dos.

—¿Y se enfureció? Ya que no le caigo muy bien...

—Al principio, no le hizo mucha gracia. Pero dijo que ya había notado que pasaba algo entre nosotros. Le conté algunas cosas sobre ti para tranquilizarla y mostrarle que eres un buen hombre. No respondió mucho, así que tengo la impresión de que ya no te odia... al menos no tanto.

—Me alegra sinceramente escuchar eso.

—Entonces le dije, primero que nada, que la amo mucho, que estoy muy orgullosa de ella y que voy a estar a su lado en cualquier situación. Me respondió con un "¿qué te pasa?, ¿por qué dices eso de repente?" —imitó la forma de hablar de su hermana, y no pude evitar reír—. Luego le dije que quiero que sea feliz y que, si algo aprendí, tanto con la muerte de mi madre como con mi accidente, es que la vida es muy frágil. En un segundo, alguien que amamos o nosotros mismos podemos dejar de estar aquí, así que no debemos dejar de expresar lo que sentimos por inseguridad o por miedo a no ser correspondidos. Si le gusta alguien, si esa persona está disponible, si es buena y no hay impedimentos, es una tontería no decir lo que siente.

Asentí con la cabeza, y nos quedamos en silencio por unos instantes, hasta que volvió a mirarme y pregunté:

—¿Y entonces? ¿Qué dijo?

—Que estaba muy rara y "demasiado sensible". Después preguntó si podíamos pedir una pizza y empezó a hablar de una nueva serie que está viendo. —Resopló, y yo reí—. Los adolescentes son muy difíciles, ¿sabías?

—Sí, lo son. Pero estoy seguro de que entendió lo que dijiste y que va a pensarlo.

—Eso espero. ¿Y bien? ¿De verdad todavía quieres ayudarme con esto? —Señaló la pintura que empezaba a tomar forma en la pared.

—Claro que sí. Solo necesito antes quitarme esta camisa blanca, ya que eres un poco torpe con los pinceles. —Señalé mi rostro manchado de azul.

Ella rio.

—Hace bastante calor hoy. Puedes quedarte sin camisa, si quieres. A mí no me molesta.

—Ah... ¿no te molesta? —Me alejé unos pasos, empezando a desabotonarme la camisa.

Y la vi morderse el labio inferior mientras sus ojos recorrían mi pecho que comenzaba a quedar al descubierto.

—Para nada... —respondió.

—¿Seguro? ¿Nada de nada? —Terminé de desabotonar y me quité la camisa por completo, arrojándola sobre una de las cajas de muebles.

—Tal vez me moleste un poco, pero de una buena manera...

Volví a acercarme, llevé las manos a su vientre y las deslicé hasta su cintura. Nos besamos otra vez, despacio, sin prisa. Ya habíamos pasado por una etapa en la que apenas podíamos tocarnos sin que todo se incendiara en cuestión de minutos. Ahora sentía que estábamos un paso más allá. Me gustaba ir despacio, saborearla poco a poco. Sabía que tendríamos todo el fin de semana

juntos, solo nosotros dos en esa casa. Y después de eso, muchos meses más...

Que yo quería que se convirtieran en años...

En toda una vida.

Me aparté un poco, interrumpiendo el beso, y esperé a que abriera los ojos para decir, de forma simple, breve y directa:

—Te amo.

Ella parpadeó, tomada por sorpresa.

—Sebastian... —empezó a decir, pero yo continué.

—Hoy siento que aprendí algo más contigo. La vida es demasiado breve e impredecible como para guardarse lo que uno siente. Y yo ya sentía algo por ti cuando despertaste. Pasé dos meses a tu lado... conociéndote, pidiendo día tras día que despertaras. Al principio, solo por culpa, pero poco a poco empecé a sentir una enorme necesidad de ver tus ojos abiertos, de escuchar tu voz, de tocarte. Después de que despertaste y viniste a vivir conmigo, ese sentimiento fue creciendo, profundizándose... Tuve la certeza de que estaba enamorado, y ahora siento que ni siquiera esa palabra alcanza para describir lo que siento. Porque es eso, Layla... Te amo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de inmediato, y pensé que tal vez me había precipitado. Sabía que Layla sentía algo por mí, pero probablemente aún no estaba en el mismo punto que yo. Pero al diablo... No decía eso esperando una respuesta, sino porque era lo que sentía, y necesitaba decírselo.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho, rodeándome con sus brazos, y yo la abracé de vuelta.

—A veces recuerdo algunas cosas... —dijo en voz baja, con la voz quebrada por el llanto—. Tengo recuerdos fugaces de tu voz, diciendo cosas que no recuerdo que hayamos hablado. Al principio pensé que eran cosas de mi mente, pero después entendí que son reales. Porque cada vez que pienso en el tiempo que estuve en coma, tengo la clara sensación de que no me sentí sola en ningún momento.

—¿Podías oírme?

—Aunque no recuerde todo con exactitud, sé que sí, que podía oírte. Y podía sentir que estabas ahí, cuidando de mí.

La abracé con más fuerza.

—Yo estaba ahí.

—Y ahora estoy aquí, y... —Levantó el rostro y me miró a los ojos. Entre lágrimas, esbozó una sonrisa hermosa—. Y yo también te amo.

Llevé una de mis manos a sus mejillas, secando sus lágrimas. Pensé que quería estar siempre a su lado para hacer eso. Para sonreír con ella, pero también para secar sus lágrimas cada vez que fuera necesario.

Luego, no pude resistirme a provocarla. En un movimiento rápido, llevé la mano hacia atrás, donde la suya sostenía el pincel, y presioné las cerdas contra mis dedos. Al darse cuenta de lo que intentaba hacer, Layla trató de apartarse, pero logré pasar mi mano manchada de pintura azul por su brazo.

—¡Sebastian! —fingió estar furiosa, aunque apenas podía contener la risa—. ¡Eso fue muy bajo!

—Tienes que aceptar ensuciarte un poco si quieres aventurarte a pintar —bromeé, repitiendo lo que ella misma me había dicho.

—Tú... me las pagarás.

Se lanzó hacia mí con el pincel otra vez, pero la detuve con facilidad, me aparté y tomé otro pincel más fino que estaba sobre una lata de pintura roja.

Al ritmo de *Don't Stop Me Now*, nos divertimos como dos niños, antes de terminar, como todas las noches, haciendo el amor, esta vez con partes de nuestros cuerpos manchadas de pintura.

Una vez le dije a Layla que el negro era mi color favorito. Ahora cambiaba de opinión.

Me parecía que todos los colores eran increíbles, siempre y cuando ella estuviera en mi vida.

*****

Capítulo veintiocho



SEBASTIAN

9 de junio

Desperté con el sonido de notificación de algún celular. Pero, sinceramente, no le presté atención. Estaba demasiado cómodo allí, en la cama, con nuestros cuerpos aún desnudos, uno junto al otro, después de una noche de sexo bastante intenso. La última vez que despertamos y dejamos que nuestros besos terminaran conmigo hundiéndome dentro de Layla eran más de las cuatro de la mañana. No tenía idea de qué hora sería ahora, pero sentía que aún era demasiado temprano para levantarse un domingo.

Estaba a punto de volver a dormirme cuando el sonido de notificación volvió a oírse. Layla se movió entre mis brazos, de forma perezosa.

—¿Qué hora es? —murmuró, somnolienta.

Le di un beso en la parte superior de la cabeza.

—Probablemente todavía es temprano. Duerme un poco más.

El celular volvió a sonar, y recién entonces identificamos que era el de Layla. Ella comentó:

—Debe ser el grupo con Evelyn y Camila, en otro debate sobre los vestidos de las damas de honor para la boda.

—Entonces no hace falta que respondas ahora. Descansa un poco más.

Levantó el rostro y me miró con una expresión llena de picardía.

—Ahora que ya desperté, no sé si quiero volver a descansar.

—Cariño, no deberías provocarme así. En nuestra última ronda dijiste que te dolían las piernas.

—Puedo descansar después, tenemos todo el día. A menos que estés demasiado cansado para eso, señor...

Yo estaba exactamente en el extremo opuesto de cansado. Solo con escuchar esa provocación suya, mi verga ya reaccionó, más que lista para que empezáramos otra vez.

Aun así, su cuerpo era tan pequeño en comparación con el mío... Y estaba embarazada. Me daba miedo lastimarla, pero ella siempre me sorprendía con lo insaciable que podía llegar a ser.

Hice otra sugerencia:

—También podemos divertirnos de formas menos dolorosas...

Ella subió lentamente el muslo por encima de mi pierna, y pensé que definitivamente no debía jugar así conmigo. Acercó sus labios a los míos y estábamos a punto de besarnos cuando el celular volvió a sonar.

—¿De verdad Camila y Evelyn quieren decidir lo de esos malditos vestidos ahora? —pregunté.

Ella rio y estiró la mano hacia la mesa de noche de su lado de la cama, tomando el celular.

—Vamos a resolverlo poniéndolo en modo silencioso, así no tendremos más interrupciones —dijo. Sin embargo, apenas miró la pantalla, su expresión cambió a preocupación.

—No son las chicas, es mi hermana... —Se incorporó, dejando su cuerpo desnudo expuesto ante mí, lo que aumentó aún más mi urgencia por perderme en sus curvas.

Pero noté la seriedad en su rostro mientras recorría las mensajes con la mirada.

—¿Pasa algo, Lay?

Poco a poco, su expresión de preocupación fue cambiando, adquiriendo un aire de sorpresa. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Se lo contó, Sebastian... Syl se lo contó.

—¿Qué contó?

—A la chica... se llama Louise... Se le declaró en la fiesta, y... ¡Dios mío! —Se rió, llevándose una mano a la boca mientras seguía leyendo. Al parecer, Sylvie le había enviado un mensaje larguísimo.

O más de uno, porque el celular volvió a sonar.

—Dios mío... —repitió Layla—. Louise le dijo que a ella también le gustaba... Están oficialmente saliendo, y... —hizo una pausa y me miró—, Sebastian, ¡me lo contó!

Sonreí.

—Ya dijiste que se lo contó a la chica, Lay. Y me alegra mucho por eso.

—No, no me refiero a eso, sino a que... Me lo contó a mí. Me lo está contando a mí.

Pasé las manos con suavidad por su espalda.

—Claro que iba a contártelo, Lay. Eres la mejor hermana que alguien podría tener.

Una sonrisa emocionada apareció en sus labios.

—Yo... Quiero llamarla para hablar mejor. ¿Te importa? Prometo que vuelvo enseguida y continuamos donde lo dejamos.

—Tómate el tiempo que necesites. Voy a preparar un buen desayuno para los dos. Quiero que estés muy bien alimentada, porque tendremos todo un día juntos.

Sonriendo, volvió a acercarse y dejó un beso en mis labios. Luego se levantó y tomó una de mis camisas que estaba sobre un sillón, se la puso y salió hacia el balcón con el celular, iniciando ya la llamada.

Me quedé un rato más acostado, observándola a través de las cortinas blancas que separaban el cuarto del balcón con vista al mar. Layla caminaba mientras hablaba por teléfono, luciendo animada por la conversación con su hermana. Mi camisa le llegaba hasta las rodillas, pero aun así se veía increíblemente sexy llevándola puesta.

También me levanté, poniéndome solo un pantalón, y salí del cuarto para darle aún más privacidad a la conversación de Layla con su hermana, y también con la intención de preparar el desayuno que

había prometido. Tomé mi celular en la sala, donde lo había dejado el día anterior, dentro de una carpeta, apenas llegué de la empresa. Aún tenía algo de batería, así que aproveché para realizar un viejo hábito: revisar las noticias del día.

Y una de ellas llamó mi atención.

Era de un portal de cine y entretenimiento.

Trinity Turner rechaza una oferta millonaria para actuar en la próxima película de un reconocido cineasta.

No bajé más allá del titular para saber de qué papel o de qué cineasta se trataba. En lugar de eso, abrí mis contactos, busqué el de mi madre y la llamé.

—Ah, querido, qué bueno que me llamas —dijo enseguida, con su tono siempre animado—. ¿De verdad crees que necesito todo este sistema de seguridad aquí en casa? Hace tanto tiempo que no organizo una fiesta, ni siquiera celebramos que hayas sobrevivido a aquel horrible accidente. Estaba pensando en algo pequeño, íntimo, unas ciento cincuenta personas, aquí mismo en casa, y...

—Mamá... —la interrumpí—. ¿Por qué rechazaste el papel?

—¿Qué? —pareció confundida.

—Recibiste otra propuesta para volver al cine y la rechazaste. Acabo de leerlo. ¿Por qué lo hiciste?

Hubo una pausa. Pareció algo desconcertada por mi pregunta.

—Ay, Sebastian, ya hace mucho tiempo que me retiré.

—Puedes volver cuando quieras. Está bien si la propuesta no fue buena para ti o si el personaje o el guión no te convencieron, pero... Has estado rechazando absolutamente todo.

—¿Por qué sales ahora con esto, Sebastian? Eso ya pasó, forma parte del pasado.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué piensas así?

Otra pausa. Dudó un momento antes de desahogarse:

—Ya pasó mi mejor momento. Ya no soy una jovencita. Y nunca fui tan buena en realidad. Esa nominación al Oscar que recibí fue más por la historia del personaje que por mi actuación. Además, ya gané mucho dinero con eso, ya me divertí lo suficiente, y me retiré cuando era momento de quedarme en casa para cuidar de mi familia como corresponde.

—¿Era él quien te decía todo eso, mamá? ¿Fue mi padre quien te llenó la cabeza con esas ideas para que abandonaras tu carrera?

La escuché inhalar profundamente, y podía apostar a que estaba conteniendo el llanto.

—Tu padre no era tan malo, hijo. Solo quería evitar que yo hiciera el ridículo como esas personas que no aceptan que su mejor momento ya pasó.

—Sí lo era, mamá. Un hombre que destruye la autoestima de una mujer de esa forma es un maldito.

—Eso ya no importa, hijo.

—Sí importa. Importa todos los días, mamá. Y lo siento por no habértelo dicho antes con tanta claridad, pero: fuiste y sigues siendo una madre increíble. Eres una abuela maravillosa. Una mujer

extraordinaria. Y una actriz espectacular. Hollywood se pierde de no tenerte más. Y no lo digo solo yo, lo dicen todos esos directores que te envían invitaciones prácticamente todos los meses desde que te retiraste. Entiendo y respeto si crees que los honorarios o los papeles no están a la altura de tu talento, que sabes que tienes. O si realmente crees que sería agotador o simplemente no quieres. Pero no acepto que sigas privándote de tus sueños porque algún día un imbécil te hizo creer que no eras lo suficientemente buena. Porque lo eres. Eres simplemente la mejor.

La oí sollozar del otro lado de la línea, y lamenté estar diciéndole todo eso por teléfono y no en persona, para poder abrazarla en ese momento. Más que eso, lamenté haber dejado pasar tanto tiempo sin decirle cada una de esas palabras. Siempre creí que bastaba con que mis hermanos y yo le dijéramos cosas como "deberías volver a actuar, mamá". Pero no era suficiente.

Layla tenía razón cuando hablamos de eso: necesitaba decir más. Necesitaba dejarle claro a mi madre todo aquello que para mí parecía tan obvio.

—Gracias, querido. Creo que necesitaba escuchar eso. Amo a tus hermanos y a ti más que a nada en este mundo, ¿lo sabes?

—Y nosotros también te amamos, mamá. Siempre hiciste lo mejor que pudiste por nosotros. Y lamentamos que papá te haya hecho creer que debías renunciar a tus sueños para estar más presente. Pero lo que ya pasó no se puede cambiar. Puedes empezar de nuevo ahora. Nunca es tarde para eso.

—¿Y por qué sería tarde? Sigo siendo una mujer joven, ¿sabes? Apenas estoy entrando en los cincuenta...

Comprimí los labios, conteniendo la risa. Mi madre ya había pasado los sesenta años. Pero eso era algo que no admitiría ni bajo tortura.

—De verdad eres una mujer muy joven, mamá.

—Hace unos meses, poco antes de tu accidente, fui a recoger a Logan y a su familia al aeropuerto, y me preguntaron si las gemelas eran mis hijas. La gente se sorprende de que ya tenga nietas de ese tamaño.

—Claro, mamá. ¿Quién supondría algo así? En fin, prométeme que vas a analizar con un poco más de atención las propuestas que recibas.

—Va a depender mucho del papel también, ¿no? Ya lo sabes. Mi regreso tiene que ser triunfal.

Entonces, ya estaba considerando ese regreso...

Volví a sonreír.

—Claro, mamá. Tiene que ser algo a tu altura.

—Muchas gracias, querido. Bueno, ahora tengo que colgar. Necesito llamar a unas amigas, y...

—Mamá... —la interrumpí una vez más.

—¿Sí?

—Nada de fiestas.

—¡Sebastian!

—No es seguro.

—Pero serían pocas personas, y...

—Por ahora no, mamá.

Ella murmuró algo, mostrando su decepción. Pero, al mismo tiempo, también estaba feliz.

*****

Capítulo veintinueve



LAYLA

8 de julio

El tiempo seguía pasando sin que la policía descubriera el paradero de Daniel Reed. Y, si no fuera por todo el esquema de seguridad y las modificaciones que tuvimos que hacer en nuestras vidas, incluso podríamos llegar a pensar que la existencia de ese hombre no había sido más que algún delirio colectivo, porque había desaparecido por completo del mapa y no había vuelto a intentar nada contra ningún miembro de la familia Turner.

Sin embargo, yo aún tenía en mi cuerpo algunas cicatrices en los lugares donde me habían dado puntos en aquel accidente. Sin contar los dos meses de mi vida completamente perdidos. Eso hacía que recordara de forma constante la existencia de ese hombre y que no subestimara lo que podría hacer.

Y esa era la única razón por la que aún no le había rogado a Camila que volviera a trabajar, porque dirigir ese equipo simplemente me estaba volviendo loca.

Aquella mañana tuve dos reuniones extremadamente tensas, con compañeros que sinceramente me hacían preguntarme en qué universidad se habían formado. Y el problema mayor era que algunos de ellos no me soportaban. Yo sabía que corría el rumor de que había asumido ese cargo por ser amiga de la jefa del sector y, sobre todo, por estar embarazada del CEO de la empresa. El hecho de que yo aún fuera solo una pasante y mucho más joven que todos los demás lo hacía aún más inaceptable para ellos.

Y, si dirigir un equipo ya era una tarea difícil, se vuelve aún más cuando algunos de sus integrantes no te soportan.

La última reunión terminó poco después del mediodía y me senté en una de las sillas del hall del piso donde trabajaba. Tomé mi celular y le envié un mensaje a Sebastian.

LAYLA:

Hola, jefe.

¿Qué te parece si almuerzas con tu pasante hoy?

Después de enviarlo, revisé otros mensajes. Algunos de Sylvie, quejándose por haber sacado un 8,5 en un examen; algunos del grupo con mis amigas, donde Evelyn mostraba, emocionada, fotos de uno de los hoteles en los que ella y Logan se hospedarían durante la luna de miel; y varios más del grupo de la universidad, donde todavía me mantenían aunque hubiera perdido el año y ya no formara parte del mismo curso.

Respondí rápidamente a todos y, apenas terminé, sonó la notificación de la respuesta de Sebastian.

SEBASTIAN:

Que conste que eres tú quien me está invitando.

Nadie puede acusarme de acoso.

Reí de inmediato, pensando que él no corría ese riesgo. Porque lo que se decía por los pasillos de la oficina era que yo había quedado embarazada del jefe a propósito.

Como si eso me importara.

Y llegaron más mensajes:

SEBASTIAN:

Perdón por tardar en responder, hermosa.

Hoy las cosas están bastante caóticas por aquí.

¿Por qué no subes a mi oficina y pedimos algo por delivery para almorzar aquí mismo?

Creo que hoy será complicado que pueda salir.

Escribí una respuesta:

LAYLA:

Entonces espérame ahí.

Y pide una pizza para mí.

SEBASTIAN:

Una embarazada sana no puede comer pizza en el almuerzo...

Voy a pedir comida de verdad para los dos.

Puse los ojos en blanco, pero en el fondo me parecía tierna la forma en que Sebastian cuidaba de mí y de nuestro bebé.

Guardando el celular, fui hacia el ascensor que llevaba al último piso, donde estaba la oficina del jefe. El acceso solo podía hacerse mediante una contraseña a la que muy pocas personas tenían acceso.

Apenas la puerta se cerró, abrí mi bolso para guardar el celular y encontré mi diario dentro. Lo había llevado a la empresa ese día porque Sebastian me pidió que armara en la computadora el proyecto de la habitación de nuestro bebé, que yo había hecho a mano en mi cuaderno. Aunque la habitación ya estaba casi terminada, él quería el proyecto como parte del portafolio de Turner, decía que era uno de los más bonitos que había visto para habitaciones infantiles.

Yo consideraba su opinión un poco sospechosa, pero aún así acepté. Pensaba hacerlo por la tarde.

Mientras pensaba en eso, todavía mirando el cuaderno, una voz lejana apareció en mi mente, como una especie de recuerdo:

"Mira esto. ¿Cómo pudiste mantener algo tan perfecto escondido entre las páginas de un diario?".

Era la voz de Sebastián.

Parpadeé un par de veces, intentando recordar cuándo había dicho eso. No recordaba que hubiera usado esas mismas palabras cuando me pidió que digitalizara los planos de la habitación de nuestro hijo. Sobre todo porque había sucedido hacía dos o tres días. La voz en mi mente era algo confusa, distante... como si la hubiera dicho hacía mucho tiempo.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió. Negué con la cabeza, pensando que debía estar muy cansada y estresada, porque todos esos pensamientos no tenían sentido.

—¿Lay? —La voz de Sebastian llamó mi atención.

Lo miré, viéndolo levantarse de su sillón. Salí del ascensor, fui hacia él y sonreí. Intercambiamos un beso corto apenas nos encontramos.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Depende. ¿Pediste pizza para mí?

—Qué graciosa. Podemos pedir pizza el sábado, ¿qué te parece?

—El sábado es la boda de Evelyn y Logan, ¿lo olvidaste?

—Pizza el domingo, entonces. Y seguro que ya comeremos cosas poco nutritivas en la boda.

—Trato hecho.

Volvimos a besarnos y, una vez más, iba a ser solo un beso corto. Pero terminó profundizándose más de lo que debía. Yo no tenía la costumbre de ir a la oficina de Sebastian. Generalmente salíamos a almorzar y nos encontrábamos ya en la planta baja del edificio o en mi piso. Y, en las pocas veces que fui hasta allí, su secretaria estaba en la oficina justo al lado.

Esta vez, sabía que no estaba, porque era la hora del almuerzo.

De todas formas, seguía siendo un ambiente de trabajo, así que recuperé la cordura y lo empujé, presionando suavemente mis manos contra su pecho.

Ese pecho que yo sabía que era una perdición de lo definido que estaba, pero que también se veía muy sensual con ese traje y corbata.

Y mi mente no colaboraba conmigo...

—En serio, Lay, ¿estás bien?

—Estaba pensando en tonterías —confesé, con una leve provocación.

—Sí, claro. Pero no hablo de ahora. Cuando el ascensor se detuvo, parecías... no sé... asustada.

"Asustada" era una palabra un poco fuerte. En realidad, estaba algo confundida. Y la pregunta de Sebastian me hizo volver a pensar en eso.

"¿Cómo pudiste mantener algo tan perfecto escondido entre las páginas de un diario?".

Las palabras volvieron a repetirse en mi mente. Al mismo tiempo que eran lejanas, también me parecían nítidas. La frase completa se repetía con exactitud, como si realmente hubiera escuchado a Sebastian decirme eso en algún momento.

Era igual a lo que pasaba con los recuerdos que tenía de algunas cosas que él dijo durante el tiempo en que estuve en coma. Pero, probablemente, no era el caso esta vez, porque, si lo fuera... sería lo mismo que entender que Sebastian había leído mi diario mientras yo estaba inconsciente.

Y no creía que él hubiera hecho eso.

—¿Lay? —Sebastian me llamó una vez más, y recién entonces me di cuenta de que me había vuelto a distraer en mis pensamientos.

—Sebastian, tú... —Hice una pausa—. Nada... No es nada.

Pensé que él no me ocultaría algo así. Él mismo me había prometido que no me ocultaría nada que tuviera relación directa conmigo. Si de verdad hubiera hecho algo como leer mi diario mientras yo estaba en coma, me lo diría.

Al menos, eso era lo que quería creer.

—Ahora dime. No me vas a dejar con la duda.

—Es solo que... —Llevé la mano a su rostro—. Te amo. Me siento segura contigo, porque sé que nunca harías nada para lastimarme.

Él solo me miraba, probablemente sin entender por qué decía eso sin ningún contexto. Pero era algo que sentía y que necesitaba decir en voz alta, sobre todo para calmar mi propio

corazón respecto a esos pensamientos. No tenía ningún motivo para pensar que Sebastian hubiera leído mi diario basándome solo en un recuerdo de algo que él podría haber dicho, algo que perfectamente pudo haber sido moldeado en mi mente por algún sueño o divagación.

Él tomó mi mano, que seguía sobre su rostro, y pensé en cuánto amaba la textura de su piel bajo la barba de varios días. En cuánto amaba la forma en que me miraba.

En cuánto amaba todo en ese hombre.

—Lo peor que podría pasarme en el mundo sería lastimarte —respondió.

Sonreí, intentando aliviar el ambiente.

—¿Y por eso me vas a pedir una pizza?

—No. Te amo, y por eso vas a comer comida de verdad. La comida chatarra es para el fin de semana. Tuviste un cuadro de anemia mientras estuviste internada, así que no vamos a volver a eso.

Resoplé, fingiendo estar molesta, y él deshizo mi gesto tomando mi boca otra vez con la suya.

Y, nuevamente, lo que iba a ser algo breve terminó intensificándose. Su mano rodeó el contorno de mi vientre mientras profundizaba el beso, con avidez, como si hubiéramos estado separados durante meses. Nuestras lenguas iniciaron esa danza peligrosamente sensual que por lo general terminaba de una forma demasiado intensa como para considerarla en ese momento.

—Sebastian... —dije, en el momento en que liberó mi boca y comenzó a trazar un camino de besos por mi cuello.

Sus manos ya descendían por las curvas de mi cuerpo y yo tenía la certeza de que, si no fuera por mi vientre ya bastante prominente entre nosotros, podría sentir su erección.

—No está bien, Sebastian...

—¿Por qué no? —Ahora su mano descendía hasta mi muslo, volviendo a subir por debajo de la tela de mi vestido.

—Es tu oficina...

—Y nadie va a entrar aquí.

—Dijiste que tenías mucho trabajo...

—El trabajo puede esperar. Yo soy el jefe aquí.

Sentía un deseo húmedo entre mis piernas, que aumentó aún más cuando volvió a besarme y a avanzar, con su cuerpo presionado contra el mío, haciendo que yo retrocediera varios pasos hasta que mi espalda chocó contra la pared de vidrio de la oficina, en ese momento cubierta por cortinas.

Eso dejó claro para mí que, definitivamente, no íbamos a detenernos allí.

*****

Capítulo treinta



LAYLA

—Eres mi pasante, ¿recuerdas? —dijo, con un énfasis en el "mi" que sonaba deliciosamente posesivo.

En esos momentos a solas, me gustaba cuando hablaba así.

—Lo soy... —respondí, ya algo embriagada por la excitación.

—Y te noto muy tensa en el trabajo. Creo que es mi función, como tu jefe, hacer que te relajes un poco.

Me dio la vuelta para que le diera la espalda y me sorprendió cuando, en un solo movimiento, abrió de golpe las cortinas frente a mí. La vista desde allí hacia la ciudad de Los Ángeles era espectacular. Todos esos edificios, autos, personas que desde allí parecían diminutas... miles de ellas, en el ir y venir frenético de una gran ciudad.

Me abrazó por detrás, permitiéndome por fin sentir su miembro, enorme y duro, contra mi espalda. Sus manos volvieron a subir por mi vestido, levantando la tela.

—Sebastian... —Angustiada, sujeté sus manos con las mías, sintiéndome expuesta frente a ese vidrio.

—Sabes que las paredes son espejadas por fuera, ¿verdad? Nadie puede verte.

Lo sabía, pero... era difícil recordarlo, ya que desde allí la vista hacia afuera era tan clara. Mi subconsciente me hacía sentir expuesta, como si cualquier persona de los edificios de alrededor pudiera mirar por la ventana y verme allí, en esa posición, y eso era...

Dios, eso era... excitante.

Hacía correr por mis venas una sensación de estar haciendo algo indebido, de correr el riesgo de ser descubierta, y eso hacía que el calor en mi vientre aumentara aún más.

Sebastian volvió a besar mi cuello y a subir las manos. Las mías aún sujetaban las suyas, pero ahora ya de forma débil, sin que siquiera intentara detenerlo. Sus dedos apartaron la tela de mi ropa interior y ese contacto me hizo jadear.

—¿Cómo explicas el hecho de estar tan mojada, señorita Francis?

—¿No debería estarlo, jefe?

Sus dedos se deslizaron hasta mi intimidad, comenzando a penetrarme y haciéndome jadear otra vez, mientras mi cuerpo ya se preparaba para recibirlo. Sin embargo, entró solo lo suficiente como para humedecerse bien y luego volvió hacia mi clítoris.

—¿Cómo podría decir que no, si me vuelve loco sentirte así?

—Y eres tú quien me pone así.

Dos de sus dedos se deslizaron dentro de mí, haciendo que echara la cabeza hacia atrás, mordiéndome los labios para contener un gemido. Al mismo tiempo, su pulgar frotaba mi clítoris en movimientos circulares, provocando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Con las manos apoyadas sobre el vidrio, miraba todo el movimiento de la ciudad, mientras pensaba que la secretaria de Sebastian podía llegar en cualquier momento, o incluso alguien del grupo muy reducido de empleados que tenía la contraseña para acceder a ese piso.

Y eso me hacía pensar en lo mucho que permitirme estar en esa posición, siendo tocada de esa forma por el CEO de la empresa en su oficina, en pleno horario laboral, era terriblemente incorrecto.

Y era pensar en eso lo que hacía que todo fuera aún más excitante.

Y todo se intensificó todavía más cuando la mano libre de Sebastian fue hasta el cierre de mi vestido y lo bajó hasta la altura de la cintura. Luego hizo lo mismo con mi sostén y, con ambas prendas sostenidas apenas por mis brazos, tomó uno de mis senos, sus dedos girando sobre mi pezón ya más que sensible.

—Sebastian... —gemí.

—¿Quieres que me detenga, señorita?

Negué con la cabeza, con urgencia.

—No... No te detengas, por favor... Yo... yo voy a... yo...

—No te corras todavía. —Su voz tenía un tono de autoridad, como si fuera realmente una orden.

—Yo... no aguanto, Sebastian...

—Te prohíbo acabar ahora, señorita Francis.

A pesar de sus palabras, continuó con el movimiento de sus dedos, entrando y saliendo de mí y frotando mi clítoris, al mismo tiempo que besaba mi cuello y estimulaba mis senos.

Por más que quisiera, ya no podía controlar mis gemidos, que se volvían más altos y urgentes a medida que me acercaba al orgasmo.

Estaba a punto...

A punto...

Entonces, Sebastian simplemente se detuvo.

—Dije que no —afirmó, con voz autoritaria.

Se apartó y yo me giré, aún jadeante, viéndolo mover su silla frente a mí y sentarse, con una postura imponente. Miré entre sus piernas y noté su miembro claramente duro.

—Sabes cómo funciona una pasantía, ¿no? Yo, como tu jefe, te enseño las cosas... pero también dejo que las hagas por tu cuenta y evalúo tu desempeño.

—No puedes empezar esto y simplemente detenerte... jefe.

—Claro que puedo. Ya te he enseñado muchas cosas. Sabes cuál es tu objetivo y lo que quieres, ¿no? Entonces hazlo, bajo mi supervisión.

No podía estar pidiéndome eso. No ahí, en su oficina, con esa incómoda pared de vidrio justo detrás de nosotros, en un lugar tan amplio e imponente. No era como la intimidad de una habitación, de un espacio privado.

—¿Quieres que yo…? —empecé a decir.

—Hazlo, señorita Francis. Quieres acabar, ¿no? Entonces hazlo para que yo lo vea.

Incluso después de todo lo que ya habíamos hecho, sentí cómo mi rostro ardía, avergonzada.

Pero aun así... quería hacerlo.

Sebastian y yo ya nos habíamos tocado de muchas formas distintas. Él conocía cada punto sensible de mi cuerpo. Pero, hasta ese momento, yo nunca me había tocado delante de él.

Con cierta vacilación, llevé una de mis manos entre mis piernas, apartando la tela de la ropa interior bajo el vestido que ya estaba completamente suelto sobre mi cuerpo. Pero Sebastian me corrigió:

—No es así, señorita. Quítate la ropa.

—¿Quieres que me quede completamente desnuda en tu oficina?

—Es una indicación de tu jefe. Quiero ver si haces todo como te enseñé.

El juego me excitaba, pero también me provocaba una leve molestia. Cuando estuviéramos en casa, haría que pagara por eso.

Allí, sería yo quien diera las órdenes.

Dejé que mi vestido y el sostén cayeran al suelo y luego me quité la ropa interior, quedando solo con mis zapatos. No eran los más sensuales posibles, ya que, a esa altura del embarazo, evitaba usar tacones muy altos. Pero aun así, hacían que todo fuera más... interesante.

Separé un poco las piernas, llevando las puntas de mis dedos hasta mi clítoris. Lo hice mirando fijamente a Sebastian, y el primer escalofrío de placer que sentí no fue solo por mi propio toque, sino por la forma en que él me observaba mientras lo hacía.

—Hazlo con más decisión, señorita. Así no vas a lograrlo.

Y lo hice. Dejé que mis dedos se deslizaran entre mis labios, yendo y viniendo, ya rápidamente lubricados por la humedad que salía de mí. Con la otra mano, acaricié uno de mis senos. Mis caderas pronto comenzaron a moverse al mismo ritmo, y gemía, embriagada por todo aquello. No solo por el placer que me estaba dando a mí misma, sino por toda esa atmósfera. Por tener a ese hombre allí, sentado de forma imponente frente a mí, mirándome como si yo fuera la mujer más deseable del mundo.

Me quedé así durante algunos minutos, estimulándome, sintiendo pequeños y deliciosos espasmos de placer provocados por mis propios dedos. Pero no me permití llegar hasta el final.

Me detuve y caminé despacio hasta Sebastian.

—¿Por qué te detuviste? —preguntó, autoritario.

—Una buena pasante demuestra que sabe hacer más de lo que se espera de ella.

Le abrí las piernas y me arrodillé frente a él. Mentiría si negara que todavía sentía un poco de vergüenza por aquello, pero, al mismo tiempo, dejé que mi lado más audaz tomara el control.

—Me enseñó muchas cosas, jefe. —Abrí lentamente el cierre de su pantalón, mirando hacia arriba, analizando cada reacción en su rostro—. Quiero mostrarte que aprendí todo muy bien. Sé que hay muchas formas de llegar al placer, pero no es con mis dedos como quiero hacerlo ahora.

Con el cierre completamente abierto, bajé su ropa interior, liberando su miembro. Luego rodeé la base con mis manos. Me parecía imposible, pero su erección se volvió aún más intensa.

—Avíseme si hago algo mal, jefe —lo provoqué, antes de llevar mis labios hacia él.

Un sonido grave escapó de la garganta de Sebastian y levanté la mirada, viéndolo inspirar con fuerza. Mientras lo estimulaba, mis manos se movían, subiendo y bajando con facilidad gracias a la humedad en mis dedos. Pensé que, después de eso, íbamos a necesitar un baño, y esa idea me excitó aún más al recordar que había una ducha en el baño de esa oficina.

Un baño juntos sería una forma perfecta de terminar todo aquello.

Comencé a moverme con mayor ritmo, hasta sentirlo completamente entregado a las sensaciones. Las manos de Sebastian se aferraron a mi cabello, con una firmeza controlada para no lastimarme.

—Layla... Ve despacio o voy a...

Casi sonreí. ¿Qué había pasado con el "señorita Francis"? Ni siquiera habíamos vuelto a casa y él ya estaba cediendo en su papel de jefe.

Pero enseguida volvió a su personaje. Lo miré a los ojos mientras continuaba, y él me sostuvo la mirada, dando indicaciones entre elogios, con esa voz grave, autoritaria y ronca que tanto me gustaba.

—Eres mi chica ejemplar —se corrigió—. Mía...

Aumenté el ritmo, sintiéndolo cada vez más cerca del límite. Pero él me detuvo antes, me hizo retroceder y luego me levantó para colocarse detrás de mí. Mi cuerpo se inclinó hacia adelante y apoyé las manos en la silla, mientras él separaba mis piernas y me penetraba de una sola vez, con urgencia.

Esta vez no hubo suavidad al inicio. Sus movimientos comenzaron intensos, sin reservas, como si ambos ya estuviéramos completamente preparados para ese momento.

Aún había luz del día afuera, pero vi destellos nublar mi visión cuando el placer me alcanzó. Mi cuerpo se estremeció en el clímax apenas unos segundos antes de que Sebastian también se dejara llevar dentro de mí.

*****

Capítulo treinta y uno



LAYLA

13 de julio

Hasta entonces, yo creía que nunca había visto a una novia tan hermosa como Camila, pero ahora estaba viendo a otra.

Con un vestido blanco, corto y con encajes que eran a la vez simples y delicados, Evelyn parecía una muñeca, con su cabello oscuro cayendo en rizos sobre el cuello y una corona de flores sobre la cabeza. Llevaba poco maquillaje, algo muy suave, en armonía con el clima cálido de aquella tarde de verano y con el lugar elegido para la ceremonia.

Yo estaba junto a ella y a Camila en una carpa instalada para la novia y sus damas de honor, y las tres ya estábamos listas, esperando el momento de salir. Evy y Logan insistieron en que la ceremonia se realizara durante el atardecer.

Y yo encontraba aquello tan hermoso y romántico...

Aunque yo misma no tuviera planes que involucraran vestidos de novia ni ceremonias de boda —mis sueños estaban mucho más enfocados en la relación y en la familia en sí—, veía la belleza de todo eso y entendía lo importante que era para Evelyn. Y eso me hacía feliz.

Conversamos sobre muchas cosas, ya que hacía tiempo que no nos veíamos en persona. Janet nos había aconsejado evitar reuniones familiares grandes por cuestiones de seguridad. Incluso había sugerido posponer la boda, pero Evelyn y Logan reforzaron mucho el esquema de seguridad alrededor del tramo de playa donde se llevaría a cabo la ceremonia, además de limitar bastante la lista de invitados y prohibir la presencia de cualquier medio de prensa.

Evelyn hablaba sobre la emoción de las gemelas durante las últimas semanas, probándose los vestidos que usarían para llevar los anillos a sus padres en la boda, y también ensayando cómo entrarían, junto con su perro, un mestizo de pastor alemán llamado Blue, al que insistieron en incluir en la ceremonia.

Me encantaba ver la forma en que Evelyn hablaba de las niñas. Las conoció cuando ya tenían cinco años, ya que eran hijas de Logan con una novia que tuvo en la universidad y que había fallecido hacía poco tiempo. Pero el amor que Evy sentía por ellas era evidente en el brillo de sus ojos cada vez que mencionaba cualquier cosa sobre ellas. Lo mismo ocurría con Camila, que en realidad era madrastra de Alice, pero la conoció siendo aún un bebé y se enamoró de ella desde entonces.

De alguna manera, podía ver un poco de mi madre en mis amigas. En ese amor incondicional que sentían por esas niñas de las que eligieron ser madres. Cuando conocí a Evelyn, ella siempre decía que no tenía ningún plan de tener hijos. Incluso ahora, cada vez que surgía el tema de "un hijo más", ella decía

que Logan entendía y apoyaba su decisión de no querer quedar embarazada. Su respuesta siempre era muy directa:

—Ya tengo dos hijas, que llegaron a mi vida sin que lo planeara, pero a las que amo más que a nada en el mundo. No son menos mías por no haber nacido de mí.

Las tres nos reímos al final de la historia, que terminaba con el relato de Logan corriendo por la casa detrás del perro, que había escapado con una de sus corbatas en la boca. Las niñas la habían tomado del vestidor y se la habían puesto a Blue para ensayar la entrada de la boda con su perrito "vestido de forma elegante".

—Creo que lograron la hazaña de adoptar un perro con la misma energía y tendencia a las travesuras que Anna y Rory —comenté.

—¡Ni me lo digas! —coincidió Evelyn—. Voy a extrañar tanto el caos de los tres durante el viaje.

—¡Por favor! —exclamó Camila—. Es tu luna de miel. Los tres estarán con Trinity y tú y Logan van a disfrutar mucho esos días de viaje.

—Me preocupa... —confesó Evelyn—. Por todo lo que ha estado pasando. Logan y yo pensamos en posponer, pero sabemos que la casa de Trinity es muy segura. Y tampoco creemos que ese hombre logre salir del país para seguirnos durante nuestra luna de miel en Europa.

—Probablemente no —opinó Camila—. Si fuera en otra fecha, Michael y yo nos quedaríamos con las gemelas y con Blue, pero también vamos a viajar mañana.

Camila y Michael habían sido invitados a un importante congreso de Arquitectura que se celebraría en Boston. Como Trinity ya se quedaría con las gemelas, decidieron llevar a sus hijos con ellos. Sus mascotas —tenían también un perro, además de un gato— se quedarían con la abuela de Camila.

—Creo que todo saldrá bien —opiné—. Nadie sabe aún qué motivó a ese hombre a atentar contra Sebastian, ni si alguien relacionado con él está realmente en peligro.

Además, el hecho de que no haya vuelto a intentar nada nos daba cierta sensación de seguridad. Sabía que era algo incierto y que debíamos seguir tomando precauciones, pero nuestras vidas ya habían cambiado demasiado. Manteniendo todos los cuidados posibles, Logan y Evelyn podían irse de luna de miel, así como Camila y Michael al congreso, que, además, representaba un logro profesional muy importante para mi amiga.

—Entonces... Hablando de Sebastian... —dijo Camila—. Cuando empecé a salir con Michael, nunca imaginé que mi mejor amiga de la infancia y mi mejor amiga del trabajo terminarían con los otros dos hermanos Turner.

Evelyn se rió y ambas me miraron. Porque, obviamente, la novedad ahí era justamente mi relación con Sebastian.

Hacía pocas semanas que se los había contado. Al principio, antes de que él se declarara y dijera que me amaba, yo aún me sentía algo insegura, pensando que quizá no sería algo duradero, al menos no mucho después del nacimiento del bebé. Luego, simplemente no volvimos a vernos en persona, y nuestras conversaciones por mensaje estaban muy enfocadas en la boda de Evelyn y, en momentos más tensos, en hablar sobre el hombre que había manipulado los frenos del auto de Sebastian, que seguía prófugo.

Además, había otra cuestión que me generaba inseguridad: Evelyn no había pasado mucho tiempo con Bonnie, pero Camila sí, y la adoraba. Debo admitir que me preocupaba un poco cómo mi amiga manejaría esa situación.

Un miedo absurdo, porque lo manejó de la mejor manera posible. Cuando se los conté, la reacción de ambas fue algo como "ya lo sospechábamos", igual que Sylvie. ¿De verdad era tan evidente?

—Lo único que puedo decir es que... yo tampoco me imaginaba aquí, en este momento, con mi jefe Sebastian Turner —declaré.

—Pero nosotras, sinceramente, ya lo imaginábamos desde hace un tiempo —dijo Evelyn—. Al menos desde hace algunos meses, desde que saliste del hospital.

—En cierto modo, incluso un poco antes —añadió Camila —. Al menos de su parte. La forma en que se dedicó a cuidarte en el hospital... Al principio pensé que era por culpa... y tal vez lo era, pero... pronto fue evidente que había sentimientos en todo lo que hacía.

No pude evitar sonreír al escuchar eso. No me sorprendía. Yo ya sabía que Sebastian se había dedicado mucho a cuidarme durante el tiempo que estuve en coma, y él mismo me había contado que se enamoró poco a poco mientras yo aún dormía. Pero escuchar esa confirmación de alguien más hacía que mi corazón se sintiera aún más cálido.

La conversación se interrumpió cuando Anna y Aurora entraron corriendo a la carpa, ambas con vestidos que parecían réplicas en miniatura del de Evelyn y con coronas de flores sobre su cabello castaño claro. Justo detrás de ellas entró Alice, también corriendo, con un vestido blanco amplio, con bordes

estampados con mariposas en el mismo tono de azul que mi vestido y el de Evelyn. Luego apareció Trinity, con Eric en brazos.

—Dios mío, querida, ¡qué hermosa estás! —declaró Trinity en cuanto vio a Evelyn, acercándose para abrazarla.

Yo aún conocía muy poco a Trinity Turner. Las otras veces que la había visto, me sentí un poco intimidada por el hecho de que fuera una reconocida actriz de Hollywood. Había crecido viendo sus películas, y varias de ellas seguían siendo de mis favoritas. Ese sentimiento de admiración seguía ahí, pero ahora se sumaba otro motivo: ella era la madre del hombre que yo amaba.

Y todavía no sabía exactamente cómo veía nuestra relación. Tal vez me considerara una intrusa, por haber aparecido en la vida de su hijo menos de un año después de la muerte de Bonnie. O quizá pensara que yo era una interesada, siendo solo una pasante en Turner Architecture.

Sin embargo, disipó toda mi inseguridad cuando, después de abrazar a Evelyn y a Camila, se giró hacia mí.

—¡Por fin volvemos a encontrarnos, y ahora tú estás esperando un nieto mío!

Y me atrajo hacia ella en un abrazo tan fuerte que casi me dejó sin aire.

—¿No es algo increíble? —preguntó—. Sigo siendo una mujer tan joven, ¡pero ya tengo cinco nietos! Eso es lo que pasa cuando eres madre tan joven, ¿verdad? Ni siquiera debía tener tu edad cuando tuve a Sebastian.

Sonreí, aunque sabía que eso no era exactamente cierto. Trinity era una figura pública y, aunque yo ni siquiera había nacido durante sus años de éxito en el cine, conocía algunas cosas sobre ella, como el hecho de que se retiró a los cuarenta y tantos, cuando sus tres hijos aún eran niños. Cuando nació Sebastian, que era el mayor, ella ya debía estar cerca de los treinta.

Pero Sebastian ya me había advertido que su madre tenía cierto problema para admitir su edad y que era mucho más seguro para todos simplemente darle la razón.

—Es realmente increíble, señora Turner... —dije.

—Ah, deja de decir tonterías y llámame solo Trinity, ahora somos familia.

¿Yo era familia... de Trinity Turner?

Dios mío... recordé cuánto le gustaban a mi madre sus películas. Estaría tan feliz de conocerla.

—Gracias. Significa mucho para mí. Mi madre era... era una gran fan suya...

Sentí que la voz me fallaba, pero Trinity tomó mi rostro entre sus manos y me miró con un cariño casi maternal.

—Ay, querida... Yo también perdí a mi madre cuando era muy joven, ¿sabías? Y además tuve una pésima suegra. Dios mío, esa mujer era horrible, ¡que en paz descanse! Tú no vas a pasar por eso. Estoy aquí para cuidar muy bien de ti. Cami y Evy pueden confirmarte que soy una excelente suegra.

—Yo no tengo de qué quejarme —se apresuró a decir Camila.

—Mucho menos yo —reforzó Evelyn—. Sobre todo porque va a cuidar a las gemelas por más de una semana, ni loca voy a quejarme.

—¡Ah, interesada! —replicó Trinity.

Todas rieron. Anna empezó a hablar de lo emocionada que estaba por quedarse en casa de su abuela, y Aurora confirmaba todo usando señas con las manos, ya que tenía discapacidad auditiva y no podía hablar.

Allí, en medio de ellas, me sentí feliz y acogida.

Era como estar en familia.

Pensé en todos los miedos que sentí cuando descubrí que estaba embarazada. Pero ahora, solo podía sentir gratitud al saber que mi hijo crecería rodeado de mucho amor.

*****

Capítulo treinta y dos



LAYLA

Trinity fue a avisar sobre el horario. El sol se pondría en pocos minutos y, de ese modo, ya podíamos iniciar la ceremonia. Una coordinadora tomó el control de toda la organización.

Camila y yo salimos de la carpa y nos colocamos como damas de honor cerca del altar, del lado donde estaría Evelyn. Sebastian y Michael se ubicaron en el lado opuesto, donde un ansioso Logan esperaba la llegada de su novia.

Sentada en la primera fila de sillas, Trinity lloraba, emocionada, sosteniendo a su nieto Eric en brazos. Janet, en su papel casi maternal para Logan y sus hermanos, también estaba allí, sentada junto a su esposo. Los padres de Evelyn no asistieron a la boda, ya que ella se había distanciado de ellos después de toda una vida de una relación familiar complicada. Quien ocupaba ese lugar, en la silla junto a la madre del novio, era Jenna, la abuela de Camila, que siempre consideró a Evelyn como una nieta. Y también estaba muy emocionada.

Al ver todo aquello, tanto amor entre ellas y lo saludable que había sido para Evy alejarse de sus padres, pensé en mi

propia historia. Nunca sentí interés por buscar a mis padres biológicos y estaba en paz con eso. Mi mayor dolor siempre había estado ligado al rechazo de mi padre adoptivo. Pero Sebastian tenía razón cuando decía que él nunca había sido mi padre. Más allá de la sangre o los documentos, la familia es una cuestión de elecciones.

Yo tendría a mi madre para siempre en mi corazón. Tenía a mi hermana, a mis amigas, pronto también tendría un hijo...

Y tenía a Sebastian...

Lo miré. Estaba justo frente a mí, del otro lado del camino por donde Evelyn aparecería. Y lo descubrí mirándome también, con una leve sonrisa en los labios. Estaba increíblemente atractivo, con un pantalón de tono claro y una camisa blanca, en un atuendo similar al de sus hermanos.

A pesar de la sencillez, había un único detalle llamativo en la boda: un piano, allí mismo en la playa. Frente a él, una joven pianista comenzó a tocar una hermosa melodía, anunciando que había llegado el momento.

La primera en entrar fue la pequeña Alice, esparciendo pétalos de rosa por el camino. La niña arrancó sonrisas de todos los invitados.

Poco después apareció la esperada novia.

Y entonces todos se emocionaron. Miré a Logan y vi la forma completamente enamorada en que la observaba.

La ceremonia fue breve, pero hermosa. Los tonos anaranjados del atardecer hacían que todo resultara aún más especial.

Ya hacia el final, fue el turno de las gemelas, que entraron junto al perro de la familia, Blue, quien llevaba los anillos en su collar.

Después del intercambio de votos, que volvió a conmover a todos los presentes, se besaron. Mientras aplaudíamos, volví a cruzar una larga mirada con Sebastian. Tenía lágrimas en los ojos, y supe que, además de la felicidad por su hermano, también había en él un eco de la tristeza por la pérdida de su esposa. Sabía que era algo que sentiría siempre. Pero, aun así, me sonrió.

Y en esa sonrisa entendí que, a pesar de todo, estaba listo para comenzar de nuevo.

Y yo estaba lista para estar a su lado en ese nuevo comienzo.

*****

Por cuestiones de seguridad, la celebración después de la boda no duró mucho tiempo, y pronto regresamos a casa. Entramos tomados de la mano, conversando animados sobre la ceremonia y riendo por el momento en que Alice intentó subirse a la mesa del pastel.

—¿Todos los niños de la familia Turner tienen ese historial de comportamiento... inquieto? —pregunté, riendo junto a Sebastian por la palabra que elegí.

—Bueno, de nosotros tres, cuando éramos niños... El más disciplinado siempre fue Logan. Pero incluso él hacía travesuras de vez en cuando.

—Entonces, ¿tú también eras travieso como tus sobrinas? Por cierto, Eric aún es muy pequeño, pero ya se nota que va a seguir los pasos de su hermana en las travesuras.

—Alice es casi una copia de Michael a esa edad. Y sí, Eric sin duda va a seguir el mismo camino. Yo era travieso, sí, pero no tanto como nuestro hermano menor. Pero creo que nadie supera a Anna y Aurora. Es curioso que sean hijas justamente de Logan, que era el hermano más tranquilo.

—Ah, pero Evy siempre cuenta que también fue muy traviesa. Puede que hayan heredado eso de ella, y... —Me callé por un momento y percibí, en la mirada de Sebastian, la insinuación de las tonterías que estaba diciendo—. Siempre me olvido de que ellas no son hijas de Evelyn.

—Es normal. Yo también lo olvido. Diría que parte del comportamiento viene de las experiencias, pero ellas ya eran demasiado traviesas cuando Evelyn las conoció, así que no puede atribuirse ese mérito.

Seguíamos caminando por el patio de la casa hasta llegar a la zona de la piscina. Pensé que desde allí entraríamos por la puerta de la cocina, pero Sebastian me sorprendió al tomarme de la mano y llevarme hacia las escaleras que bajaban a la playa. Descendimos hasta llegar a la arena. Me preocupé por un instante, pero enseguida miré hacia la casa y vi a dos guardias de seguridad observando desde arriba.

Por un segundo, lamenté la falta de privacidad absoluta. Pero sabía que, en ese momento, era necesario para nuestra protección.

Nos detuvimos frente al mar y me permití cerrar los ojos por unos instantes, sintiendo la brisa fresca contra mi rostro. Cuando volví a abrirlos, levanté la vista hacia el cielo. Era una

noche hermosa, llena de estrellas. Muchas más de las que podíamos ver normalmente en el cielo de una gran ciudad como Los Ángeles.

Cuando miré a mi lado, noté que Sebastian también contemplaba el cielo, y eso provocó una cálida sensación en mi pecho. Recordé un dibujo que había hecho algunos años atrás, en las páginas de mi diario, que también funcionaba como un cuaderno de ilustraciones y reflexiones. La casa frente al mar que dibujé allí era sencilla, nada comparado con la mansión que ahora compartía con Sebastian, pero la parte más importante era justamente esa: el sonido de las olas, la brisa fresca, el olor a sal del mar...

Y tener a alguien a mi lado para mirar las estrellas conmigo.

—Creo que nuestro hijo será muy feliz aquí —declaré.

Sebastian me miró, con una leve sonrisa en los labios.

—Ese pensamiento fue lo que me llevó a comprar esta casa.

—Necesito empezar a buscar un lugar para mí también.

Noté que su sonrisa vaciló. Pero ese había sido el acuerdo desde el inicio: que mi presencia allí era solo temporal.

—No tienes que hacerlo. A menos que quieras.

—No es necesario convivir para estar juntos.

—Me gusta cómo estamos, Layla. De verdad.

¿Eso era una invitación para que me quedara? Si lo era, necesitaba que lo dijera de una forma más directa.

Él rodeó mi cintura con sus manos, girándome para que quedara frente a él. Colocó una de ellas sobre mi vientre, apoyó su frente contra la mía, y yo sentí… tanta paz.

Cerré los ojos, sumergiéndome en una sensación tan profunda de comodidad y seguridad. Era como si estuviera exactamente donde siempre debí estar.

Entonces comprendí que no hacía falta que dijera nada más. Sabía que Sebastian me quería allí. Tanto como yo quería estar.

Y ese "allí" no era simplemente un lugar. No era la casa ni la playa, ni siquiera las estrellas sobre nosotros.

Sebastian era mi hogar.

—Cuéntame algo tuyo que pueda sonar un poco tonto y banal —pidió, recordándome el juego que yo misma había iniciado meses atrás.

—Me gustan las estrellas —confesé.

Él apartó su frente de la mía y me miró, manteniendo una mano en mi cintura y la otra sobre mi vientre.

—Algo que no sea tan obvio.

—Me pediste que te dijera algo tonto y banal.

—A casi todo el mundo le gustan las estrellas.

—No dijiste que debía ser algo exclusivamente mío.

Él puso los ojos en blanco.

—Entonces reformulo la pregunta: dime algo que aún no sepa de ti.

—Revisaste todo mi Instagram, sabes muchas cosas sobre mí.

—Apuesto a que no todo.

Bueno, tenía razón. Yo no escribía absolutamente todo en una cuenta pública de Instagram. Guardaba mis sentimientos y mis secretos. Pensé en algo que fuera mínimamente interesante.

—Le tengo mucho miedo a las tormentas.

—Eso ya lo sabía más o menos.

—¿Cómo? No recuerdo haber publicado nada sobre eso.

—Estaba lloviendo la noche del accidente. Por eso nos detuvimos en el hotel. Noté que estabas tensa. ¿Hay algún motivo detrás de ese miedo?

Sí lo había. Y era algo que tampoco solía contarle a cualquiera.

—Ni siquiera sé bien cómo tengo recuerdos de eso, porque era muy pequeña. Pero recuerdo vagamente que había una tormenta muy fuerte el último día que pasé en uno de los hogares temporales en los que estuve. Recuerdo haber sentido mucho miedo por los truenos. Y que mi "madre temporal" estaba impaciente por que dejara de llover. Después entendí por qué: apenas paró la lluvia, me metió en el auto y me llevó de vuelta al orfanato.

La mano de Sebastian subió hasta mi rostro, acariciándolo.

—Has pasado por demasiadas cosas, Lay. Ojalá pudiera curar todas esas heridas de tu alma.

—Como dije, no lo recuerdo bien. Solo algunos flashes, era muy pequeña. Pero el miedo a la lluvia se quedó conmigo. Lo superé, en cierto modo, hasta que, muchos años después... También llovía mucho el día en que murió mi madre. Ese miedo volvió en ese momento. —Forcé una sonrisa—. Es curioso, ¿no? El miedo a la lluvia es casi un trauma infantil que volví a desarrollar siendo adulta.

—Los traumas pueden aparecer en cualquier momento de la vida.

—Sí. Bueno, ahora dime algo tuyo.

—¿Como qué?

—¿Algún miedo de la infancia?

—Cuando era niño le tenía miedo a... los payasos.

Apreté los labios, conteniendo la risa.

—¿En serio?

—Te juro que se me pasó cuando crecí. Pero, sinceramente, todavía no me agradan mucho los circos.

—Voy a recordar no invitarte nunca a uno. ¿Tu miedo tiene alguna razón?

—Creo que vi algunos muy feos y aterradores cuando era niño, en algún set de filmación mientras acompañaba a mi

madre.

—No todos los payasos son feos. Algunos son tiernos y simpáticos.

—No lo son. Todos son espeluznantes.

—Dijiste que habías superado el miedo.

—El miedo, sí. Pero no la antipatía hacia ellos. Te toca a ti, cuéntame algo más.

Pensé en algo que aún no le hubiera contado. Había varias cosas, en realidad. Pero algunas me avergonzaban, así que volví a las relacionadas con mi infancia.

—Era bastante peleadora en mis primeros años de escuela. Me expulsaron de la primera escuela en la que estudié después de ser adoptada.

—Ah, no...

—¿Qué pasa?

—¿No basta con que nuestro hijo tenga la mitad de la sangre de los Turner? ¿La otra mitad viene de una madre que era peleadora cuando era niña?

—Tal vez nos llamen seguido de la escuela.

Los dos nos reímos, pero pronto dejé de sonreír al recordar las consecuencias de ese comportamiento.

—No recuerdo casi nada de mi vida antes de ser adoptada, pero mi madre me contaba que era muy arisca en los primeros meses después de la adopción. Y fui así durante gran

parte de mi vida. Siempre un poco desconfiada. Durante muchos años me costó mucho confiar en las personas.

Él asintió, pero parecía reflexivo.

—Tenías motivos para ser así.

—Viví en dos hogares temporales antes de ser adoptada, y en ambos casos me devolvieron al orfanato. Creo que es difícil confiar en alguien después de pasar por eso.

—Y ahora, ¿te consideras una persona que confía en los demás?

—Ahora sí. Cambié mucho desde que entré a la universidad, creo que la madurez hace eso. Aunque me hayan lastimado algunas veces, aprendí a confiar. Creo que Camila fue mi primera amiga de verdad. Después ella me presentó a Evelyn. Y luego yo... te conocí a ti.

Volvió a acariciar mi rostro. Sentí en ese gesto una angustia que imaginé que venía de todo lo que le había contado. Lo que había comenzado como un juego de "cuéntame algo tonto y banal" había terminado convirtiéndose prácticamente en una confesión. Pero me sentía cómoda haciéndolo con Sebastian. Esas eran cosas que realmente no solía contarle a nadie más.

Pero confiaba en él.

—Oye... —lo llamé—. Perdón, se suponía que fuera un momento ligero, y aquí estoy, lamentándome de mi vida.

—No, Lay... Nunca te disculpes por eso. Yo solo estaba pensando que... fui tan cruel contigo esa noche, con lo que dije en el auto sobre tu madre. Me contaste un solo hecho de tu

vida y yo lo usé en tu contra. ¿Cómo lograste volver a confiar en mí después de eso?

—No estabas bien esa noche. Y yo tampoco. A veces uno se comporta como un idiota en momentos así.

—Tú no te comportaste como una idiota en ningún momento.

—Me quité el cinturón de seguridad y te pedí que detuvieras el auto para bajarme en una autopista. Eso fue bastante estúpido de mi parte.

—Fue por mi culpa. Si no hubiera dicho eso, no habrías reaccionado así. Y tal vez no te habrías lastimado de esa forma en el accidente.

—No te culpes más por eso, ¿sí? Tú cuidaste de mí después de aquello. Todos los que estaban allí, incluso Sylvie, que no simpatiza mucho contigo, me cuentan lo cuidadoso y dedicado que fuiste conmigo. Y es por eso que me siento tan segura contigo. Y que confío tanto en ti.

—Escucha, Lay... Hay algo que necesito contarte.

Asentí, mirándolo mientras esperaba lo que tenía que decirme. Permaneció en silencio durante unos instantes, como si reflexionara, como si buscara las palabras adecuadas para decirme algo importante.

Hasta que, por fin, habló, con seriedad.

—Te amo.

Sonreí, arrojándome a sus brazos y dejando que rodeara mi cuerpo en un abrazo.

—Yo también te amo, Sebastian Turner.

Me besó, dándome aún más seguridad de que, después de toda una vida de abandonos, por fin me sentía completamente en casa.

*****


Meryartt

Capítulo treinta y tres



SEBASTIAN

14 de julio

Todo el desahogo de Layla sobre la confianza me quitó el sueño esa noche. Porque no podía dejar de pensar que, de alguna manera, yo había quebrado la suya.

Recordaba el día en que le entregué su diario, después de haberlo guardado conmigo durante el tiempo en que estuvo en coma. Y ella simplemente lo tomó, sin hacer ninguna pregunta al respecto. De hecho, en cierto momento incluso llegó a agradecerme. Dijo que estaba agradecida de que no se lo hubiera dado a Sylvie, porque estaba segura de que su hermana lo leería.

Me agradeció... por guardar sus secretos. Creyendo que yo no los había leído.

En mi defensa, podría explicarle cómo leí el primer fragmento, casi sin querer, al ver mi nombre cuando el cuaderno cayó y se abrió. Era natural que terminara leyendo algo donde se mencionaba mi nombre, ¿no? Debería haberme detenido en esa página, pero mis manos me traicionaron y terminé pasando a otras...

Pero me di cuenta de mi error a tiempo y me detuve. Hasta que, en otra ocasión, tuve que abrir el cuaderno —para buscar su documento de identidad— y nuevamente me vi atrapado por los dibujos y el texto que encontré allí.

Aun así, otra vez habían sido solo algunas páginas, y me detuve enseguida. ¿Cuántas fueron? Unas cuatro fechas leídas entre las cientos que había allí.

Intentaba construir mentalmente argumentos para justificar lo que hice, pero me di cuenta de que el único era: "hice algo mal, pero podría haber hecho algo peor, y aun así no lo hice". Lo cual era ridículo en todos los sentidos posibles.

De cualquier forma, necesitaba contarle eso a Layla. Y lo antes posible. Cuanto más tiempo pasara guardando ese secreto, más sentiría que estaba traicionando su confianza.

Pensaba en todo eso mientras preparaba el desayuno. Era demasiado temprano para un domingo, pero no había logrado dormir, así que decidí levantarme y hacer algo.

Creí que Layla tardaría un poco más en despertarse, pero me equivoqué cuando la vi cruzar la puerta de la cocina, aún en pijama, acercándose a mí para saludarme con un beso.

—Buenos días, amor. ¿Por qué te levantaste tan temprano?

¿Qué debía responderle? ¿Debería ser sincero y decirle que ni siquiera había dormido? Tal vez era lo mejor, así podría aprovechar para explicarle el motivo.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, noté que se sentaba frente a la isla de la cocina, mirando el celular con cierta preocupación.

—¿Pasó algo? —pregunté.

—Recibí un mensaje de Sylvie esta noche, pidiéndome que la llamara lo antes posible. Lo envió a las dos de la mañana, y todavía no son ni las ocho. Debe seguir durmiendo a esta hora, ¿no? Por eso le respondí con otro mensaje para que me avise cuando se despierte.

—Debe ser algo de adolescente, ¿no? Seguro quiere algún consejo tuyo.

—Eso es lo que me preocupa. Sylvie no es de las que piden consejos, a menos que esté metida en problemas.

—¿En qué tipo de problema podría meterse a las dos de la mañana? Tú misma dices que no es de salir a fiestas y que tiene un horario estricto para volver a casa.

—Sí. Eso es lo que me preocupa. Bueno, esperaré a que me avise y entonces la llamaré. —Layla volvió a mirarme y sonrió—. ¿Y tú? ¿Por qué te despertaste tan temprano?

—Nada en especial, la verdad. Y hoy es domingo. Podemos volver a la cama.

—Ya veo. Algo me dice que no es precisamente para dormir, ¿verdad?

No lo era. Ni para lo que probablemente ella estaba pensando.

Claro que me encantaría pasar el domingo haciendo el amor con ella, pero ese día estaba decidido a contarle lo del diario. No iba a seguir postergándolo.

Así que podíamos desayunar con calma, conversar un poco más y luego volver a la cama, donde la abrazaría, le diría que la

amaba y...

Le pediría perdón por haber sido un idiota, y entonces le contaría todo.

Era un buen plan. Ya conocía a Layla lo suficiente como para saber que se volvía un poco menos paciente cuando tenía hambre. Sería mejor que comiera antes de esa conversación.

Cuando terminé de preparar los huevos, los puse en un plato y se los serví a Layla, dejándole un beso en los labios antes de volver a la cocina para hacer los míos. En ese momento, su celular sonó.

Ella atendió con buen ánimo:

—¿Te dormiste después de las dos y ya estás despierta antes de las nueve? ¿Qué está pasando? —Hizo una pausa y, cuando volvió a hablar, ya se notaba tensa—. Tranquila, Syl... Habla despacio... ¿Qué pasó?

Me giré hacia Layla y noté su expresión preocupada, ahora sosteniendo el teléfono con ambas manos.

—No puedo creer que haya hecho eso... Tranquila, mi amor... No, no va a hacer nada... No, no puede hacer eso... Si intenta algo, lo denuncio ante servicios sociales y pido tu custodia. Tranquila, Syl...

Layla se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro, yendo de la cocina a la sala. Apagué el fuego y me quedé atento. Si ese maldito Albert le había hecho algo a la chica, yo mismo iría a ponerlo en su lugar.

Esperé unos veinte minutos hasta que Layla terminó la llamada y volvió a la cocina, visiblemente furiosa.

—¡Ese... ese... imbécil!

Estaba muy enojada. Pero, al parecer, "imbécil" era lo peor que lograba decir sobre Albert.

—¿Qué hizo, Lay?

—Descubrió lo del noviazgo de Syl. Le dijo cosas horribles. Amenazó con sacarla de la escuela. Intentó quitarle el celular, pero ella se encerró en su cuarto y no se lo permitió.

—No puede sacarla de la escuela contra su voluntad.

—No puede. Si lo hace, pediré su custodia, tengo motivos para hacerlo. Sumado a que él siempre está borracho y casi no pasa tiempo en casa.

—Tengo muy buenos abogados, Lay. Si eso es lo que ambas quieren, vamos a hacerlo.

—¿Me ayudarías con eso?

¿De verdad aún tenía esa duda? Haría cualquier cosa por verla feliz.

Me acerqué y la abracé.

—¿La lastimó? ¿Intentó algo contra ella? —pregunté, preocupado.

—No físicamente. Pero... ¿sabes cómo se enteró de todo?

—¿Cómo?

—Le tomó el celular mientras dormía. Usó su propio dedo para desbloquearlo y abrió sus mensajes. Pero, específicamente, los mensajes que intercambiaba conmigo.

—Qué hombre enfermo. ¿Por qué haría algo así?

—Probablemente porque cree que soy una mala influencia para Sylvie. Y seguro piensa que lo confirmó, porque ella me contó sobre el inicio de la relación por mensajes. Él los leyó, se enfureció y la despertó a los gritos.

—Debe de haberse asustado mucho.

—Sí. ¿Cómo pudo hacer algo así? Nunca fue el mejor padre conmigo, pero siempre fue mucho mejor con Sylvie. No imaginaba que fuera capaz de caer tan bajo con ella. ¿Invadir su privacidad de esa manera? Entiendo a los padres que quieren saber con quién hablan sus hijos menores en internet, pero... eran mensajes conmigo, su hermana. Algo tan personal. Eso fue... Fue horrible.

—Lo sé... lo sé, Lay…

Yo lo sabía.

Y sabía también que lo que Albert había hecho aún podía justificarse como una forma de sobreprotección de un padre. Muy distinto a cuando yo había hecho prácticamente lo mismo con Layla.

Yo no había tenido esa intención...

Pero la intención importaba poco frente a lo que había hecho.

—Lay, tenemos que hablar... —dije.

Ella se apartó un poco para mirarme a los ojos, aunque yo mantuve mis manos sobre su vientre. Layla me observó, esperando a que empezara a decir lo que tenía que contar. Tomé aire para hacerlo, pero mi voz fue interrumpida por el sonido del timbre.

—¿Quién será a esta hora? —preguntó, curiosa.

Yo también habría sentido curiosidad, si no fuera porque lo que predominaba en mí era la irritación por quienquiera que hubiese interrumpido ese momento.

Me aparté de Layla y fui hacia la sala. Noté que ella me seguía, caminando más despacio.

Apenas abrí la puerta, dos pequeños rayos de cabello castaño entraron corriendo en la casa, seguidos por... ¿un perro?

—¡Tío Sebastiaaaaan! —gritó Anna, corriendo hacia mí y abrazándose a mis piernas.

Miré más adelante y vi a Aurora subirse de pie sobre el sofá, seguida por Blue.

—Pero qué... —empecé a decir, pero mi voz fue interrumpida por la de mi madre.

—Qué bueno que ya están despiertos, tenía miedo de que fuera demasiado temprano. —Miró a Layla, que se detuvo a mi lado —. Layla, querida, ¿cómo estás? Vaya, te vi ayer mismo, pero hoy parece que tu barriga ha crecido más. Ah, qué tontería, deben ser las prendas, ¿no?

—¿Mamá? —dije, atónito, mirando a mi madre parada en la puerta. A su lado había una maleta infantil con dibujos de unicornios.

Miré un poco más allá y vi a un hombre de traje, de unos cuarenta y tantos años, parado en el jardín. Nos saludó con la mano. Layla le devolvió el saludo, confundida. Yo, en cambio, estaba demasiado desconcertado como para reaccionar.

—¿Quién es ese tipo? —pregunté.

—Ah, es Mark.

—¿Mark? ¿Qué Mark, mamá?

—Era uno de los guardias de seguridad de casa. Ahora es algo más que eso, ¿sabes a qué me refiero? ¿Has visto esa película de Whitney Houston con el guardaespaldas?

—¿Estás saliendo con uno de tus guardias?

—A veces el amor surge donde menos se espera.

—¿Qué quieres decir, mamá? ¿Qué pasó con León?

¿Por qué demonios seguía haciendo ese tipo de preguntas?

Ella hizo un gesto con las manos frente al rostro, como si no fuera nada importante.

—Las cosas entre nosotros no funcionaron. Es una historia larga, hijo. En fin, ese es Mark. Te encantará conocerlo.

Ya debería estar acostumbrado a los constantes cambios de pareja de mi madre. De hecho, León había durado demasiado.

Pero ese no era el punto más importante en ese momento.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunté—. Con las niñas, y... el perro...

—¡Blue, no puedes comerte el cojín! —gritó Anna, soltando mis piernas y corriendo hacia dentro para tirar del cojín que el perro estaba mordiendo. Ambos comenzaron una especie de tira y afloja.

Volví a mirar a mi madre, exigiendo una explicación.

—¡No lo van a creer! —empezó, entusiasmada—. Anoche recibí una llamada de nada más y nada menos que Richard Muller.

—¿El cineasta? —preguntó Layla, impresionada.

Yo, en cambio, me sobresalté al oír el sonido de la tela desgarrándose. El cojín con el que Anna y Blue jugaban prácticamente había explotado por la sala, y ahora Aurora giraba sobre sí misma en el suelo con las manos en alto, como si la espuma fueran copos de nieve.

—¡El cineasta! —confirmó mi madre—. Quiere hacer una prueba conmigo para ser la protagonista de su próxima película. ¿No es maravilloso?

—¿Y no podías contarnos eso por teléfono? —pregunté.

—No entendiste, Sebastian. La prueba es mañana. Necesito viajar hoy mismo.

—¿Viajar? Hollywood está a menos de una hora en coche de aquí.

—La prueba será en Miami.

—¿Qué?

—Richard está ahora mismo en medio de la grabación de otra película. Y ya necesita cerrar el elenco de la siguiente. Aceptó hacer las pruebas conmigo en el set. Será solo una formalidad, porque dijo que, si quiero, el papel ya es mío.

—Entonces podrías saltarte las formalidades, ¿no? ¿Para qué necesitas ir hasta allá? —dije, desesperado, anticipando hacia dónde iba todo aquello.

—Son formalidades necesarias, hijo. Y, bueno... no tengo cómo llevar a las niñas y a Blue conmigo. Camila y Michael también están de viaje, así que...

—No, mamá...

—Pensé que tú podrías...

—No lo digas, por favor...

—Cuidar de las niñas.

Abrí la boca para responder, pero el sonido de algo rompiéndose volvió a resonar en la casa.

Layla corrió para resolver lo que fuera que las gemelas habían hecho, mientras yo me quedaba ahí, inmóvil, frente a mi madre.

—No pueden quedarse conmigo, mamá. Layla y yo iremos a la empresa mañana.

—Eres el jefe. Puedes tomarte unos tres días libres.

—¿Tres días?

—Tal vez cuatro. Richard dijo que sería importante que yo fuera a cenar con algunos patrocinadores de la película.

—¿Cuatro días?

—Hijo, fuiste tú quien me incentivó a volver al cine. Yo dije que solo lo haría si era a lo grande, y esta es la mejor oportunidad que voy a tener. No quieres que renuncie, ¿verdad?

Me lanzó su mejor mirada de madre dramática. Mejor aún: madre dramática y actriz, lo que hacía que aquel pedido fuera todavía más difícil de rechazar.

Maldita sea, ¿cómo iba a decir que no en una situación así?

—¡Qué bueno que me vas a ayudar con esto, hijo! —Me abrazó. Pero podría jurar que ni siquiera había alcanzado a responder nada—. Gracias. ¡Y gracias también, Layla! Nos vemos en unos días, traeré regalos de Miami. ¡Rory, Anna, la abuela las ama!

Y, antes de que yo siquiera pudiera abrir la boca para responder, se dio la vuelta y prácticamente desapareció de mi vista.

—¡Rory, querida, bájate de ahí! —Escuché la voz de Layla.

Acto seguido, llegó hasta mí el sonido de algo rompiéndose en la cocina, confirmando que, si Aurora estaba subida en algún lugar de la sala del que debía bajar, Anna estaba haciendo de las suyas en la cocina. Blue pasó corriendo entre mis piernas y casi me hizo caer, llevando en la boca algún objeto que no alcancé a identificar.

Era un escenario de absoluto y completo caos.

*****

Capítulo treinta y cuatro



SEBASTIAN

—Vamos a ser pésimos padres...

De pie al lado de Layla mientras observábamos la zona de guerra en la que la sala se había transformado, lo único que logré hacer fue mover la cabeza en señal de acuerdo.

—Al menos será solo un bebé, ¿no? —concluí, antes de pensarlo un segundo más—. ¿No hay ninguna posibilidad de que algún bebé se haya escondido en el momento del ultrasonido, verdad?

—Creo que, con los exámenes modernos actuales, ese tipo de cosas ya no sucede. ...Dios mío, ¿y si sucede? Tu madre dijo que encontró mi vientre más grande. Tu hermano tuvo gemelas y esas cosas son genéticas. ¿Y si son dos bebés? Sebastian, ¿cómo vamos a sobrevivir si son dos bebés?

Iba a pedirle que no entrara en pánico, pero el sonido de algo cayéndose al suelo llegó a mis oídos, haciéndome darme cuenta de que... Mierda, yo también estaba aterrado.

Tendríamos otro niño Turner. Otro pequeño huracán como Alice, Eric o esas dos niñas que en ese momento gritaban

eufóricas mientras jugaban a perseguirse, tirando todo lo que se cruzaba en su camino.

Pero yo era un hombre adulto. Y, además, estaba a punto de convertirme en padre. No podía ser derrotado por dos niñas. Era perfectamente capaz de poner esa situación bajo control.

—Niñas, presten atención. Tienen que dejar de correr... ¡Ahora! ¡Anna, ahora! —Mientras corría, Aurora me miró, y aproveché ese momento para hablar despacio, de manera que pudiera leer mis labios—. Rory, ¡detente ahora!

Ella siguió riendo y me ignoró por completo. Layla se apartó, dirigiéndose hacia el pasillo, y supuse que quería alejarse de todo aquel caos.

Bien, me habían abandonado en esa guerra.

—¡Anna, detente! Aurora, mírame, tienen que parar. Blue, deja de arañar la pantalla del televisor ahora mismo. Vamos, ¡paren!

Mientras decía todo eso, corría detrás de ellos e intentaba sujetarlos —incluido el perro— sin lograr ningún éxito. En un momento, conseguí atrapar a Aurora y la levanté con uno de mis brazos. Sus piernitas seguían moviéndose en el aire, como si aún estuviera corriendo. Blue se aferró a la tela de mi pantalón con los dientes y empezó a tirar, y Anna escaló el sofá, usando el respaldo para ganar altura y saltar sobre mi espalda, enredando los brazos alrededor de mi cuello para no caerse.

—Muy bien. —La voz salvadora de Layla llegó hasta mí—. ¿Quién quiere gastar un poco de esa energía en esto?

Logré mirarla y vi que sostenía una lata pequeña de pintura de pared y algunos pinceles. Anna y Aurora dejaron de

moverse en ese mismo instante, ambas mirando a Layla.

—¿Pin... tar? —dijo Aurora, vacilante, y eso me dejó paralizado por un momento.

Logan me había contado que ella había empezado sesiones de fonoaudiología para aprender a hablar. Pero yo aún no había escuchado su voz. Y eso me llenó de emoción. Mi sobrina estaba aprendiendo a hablar...

—Rory... —Mi voz salió cargada de emoción.

Pero ninguna de las dos me prestó atención; seguían mirando a Layla.

Anna preguntó:

—¿Pintar en papel? No quiero. Quiero jugar a algo más divertido.

Miré a Layla y vi que ella seguía observando a Aurora, también emocionada por lo que acabábamos de oír. Pero parpadeó un par de veces, intentando recomponerse para no dejarlo tan evidente en ese momento.

—¿Quién habló de papel? Todavía tenemos una pared blanca en la habitación del bebé. ¿Qué les parece si la dejamos bien colorida?

Hubo un breve instante de silencio, antes de que Anna y Aurora se bajaran de encima de mí y, emocionadas, salieran corriendo, cada una tomando un pincel de las manos de Layla y yendo hacia la habitación del bebé. Blue las siguió, corriendo de forma torpe.

—¿Estás segura de eso? —pregunté, pensando si dejar a las gemelas encargarse de pintar una pared era realmente una buena idea.

—Ya no estoy segura de nada —respondió Layla—. Pero si esto puede mantenerlas entretenidas por unas horas... lo suficiente como para que nosotros...

—¿Hagamos las maletas y huyamos a México?

Ella se rió.

—Iba a decir: "lo suficiente como para pensar en más actividades para mantenerlas ocupadas durante cuatro días sin que destruyan la casa", pero, ahora que lo dices, la fuga me parece una opción válida.

—Yo hago las maletas mientras tú buscas algo de comida y las llaves del coche.

—Qué gracioso. Es tentador, pero no vamos a ir a ningún lado. Solo al cuarto del bebé, a observar cómo se crea una gran obra de arte.

Me extendió la mano y yo la tomé antes de que fuéramos hacia la habitación. Anna y Aurora observaban las latas de pintura de distintos colores abiertas sobre los periódicos que cubrían el suelo. El dibujo del mar con un barquito y el sol brillando en el cielo ya estaba listo en otra de las paredes, al igual que gran parte de los muebles. Solo faltaba una estantería que ocuparía aquella pared aún en blanco, la misma que Layla ahora animaba a las niñas a pintar.

—¿Una pared entera, todita, solo para que la pintemos? —preguntó Anna, eufórica.

Aurora nos miró con atención a Layla y a mí, esperando una respuesta.

Yo aún dudé, pero Layla respondió primero:

—Todita para ustedes. Pueden hacer muchos dibujos bien bonitos. A su primito le van a encantar.

Ellas celebraron, felices, y cada una sumergió su pincel en una pintura distinta, comenzando a llenar la pared con trazos todavía algo desordenados.

—¿De verdad estás segura de esto? —volví a preguntar—. Es la habitación de nuestro hijo. ¿De verdad quieres una pared toda rayada?

—Están quietas, ya no están rompiendo nada y se están divirtiendo. Así que sí, estoy segura. ¿Por qué no nos divertimos nosotros también?

Me entregó uno de los pinceles que tenía en la mano y se quedó con el otro. Y, antes de que yo dijera algo, se acercó, me dio un beso en los labios y se unió a las niñas en la pintura.

Blue, finalmente, se acostó —encima del sillón de lactancia y con las patas probablemente sucias—, pero dejaría esos detalles para después. El perro se había calmado, y eso ya me tranquilizaba.

Lo mismo con las niñas, que ahora reían y hablaban sobre los dibujos que empezaban a hacer.

—Estoy haciendo un coche —dijo Anna—. Un coche azul, bien grande y bien bonito. A nuestro primito le va a encantar.

Aurora se detuvo un momento para mirar a su hermana y leer sus labios. Luego hizo algunas señas con las manos. Layla la miró sin entender, así que yo expliqué:

—Rory dice que está haciendo flores. "Muchas flores", por lo que entendí.

Layla me miró sorprendida y preguntó:

—¿Sabes lengua de señas?

—Aprendí algunas cosas cuando supe que Rory no podía oír. Pero sé muy poco. Mucho menos de lo que debería.

—Tus últimos años fueron muy difíciles... —dijo ella.

Y tenía razón. Habían pasado demasiadas cosas. El descubrimiento de la enfermedad de Bonnie, el inicio de un largo tratamiento, hasta el día de la cirugía que debía marcar el final de toda aquella lucha... pero que terminó en complicaciones que la llevaron al coma y, semanas después, a la muerte. A partir de ahí, me hundí en el proceso de duelo, y durante todo ese tiempo apenas tuve cabeza para nada. Aun así, me esforcé por aprender un poco, dentro de mis límites emocionales, por la razón que le expliqué:

—Rory es mi sobrina. Está empezando recién ahora a aprender a hablar, así que, aunque puede leer los labios, su principal medio de comunicación es la lengua de señas. Necesitaba aprender al menos lo básico. De hecho, estoy bastante atrasado en comparación con el resto de la familia.

Layla sonrió.

—¿Puedes enseñarme un poco también? Empezando por lo que dijo ahora.

—Bueno, entiendo mejor de lo que puedo expresar. Pero sé que esto... —cerré los dedos de una mano y los moví de un lado a otro sobre la nariz— significa "flor" en lengua de señas americana. Y esto... —usando ambas manos, junté los dedos y luego los abrí hacia adelante— quiere decir "muchas". Solo no entendí la última parte de lo que dijo.

Mostrando que estaba atenta a la conversación, Anna se giró hacia nosotros e hizo algunas señas con una sola mano.

—Rory dijo esto. Significa "margaritas". Va a dibujar muchas flores. Margaritas.

—¿Margaritas? —Layla sonrió.

Anna hizo una seña para que su hermana la mirara y luego le hizo una pregunta con las manos. Aurora sonrió y volvió a mirarnos, señalando a Layla.

—¿Yo? —preguntó Layla.

Aurora asintió y Anna explicó:

—Dice que es por ese dibujo tuyo de Instagram, tía Layla. Ese que tiene un montón de margaritas de colores. Es el favorito de Rory.

—¿En serio, Rory? —preguntó Layla a la niña, que también la miraba. Aurora asintió con entusiasmo—. Me alegra mucho, porque ese dibujo también es muy especial para mí. ¿Y tú, Anna? ¿Cuál es tu favorito?

—El de la pizza —respondió Anna sin pensarlo demasiado, volviendo enseguida a concentrarse en los dibujos de la pared.

Aurora también volvió a enfocarse en la pintura y yo me acerqué a Layla, quedándome a su lado.

—Entonces... tienes dos fans aquí, ¿no?

—¿Puedes creer que siempre comentan en todos los dibujos que publico? A su manera. Aunque haya un texto triste debajo, siempre ponen algo como "qué dibujo tan bonito, tía Layla".

—Como dije, son tus fans. Y no son las únicas. Cuando vi tu trabajo, me pregunté por qué aún no te has hecho rica con esto.

Ella se rió.

—¿Con dibujos? Por favor...

—Podrías hacer algo para exponer. O publicar tus ilustraciones en un libro. Es arte, Layla. Y arte de calidad.

—No siempre el arte paga las cuentas.

—¿Eso te lo dijo Albert?

Yo ya sabía la respuesta, aun así esperé a que Layla lo confirmara.

—Sí. Y él siempre quiso que Sylvie y yo fuéramos arquitectas como él, y que tuviéramos más éxito del que él tuvo. Yo me esfuerzo por decirle a Sylvie que no tiene que seguir los planes de otros, que puede decidir por sí misma qué quiere estudiar en la universidad, e incluso cambiar de idea después de graduarse y empezar algo distinto.

—Si le dices eso a tu hermana, ¿por qué no lo haces tú también?

—No es lo mismo. A mí realmente me gusta la Arquitectura. Al principio pensé que no me iba a gustar tanto y que solo lo hacía por mi padre, porque era él quien pagaba mis estudios, para mostrarle mi gratitud.

—Él asumió el compromiso de ser tu padre. Así que, aunque no lo haya hecho en el plano emocional, pagar tus estudios no era más que su obligación.

—Lo sé. Pero, como dije, con el tiempo aprendí a disfrutarlo. Y trabajar en Turner hizo que me gustara aún más. Sobre todo por trabajar directamente con Camila. Es tan dedicada, tan esforzada... y tan talentosa en lo que hace. Y confió en mí desde que llegué. Incluso siendo solo una pasante, me dio muchas oportunidades dentro de la empresa, y aproveché cada una para aprender más... Y también aprendí a amar lo que hago.

Yo no sabía nada de eso. El fragmento que había leído en su diario sobre la universidad era anterior a su ingreso a Turner, y por eso no tenía idea de que había llegado a gustarle realmente esa área. Me alegró saberlo, al mismo tiempo que resultó esclarecedor. Yo veía el amor y la dedicación que Layla ponía en su trabajo en arquitectura, el entusiasmo con el que siempre volvíamos en el auto hablando sobre algún proyecto de su equipo. Entonces, ella realmente había desarrollado una pasión por ese trabajo, y eso me hacía feliz.

Verla feliz también me hacía feliz a mí.

—Entonces, ¿es por eso que realmente regresas a la carrera de arquitectura?

—Sí, es lo que quiero. Va a ser muy difícil con un bebé, pero… quiero volver a la universidad el próximo año lectivo y lograr graduarme. Y, si Turner me quiere, seguir trabajando allí.

—¿"Si Turner te quiere"? Turner estaría loco si te dejara ir a otro estudio. Pero… en serio, no abandones lo de los dibujos. Tienes demasiado talento como para no mostrarlo al mundo.

Ella volvió a sonreír, inclinó la cabeza y la apoyó en mi brazo. Permanecimos en silencio por unos instantes, escuchando solo la voz de Anna mientras ella y su hermana dibujaban en la pared.

Hasta que Layla preguntó:

—¿Y tú, cuál es tu favorito?

—¿Qué cosa?

—De mis dibujos de Instagram. Dijiste que viste todos. ¿Cuál es tu favorito?

No tuve que pensar mucho antes de responder.

—El de la casa en la playa.

—¿Por qué no me sorprende? —Se rió.

—¿Porque decidí imitarlo y comprar una casa frente al mar también?

—La casa de mi dibujo era mucho más simple.

—Malibú no tenía muchas opciones más simples.

—Está bien. Porque es perfecta de todos modos.

—Sí. Es perfecta. Porque tú estás aquí.

Ella levantó el rostro y la besé brevemente, antes de unirnos a las niñas en la misión de convertir aquella pared blanca y aburrida en algo colorido y divertido.

Tal vez los dibujos no serían ninguna gran obra de arte. Pero yo sabía que a nuestro hijo le iban a gustar.

Porque allí había amor.

*****

Capítulo treinta y cinco



LAYLA

Esas niñas eran absolutamente adorables. Ni siquiera parecían las mismas que habían intentado volvernos locos al inicio del día.

Todo había sido cuestión de entender cómo comunicarnos con ellas y de encontrar actividades que las divirtieran, preferiblemente sin riesgo de fracturas ni de que derribaran la casa.

Pasamos toda la mañana y el inicio de la tarde pintando la pared del cuarto del bebé. Luego, les pedimos ayuda a las niñas para preparar el almuerzo y, después de comer, fuimos a la playa, donde las dos gastaron bien sus energías junto a Blue, corriendo y jugando. Al final de la tarde, todavía nos quedamos un rato en la piscina hasta cerca de las siete de la noche, cuando volvimos a entrar a la casa. Comimos pizza y jugamos con un juego de mesa que ellas habían traído en la maleta. Y ahora, poco después de las diez de la noche, aquel día tan intenso llegaba a su fin con Sebastian y yo acostando a las dos en el cuarto de huéspedes.

Apenas cerramos la puerta de su habitación, nos miramos y respiramos hondo al mismo tiempo.

—Lo logramos, se durmieron y nadie salió herido —dijo Sebastian, haciéndome reír.

—Sí. Y, contrario a lo que dijiste esta mañana: vamos a ser excelentes padres.

—Lo seremos. Si podemos con Rory y Anna, también podemos con nuestro bebé.

—Por cierto, las niñas preguntaron cuándo tendrá nombre, porque quieren hacerle cartas.

—Tenemos que organizar nuestra lista para facilitar la elección.

Desde que descubrimos que sería un niño, veníamos hablando de nombres. Pero necesitábamos prestarle más atención a eso.

—Empecemos a anotar los que a ambos nos parecen buenas opciones —sugerí algo que ya era bastante obvio, pero que, con el ajetreo de los últimos meses, todavía no habíamos hecho.

—No ahora, ¿verdad? Hay cosas más interesantes que hacer, ahora que las niñas por fin se durmieron.

Él llevó las manos a los lados de mi vientre, que estaba cada día más grande, acercándome a él. Acercó sus labios a los míos, rozándolos de forma provocativa sin llegar a besarme del todo.

—¿Vamos al cuarto? —preguntó, dejando claro que quería empezar ese beso cuando ya estuviéramos allí, y que no pensaba detenerse en eso.

—Vamos. Solo necesito buscar un pijama en la otra habitación.

—¿Y qué te hace pensar que vas a dormir con ropa? —Volvió a provocarme, acercando los labios a mi oído y mordisqueando el lóbulo.

Y casi desistí de la ropa, absurdamente tentada a simplemente arrastrarlo hasta el cuarto. Pero resistí y expliqué:

—Bueno, entonces necesitaré algo que ponerme por la mañana antes de salir de la habitación, ¿no? Tenemos huéspedes en casa, ¿lo olvidaste? Y huéspedes muy observadoras. No creas que no preguntarían por qué dormí con la misma ropa del día anterior.

—Tienes razón. Te espero en el cuarto.

Y finalmente besó mis labios, pero de forma breve, alejándose justo cuando íbamos a profundizar el beso. Ese hombre sabía muy bien cómo provocarme.

Mientras él entraba en su habitación, yo prácticamente corrí hasta el otro cuarto de huéspedes, donde dormí durante las primeras semanas desde que me mudé allí. Había llevado mis cosas a esa habitación cuando llegué a la casa y guardado todo en los armarios. Después de que empecé a dormir con Sebastian, él de vez en cuando me decía que podía pasar mi ropa a su vestidor, pero me pareció algo precipitado.

Ahora, mientras abría el armario para buscar algo para dormir, pensaba en cómo estaba perdiendo el tiempo, tal vez por miedo a aceptar toda esa felicidad.

Me sentía tan plena y realizada... Probablemente viviendo el momento más feliz de mi vida. Y también llena de sueños y

planes. Tener a mi hijo en brazos, obviamente, era el mayor de ellos, pero había mucho más que deseaba lograr además de ser madre, y la mejor madre que pudiera ser. Quería, como le había contado antes a Sebastian, volver a la universidad y conseguir graduarme. Quería construir de verdad una carrera en la Arquitectura. Y ahora, además, empezaba a ver como posible ser incluso más que eso...

Cuando tomé las dos piezas del pijama dentro del armario, encontré mi diario justo debajo y no pude resistirme a sostenerlo entre mis manos. Hacía ya algún tiempo que no escribía en él. De hecho, desde que me mudé a esa casa, había registrado muy pocas cosas. Pero lo que Sebastian dijo sobre mi talento reavivó en mí las ganas de volver a dibujar, algo que amaba hacer en las páginas de hojas gruesas y ligeramente amarillentas de aquel cuaderno sin líneas. Pensé que esa etapa, el último trimestre de mi embarazo, sería perfecta para crear algo que, en el futuro, pudiera mostrarle a mi hijo.

Tal vez podría mostrárselo a muchas más personas. Más allá de mi hijo, de la gente cercana a mí y de los pocos seguidores que tenía en Instagram. La idea de intentar entrar en exposiciones era realmente tentadora y, por primera vez en mi vida, algo que de verdad consideraba posible.

Pensaba en eso, con una sonrisa tonta en el rostro, mientras hojeaba el cuaderno. Hacía aproximadamente tres años que había empezado a usarlo, desde el inicio de la universidad. Obviamente, no escribía en él todos los días, ni de cerca, porque si no, ya no quedarían páginas, aun siendo un cuaderno bastante grueso. Pero allí anotaba algunas percepciones que tenía, además de acontecimientos, sentimientos y pensamientos; en general, cosas que quería sacar de mí de alguna forma sin necesariamente contárselas a alguien. Probablemente, si yo misma releyera algunos

fragmentos, los consideraría tontos o como ideas desordenadas escritas en medio de la emoción.

Pero ¿no era justamente esa la mayor belleza de un diario? Poder guardar nuestros pensamientos más secretos sin juzgarlos.

Más que textos, era un escape para las imágenes que me venían a la mente y que intentaba reproducir en dibujos hechos a lápiz. La mayoría de ellos después eran escaneados, coloreados o retocados digitalmente y, más tarde, publicados en mi Instagram. Pero no todos. También estaban aquellos que quería guardar solo para mí.

Al pasar las páginas, terminé llegando a uno de los primeros que hice allí. El de la casa en la playa, con dos niños corriendo, jugando con un perro, y una pareja observándolo todo bajo la luz de las estrellas. Sonreí, pensando que Sebastian y yo habíamos vivido algo muy parecido horas antes, con la diferencia de que había sido a la luz del día y no de noche. Y él me había dicho que ese era su dibujo favorito.

Su dibujo favorito...

Un pensamiento cruzó mi mente, pero lo rechacé de inmediato. Porque no recordaba haber publicado ese dibujo en Instagram en ningún momento, pero si Sebastian había comentado sobre él, entonces debía haberlo hecho, porque...

¿De qué otra forma lo conocería?

Bajé la mirada hacia el texto que acompañaba el dibujo. Lo había hecho en la época en que salía con un chico de la universidad, en una fase en la que ya sabía que la relación se estaba enfriando. Escribí un texto sobre la persona que me gustaría tener a mi lado en el futuro.

Y ese texto... Era algo demasiado personal, algo que sabía que no había publicado de forma pública.

Para salir de dudas, tomé mi celular y abrí Instagram, revisando mis publicaciones en busca de ese dibujo. Pero sabía que no lo encontraría. Nunca había publicado esa ilustración allí.

Mis manos temblaban mientras reflexionaba sobre eso, tratando de encontrar una respuesta que no fuera la obvia. Porque era difícil aceptar que Sebastian había...

—Él no haría eso... —murmuré para mí misma.

Recordé aquella mañana. La llamada de Sylvie contando lo que nuestro padre le había hecho, y cómo hablé de eso con Sebastian.

Y recordé otras cosas...

De mi primer día de regreso a la empresa... Cuando él me preguntó sobre dejar Arquitectura para hacer algo que yo quisiera. Y yo sabía, con absoluta certeza, que nunca había hecho ninguna publicación o comentario sobre eso.

Pero sí lo había escrito... en mi diario... muchas, muchas veces...

Y ese mismo día él me había prometido que nunca me ocultaría nada.

Lo había prometido...

Cerré los ojos, y un recuerdo lejano de su voz volvió —por segunda vez— a mi mente, en medio de una oscuridad total:

"Mira esto. ¿Cómo pudiste mantener algo tan perfecto escondido entre las páginas de un diario?".

¿Cuándo me había dicho eso? ¿Sería producto de mi imaginación?

Forcé un poco más la memoria.

No era una ilusión.

Sí me había dicho esas palabras y había mencionado las páginas de mi diario. En algún momento en el que yo estaba... atrapada, en un lugar oscuro, frío y sombrío... Y su voz me había calmado, llevándome calor al pecho.

Fue cuando estuve en coma. Estaba segura.

Él me había dicho eso... después... de leer mi diario...

Escuché el sonido de la puerta al abrirse y me sobresalté, girándome hacia atrás. Sebastian aún sostenía la manija.

—¿Todo bien, amor? Vine a ver por qué estás tardando.

Levanté la mano con la que sostenía el cuaderno.

—Tú... ¿Tú leíste mi diario, Sebastian?

La sonrisa que tenía en el rostro desapareció, dando paso a una expresión que no fui capaz de descifrar.

No era la reacción que esperaba. Él debería haberse sorprendido por la pregunta y negarlo de inmediato. Eso sería lo que haría si...

Si mi pregunta no tuviera sentido...

Si él no hubiera hecho eso.

Sentí las lágrimas calientes deslizarse por mi rostro y repetí la pregunta, aunque ya conocía la respuesta.

—Sebastian, ¿leíste mi diario mientras yo estaba en coma?

—Lay... puedo explicarlo...

¿Puedo explicarlo?

Casi me reí al inicio de esa respuesta. ¿Qué podía explicar? ¿Que había traicionado mi confianza? ¿Que había invadido mi privacidad mientras yo estaba inconsciente? ¿Y que me lo había ocultado durante todo ese tiempo?

—De verdad no tenía la intención de hacer eso —seguía hablando, intentando justificar lo injustificable—. Tu diario se cayó abierto en una página al azar, y yo solo empecé a leer porque... vi mi nombre allí.

Una sensación de náusea se apoderó de mi estómago.

¿Había leído su nombre? ¿Había leído algún fragmento en el que yo lo mencionaba?

Mi rostro ardió de vergüenza, de incomodidad y de rabia.

—¿Y entonces simplemente no pudiste dejar de leer? —me burlé, anticipando lo que diría después.

—No fue exactamente así.

—¿Leíste solo un fragmento donde aparecía tu nombre, entonces? Porque no mencioné tu nombre en ningún momento cercano a la página del dibujo de la playa. Ni en la parte donde escribí que no quería estudiar Arquitectura.

—Escucha, Lay... Leí más de un fragmento, pero... no leí todo, te lo juro...

—Ah, claro... ¿La lectura se volvió aburrida en algún momento y dejaste de hacerlo? ¿Ya habías descubierto todo lo que querías?

—No... Lay, no... Por favor, hablemos. Iba a decírtelo...

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Hoy. Me preparé para empezar a decírtelo, pero entonces llegaron las niñas, y...

Vaya... Qué conveniente.

Volví a girarme hacia el armario y tomé mi bolso de viaje, metiendo mi diario dentro. Luego hice lo mismo con algunas prendas de ropa. Sebastian se acercó a mí.

—Layla, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué crees que estoy haciendo, Sebastian?

—No tienes motivos para irte a ningún lado. Esta es tu casa.

—Es tu casa, Sebastian. Y yo no quiero quedarme aquí.

—No tomes decisiones así, Layla. Es tarde, estamos cansados. Vamos a la cama, descansemos un poco, y mañana hablamos con calma...

—No voy a la cama contigo, Sebastian. ¿No entiendes? Rompiste mi confianza.

Después de guardar suficiente ropa como para llenar la maleta, cerré el cierre y me giré para salir, pero Sebastian sujetó mi brazo. Lo miré y él, de inmediato, mostrando arrepentimiento por la forma en que me había tomado —aunque no lo hizo con fuerza como para lastimarme—, aflojó los dedos, pero mantuvo la mano apoyada en mi brazo. Sus ojos parecían suplicar cuando dijo:

—Por favor, Lay... Sé que me equivoqué. Pero, por favor, perdóname y hablemos.

No esperaba una disculpa. De hecho, imaginé que solo insistiría en intentar justificar lo que hizo sin admitir el error. Y en ese momento, casi flaqueé, casi di marcha atrás...

Casi...

Al menos en ese momento, estaba demasiado herida para hacerlo.

Retiré el brazo y me alejé, escuchando los pasos de Sebastian detrás de mí, junto a sus pedidos para que me quedara. Sin embargo, me vi obligada a detenerme en cuanto llegué al pasillo y vi la puerta del cuarto de las niñas abrirse. Anna salió, frotándose los ojitos.

—Tía Lay... Tuve una pesadilla... ¿puedo dormir contigo?

Eso fue un golpe bajo.

No tenía corazón para irme en esa situación. Miré por un instante a Sebastian antes de acercarme a Anna y tomar su mano.

—Ven, mi amor. La tía Layla va a dormir contigo, sí.

Y entré en su habitación sin mirar atrás. Dejé mi bolso de viaje en el suelo y me acomodé en la cama individual junto a Anna, acariciando su cabello hasta que volvió a dormirse, mientras sentía las lágrimas calientes bajar por mi rostro y mi corazón romperse en mil pedazos.

*****

Capítulo treinta y seis



SEBASTIAN

15 de julio

Era la segunda noche consecutiva que no dormía bien. Tomé algunas siestas breves, vencido por el cansancio, pero pasé la mayor parte de la noche despierto, solo en mi cuarto.

Recordé todas las historias que Layla me había contado sobre su propia vida. Abandonada en un orfanato cuando tenía menos de un año, de modo que no guardaba recuerdos de sus padres biológicos. Después vivió en dos hogares temporales diferentes, siendo devuelta al orfanato como si fuera un objeto sin valor. Luego vino la adopción, que le dio una madre y una hermana, pero un hombre que nunca la aceptó completamente como hija.

Era, en resumen, toda una vida de lazos de confianza rotos. Y yo ahora era uno más en esa cadena.

Esperé a que los primeros rayos de sol entraran por la rendija que dejé abierta en la cortina para levantarme. Pero pronto me di cuenta de que había cometido un error.

Porque realmente creí que, si salía temprano del cuarto, todavía encontraría a Layla allí. Pero no estaba.

Cuando abrí la puerta del cuarto de las niñas, las encontré dormidas, cada una en su cama, y ningún rastro de Layla.

Salí apresurado, revisando cada habitación de la casa. Fui hasta el jardín, la zona de la piscina, miré todo… ella ya no estaba.

Se había ido…

Fui hasta la entrada principal de la casa, que estaba custodiada por dos guardias.

—¿Dónde está mi esposa? —pregunté.

Me importaba un carajo que Layla y yo no estuviéramos casados. Lo dije tal como la sentía para mí.

—Se fue antes de las cinco de la mañana, señor —respondió uno de ellos.

—¿Cómo que se fue? Mis autos están en el garage.

—Llamó a un taxi.

Quise gritarles a esos hombres, pero me contuve porque, al fin y al cabo, sabía que no tenían ninguna culpa de aquello. Layla no era una prisionera para que ellos la detuvieran.

Aun así, no pude evitar cerrar el puño y golpear la pared, lo que asustó a los dos guardias.

Volví a la casa y tomé mi celular, marcando el número de Layla. Después de dos timbres, la llamada cayó en el buzón de voz. Abrí la app de mensajes y le escribí.

SEBASTIAN:

Lay

Por favor.

¿A dónde fuiste?

Sabes que es peligroso.

Entiendo si no quieres seguir en la misma casa que yo.

Pero necesito saber que estás en un lugar seguro.

Después de enviar los mensajes, intenté llamar de nuevo. Tres timbres más antes de que cayera en el buzón. Llamé otra vez y, esta vez, la llamada ni siquiera se completó. Debía haber apagado el celular.

Mierda…

Necesitaba saber dónde estaba. Necesitaba saber si estaba bien. Y ya estaba a punto de salir desorientado de la casa para buscarla en todos los lugares posibles, aunque no tuviera idea de dónde podría haber ido. Sabía que no iría a la empresa. Ni volvería a la casa de su padre. Sus amigas estaban fuera de Los Ángeles.

¿A dónde iría?

—¿Tío Sebastian? —La voz de Anna llegó a mis oídos.

Yo estaba en mi cuarto, donde entré a tomar el celular, sentado en la cama, y había dejado la puerta abierta. Anna y Aurora estaban allí, ambas mirándome con una mezcla de susto y preocupación.

Rory hizo una pregunta con gestos, que pude entender:

"¿Por qué estás llorando, tío?".

Llevé la mano a mi rostro, dándome cuenta de que, de hecho, estaba llorando sin haberlo notado. Pero no tenía una respuesta sencilla para aquellas niñas.

Sin embargo, ellas tampoco esperaron por una. Se acercaron, sentándose una a cada lado, y rodearon mis brazos con los suyos en un abrazo.

*****

Capítulo treinta y siete



SEBASTIAN

17 de julio

Ya era el tercer día sin que hablara con ella.

Era demasiado tiempo. Lo suficiente como para que considerara las peores hipótesis. Contacté a Janet para que verificara y me actualizara sobre el paradero de Daniel Reed, pero simplemente no había ninguna novedad sobre él. Llamé a Sylvie, pero su rencor hacia mí parecía haber vuelto con toda su fuerza y solo dijo que no me contaría nada sobre Layla y, después de eso, probablemente bloqueó mi número. No me quedó más opción que ponerme en contacto con Camila, quien me atendió en medio del congreso y me tranquilizó un poco al decir que había estado hablando con Layla y que ella estaba bien "dentro de lo posible".

Camila también estaba visiblemente enojada conmigo. Y yo no le quitaría ese derecho, como buena amiga, mayor que ella y sobreprotectora.

Y, desde que recibí esas noticias, había estado intentando calmarme mientras cuidaba de Aurora y Anna. Las niñas, como si percibieran que algo malo había ocurrido, se habían comportado

bien en esos últimos días, además de estar extremadamente cariñosas. Y preguntaban poco por la "tía Layla", pero no porque no la extrañaran. Era evidente que ya habían notado que la ausencia de Layla era lo que me estaba afectando.

Ese día, yo estaba sentado en el sofá, inquieto, pensando en qué más podía hacer. Las niñas jugaban sentadas en el suelo, con un juego de cartas. Blue dormía a su lado.

Ni siquiera me di cuenta de cuándo se levantaron y se acercaron a mí, hasta que la voz de Aurora, que aún era tan rara de escuchar, llegó a mis oídos:

—Tío...

Levanté la cabeza, mirando a las dos de pie frente a mí. Incluso sumido en la tristeza, no pude contener una sonrisa, que era inevitable cada vez que Rory pronunciaba alguna palabra, por pequeña y simple que fuera.

Anna continuó:

—Tenemos algo que preguntarte.

—Claro, ¿qué sucede?

Se miraron entre ellas antes de volver a mirarme. Aurora hizo algunas señas, que me tomó unos segundos lograr conectar y comprender.

—Dijo que... no quiere que me moleste por la pregunta, ¿es eso? —Hice una pausa. Aurora movió la cabeza en señal de afirmación—. No me voy a molestar. Pueden preguntar.

Tras una breve pausa, Anna soltó:

—¿La tía Layla va a volver?

Mi primer impulso fue responder con un enfático "sí". Pero eso sería, una vez más, no respetar la voluntad de Layla. Yo quería, más que nada, que ella regresara, pero eso era algo que dependería únicamente de ella.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Y vi cómo los ojos de ambas se abrían de par en par. Anna habló, casi llorando:

—Nuestra mamá... no la mamá Evy, sino nuestra otra mamá... Un día durmió con nosotras y después no volvió más.

—No —me apresuré a responder antes de que se echaran a llorar por deducir algo completamente equivocado—. Cuando dije que no sé si Layla va a volver, me refería a vivir aquí en esta casa. No a su vida con ustedes.

Ambas soltaron el aire con alivio y Anna volvió a hablar, ahora con más energía.

—Es que ustedes, los adultos, son muy complicados. A veces dicen una cosa, pero quieren decir otra. Y a veces tampoco dicen lo que tienen que decir.

A su lado, Aurora movió la cabeza en una afirmación muy enfática.

—Tienen razón. Nosotros, los adultos, somos demasiado complicados. Yo realmente tenía que haberle dicho algo a la tía Layla, y no lo hice.

Aurora hizo algunas señas, preguntando qué había omitido. Y yo lo conté de la forma más simple posible:

—Hice algo malo. Ya no había forma de deshacerlo. Pero al menos tenía que habérselo contado. Y no lo hice, porque sentí miedo de que se sintiera herida.

—¿Y entonces se sintió herida porque no se lo contaste? —preguntó Anna—. Tío Sebastian, esconder las cosas que hacemos mal está muy, muy mal. Fue como cuando Rory rompió el labial de la mamá Evy y lo escondió en el cajón para que no lo viera.

Aurora puso las manos en la cintura durante unos segundos, molesta, y luego hizo unas señas que parecían significar "fuiste tú quien lo rompió, no yo", y entonces ambas comenzaron a discutir sobre cuál de las dos había hecho esa travesura. Mientras discutían, sonó el timbre y me levanté, corriendo a abrir, con una esperanza absurda de que pudiera ser Layla.

Pero, por supuesto, no lo era. Camila y Michael habían regresado a Los Ángeles ese día y ya me habían llamado poco más de una hora antes, informando que irían a mi casa a recoger a las gemelas. Mi madre solo regresaría por la noche. Y Logan y Evelyn permanecerían en su viaje por Europa hasta el final de la semana siguiente.

Mi hermano me saludó con una palmada en el hombro, mientras Camila —visiblemente irritada— pasó de largo junto a mí y fue directamente a hablar con las niñas.

—¿Está bien que se queden con ellas? —le pregunté a Michael.

—Tranquilo. Solo pensamos que era mejor dejar a Alice y a Eric con la abuela de Camila. Primero, porque extrañaban a su bisabuela. Y segundo, porque cuatro niños Turner podrían ser un poco difíciles de transportar juntos en un mismo coche, además de un auténtico perro Turner como Blue. Nuestra madre vuelve esta noche y se quedará con ellas, así que iremos a buscar a Eric y a

Alice, además de nuestros perro y gato Turner que están con la abuela de Camila.

Aparentemente, no eran solo los niños Turner los aficionados a las travesuras, sino también las mascotas de la familia.

—¿Ella se puso en contacto contigo? —preguntó Michael.

Y enseguida supe a quién se refería.

—No. Todo lo que sé es por medio de Camila. Que no me ha contado gran cosa.

—No es que ella sepa mucho tampoco. Las dos hablan todas las noches por teléfono, y yo obviamente no me quedo cerca para escuchar. Pero Camila comentó que ella no quiso decir dónde está, aunque ella insistió bastante para que lo hiciera.

Eso fue, para mí, como otra puñalada en el pecho. Otra evidencia del daño que le había hecho a Layla. Ella había aprendido, muy recientemente, a confiar en las personas, y Camila era su mejor amiga. El hecho de no querer decirle dónde estaba era otra demostración de lo insegura que ahora se sentía sobre cuánto podía abrirse con los demás.

—Muy bien, niñas —dijo Camila, mientras regresaba hacia nosotros, teniendo el cuidado de mantener el rostro orientado hacia ambas para que Aurora pudiera leerle los labios—. Tomen su maleta para que nos vayamos.

Ellas corrieron al cuarto, donde yo ya había dejado su equipaje listo. Cuando Camila se detuvo junto a su marido, fingiendo ignorarme, Michael empezó a repetir en voz baja:

—Hermano... No preguntes... Por favor, solo no preguntes... No preguntes...

Ignorándolo, realmente pregunté:

—¿Cómo está ella, Camila?

—Ah... ¿de verdad quieres saber cómo está? —Camila por fin me miró, visiblemente furiosa.

—Te dije que no preguntaras... —murmuró Michael, alejándose unos pasos.

Y Camila continuó:

—Te voy a decir cómo está: en la vigésima novena semana de embarazo, ese momento en el que la mujer tiene la ansiedad más alta, cambios de humor, cansancio físico, acidez, dolor en la espalda, calambres, el bebé moviéndose de forma angustiante, y en medio de todo eso mi amiga ahora está sola, viviendo en una habitación de hotel, con el corazón roto porque tú te creíste con el maldito derecho de faltarle el respeto a su intimidad, leyendo su diario sin permiso, cuando apenas se conocían.

—Te dije que no preguntaras... —repitió Michael.

Camila sabía ser muy afilada y precisa con sus palabras, pero no había dicho absolutamente nada que yo no supiera. Nada que no hubiera estado rumiando sin parar durante esos últimos días.

—Sé cuánto me equivoqué, Camila. Créeme, lo sé muy bien. Pero tengo derecho a saber dónde está. Está embarazada de un hijo mío.

—Antes de ser la mujer embarazada de un hijo tuyo, es un ser humano. Y yo, a diferencia de ti, no voy a traicionar su confianza diciéndote dónde está.

—Además, tú tampoco lo sabes... —murmuró Michael. Pero enseguida pareció arrepentirse de lo que dijo cuando ella le lanzó una mirada bastante intimidante.

—Correcto, no lo sé. Pero aunque lo supiera, no lo diría. Y Lay debería confiar en mí en ese sentido, pero no lo hizo porque fue muy herida por otra persona en quien confiaba.

Y Camila seguía siendo certera.

—Sé que, antes de ser la madre de un hijo mío, es un ser humano. Y es por ella por quien me preocupo. Puede sentirse mal estando sola, sin ningún tipo de apoyo. Más que eso: hay un loco suelto que ya casi le quitó la vida una vez. Ahora está completamente desprotegida.

La mirada de Camila titubeó. Y yo sabía que, por más que no quisiera admitir que yo tenía razón, ella tenía las mismas preocupaciones que yo.

—Ya te dije que no quiso decirme dónde está. Solo que está en un hotel, pero no dijo cuál.

Bien... ¿Cuántos hoteles debía haber en California? La idea de revisar uno por uno, de pronto, me pareció válida.

Pero podía intentar hacerlo por medios más simples y eficaces.

—No responde mis llamadas, seguramente bloqueó mi número. Pero el tuyo sí lo responde. Déjame llamarla desde tu celular.

—Pero qué caraj... —Se quedó en silencio, probablemente conteniendo una grosería, al ver a Anna y Aurora regresando a la sala—. ¿Quieres tomar mi celular para llamar a Layla, Sebastian?

¿De verdad crees que es una gran idea? Sabes que va a contestar pensando que soy yo, y entonces será justamente la persona con la que no quiere hablar. Ya te lo dije y lo repito: no voy a traicionar la confianza de mi amiga. Sinceramente, lo que menos necesita ahora es otra decepción.

Una vez más, palabras certeras. Y me sentí como un completo idiota por haber siquiera considerado eso. Yo quería disculparme con Layla por haber traicionado su confianza... justamente haciendo que otra persona en quien ella aún confiaba hiciera lo mismo.

—Tienes razón, Camila. Estoy siendo un idiota.

—Sí, lo eres.

—En eso tengo que estar de acuerdo... —murmuró Michael a mi lado. Cuando lo miré, levantó las manos en señal de rendición—. ¿Qué puedo decir, hermano? Palabra de alguien que ya ha cometido muchos errores en esta vida: la cagaste muy feo.

Bufé, volviendo a mirar a mi cuñada.

—¿Puedes hacer otra cosa entonces, Camila? Llámala... y pregúntale si acepta hablar conmigo. Solo quiero oír su voz. Sé que has estado hablando con ella y confío en ti cuando dices que está bien, dentro de lo posible. Pero necesito oír su voz. Por favor.

Ella me miró durante unos momentos, como si estuviera sopesando los pros y los contras. Hasta que, finalmente, sacó el celular de su bolso y bufó, alejándose hacia la cocina mientras hacía la llamada.

Y yo me quedé allí de pie, mirando hacia donde ella había ido, simplemente esperando que Layla dijera que sí. Y cuando Camila regresó, menos de dos minutos después, imaginé que la respuesta

había sido un *no*, pero me sorprendió extendiendo el celular hacia mí.

—No seas insistente y respeta su espacio... al menos esta vez. Vengan, niñas. Traigan a Blue y vamos al coche.

Las gemelas hicieron lo que ella pidió, siguiendo a Camila y a Michael hacia la puerta y, de ese modo, dejándome solo en la sala. Me llevé el celular al oído, deteniéndome un segundo solo para escuchar la respiración de Layla. Un sonido tan sutil, pero que había extrañado tanto.

—¿Sebastian? —dijo ella después de unos instantes, probablemente al darse cuenta de que ya estaba en la línea.

—Hola, Lay. Necesito saber cómo estás.

—Camila me dijo que le has estado preguntando eso por mensaje todos los días. Ya te dijo que estoy bien.

—Pero necesito oírlo de ti. ¿Cómo estás? ¿Cómo está nuestro hijo?

Ella hizo una pausa. Y yo ya la conocía lo suficiente como para saber que intentaba contener el llanto.

—Todo está bien con el bebé. Recibí por correo electrónico los resultados de los últimos análisis de sangre que me hice. Todo está en orden.

—¿Se ha estado moviendo mucho?

—Todo el tiempo.

—Eso es señal de que está bien, ¿no?

—Sí, lo es.

—¿Y tú, Lay? ¿Cómo estás realmente?

Otra pausa. La oí inhalar profundamente antes de responder:

—Solo acepté hablar contigo porque sé que tienes derecho a saber sobre nuestro hijo. Pero aún no estoy lista para hablar ahora, Sebastian.

—Está bien. Pero déjame saber dónde estás. Puedo enviar a algunos guardias para que vigilen.

—No quiero a nadie vigilándome, Sebastian. Solo quiero estar sola. Al menos por un tiempo. Ni siquiera le di la dirección a Camila, porque la conozco lo suficiente como para saber que volvería a Los Ángeles y correría hasta aquí.

—Seguro que lo haría. Tienes amigas que te quieren. Tienes a muchas personas que te quieren. Por más que una de ellas te haya decepcionado mucho. Dime dónde estás, por favor.

—Solo necesito tiempo, Sebastian. Dijiste que querías saber cómo estaba... Estoy triste, decepcionada, avergonzada...

—No tienes por qué sentir vergüenza.

—Leíste mi diario, Sebastian. Me siento con el alma expuesta.

—Tu alma es hermosa. Fue por tu alma que me enamoré. Y te juro: no leí todo. Leí cinco fragmentos, exactamente cinco. Gran parte de ellos con cosas que tú misma me contaste después. Puedo decirte exactamente cuáles fueron...

—No —me interrumpió—. Por favor, no. Podrías habérmelo dicho antes. Al menos me habrías ahorrado hacer el ridículo de contarte, como desahogo, cosas tan personales. Tú ya sabías todo

todo el tiempo, y yo quedé como una idiota, con ese juego estúpido de "cuéntame algo sobre ti".

—No, Lay... No sabía todo. No fingí absolutamente ninguna reacción a ninguna confesión que me hiciste. Si podemos hablar...

—No quiero. Al menos no ahora. Yo... necesito tiempo. Respeta eso, por favor.

Fue mi turno de inhalar profundamente. Era lo último que quería. Quería ir en ese mismo instante hasta donde ella estaba. Pero ya había fallado una vez al no respetar su espacio. No lo haría de nuevo.

—Te amo —declaré—. Solo no dudes de eso, por favor.

—Yo también te amo, Sebastian. Y por eso me duele tanto.

—Haría cualquier cosa por tu perdón, Lay.

—Lo único que te pido ahora es tiempo, ¿de acuerdo? Cuando esté lista para eso, te buscaré. Si tú aún estás dispuesto a eso, hablaremos.

—Esperaré el tiempo que sea.

Se quedó en silencio unos segundos más, otro lapso en el que me quedé escuchando el sonido de su respiración. Hasta que cortó la llamada.

Aún me quedé allí de pie por un tiempo, con el celular junto al oído, intentando retener en la memoria el sonido de su voz.

*****

Capítulo treinta y ocho



SEBASTIAN

24 de julio

Había sido muy difícil cumplir con lo que ella me pidió, pero seguía esforzándome. Mi impulso diario era poner a un detective privado tras ella, volver a pedirle a Camila que me dejara hablar con Layla desde su celular, o incluso cometer la locura de revisar cada hotel de la ciudad de Los Ángeles, del Estado de California o de todo el país hasta encontrarla. Pero me controlé.

Hasta ese día.

Recibí una llamada de Janet. Tenía novedades sobre el caso de Daniel Reed: había sido visto en un bar de Los Ángeles la noche anterior. Y las cámaras de seguridad del lugar lo confirmaban.

Ese hombre que había estado prófugo durante los últimos meses había regresado a la ciudad. Por ese motivo, ya no podía permitir que Layla se quedara sin protección.

Ante eso, tuve que actuar. Tomé mi coche y conduje hasta el lugar donde vivía la única persona de la que podía apostar que sabía

dónde estaba Layla. Ya era el final de la tarde, así que deduje que ya habría regresado de la escuela.

Me detuve frente a la pequeña casa situada en un barrio de la periferia y toqué el timbre. Todas las ventanas estaban cerradas, pero había luces encendidas, lo que me hizo suponer que debía haber alguien dentro.

Pero nadie respondió.

Intenté golpear la puerta y llamar:

—Sylvie, ¿estás ahí? Necesito hablar contigo. —Golpeé de nuevo, esta vez con más fuerza—. Es importante.

No hubo respuesta. Golpeé la puerta con aún más fuerza, en realidad queriendo tirarla abajo.

Convencido de que realmente no había nadie, volví a caminar hacia mi coche, pensando en quedarme allí esperando hasta que Sylvie llegara. Pero me detuve al oír golpes en el vidrio.

Cuando me giré hacia la casa, vi a la chica dentro, frente a la ventana de la planta baja. Golpeó el vidrio otra vez y me acerqué de nuevo, sin entender qué pasaba.

Llevó la mano al pestillo de la ventana y pensé que iba a abrirla, pero lo que hizo fue levantar un candado para mostrarme que estaba cerrada.

La chica estaba encerrada dentro de la casa.

—¿Tu padre hizo esto? —pregunté en voz alta. Primero, para que pudiera oírme al otro lado del vidrio. Y, segundo, porque estaba furioso por eso.

Y me enfurecí aún más cuando asintió con la cabeza.

Si Albert había cerrado las ventanas con llave, probablemente había hecho lo mismo con las puertas de la casa.

Miré a mi alrededor en ese patio que parecía pertenecer a una casa abandonada, con la hierba alta y lleno de escombros y basura esparcida, hasta que vi una barra de hierro. La tomé y grité:

—Aléjate, Sylvie.

Abrió los ojos con sorpresa, claramente asustada por lo que entendió que yo pretendía hacer. Aun así, no cuestionó mi pedido y se apartó. Dominado por una mezcla de rabia por distintos motivos, necesité solo un golpe de la barra de hierro contra la ventana para hacer que el vidrio se hiciera pedazos. Di algunos golpes más para quitar los restos de los bordes y que la chica pudiera pasar sin lastimarse.

Se subió a una silla y yo la ayudé a bajar ya en el patio.

—No deberías haber hecho eso... —dijo, aunque estaba visiblemente aliviada de estar libre—. Mi padre puede llamar a la policía. Vete antes de que regrese.

¿De verdad pensaba que yo le tenía miedo a su padre?

—Será perfecto si llama a la policía. Tal vez quiera explicar por qué tenía a una adolescente encerrada en su casa. ¿Desde cuándo está pasando esto?

—Desde que leyó mis mensajes con Lay.

—Eso fue hace más de una semana.

—Sí... lo sé.

—¿Has estado encerrada todo este tiempo? ¿Y la escuela?

—Me llamaron de allí. Mi padre mintió diciendo que nos estábamos mudando y por eso me fui. Pero no tengo otra opción. Dijo que si intentaba escapar o se lo contaba a alguien, iría hasta la casa de Lou para hablar con sus padres. Y el padre de ella es muy parecido al mío. No es un borracho, pero nunca aceptaría la orientación sexual de su hija.

—Layla me dijo que ella es abiertamente bisexual, encontró esa información en sus redes sociales públicas.

—Sí, sus padres obviamente lo saben, pero prefieren fingir que no lo saben y así están cómodos. Pero si mi padre va hasta allá... eso puede traerle muchos problemas, ¿entiendes? Vete, Sebastian. Cuando él vuelva, inventaré alguna mentira... diré que algún niño lanzó una piedra a la ventana y rompió el vidrio.

—Sylvie...

—¿Qué?

—Primero, respira.

Hizo lo que le pedí, demostrando que realmente le faltaba el aire. Sus manos temblaban y sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero intentaba mantenerse firme. Era una chica fuerte.

Claramente hermana de Layla, por supuesto.

—¿Layla sabe todo esto? —pregunté, preocupado.

—No. Logré convencer a mi padre de que me dejara con mi celular, le dije que la gente se iba a extrañar si dejaba de responder mensajes y desaparecía por completo. He estado hablando con Lay todos los días, pero no le conté lo que pasó. Ella me pidió que le

llevara ropa, todavía tiene muchas cosas aquí en la casa. Pero mentí diciendo que tengo que ir los fines de semana a la escuela para estudiar para los exámenes de la universidad.

Fue mi turno de respirar aliviado. En medio de todo el caos por el que estaba pasando, lo último que Layla necesitaba era enterarse de la situación de su hermana.

Sin contar que eso también me confirmaba que Sylvie sabía dónde estaba ella. Pero antes de preguntar por eso, tenía que resolver toda esa situación.

—Vuelve a entrar a la casa, prepara una maleta y ven conmigo. Te voy a llevar a mi casa antes de ir a buscar a Layla.

—¿Estás loco? Además, en primer lugar, no vas a ir a buscar a Lay en absoluto. Está enojada contigo. Leíste su diario, qué cosa tan horrible.

—¿Sabes lo que me dijo cuando despertó del coma y le devolví el diario? Que estaba feliz de que yo lo hubiera guardado, porque estaba segura de que tú terminarías leyéndolo.

—¿Dijo eso? ¡Qué absurdo! ¡Yo nunca haría algo así!

Crucé los brazos frente al cuerpo, inclinando la cabeza hacia un lado y lanzándole a Sylvie una mirada de "¿de verdad crees que voy a creer eso?". Pensé que era una buena mirada para guardar y usar en el futuro, cuando mi hijo tuviera la edad de Sylvie, hiciera alguna travesura e intentara negar sus intenciones.

Ya había tenido un entrenamiento intensivo de cuatro días con Aurora y Anna sobre cómo ser padre de niños. Sylvie era un buen entrenamiento en lo que respecta a adolescentes.

—Está bien... —dijo—. Hubiera leído algo... Pero solo del final... para saber cómo estaba logrando lidiar con la muerte de nuestra madre. Ella fue tan fuerte todo el tiempo...

—Tuvo que ser fuerte, Sylvie. Por ti. Si aún no te has dado cuenta, tu hermana te ama mucho. Y sinceramente se volvería loca si descubriera lo que tu padre está haciendo contigo.

—Yo... no quería... Nunca quise que Lay se sintiera tan responsable por mí. Por eso no puede saber nada de esto. Solo necesito resistir unos meses más, hasta cumplir dieciocho años y poder irme de esta casa.

—Te irás ahora mismo, ya te lo dije. Ve a buscar tus cosas.

Tomó aire para responder, pero sus ojos se desviaron hacia algo más allá de mí y retrocedió unos pasos, asustada. Antes incluso de que me girara, supe de quién se trataba al oír la voz de ese gran hijo de puta.

—¿Qué está pasando aquí?

Miré a Albert, que se acercaba con pasos rápidos y tambaleantes, y traté de pensar en las razones que tenía para no partirle la cara.

Su hija adolescente estaba justo allí, y no sería algo muy saludable de presenciar.

Era un hombre despreciable, pero aun así era bastante mayor que yo, y estaba completamente borracho. Y yo no era un cobarde, a diferencia de él, que había mantenido a su hija adolescente encerrada en su propia casa usando chantajes crueles.

Y, sobre todo... él no valía ni un centavo, pero Layla no lograba dejar de verlo como su padre. Incluso con todos los defectos

que tenía.

Aun así, no pude quedarme quieto cuando se acercó a Sylvie y levantó la mano con la clara intención de darle una bofetada. Le sujeté la mano en el aire, apretando su muñeca con la suficiente fuerza como para hacerlo gritar de dolor.

—No te atrevas a ponerle un solo dedo encima a la chica —advertí.

—¡Estás loco! —replicó, todavía quejándose de dolor—. Viniste aquí enviado por Layla, ¿verdad? Si ella cree que va a meterse en mi vida, está muy equivocada. Sylvie es mi hija y no es asunto de ella.

—¿Sabes dónde vamos a resolver eso? En la Justicia. Sylvie se viene conmigo y Layla va a iniciar una demanda por su custodia.

—Si te llevas a mi hija, llamaré a la policía.

—Hazlo. Así aprovechamos para hablar de que mantuviste a tu hija menor de edad en cautiverio. ¿Tienes idea de cuántos años de prisión puedes ganarte por eso?

Abrió los ojos de par en par, y eso fue suficiente para que entendiera que había comprendido perfectamente el mensaje.

Cuando lo solté, cayó al suelo como una maldita fruta podrida y destrabé las puertas de mi coche, comenzando a caminar hacia él.

—Vamos, Sylvie.

La chica todavía miró a su padre durante unos segundos y, entre lágrimas, dudó. Pero al final corrió hacia el coche y entró por la puerta del lado del pasajero.

Arranqué el vehículo y Sylvie hundió el rostro entre las manos, su llanto se intensificaba. Eso me partió el corazón y no pude evitar pensar en cómo se sentiría Layla cuando supiera todo lo que su hermana había pasado.

—Todo va a estar bien, Sylvie —dije, intentando sonar lo más convincente posible.

Entre sollozos, respondió:

—No va a funcionar. ¿Cómo va a poder Lay quedarse conmigo? Va a tener un bebé... Y tiene que terminar la universidad... Y ni siquiera tiene una casa.

—Tiene una casa y es allí a donde te estoy llevando.

—La casa es tuya, Sebastian. Y yo no soy nada para ti.

—Eres la hermana menor de la mujer que amo. Eres su familia. Y eso también te convierte en mi familia.

Sorbió por la nariz y se pasó las manos por el rostro, secándose las lágrimas y tratando de recomponerse. En medio de eso, murmuró con frustración:

—Maldición...

—¿Qué pasa?

—De verdad eres un buen tipo.

Mis labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Puedes decirle eso a tu hermana, ¿no?

—Más o menos ya lo he hecho.

—¿En serio?

—Sí. He intentado defenderte cuando hablamos, pero ella siempre cambia de tema. Así que creo que no puedo ayudarte. Vas a tener que reconquistarla tú solo.

—Ese es el plan. Pero antes tengo que asegurarme de que esté a salvo.

—¿A salvo? ¿Cómo es eso?

Era una historia larga, que Sylvie en algún momento tendría que conocer. Pero no imaginé que eso ocurriría allí mismo, dentro de ese coche.

Mi celular, que había dejado sobre el tablero, empezó a sonar. La pantalla se iluminó y el nombre de Layla apareció en el visor.

Había pasado los últimos días imaginando la felicidad que sentiría cuando eso ocurriera. Sin embargo, no fue eso lo que sentí.

Por alguna razón, cuando me apresuré a contestar la llamada, lo que sentí fue una extraña sensación de miedo.

Tal vez era mi intuición advirtiéndome de que algo estaba pasando con la mujer que amaba.

*****

Capítulo treinta y nueve



LAYLA

24 de julio

Minutos antes...

La depresión ya era una vieja conocida para mí.

Ni siquiera sabía desde cuándo la conocía, para ser sincera. Pero recordaba su presencia acompañándome ya en distintas etapas de mi infancia.

Siempre fue una montaña rusa de emociones... los momentos buenos seguidos de caídas bruscas hacia abismos de decepciones, pérdidas y tristezas.

Los hogares temporales... el regreso al orfanato.

La adopción... el desprecio del hombre que pasó a ser mi padre.

La independencia al salir de casa y comenzar la universidad... la enfermedad de mi madre.

Las nuevas amistades... la muerte de mi madre.

La noche con Sebastian... el accidente, el coma, la noticia de un embarazo no planeado.

Y entonces llegó ese momento que tanto tardé en aceptar como real, ese en el que me sentía flotando en una felicidad inquebrantable junto a Sebastian, sintiendo a nuestro bebé crecer fuerte y sano dentro de mi vientre, los planes para el futuro... y la ruptura de la confianza.

Tal vez esa última parte pudiera parecer pequeña frente a todo lo que ya había pasado. Podría parecer poco en comparación con todo el amor y el cuidado que Sebastian tuvo conmigo... pero me hizo sentir expuesta con los secretos que guardaba. Y quizá eso, llegando en ese punto del embarazo en el que mis hormonas ya estaban tan desordenadas... me golpeó con más fuerza de la que debería.

La realidad era que necesitaba un tiempo a solas. Para pensar, para convivir únicamente conmigo misma. Me había ido a un hotel de dos estrellas que tenía una ubicación que muchos considerarían mala, pero que para mí era perfecta. Estaba en un lugar alejado de comercios, estaciones de metro y paradas de autobús. Pero que, al mismo tiempo, tenía una vista privilegiada. No desde el hotel en sí, sino desde un sitio muy cercano a él.

El hotel estaba justo en medio de una subida empinada, otro punto negativo para atraer turistas. Sin embargo, todos los días, al final de la tarde, salía de allí y caminaba por la carretera en subida hasta su punto más alto, que era una especie de mirador. Muy abajo, desde esa formación rocosa, las olas del mar golpeaban con violencia contra las piedras. No había ningún tipo de baranda de seguridad, y alguien desprevenido que subiera hasta allí en coche podría tener problemas si lo hacía de noche y terminar cayendo por un acantilado, ya que el lugar no tenía iluminación nocturna. A veces me encontraba con

algún grupo de turistas aventureros que hacían la caminata de subida. Decían que algunos más osados incluso descendían en rapel. Pero ellos, al igual que yo, siempre iniciaban el descenso antes de que el sol comenzara a ponerse, con el riesgo de no ver nada en el camino de regreso.

Ese día regresé al hotel alrededor de las seis de la tarde, cuando la noche apenas comenzaba a caer. Me senté en la cama individual del cuarto simple y pequeño que había logrado alquilar por pocos dólares al día y tomé mi diario de la mesa de noche.

Había vuelto a dibujar en esos últimos días. Hice cosas simples como flores, paisajes, un perro que se parecía a Blue... y el dibujo de un bebé recién nacido, acostado boca abajo dentro de una cesta y con la cabecita apoyada en una almohada. Un bebé de piel negra, en un tono un poco más claro que el mío, que imaginaba como la mezcla entre Sebastian y yo.

Nuestro pequeño bebé aún sin nombre.

Pasé un tiempo allí, en silencio, observando el dibujo que había terminado apenas unas horas antes y acariciando mi vientre.

—Creo que hoy voy a llamar a tu padre... —dije en voz baja.

Cuando dije que sentía la necesidad de estar sola, no se trataba de una soledad absoluta. Había estado hablando mucho con mi bebé. Y, de alguna forma, sentía como si él me respondiera.

—Ya no estoy tan enojada, ¿sabes? —dije—. En realidad, el enojo pasó en unos días. Pero siento mucha vergüenza. Y... me siento un poco... no sé... tonta.

Volví algunas páginas atrás en mi diario, hasta llegar a una fecha del año anterior, pocos meses antes de la muerte de mi madre.

Estoy amando cada día más mi trabajo.

Me he involucrado mucho en los proyectos de Turner. De hecho, mucho más de lo que debería, ya que solo soy una pasante. Pero Camila confía mucho en mí y me delega funciones que serían para arquitectos graduados y con años de experiencia. Recibo pagos adicionales de la empresa por cada uno de esos trabajos y, al principio, confieso que pensaba que mi amiga hacía eso solo como una forma de ayudarme, ya que sabe que los costos del tratamiento de mi madre son bastante altos. Pero ahora entiendo que también lo hace porque realmente confía en mi profesionalismo.

Y eso me ha ayudado mucho. En parte, claro, por el dinero extra, que es más que bienvenido en este momento tan difícil. Pero también porque el trabajo distrae mi mente y me ayuda a sobrellevar toda esta situación.

Pero hay otra cosa en el trabajo que también me hace muy bien... y que también me ayuda mucho a distraer mi mente hacia pensamientos más ligeros y... agradables.

Hace algún tiempo, Sebastian Turner volvió a asumir su cargo como CEO de la empresa. La situación que lo llevó a alejarse por un tiempo fue la más triste posible, que fue el tratamiento médico de su ahora fallecida esposa. Después de su muerte, él regresó.

La razón por la que Sebastian Turner distrae mis pensamientos es bastante... compleja. No voy a mentir, tengo que empezar por lo más obvio: él es, sin duda, uno de los hombres más atractivos que he visto en persona en toda mi vida. Parece ser una característica de esa familia, de hecho. Los tres hermanos son muy atractivos. Y no es de extrañar, ya que su madre fue una de las actrices más hermosas de su generación. Pero decir que es solo su apariencia lo que llama mi atención también sería una mentira.

Hay algo más en él. Algo misterioso, quizá, aunque comenté eso una vez con Camila y ella me respondió diciendo que Sebastian no es de los que guardan secretos.

Tal vez sea algo medio... ¿sensual?

Bueno, sería ridículo intentar negar que Sebastian Turner es sexy como el infierno. ¿Ya dejé registrado aquí que es, sin duda, el hombre más atractivo que he visto en persona en toda mi vida? Pues sí.

Pero no es solo eso. Hay algo en él que me hipnotiza. Y a veces tengo que obligarme a no quedarme mirando a mi jefe como una desesperada cada vez que pasa por el piso donde trabajo.

Es algo como...

Bueno, no lo sé. Tal vez en algún momento vuelva para contar qué es exactamente lo que me fascina tanto de Sebastian Turner.

Eso, claro, si llego a descubrirlo.

Pasé la página, encontrando el siguiente texto, fechado una semana después:

Creo que lo entendí.

Pero también creo que no voy a saber explicarlo muy bien sin que se malinterprete.

Aunque eso es bastante ridículo. La ventaja de un diario es precisamente que no existe el juicio.

La verdad es que creo que lo que me encanta de Sebastian, además de que es tremendamente atractivo, es una sensación de identificación. Sus ojos me transmiten las grietas profundas que existen en su alma.

No es algo bonito, en realidad. Sé que perdió a la mujer que amaba, y ni siquiera puedo dimensionar el tamaño de ese dolor. Solo me acerco a eso cuando pienso en mi madre, pero es algo que aparto de inmediato, porque tengo mucha fe en que va a decidir continuar con el tratamiento y que logrará recuperarse. Ella ha hablado mucho de rendirse, pero todavía no quiero aceptar esa opción. Pero, al mismo tiempo, sé también que ya he sufrido muchas pérdidas, aunque no logre recordarlas bien, porque fueron cosas que viví cuando aún era muy pequeña.

Debe ser infinitamente peor cuando se recuerda, pero las grietas en el alma no desaparecen cuando ya no recuerdas la caída que las provocó. Siguen ahí, aunque no las veas. Por más que creas que todo fue pegado y cicatrizado, basta con pasar los dedos por la superficie para sentir el relieve del lugar que se rompió.

Siento que Sebastian Turner tiene un alma parecida a la mía. Y cada vez se me hace más difícil apartar la mirada de él en las pocas ocasiones en que lo veo.

Ah, y claro... también por el hecho de que es increíblemente hermoso.

Lo que, al final, no hace mucha diferencia. A pesar de que es el cuñado de mi mejor amiga, es como si existiera un abismo entre nosotros.

Pero deseo, con todo mi corazón, que él esté bien. Que algún día las grietas de su alma ya no sean tan evidentes a través de sus ojos. Y que encuentre motivos para ser feliz. Ya sea con otra mujer en su vida o a través de otros logros personales. Cualquier cosa que haga que recupere el deseo de ser feliz.

Camila siempre me dice que su esposa fallecida era una mujer maravillosa. Así que creo que ella también querría eso para él.

Había releído ese fragmento innumerables veces en los últimos días. Y no podía evitar preguntarme qué habría pensado Sebastian de mí al leerlo.

Yo sabía bien cuáles habían sido mis intenciones al escribirlo. Sabía que en ningún momento había sido irrespetuosa con su duelo ni con la memoria de su esposa, que en ese entonces había fallecido hacía muy poco tiempo.

Al fin y al cabo, llamarlo atractivo no era más que una constatación evidente. Estaba segura de que Bonnie estaría de acuerdo conmigo.

Pero lo imaginaba en el hospital, en los meses en los que yo estuve en coma, leyendo eso, con el duelo todavía tan presente en su alma...

Y viéndome como una completa idiota.

Nunca le había contado que ya lo miraba de una forma distinta desde mucho antes de lo nuestro. Nunca le había contado ese encanto que sentía por él.

Ni otras cosas que describí allí en el diario en pasajes posteriores, que eran mucho más vergonzosas y que tenían que ver con las oleadas de deseo que él me provocaba.

Incluso había llegado a mencionar en otra entrada, en medio de un relato sobre un fin de semana en el que estuve reflexionando sobre varias cosas, un sueño inapropiado que tuve con él.

Todo eso estaba escrito allí.

Era obvio que todo lo que estaba allí tenía que ver con una atracción física, combinada con esa sensación de identificación que yo sentía con la tristeza que Sebastian mostraba desde la muerte de su esposa. Y, en mi defensa, nunca había mencionado su nombre mientras Bonnie aún estaba viva, salvo aquella vez en que lo encontré en el hospital, cuando ella todavía estaba internada.

Aun así, él ya sabía que había algo previo de mi parte. Pero, aún así, jugó conmigo un juego de seducción, probablemente encontrándolo divertido cuando yo intentaba resistirme. Porque, en el fondo, él sabía que yo ya estaba completamente entregada.

Fuera de eso, ¿cuántas cosas le conté que él ya sabía y, aun así, fingió sorpresa? Mostró todo su interés en saber sobre mi situación con mi padre. No pudo evitar dejar escapar que yo había comenzado la carrera de Arquitectura teniendo otros sueños para mi futuro... pero me impulsó a contar que había descubierto una pasión por esa área.

Y tantas otras cosas...

—Cuando alguien te miente una vez, es muy difícil volver a confiar —dije, aún acariciando mi vientre—. Aprende eso, hijo: por más difícil que sea, la verdad siempre es la opción correcta.

Él pateó y yo sonreí, imaginando eso como una confirmación de que había comprendido mi consejo.

En ese momento, alguien tocó a mi puerta y, unos segundos después, dijo:

—¿Señorita Francis?

Me levanté y caminé hasta la puerta, sin abrirla.

—¿Sí? —pregunté.

—Perdón, no fue posible cambiar las toallas de su baño durante el tiempo en que estuvo fuera. Le traje algunas toallas limpias.

Todos los empleados del hotel eran muy atentos y amables, así que no me extrañó aquella llamada y abrí la puerta. Me encontré con un hombre usando el uniforme del establecimiento, con una pila de toallas en las manos. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa, haciéndome a un lado para que entrara en la habitación. Caminó hasta la entrada del baño y se detuvo, girándose hacia mí, sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Señorita, voy a necesitar hacerle un pedido especial.

—Claro... —respondí, sin entender muy bien.

—Quiero que usted, por su propio bien, no grite, ¿de acuerdo?

—¿Qué?

Metió la mano entre las toallas y sacó de allí un revólver, apuntándome. Me sobresalté hacia atrás, llevándome las manos a la boca para intentar contener el grito que salió de inmediato de mi garganta.

—Tranquila, señorita. Yo ya no tengo mucho que perder. Si grita o intenta reaccionar, no voy a dudar en disparar, ¿entendido?

Asentí con la cabeza, presa del pánico, y por instinto llevé ambas manos a mi vientre, como si eso pudiera proteger a mi bebé.

****

Capítulo cuarenta



LAYLA

—No tengo mucho dinero conmigo, pero puede llevarse lo que quiera —dije, pensando, en un primer momento, que se trataba de un asalto.

—A ti es quien quiero llevarme... Así que vas a acercarte bien a mí, vas a abrazarme y vamos a salir de aquí juntitos, como si fuéramos una pareja. Y vas a tener muy presente que, debajo de mi abrigo, voy a estar todo el tiempo con un arma apuntando directo a tu vientre. ¿Trato hecho?

Me habría encantado tener cualquier otra opción de respuesta que no fuera aceptar. Sin embargo, estaba tan asustada que apenas podía moverme.

Tomó mi celular de la mesa de noche y se lo guardó en el bolsillo del abrigo. Luego se acercó a mí y pasó uno de sus brazos por mi espalda, ocultando la otra mano —la que sostenía el arma— debajo de la ropa, con el cañón presionado contra mi vientre, tal como había dicho.

Comenzó a caminar, guiándome fuera de la habitación, y yo solo fui capaz de seguirlo de forma automática, impulsada únicamente por el miedo.

—Quítate esa expresión de terror del rostro, querida —dijo en voz baja, cerca de mi oído, mientras empezábamos a bajar las escaleras—. Si alguien sospecha algo y llama a la policía, te mato, ¿entendido?

Asentí con la cabeza e intenté hacer lo que me pedía, pero no podía asegurar que mi rostro fuera capaz de ocultar el pánico.

—¿Eres Daniel Reed? —pregunté, en un arranque de valentía.

—Por ahora, sí. Pero pronto pasaré a ser Daniel Turner.

No entendí qué quería decir con eso, pero tampoco logré preguntarlo. Pasamos por la recepción, salimos al exterior del hotel y me hizo subir a un coche por la puerta del conductor. Él entró por la otra y mantuvo el arma escondida bajo el abrigo, apuntando hacia mí.

—Ahora conduce. Cuando lleguemos a la carretera de enfrente, gira a la derecha.

Por un instante pensé que se había equivocado. Tendríamos que girar a la izquierda para bajar a la vía principal.

—Si vamos a irnos de aquí, quieres decir "izquierda", ¿no?

—Dije exactamente lo que quería decir. Vamos, gira a la derecha.

Llevé el coche hasta la carretera e hice lo que ordenó. El hotel era la última construcción junto a ese camino estrecho, así que, en pocos metros, ya no había ninguna iluminación más que la de los faros del auto.

De forma ingenua, supuse que estaba cometiendo un error y que no conocía bien el lugar. Por eso me atreví a hablar una vez más:

—No hay salida más allá de esta subida.

—Sí la hay. Y pronto vas a descubrir cuál es. Ahora cierra la maldita boca y conduce hasta arriba.

Hice lo que dijo, subiendo despacio, con mucho cuidado en las curvas, ya que estábamos literalmente al borde de un precipicio. Cuando vi el acantilado justo delante, frené el coche, esperando nuevas órdenes.

Metió la mano libre en el bolsillo del abrigo, sacó mi celular y me lo entregó.

—Ahora voy a necesitar otra actuación tuya. Llama a Sebastian y concierta un encuentro con él. Exactamente aquí, dentro de… creo que treinta minutos serán suficientes para que llegue, ¿no? No vive tan lejos.

—¿Por qué quieres ver a Sebastian?

—No hagas preguntas y obedece.

—Va a querer saber por qué Daniel Reed quiere verlo.

—No entendiste, ¿verdad? No vas a mencionar que estoy aquí. Vas a poner una voz bien dulce y sensual y le dirás que estás sola, esperándolo aquí mismo.

Negué con la cabeza, angustiada.

—No voy a poder fingir. No puedo hacer eso.

El cañón del arma se presionó con más fuerza contra mis costillas.

—Sí puedes. Siento mucho ponerte en esta situación, especialmente estando embarazada, querida. No era mi intención. El plan era deshacerme solo de Sebastian, pero ha sido difícil llegar hasta él, y tú eres el cebo perfecto. Así que lo siento, pero van a tener que morir juntos.

Una ola aún más intensa de desesperación me invadió. El arma se hundió con más fuerza en mis costillas, arrancándome un gemido de dolor. Con las manos temblorosas y bajo amenaza, hice lo que me pidió. Sus ojos estaban fijos en la pantalla del teléfono mientras buscaba el contacto de Sebastian y realizaba la llamada. Iba a llevarme el celular al oído, pero me detuvo:

—Ponlo en altavoz. Solo para asegurarme de que no intentas engañarme diciendo que no contestó.

Hice lo que me pidió, al mismo tiempo que empecé a pedirle a Dios que Sebastian, en efecto, no contestara. O que, tal vez, el tiempo que estuve sin dar señales de vida hubiera sido suficiente para que se rindiera conmigo. Quizá estuviera molesto, pensando que yo había exagerado o algo parecido, y simplemente rechazara mi extraña propuesta de encontrarnos. Tal vez, de ese modo, Daniel Reed simplemente se iría y nos dejaría en paz.

—¿Lay? —Cerré los ojos cuando la voz de Sebastian sonó dentro del coche, saliendo del celular—. ¿Estás bien, Lay?

Su pregunta no tenía el mismo tono de la última vez que hablamos. No era una preocupación por mi estado de salud o emocional, era algo más. Era como si ya supiera que algo estaba ocurriendo en ese mismo momento.

—¿Lay? Lay, habla conmigo —repitió, haciéndome dar cuenta de que había guardado silencio demasiado tiempo.

Daniel presionó el arma contra mi vientre, obligándome a decir algo.

—Hola, Sebastian. Está... Está todo bien... —Intenté fingir la mayor naturalidad posible en mi voz, pero era evidente que no lo estaba logrando—. ¿Puedes venir a verme?

—Voy ahora mismo. Ya estoy en el coche, llego en unos veinte minutos.

—Pero, ¿cómo sabes dónde estoy?

—Sylvie está conmigo.

—No la traigas, por favor.

Mi voz sonó más desesperada de lo que debía y Daniel me lanzó una mirada de advertencia, lo que me hizo intentar corregirlo.

—Déjala en el hotel y sube hasta aquí para verme solo, porque... necesitamos hablar a solas.

—¿Qué está pasando, Lay?

—Nada... Solo quiero verte... y hablar contigo.

—No es verdad, Lay. Conozco tu voz. Sé que está pasando algo. Ya voy para allá. Quédate en la línea conmigo,

por favor.

Daniel negó con la cabeza, como indicándome que rechazara aquello y terminara la llamada. Respiré hondo, intentando calmarme, pero eso se volvió más difícil cuando un relámpago iluminó el cielo, apenas unos segundos antes de que el sonido de un trueno hiciera temblar todo mi cuerpo.

Iba a comenzar una tormenta.

Y yo estaba literalmente al borde de un acantilado, pidiéndole a Sebastian que se reuniera conmigo.

"Tendrán que morir juntos".

Era difícil pensar con claridad bajo la mira de un arma. Especialmente en la situación en la que me encontraba, embarazada de casi ocho meses. Pero fue entonces cuando comprendí la magnitud de lo que estaba en juego.

Ese hombre iba a matarme. De cualquier forma. Solo quería que yo atrajera a Sebastian hasta allí. Así que mis opciones eran dos muertes, la mía y la de mi bebé, o tres, incluyendo a Sebastian.

Era la situación más desesperada posible. Pero estaba en mis manos salvar al menos a uno de nosotros.

Sin pensarlo más, empecé a gritar, hablando de forma apresurada:

—No vengas, Sebastian. Llama a la policía. Daniel Reed está aquí. Está armado y quiere...

Me interrumpió el puñetazo de Daniel, que impactó contra mi rostro. La fuerza fue tal que mi cabeza golpeó contra el vidrio de la ventana. El celular se me escapó de las manos, cayendo sobre mis piernas, y sentí la mano de Daniel tomándolo.

—¿Layla? —gritó Sebastian—. ¡Layla, háblame! ¡Layla!

—Si traes a la policía, le vuelo la cabeza.

Daniel abrió la puerta y salió del coche, llevándose el celular, y ya no pude escuchar más de la conversación. Pero vi que no duró mucho, porque enseguida cortó la llamada y arrojó el teléfono al mar.

Vi la escena de forma borrosa. No lograba ver bien. Toda la cabeza me dolía, tanto el rostro, donde había recibido el golpe, como el costado que había impactado contra el vidrio. Dolía muchísimo, de una forma insoportable.

Mis párpados, pesados, comenzaron a cerrarse, y traté de luchar contra eso. No podía perder el conocimiento en ese momento.

Pero mi esfuerzo no sirvió de nada.

El sonido de otro trueno fue lo último que escuché antes de hundirme en la oscuridad más profunda.

*****

Capítulo cuarenta y uno



SEBASTIAN

El hombre había dado las instrucciones. Yo debía dejar el coche en el estacionamiento del hotel y subir el resto del camino a pie, sin involucrar a la policía. Él me preguntó si había alguien escuchando la conversación y mentí diciendo que no, aunque Sylvie estaba justo a mi lado.

Él tenía a Layla y le dispararía si yo no iba o si llegaba acompañado de alguien. Apenas cortó la llamada, intenté llamar de nuevo, pero nadie contestó.

Golpeé el volante con fuerza, repitiendo mentalmente que le arrancaría cada órgano del cuerpo a ese hijo de puta si se atrevía a lastimar a Layla.

Pero, por el sonido que había escuchado antes de que tomara la llamada, tenía el presentimiento de que ya lo había hecho.

Si antes mi intención era pasar por mi casa y dejar a Sylvie allí antes de seguir hacia el hotel —que ahora ya sabía cuál era, porque él me lo había dicho—, cambié de inmediato el rumbo para ir directo hasta allí.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sylvie a mi lado, asustada—. ¿Qué le hicieron a mi hermana?

—Nadie va a hacerle nada. Pero voy a necesitar tu ayuda.

Asintió con la cabeza, angustiada, y yo tomé mi celular, desbloqueandolo con el dedo. Luego se lo entregué.

—Cambia la configuración para quitar el desbloqueo por huella. Pon una contraseña simple que recuerdes fácilmente, porque el teléfono se va a quedar contigo.

Hizo rápidamente lo que le pedí, y yo solo tuve que poner el dedo una vez más sobre la pantalla para confirmar el cambio de seguridad.

—Puse la fecha de cumpleaños de Lay. ¿Sabes cuál es?

—Sí, la sé. Voy a detener el coche frente al hotel. Vas a entrar y esperar en la recepción, ahí estarás más segura que en el coche. Quiero que llames ahora a Michael o a Logan. Si uno no contesta, intenta con el otro y diles que ambos deben ir al hotel de inmediato.

—¿Qué les debo decir? —preguntó, con lógica, ya que ni siquiera ella sabía qué estaba pasando.

—Diles que Daniel Reed está ahí. Los dos viven cerca, no deberían tardar en llegar. Reúnete con ellos y muéstrales la dirección hacia donde fui. Ellos sabrán qué hacer.

Asintió con la cabeza. Por un momento, me pregunté si estaba haciendo lo correcto. Daniel Reed había sido muy claro al ordenarme que fuera solo, pero yo sabía que aquello era una trampa. De cualquier forma, llegaría solo, como él quería. Y, si todo salía bien, podría resolver toda la situación.

Pero, si no salía bien, necesitaría refuerzos. Y no confiaba en nadie más para eso que en mis hermanos.

Seguí dándole instrucciones:

—Después vas a llamar a la policía y vas a informar que un hombre llamado Daniel Reed está reteniendo a una mujer como rehén y amenazándola, y vas a dar la dirección. Y también avisa que posiblemente está herida, para que envíen una ambulancia.

—¿Lay está herida?

—No hay tiempo para preguntas, Sylvie. Empieza a hacer las llamadas ahora.

Estábamos a unos diez minutos del hotel, así que era mejor adelantar todo eso. A mi lado, Sylvie llamó a Logan —probablemente porque su nombre aparecía primero en la agenda— y él contestó enseguida. No presté atención a la breve conversación que tuvieron, porque mi mente estaba completamente enfocada en Layla, invadida por el miedo al pensar en lo que ese hijo de puta podría haberle hecho.

Ya estaba llegando al hotel cuando Sylvie terminó de hablar con la policía y colgó. Su llanto se intensificó y pensé en cuánto odiaría Layla saber que su hermana había pasado por todo ese pánico de perderla… por segunda vez.

—Syl... —la llamé con el mismo apodo cariñoso que Layla siempre usaba—. La llave de la casa está en la guantera. Si algo me pasa, mis hermanos las llevarán a ti y a Layla allí. La casa es de ustedes.

—No va a pasarte nada —respondió de inmediato—. Lay está loca por ti. Ya perdió a nuestra madre. Ya ha perdido a

demasiadas personas. Vas a volver a casa con ella, ¿me oyes? Vas a salvar a mi hermana y vas a volver a casa con ella.

Si no hubiera estado tan tenso, habría sonreído ante eso. A veces Sylvie tenía una forma de hablar tan firme, muy parecida a la de su hermana.

—Voy a salvarla, te lo prometo. Y Lay también está loca por ti. Así que quiero que me prometas que no vas a permitir que nadie, ni siquiera tu padre, controle tus decisiones. La elección de la universidad es solo tuya, no de él. Y tu corazón también te pertenece.

La miré por un momento, mientras ya detenía el coche frente al hotel, y la vi asentir.

Abrí la guantera y Sylvie se sobresaltó a mi lado al ver un revólver.

—¿Por qué llevas eso en el coche? —preguntó, asustada.

Era la misma larga historia que no tenía tiempo de contar en ese momento. Así que simplemente tomé el arma, además de las llaves de la casa que le entregué a Sylvie. Apenas salimos del vehículo, también le lancé la llave del coche.

—Quédate en la recepción —ordené, temiendo que intentara seguirme—. Pase lo que pase, no subas, ¿entendido?

Asintió y yo corrí por la carretera desierta que ascendía. Apenas unos segundos después, ya no podía ver ni un metro delante de mí. Podría haber llevado el celular para usarlo como linterna, pero preferí dejárselo a Sylvie por si mis hermanos necesitaban comunicarse, ya que ella había dejado el suyo en la casa de su padre. No me importó y seguí subiendo a toda

velocidad, guiando mis pasos por la franja de tierra que bordeaba el asfalto.

Los truenos sacudían el cielo y pensé que eso debía aumentar el miedo de Layla. Ella odiaba las tormentas, y era irónico que otro momento terrible de su vida ocurriera justo bajo el anuncio de una.

No conocía ese camino y no tenía idea de cuánto faltaba para llegar al final, ya que no había nada más que oscuridad frente a mí. Hasta que un fuerte relámpago iluminó todo, obligándome a detenerme de golpe y a levantar las manos, de forma instintiva, frente al rostro para proteger los ojos.

—Levanta las manos ahora —dijo una voz masculina. La misma con la que había hablado por teléfono minutos antes—. Antes, deja en el suelo el arma que estoy seguro de que trajiste contigo.

Bajé las manos poco a poco, acostumbrando la vista a la luz intensa que ahora entendía provenía de los faros de un coche viejo, detenido a pocos metros de donde parecía comenzar un precipicio. El hombre estaba junto al vehículo, con un revólver en la mano. No me apuntaba a mí, sino hacia el interior del coche, cuya puerta del copiloto estaba abierta.

No podía ver a Layla desde ahí, pero deduje que estaba dentro del vehículo.

Levanté las manos, obedeciendo sus órdenes. Y tuve aún más claro que nunca lo había visto antes, salvo en las imágenes de seguridad del estacionamiento del hotel, la noche en que saboteó mi coche. Aun así, había algo en él que me resultaba familiar, algo que en ese momento no logré identificar.

—¿Dónde está Layla? —pregunté.

—Aquí soy yo el que hace las preguntas. ¿Dónde está tu arma?

—No tengo arma.

—Claro... Crees que soy idiota para creer eso. Deshazte de tu arma ahora mismo o le disparo a la chica.

Eso confirmaba que Layla estaba dentro del coche. Las manos de ese hombre temblaban y parecía completamente fuera de sí, lo que me daba motivos para no poner a prueba su paciencia.

Con una mano aún en alto, bajé la otra hasta mi cinturón y tomé el revólver que llevaba. Luego me incliné despacio, observándolo con atención, buscando una oportunidad para arriesgarme a disparar. Pero enseguida entendí que eso sería una sentencia para Layla. Sus ojos estaban fijos en mí, sin parpadear, y la mano que sostenía el arma estaba lista para disparar ante cualquier movimiento inesperado.

Así que dejé caer mi revólver al suelo y volví a incorporarme, con las manos en alto.

—Muy bien. Ahora patea la pistola hacia mí. No quiero a nadie aquí jugando a ser un superhéroe.

Una vez más, no tuve otra opción que obedecer. Mi arma quedó a medio camino entre nosotros, pero Daniel Reed no se movió para recogerla.

—¿Tienes alguna otra arma? —preguntó.

—No —respondí—. Solo tenía esa.

—¿Debo creerte? ¿O debería acercarme para comprobarlo? Si voy hasta ahí y tienes aunque sea una navajita escondida en el bolsillo, le disparo al coche y le reviento la cabeza a tu chica, ¿entendido?

—Entendido. Puedes acercarte, no llevo nada más conmigo.

Era verdad. Y pareció haberlo creído, porque no intentó acercarse.

—Bien. Entonces ahora quiero que vengas caminando despacio y entres en el coche. Voy a ser muy amable contigo y haré que todo sea más rápido y menos doloroso.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un frasco de pastillas, que me lanzó. Logré atraparlo antes de que cayera al suelo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Solo tómalo y entra en el coche. Puedes ponerte el cinturón de seguridad, si quieres. No es que vaya a hacer alguna diferencia.

Miré el frasco, leyendo la etiqueta. Parecía algún tipo de sedante.

—¿Por qué quieres drogarme y para qué quieres que entre en el coche? —pregunté.

Más que una duda genuina, estaba tratando de ganar tiempo. Sabía que mis hermanos llegarían en cualquier momento y, si todo salía como esperaba, la policía también ya estaría en camino.

Preferiblemente, con una ambulancia, como Sylvie había pedido.

—¿Le diste eso a mi mujer? —pregunté, extrañado por el silencio dentro del coche. Supuse que Layla podría estar dormida.

Por un lado, eso me tranquilizaba, porque no estaría presenciando toda la tensión de ese momento. Por otro lado, me inquietaba. Estaba embarazada y no podía tomar ese tipo de medicamento.

—No hizo falta —respondió él, aún serio—. Y ya te dije que no estás en condiciones de hacer preguntas aquí.

—Tomaré esto. Pero solo si antes me dejas ver a mi mujer.

—¿De verdad crees que puedes hacer pedidos?

—Nada me impide intentarlo. Estás amenazando con disparar dentro de un coche, pero ni siquiera sé si hay alguien ahí dentro.

La seguridad en su mirada vaciló. Pareció pensar durante unos instantes y luego hizo un gesto con la mano, indicándome que me moviera hacia un lado. Lo hice despacio, manteniendo aún una buena distancia de él, mientras también giraba su cuerpo hasta quedar prácticamente de espaldas al lateral del coche, con el brazo en un ángulo incómodo para seguir apuntando hacia el interior. De ese modo, quedé frente a la puerta abierta del vehículo y, por fin, pude verla.

Layla estaba allí dentro.

Estaba sentada en el asiento del conductor, con la cabeza caída hacia un lado, claramente inconsciente.

Esa imagen hizo que mi furia aumentara.

—¿Qué le hiciste? —Di un paso hacia el coche, pero Daniel agitó el arma, indicándome que dispararía si me acercaba más.

—¡Quédate ahí! —gritó—. No estoy jugando, le vuelo la cabeza a esa puta si intentas cualquier cosa.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo dije: tómate esas malditas pastillas y entra en el coche.

—¿Para qué?

—¿Crees que tengo tiempo para quedarme hablando contigo? Haz lo que te dije. Ahora, o disparo. Voy a contar hasta tres. Uno...

Antes de que pudiera continuar, abrí el frasco y dejé caer las tres o cuatro pastillas que había dentro en la palma de mi mano, llevándolas a la boca. Sin embargo, no las tragué. Solo fingí hacerlo, escondiéndolas en un lado de la boca.

—Ahora vamos a esperar unos minutos a que hagan efecto —dijo—. Y luego entras en el coche. Y relájate, porque todo será rápido.

—Mientras esperamos, ¿por qué no me cuentas tu plan?

—No te debo ninguna explicación. Pero si tanto quieres saber, voy a empujar el coche con ustedes dos dentro. Todos

pensarán que fue un triste accidente.

—Es la segunda vez que intentas matarme, Reed. Al menos dame el derecho de saber por qué.

—Digamos que me cansé de la vida de migajas que nuestro padre me dio... *hermanito*.

Me quedé en shock, completamente sorprendido por aquello. Era obvio que mi primera reacción fue negarlo. Sin embargo, al observar mejor el rostro de ese hombre, finalmente entendí por qué me resultaba familiar. Los rasgos, los ojos y el cabello castaño... se parecía demasiado a mi padre fallecido.

¿Era posible que...?

En realidad, al mirarlo bien, comprendí que era imposible que no fuera hijo de mi padre. El parecido físico entre ambos era innegable.

Entonces, era eso.

Daniel Reed, el hombre que intentaba matarme por segunda vez, era mi hermano.

Un relámpago iluminó el cielo, apenas unos instantes antes del estruendo de un trueno que coincidió casi al mismo tiempo con el inicio de la lluvia sobre nosotros.

*****

Capítulo cuarenta y dos



LAYLA

El intenso dolor de cabeza fue, poco a poco, devolviéndome a la realidad. No solo eso, sino también el sonido de los truenos junto con la lluvia que caía sobre la carrocería del coche.

Y las voces...

La voz de Daniel Reed lograba hacer que mi cuerpo se estremeciera de miedo incluso más que los truenos que siempre me habían asustado tanto.

Sin embargo, no era la única voz allí, también estaba la de Sebastian.

Fui abriendo los ojos poco a poco, a medida que la conciencia regresaba lentamente. La conversación entre Sebastian y Daniel llegaba a mis oídos de forma confusa, casi como murmullos que, poco a poco, empezaron a cobrar sentido.

"Nuestro padre..."

"Hermano menor..."

De repente, lo que Daniel me había dicho en el hotel cobró sentido. Él dijo que pronto se convertiría en Daniel Turner. ¿Estaba, entonces, buscando una especie de venganza póstuma por el padre que nunca lo reconoció como hijo?

Bueno, si tuviera idea de que tanto Sebastian como yo compartíamos con él la experiencia de haber tenido figuras paternas problemáticas en nuestras vidas, no querría matarnos, sino sentarse con nosotros en una mesa de bar para emborracharse mientras hablábamos de nuestras pésimas experiencias en ese tema.

Ese pensamiento estúpido me dejó claro que el golpe en la cabeza probablemente había sido bastante fuerte. No estaba en mi sano juicio al esperar empatía, identificación o la posibilidad de compartir una mesa con aquel tipo con tendencias asesinas.

Mi visión, borrosa, fue aclarándose poco a poco, y logré ver a Sebastian a unos metros de distancia, con los brazos levantados en señal de rendición. De lado hacia mí, con el rostro dirigido hacia Sebastian, Daniel Reed mantenía el arma apuntando dentro del coche. Ambos estaban empapados por la lluvia, aunque todavía no caía con demasiada intensidad.

La conversación entre ellos continuó, con Daniel diciendo:

—Ese maldito nunca me reconoció legalmente.

—Todavía es posible hacerlo —propuso—. Basta con una prueba de ADN. Él está muerto, pero tú tendrías todos los derechos a su herencia como hijo.

—No quiero una herencia, Sebastian. Yo quería un padre.

—Lo siento. Pero, siendo sincero, eso ninguno de nosotros lo tuvo, incluso habiendo crecido en la misma casa que él.

Daniel bajó la cabeza y la sacudió, visiblemente perturbado por aquello. Fue en ese momento cuando Sebastian me miró. Vi la sorpresa y el alivio en sus ojos al notar que estaba despierta, pero enseguida volvió a dirigir la mirada hacia el otro hombre y disimuló su expresión, para que ese loco no se diera cuenta de que yo estaba consciente.

—Ya no me importa. Después de todo el abandono, no me voy a conformar solo con una parte de la herencia —volvió a decir Daniel.

Sin hacer movimientos bruscos, estiré el brazo y comencé a abrir lentamente la guantera, con la esperanza de que hubiera otra arma allí.

—Quiero la empresa Turner. La compañía que ese hijo de puta dejó estipulada en su testamento para su hijo mayor. Tenemos solo unos meses de diferencia de edad, Sebastian. Por eso voy a necesitar deshacerme de ti para, después del reconocimiento, ser yo quien asuma la empresa.

Meses de diferencia...

Aquello casi me hizo vomitar. Significaba que Trinity estaba embarazada mientras su marido se involucraba con otras mujeres. Él era incapaz de respetar incluso el embarazo de su esposa. Realmente era un hombre detestable.

Pensaba en eso al mismo tiempo que terminaba de abrir la guantera, muy despacio y haciendo el menor movimiento corporal posible. Luego metí la mano dentro, tocando cada

objeto y tratando de encontrar algo que pudiera usarse como arma. Sentí algo cilíndrico y lo tomé. No era un revólver, sino una linterna.

Una simple e inofensiva linterna.

Volví a mirar hacia fuera del coche, bajando la linterna hacia mis pies y probando el botón. Funcionaba, y además tenía una luz bastante potente. La apagué de inmediato.

Daniel se pasaba las manos por la cabeza, aturdido, y Sebastian volvió a mirarme. Aquel lugar completamente oscuro estaba iluminado solo por los faros del coche. Y eso me hizo empezar a tener ideas.

Si lograba darle a Sebastian alguna ventaja sobre ese hombre armado...

Cuando Daniel volvió a levantar el rostro, Sebastian se apresuró a mirarlo otra vez y a distraerlo con más preguntas:

—¿Así que es eso? ¿Pretendes matarme para quedarte con Turner? ¿Y vas a matar también a una mujer que no tiene absolutamente nada que ver con esto y que está embarazada?

—No quería hacer esto. Se suponía que solo estarías tú, aquella noche de Año Nuevo. Pensé que te irías solo de ese hotel, que todo parecería un simple accidente y nadie más se vería involucrado. Pero no funcionó, tuve que huir, y ahora siempre estás con esa mierda de seguridad detrás de ti. La única forma de llegar a ti fue a través de la chica.

—Y ya llegaste hasta mí. Entonces déjala fuera de esto.

—¿Para que salga corriendo a contarle a la policía? ¿Crees que soy un idiota?

Sebastian siguió argumentando, intentando negociar con ese hombre. Y cada vez que Daniel dejaba de mirarlo por un instante, él me miraba a mí. Aproveché uno de esos momentos y le mostré la linterna. Noté la confusión en su rostro. En otra mirada, señalé los faros del coche y luego a Daniel, y él pareció comprender cuál era mi plan. Tanto que negó levemente con la cabeza, seguramente temiendo que yo terminara herida con aquello.

Pero era nuestra única oportunidad. Daniel volvió a gritarle a Sebastian que entrara en el coche. Y si yo no hacía algo mientras él aún no se había dado cuenta de que estaba consciente, no tendría otra ocasión.

Entonces actué, después de intercambiar otra mirada con Sebastian y asentir. Apunté la linterna hacia Daniel, con el dedo listo sobre el botón para encenderla. Con la otra mano fui hacia el interruptor de los faros en el panel del coche y, mentalmente, reforcé que tenía que sincronizar ambas acciones lo mejor posible.

Respiré hondo y presioné los dos botones. Las luces del coche se apagaron, dejando todo a nuestro alrededor en una oscuridad absoluta, con excepción de un único punto: Daniel Reed, iluminado por el haz de la linterna.

Ya no podía ver a Sebastian. Sabía que no se había quedado en el mismo lugar, pero aun así no pude evitar el grito de pánico cuando Daniel, actuando por reflejo en medio de la tensión de aquella sorpresa, giró el brazo con el arma que me apuntaba hacia la dirección donde Sebastian estaba segundos antes y disparó cuatro veces.

Al escuchar mi grito, se giró hacia mí, dándose cuenta por fin de que era yo quien había apagado las luces y mantenía el haz de la linterna sobre él.

—Maldita perra... —maldijo, apuntándome con el revólver.

Cerré los ojos, aterrada, esperando el disparo, pero lo que oí fue un golpe seco, seguido de un grito del propio Daniel. Supuse que Sebastian se había abalanzado sobre él, sorprendiéndolo en medio de la oscuridad. Abrí los ojos, pero ya no lograba ver nada. Escuchaba sonidos de lo que parecía una lucha cuerpo a cuerpo, pero no conseguía dirigir la linterna hacia donde ocurría todo. Entonces intenté pasar al asiento de al lado.

Y me detuvo un dolor insoportable. Un dolor en el vientre.

Aun así, intenté al menos arrastrarme hacia el otro asiento. Cuando lo logré, todavía con un dolor intenso, dirigí el haz de la linterna hacia mi propio cuerpo. Mi vestido se había subido y una parte del short que llevaba debajo quedaba expuesta... La tela, que era de un amarillo claro, ahora estaba de un rojo intenso, empapada de sangre.

—No... —susurré, aterrada. Los peores pensamientos cruzaban mi mente.

Los sonidos de la lucha afuera continuaban, y logré inclinar el cuerpo hacia un lado, usando la linterna para iluminar lo que ocurría. Daniel estaba tendido de espaldas en el suelo y, sobre él, Sebastian descargaba una serie de golpes llenos de rabia sobre su rostro.

Intenté decir algo, pero el dolor me dejó sin voz. Una luz intensa llegó al lugar y giré el rostro hacia atrás, viendo otro coche acercarse. En un primer momento, me invadió el pánico al pensar que podía ser alguien que trabajaba con Daniel, pero enseguida sentí alivio cuando la puerta trasera del vehículo se abrió —incluso antes de que el coche se detuviera por completo — y Sylvie salió corriendo hacia mí.

—¡Lay! —gritaba, desesperada. Se detuvo en la puerta del coche, mirando con horror mi rostro lastimado por el golpe que había recibido—. Estás herida, Lay. Todo va a estar bien ahora, ¿sí?

Me abrazó y yo, todavía aturdida, vi cómo las otras puertas del coche se abrían. Logan y Michael salieron de allí, y el más joven corrió hacia Sebastian.

—¡Basta, hermano! —dijo—. Ya está inconsciente. Dejemos el resto en manos de la policía.

Sebastian estaba tan consumido por la ira que claramente no quería detenerse. Aun así, le dio un último golpe a Daniel —que aparentemente ya estaba inconsciente— y lo dejó con Michael, levantándose y viniendo hacia mí.

—¡Layla! —dijo, angustiado. Yo seguía abrazada a Sylvie, así que él pasó sus manos mojadas por la lluvia por mi rostro—. Ese desgraciado te hizo daño. Estabas inconsciente cuando llegué, tenemos que llevarte al hospital.

Estaba en pánico por mi rostro herido y por el hecho de que me había desmayado al golpearme la cabeza, pero ni siquiera imaginaba que, además de eso, corría el riesgo de...

—No puedo perder a nuestro hijo... —susurré, desesperada.

Sylvie se apartó, asustada, y entonces ella y Sebastian miraron hacia mis piernas, donde la sangre ya corría.

Vi el terror crecer aún más en los ojos de Sebastian. Logan, que estaba de pie cerca del coche, se agachó y pidió que Sylvie y Sebastian le dieran espacio.

—Tranquilízate, Layla —pidió—. Respira hondo y trata de no moverte. Ya viene una ambulancia en camino, ¿de acuerdo?

Asentí, aunque no lograba dejar de llorar. Logan tomó la linterna de mi mano y la usó para examinar mejor las heridas en mi cabeza, mientras me hacía algunas preguntas sobre lo que sentía. Yo respondía solo con sí o no, entre lágrimas. Luego tomó mi pulso y verificó mi presión arterial con ayuda del cronómetro de su propio teléfono.

—Intenta calmarte, Layla. La ambulancia ya viene en camino, ¿de acuerdo? —El énfasis con el que Logan me pedía que me calmara solo lograba ponerme más tensa, porque me hacía pensar que mi presión no estaba tan bien como debería.

Sebastian se agachó junto a su hermano, el médico, y tomó mi otra mano, mirándome a los ojos.

—Todo va a estar bien —me aseguró—. Tú vas a estar bien y nuestro hijo también. ¿Confías en mí?

Asentí con sinceridad. En ese momento, escuché el sonido de una sirena acercándose. Probablemente la ambulancia de la que hablaba Logan. Él se apartó para ir a hablar con los paramédicos. También vi a los policías pasar, dirigiéndose hacia donde estaba Daniel. Miré a Sylvie, que seguía de pie cerca del coche, llorando, empapada bajo la lluvia que ya caía con fuerza. Escuché los truenos y mi visión estaba borrosa entre los relámpagos que iluminaban el cielo.

Y no recordaba haber sentido tanto miedo en ningún otro momento de toda mi vida.

—Lay... —me llamó Sebastian, haciendo que volviera a mirarlo. Seguía sosteniendo mis manos—. Todo va a estar bien. Daniel Reed no va a intentar nada más contra nosotros. Nuestro

bebé estará bien. Pronto estaremos en casa con él. Y entonces, después de hoy, cada vez que llueva así, quiero que recuerdes este momento en el que te estoy asegurando que todo va a estar bien, ¿sí?

Asentí y, entre lágrimas, declaré:

—Te amo. Yo no... no debí haberme alejado tantos días.

—Te amo. Y todavía nos quedan muchos, muchísimos días... y años... y décadas para estar juntos.

Intenté sonreír, pero el dolor intenso me lo impidió. Escuché los pasos de los paramédicos acercándose, sus voces y el sonido de las sirenas... pero todo se volvió confuso e indistinto.

Entonces me di cuenta de que estaba perdiendo la conciencia otra vez.

*****

Capítulo cuarenta y tres



SEBASTIAN

El hospital ahora era otro, pero aún tenía esa misma atmósfera pesada del anterior... aquel donde había perdido a Bonnie y donde por poco no perdí a Layla. Donde pasé dos meses pidiendo que despertara, en el fondo con el miedo de que eso nunca ocurriera.

Ahora estábamos en un lugar donde, según Logan, tenía la mejor sala de emergencias obstétricas de la Costa Oeste. Layla fue llevada inconsciente, y mi hermano volvió a usar su influencia como médico para poder acompañarla. Sylvie se quedó conmigo en la sala de espera. Michael no vino con nosotros porque se ofreció a ir a la comisaría. Daniel Reed había sido trasladado, bajo custodia, a otro hospital, ya que probablemente le había dejado varios traumatismos mientras lo golpeaba.

En ese momento, lo único que deseaba era matarlo. Y sentía que sería capaz de ir a buscarlo incluso al infierno para terminar ese trabajo si algo más grave le pasaba a Layla o a nuestro hijo.

Después de un periodo angustiante de espera, Logan regresó con noticias.

—Va a tener que someterse a una cesárea de emergencia.

—Su embarazo todavía no ha llegado ni a las treinta y una semanas, Logan. He leído lo suficiente sobre el embarazo en estos últimos meses como para saber que el bebé aún no está listo para nacer.

—Las probabilidades de supervivencia son altas en esta etapa, Sebastian, aunque el bebé sea prematuro. Pero lo cierto es que no hay otra opción en este momento. Layla ya está siendo preparada para la cirugía.

—¿Está consciente? —Logan asintió, y eso me hizo soltar el aire con alivio—. Quiero estar con ella.

—Lo estarás. Ven conmigo.

Asentí y ya iba a seguirlo. Pero antes, me giré hacia Sylvie y traté de tranquilizarla, diciéndole que todo iba a estar bien. Ella me sorprendió con un abrazo.

—Cuídala bien, por favor —me pidió—. Debe estar nerviosa. Dile que todo va a estar bien.

—Voy a cuidarla.

Se separó, pasando el dorso de las manos por su rostro para secarse las lágrimas.

—No le digas a Lay que te abracé. Si no, va a pensar que de verdad me convencí de que eres un buen tipo.

—Tranquila. Seguiremos fingiendo que aún no estás convencida. —Intercambié una leve sonrisa con ella—. No sé si hoy podrá recibir visitas. Si quieres ir a casa...

—No —me interrumpió—. Me quedaré aquí. ¿Puedo?

Miré a Logan, que asintió antes de decir:

—Ya sé que Layla es una hermana muy preocupada, así que dile que estoy cuidando de Sylvie. Te acompañaré hasta el quirófano y luego volveré para quedarme con ella. Tendré que estar disponible, aunque no participe en la cirugía, pero Evelyn y Camila vienen para acá y la llevarán a comer algo.

—No hace falta todo eso —replicó la chica.

—Bienvenida a la familia Turner —declaró Logan—. Tenemos muchos defectos, pero las familias de las personas que amamos también se vuelven nuestra familia. Y siempre nos cuidamos entre todos.

Intercambié una sonrisa con mi hermano y nos abrazamos brevemente, antes de que me acompañara hasta el lugar donde me prepararía para entrar al quirófano.

Cuando entré, Layla ya estaba lista. Me miró, visiblemente aliviada al verme. Su rostro tenía un hematoma, probablemente causado por Daniel Reed, y eso volvió a llenarme de rabia por un instante. Pero enseguida intenté dejarlo de lado. Nuestro hijo estaba a punto de venir al mundo, y eso debía suceder en un ambiente de paz.

Me acerqué a ella y besé su frente por encima de la mascarilla que llevaba puesta.

—Tengo tanto miedo... —confesó ella.

Yo también estaba aterrado, pero intenté no transmitirle eso.

—Estás en manos de un excelente equipo, Lay. Y yo estoy aquí contigo.

La médica responsable del parto nos avisó que la cirugía iba a comenzar y me senté en una silla junto a la camilla, sosteniendo la mano de Layla. Ella estaba temblando y miraba todo el tiempo la cortina sobre su pecho, como si pudiera ver a través de ella.

Bajé el rostro cerca de su oído y le pregunté, en voz baja:

—Cuéntame algo que parezca tonto y banal.

Ella esbozó una leve sonrisa, y eso hizo que mi corazón se calmara.

—Odio los hospitales... —declaró ella.

—Tampoco es mi lugar favorito —respondí—. Ya lo sabía, así que cuéntame algo que no sepa.

Ella pensó por un segundo.

—Y siempre soñé con quedar embarazada y tener un bebé, pero... también quiero ser madre a través de la adopción.

—Eso también lo sé. Y tú sabes que lo sé, ¿verdad?

El motivo por el que ya lo sabía no era algo de lo que me sintiera orgulloso, ya que era una de las cosas que había leído en su diario. Aun así, estaba dispuesto a no decir más mentiras ni fingir sorpresa por cosas que ya conocía.

—Lo sé. Pero no sé qué piensas tú sobre eso.

—Lo que pienso... O mejor dicho, de lo que estoy seguro, es que quiero ser el padre de tus hijos, Lay. Entiendo tu miedo, porque el hombre que te adoptó nunca ha comprendido lo que realmente significa ser padre.

—No tengo ese miedo, Sebastian. Tú fuiste padre de nuestro bebé desde que supiste que existía, incluso antes de tener la confirmación de que fuera tuyo.

—Voy a amar muchísimo a cada uno de nuestros hijos, Lay.

Ella volvió a sonreír, y eso significó todo para mí. Solo esa conversación, sobre los hijos que aún llegaríamos a tener, ya era una señal de que había logrado perdonarme.

—Entonces cuéntame algo tú —pidió ella.

Aunque su perdón estaba claro ahí, yo sabía que debía dejar todo de la forma más transparente y sincera posible. Por eso le conté:

—Leí cinco pasajes de tu diario. Exactamente cinco. Y estoy siendo completamente sincero.

—Te creo. ¿Puedes decirme cuáles?

Teníamos algo de tiempo para eso. Entonces le conté, en voz baja, todo.

Le conté todo, desde el día en que su diario cayó abierto en una página donde vi mi nombre, donde ella escribió sobre cuando me encontró en el mismo hospital en el que su madre estaba recibiendo tratamiento. Hablé sobre cada uno de los pasajes que leí y, más que eso, sobre cómo me sentí en cada uno de ellos.

Cómo la forma en que ella describió lo que sentía en aquel Año Nuevo me resultó tan familiar, porque era exactamente la misma rabia que también llenaba mi pecho. Sobre mi fascinación al ver sus primeros dibujos allí. Sobre mi sorpresa al leer que Albert no la quería y, ya en ese momento, preguntarme cómo era posible que alguien no quisiera a Layla. Y que aún no había conocido, a través

del diario, toda la historia, y por eso mi curiosidad cuando le pregunté aquello era completamente genuina.

Y, por último, le hablé del último pasaje que leí, que era el texto junto al dibujo de la casa junto al mar.

—Solo podía pensar en cuánto merecías tener a alguien a tu lado para mirar las estrellas, Lay —completé.

Tenía lágrimas en los ojos. Su mano aún sostenía la mía con fuerza.

—¿Puedo contarte algo yo también? —preguntó ella.

Seguíamos hablando en voz baja, al mismo tiempo que revisábamos los monitores de sus signos vitales y del bebé, e intentábamos descifrar en las expresiones del equipo médico si todo parecía estar saliendo bien durante la cirugía.

—Claro. Así es como funciona, ¿no? Yo te cuento algo, tú me cuentas algo a cambio.

—Escribí más cosas sobre ti. Y confieso que me dio mucha vergüenza pensar que las habías leído.

Aquello era, de hecho, una sorpresa.

—¿Qué tipo de cosas escribiste sobre mí que te darían vergüenza si las leyera? —Acerqué más el rostro a su oído y susurré —. ¿Algo indebido, traviesa?

Ella rió suavemente.

—No. Tal vez mencioné que soñé contigo una vez, pero no describí el sueño.

—Me lo vas a describir después, ¿cierto?

—Tal vez. Pero la verdad es que, antes de aquella primera noche juntos... ya me fijaba en ti. Claro que todavía no te amaba, no estaba enamorada ni nada por el estilo. Pero ya existía una atracción y una curiosidad. Y de alguna manera ya me identificaba con algo en ti. De la misma forma en que tú leíste lo que escribí en la noche de Año Nuevo y viste que te sentías igual... yo miraba tus ojos y ya percibía que teníamos dolores parecidos.

Era increíble lo real que era todo eso. Layla y yo habíamos tenido vidas distintas, veníamos de realidades completamente opuestas y de situaciones diferentes. Pero compartíamos el sentimiento de ausencia paterna, además de que ambos habíamos tomado decisiones profesionales intentando agradar a esos mismos padres que no se preocupaban por nuestras verdaderas necesidades. Los dos compartíamos el instinto de querer proteger y cuidar a nuestros hermanos menores. Y, por último, conocíamos el dolor del duelo.

Iba a responder algo, pero en ese momento notamos un mayor movimiento entre el equipo médico. Quise acercarme más, pero permanecí al lado de Layla, sosteniendo su mano, intentando calmarla, aunque yo también me sentía tenso. Hasta que, instantes después, escuchamos el sonido que más esperábamos.

El llanto de nuestro bebé.

Nuestro pequeño llegó al mundo. Aún tan pequeño, pero aun así ya perfecto. El llanto de Layla se intensificó cuando el médico lo levantó para mostrárselo, y yo también estaba completamente abrumado por la emoción. La médica nos explicaba todo, pero yo no podía apartar la mirada de nuestro hijo mientras recibía los primeros cuidados. Solo logré prestar atención a la información más importante. Era muy pequeño, pesaba un poco menos de dos kilos y, por eso, tendría que permanecer algunos días en el hospital, pero solo para ganar peso. Todo estaba aparentemente bien con él. Era sano y muy fuerte para un cuerpecito tan pequeño y frágil.

Y Layla también estaba bien.

No pude contener las lágrimas cuando corté el cordón umbilical. Sentí angustia al verlo con un aparato que lo ayudaba a respirar, pero la médica nos aseguró que sería solo un soporte.

Ya tenía que ser llevado a una incubadora, pero antes pudo ir a los brazos de Layla por unos minutos. Y su llanto suave se calmó en cuanto lo colocaron sobre el pecho de su madre.

—Dios mío... Sebastian, nuestro bebé es tan perfecto.

—Lo es —respondí, volviendo a sentarme a su lado y besando su frente, sin poder dejar de mirar a nuestro hijo.

—Hola, mi amor... —dijo Layla en voz baja—. ¿Sabes que eres muy amado? Mamá y papá te esperaron tanto. Incluso habiendo llegado de sorpresa. Tan de sorpresa que ni siquiera decidimos tu nombre.

—Y llegaste en una noche muy lluviosa, hijo. —Layla me miró y yo le sonreí—. Está cayendo un diluvio allá afuera. Creo que es una de las lluvias más fuertes que han caído en la ciudad en los últimos años.

—El momento más especial de mi vida está ocurriendo en medio de una tormenta.

—Sí. Eso resignifica todo, ¿no?

Ella asintió y levantó el rostro para que intercambiáramos un beso breve, antes de que ambos volviéramos la mirada hacia el bebé. Entonces volví a hablar:

—Tuve mucho tiempo para intentar distraer la mente en estos días en que estuviste lejos. Y estuve investigando el significado de

algunos de los nombres que consideramos para él.

Ella me miró, curiosa.

—¿En serio? ¿Y cuál significado te pareció más bonito?

—El día de la ecografía mencionamos "Nathan". Viene del hebreo. Y significa "regalo", "don" o "dádiva".

—Nathan... —repitió.

—También investigué otros nombres que consideramos, como...

—No —me interrumpió—. Nathan... es perfecto. Porque él es nuestro regalo. Es una dádiva en nuestras vidas.

Le di otro beso en la frente y luego hice lo mismo en la cabecita de nuestro hijo.

Nuestro Nathan...

Nuestro pequeño regalo.

La mayor dádiva de nuestras vidas.

*****

Capítulo cuarenta y cuatro



SEBASTIAN

Agosto del año siguiente...

Abrí la puerta trasera del auto y saqué con cuidado a nuestro pequeño Nathan de su sillita de seguridad. Había cumplido un año hacía pocas semanas y cada día estaba más grande y más despierto. Después de nacer, tuvo que pasar algunos días en el hospital, pero pronto recibió el alta. Desde entonces, todo en nuestra vida fluía increíblemente bien.

Layla volvió a la universidad en el siguiente año académico, apenas unos días después de que Sylvie —quien había pasado los últimos meses de su secundaria viviendo con nosotros— se mudara a Nueva York para comenzar la carrera de sus sueños.

Y toda la vida de mi familia volvió a la normalidad. Logan y Evelyn regresaron con las gemelas a su casa en Nueva York, y Camila pudo volver a Turner, ya que ahora ya no había riesgos en dejar a las niñas en una guardería.

Daniel Reed (o Turner, poco me importaba. No era la sangre ni un apellido lo que hacía a alguien parte de nuestra familia, eso lo habíamos aprendido hacía mucho tiempo) aún pasó mucho tiempo

en el hospital, hasta que recibió el alta y de allí fue directo a la cárcel, donde esperaba que permaneciera por mucho tiempo, de preferencia, el resto de su vida.

Ahora iniciábamos una nueva etapa, que comenzaría con la sorpresa que había preparado para Layla, con una pequeña ayuda de toda la familia.

De esa familia nuestra que no dejaba de crecer.

Después de tomar a Nathan en brazos y sacarlo del auto, abrí la puerta delantera del vehículo, donde Layla estaba sentada con los ojos vendados.

—¿Puedo mirar ahora? —repitió la pregunta que había hecho durante todo el trayecto hasta allí.

—En breve podrás. —Tomé una de sus manos con la mía, mientras sostenía a nuestro hijo con la otra—. Ven conmigo. Ten cuidado de no golpearte la cabeza con la puerta ni tropezar con la acera.

—Sebastian Turner, ¿a dónde me estás llevando?

—Ya lo verás, Layla Turner.

Sí, Turner. Oficialmente. Nos habíamos casado por civil apenas tres meses después de que Nathan naciera. No necesitábamos postergarlo más. Hicimos solo una cena con nuestra familia y dejamos nuestro viaje de luna de miel para después de que Layla terminara la universidad —lo cual sería el próximo año— y Nathan estuviera un poco más grande.

Sin embargo, lo que Layla no sabía era que ese día tendríamos otra fecha especial, con la presencia de las personas más queridas para nosotros.

La guié por la acera hasta la entrada de uno de los museos más reconocidos de Los Ángeles. En ese momento, el lugar reunía a unas treinta personas, entre familiares y algunos amigos. Y todos guardaron silencio en cuanto entramos. Los niños de la familia —Alice, Aurora, Anna y Eric— se cubrieron la boca con ambas manos, demostrando que estaban completamente comprometidos con el plan de sorprender a la tía Layla.

Sylvie se acercó para ayudarme, tomando a Nathan en sus brazos para que yo, con las manos libres, pudiera empezar a desatar la venda de los ojos de Layla.

—¿Estás lista, amor? —pregunté.

—"Ansiosa" sería la palabra correcta. Quiero saber qué has estado tramando y a dónde me trajiste.

—En mi defensa, no hice todo esto solo, y pronto lo entenderás.

Cuando le quité la venda de los ojos, Layla dejó de sonreír, y su rostro adoptó una expresión de sorpresa cuando todos gritaron al mismo tiempo:

—¡Sorpresa!

Se llevó las manos a la boca, mientras sus ojos recorrían a cada una de las personas presentes. Parecía que iba a decir algo, pero entonces miró hacia las paredes y vio el motivo por el que todos estaban allí.

Sus dibujos estaban distribuidos por todo el espacio de la galería, enmarcados y exhibidos en las paredes.

Llevábamos meses hablando de eso. Ella misma había seleccionado los dibujos que más amaba —muchos de ellos hechos

en el último año, cuando Nathan trajo aún más inspiración a nuestras vidas— y los había colocado en una carpeta. El plan era, en algún momento, concertar reuniones con productores de exposiciones para que pudiera presentar su arte.

Pero Layla todavía se sentía insegura con eso, por lo que siempre terminaba postergando esa tarea. Tenía miedo de que ningún productor considerara que sus dibujos eran lo suficientemente buenos como para ser expuestos.

Entonces lo hice por ella. Y no fue solo un productor el que se interesó, sino varios. Elegí al más reconocido de todos. Él tenía buenas opciones de espacios para realizar la exposición, pero yo quería que ese fuera el debut perfecto para Layla, así que aporté un fuerte patrocinio para que el evento se llevara a cabo en una de las galerías de ese museo, que era uno de los más grandes de Los Ángeles.

—Dios mío, pero... ¿qué es…? —Layla comenzó a decir, confundida.

El productor se acercó y se presentó. Y vi cómo los ojos de Layla se abrían aún más al reconocer su nombre. Evidentemente, ya lo conocía y lo admiraba. Conversaron brevemente (en realidad, Layla estaba tan sorprendida que apenas lograba hablar), él elogió mucho su trabajo y le explicó que aquella primera muestra era solo para que pudieran conocerse y que, si ella aceptaba firmar un contrato, la exposición permanecería allí durante un período de dos meses y, si lo deseaba, tenía planes de llevarla a otras ciudades.

—Yo... Claro... Quiero... Yo... Sería un honor... —balbuceó, intentando responder.

Satisfecho, el hombre se apartó para buscar el contrato y, en ese momento, las demás personas presentes se acercaron para felicitarla. Los niños fueron los primeros, ya que corrieron

entusiasmados hacia su tía. Las tres niñas hicieron dibujos en tarjetas que le entregaron. Eric aún era muy pequeño para eso, pero le dio un fuerte abrazo, como si comprendiera lo importante y especial que era ese momento.

Después llegó Sylvie, con Nathan en brazos. Estaba acompañada por su novia, Louise. Ambas seguían estudiando juntas, pero ahora en la misma universidad.

—¡Qué increíble, Lay! ¡Mira lo elegante que es todo esto! —dijo Sylvie.

Layla aún parecía un poco confundida.

—¿Qué haces aquí, Syl? ¿No deberías estar en la universidad?

—No pasa nada por faltar unos días para apoyar a mi hermana, que pronto será una artista famosa, ¿no? Además, vine con Logan y Evelyn. ¿Sabías que la familia Turner tiene un avión privado? —La última pregunta la hizo en un susurro, como si compartiera un secreto. Aun así, pude oírla, estando justo al lado de Layla.

Nathan señaló una mesa de dulces y Sylvie se dirigió hacia allí con él, acompañada por su novia. Entonces fue el turno de mis hermanos y mis cuñadas de acercarse a felicitar a Layla. Después vino mi madre, que, tras besarla en la mejilla, también se acercó a saludarme.

—¿Por qué Mark no vino? —le pregunté, extrañado por la ausencia de su pareja.

—Shhh, habla bajo, hijo —pidió. Luego señaló a un hombre que estaba distraído observando los dibujos expuestos—. Aquel es Patrick. Enseguida lo traigo para presentártelo.

—¿Quién es Patrick, mamá? —Apenas hice la pregunta, supe que era innecesaria. Ya imaginaba la respuesta.

—Mi nuevo novio. Las cosas no funcionaron con Mark, ¿sabes? Era demasiado celoso, y no tengo ni la paciencia ni la edad para eso. No es que yo sea mucho mayor que él, claro.

No me atrevería a criticarla por eso. Sabía que mi madre era feliz de esa manera, sin atarse a nadie. Sobre todo porque ahora se dedicaba por completo a la carrera que amaba y que había sido prácticamente obligada a abandonar durante tantos años.

Mientras Layla conversaba con Evelyn y Camila, vi a Janet y llamé a mis hermanos para que fuéramos hacia ella. Mi esposa no sería la única sorprendida ese día.

—¡Qué bueno que viniste, Janet! —dije, en cuanto llegamos hasta ella, que estaba acompañada por su marido.

Los tres le dimos la mano a él y Michael tuvo el descaro de colocarse del otro lado de Janet y pasar uno de sus brazos por encima de sus hombros.

—De verdad estamos muy felices de que hayas venido, Janet —dijo él—. Confieso que a veces temo que bloquees todos nuestros contactos en tu celular.

—Ganas no me faltan —replicó ella—. Y ustedes también saben que ya no podrán pedirme ayuda cuando estén metidos en problemas. Estos son mis últimos días en la abogacía, me estoy retirando el mes que viene.

—Lo sabemos —dije—. Y justamente por eso decidimos darte un regalo de Navidad adelantado.

Logan sacó un sobre del bolsillo de su saco y se lo entregó. Cuando ella lo abrió, una enorme sonrisa apareció en sus labios.

—¿Un viaje a las Maldivas?

—Lo prometí, ¿no? —respondí—. Que nos encargaríamos de regalarte a ti y a tu marido un viaje.

—Y a un lugar bien lejos de ustedes. ¡Dios, esto es perfecto!

Aún abrazándola, Michael fingió estar dolido.

—Vaya, Janet... Así hieres nuestros sentimientos. Te dimos mucho trabajo, pero también muchas alegrías, ¿no?

—No puedo negar que voy a extrañarlos —confesó ella—. Pero espero que no se metan en problemas después de mi retiro, ¿eh? Ahora son tres padres de familia. ¡Sean responsables!

—Sin duda lo seremos. —Logan levantó una de sus manos como si estuviera haciendo un juramento.

Todos reímos y seguimos conversando. Janet contó sus innumerables planes para sus más que merecidas vacaciones de retiro.

Mientras hablaba con ellos, observaba a Layla. En un momento, Sylvie le entregó a Nathan, que ya tenía sueño. Esperé hasta que se quedó sola y me acerqué.

—Todavía no puedo creer que hicieras todo esto por mí —dijo.

Le di un beso corto.

—Solo fui el puente. Tú tienes el talento.

—Gracias por creer en mí, incluso cuando yo no puedo.

—Solo tengo un miedo ahora.

—¿Cuál?

—Perder a mi mejor arquitecta.

—Puedo hacer ambas cosas.

—Y yo te apoyaré siempre.

—Sebastian Turner, ¿ya te dije que eres el hombre de mi vida?

—Nunca está de más escucharlo.

—Entonces, eres el hombre de mi vida.

La besé nuevamente y luego besé la cabeza de Nathan.

—Y tú fuiste mi razón para volver a vivir. Ustedes dos.

Ella sonrió.

Una de esas sonrisas que iluminaban todo.

Y que siempre llenaban mi alma y mi corazón de amor.

*****

Epílogo 1



LAYLA

Tres años después

El teléfono había sonado.

Hacía casi un año que esperábamos esa llamada, y por fin había ocurrido. Sebastian y yo estábamos todavía en casa, por la mañana, preparándonos para salir. Íbamos a llevar a Nathan a la escuela y después seguiríamos hacia la Turner. Era viernes y además teníamos planes para esa noche: una importante premiación de cine en la que Trinity estaba nominada a mejor actriz por la última película que había hecho.

Sabíamos que sería un buen día. Sebastian y yo nos despertamos un poco más temprano de lo habitual y aprovechamos el tiempo libre para hacer el amor en la ducha, mientras nos bañábamos. Luego nos arreglamos, despertamos a nuestro hijo y yo fui a prepararlo para la escuela mientras Sebastian se encargaba del desayuno.

Servimos la comida en el platito de Ollie, una perrita mestiza que habíamos adoptado el año anterior y que era la mejor amiga de Nathan. Mientras ella comía, nos sentamos a la

mesa en el mismo ambiente y desayunamos juntos, cuando finalmente llegó la llamada que tanto esperábamos.

Entonces, todo cambió por completo. Sebastian llamó a la compañía Turner para cancelar todos nuestros compromisos y le pidió a Michael que se encargara de lo que no podía posponerse. Yo llamé a la escuela de Nathan para avisar que ese día no podría asistir. Después de eso, empezamos a recorrer la casa buscando las llaves de los autos —tanto el mío como el de Sebastian— porque ambas habían decidido desaparecer justo en ese momento. También tuvimos que buscar algunos documentos que, aunque llevaban meses apartados, tardamos unos minutos en recordar exactamente dónde los habíamos dejado.

Hicimos todo eso de forma desordenada, como si en ese momento yo fuera una mujer embarazada con la bolsa rota y tuviéramos que correr al hospital para que nuestro segundo hijo naciera.

No era eso lo que estaba pasando. Pero era algo parecido.

Porque estábamos, justamente, a punto de convertirnos nuevamente en padres.

Por fin encontré la llave de mi auto y salimos. Colocamos a Nathan en su sillita en el asiento trasero y le pedí a Sebastian que condujera. Estaba demasiado nerviosa para hacerlo.

—¿Y si somos un completo desastre? —pregunté durante el camino—. ¿Y si se dan cuenta de que hubo un error? ¿Si nos miran y piensan: no, ellos no son aptos para esto?

—Layla...

—¿Sí?

—Respira.

Hice lo que me pidió, comenzando a respirar profundamente. Él sonrió. Aunque también estaba tenso, se veía mucho más tranquilo que yo.

—Ya somos padres, ¿lo olvidaste? Tenemos un hijo de cuatro años que es muy inteligente, saludable, y... Oye, campeón.

Nathan estaba distraído en el asiento trasero, mirando por la ventana como siempre hacía durante los viajes en auto, pero miró hacia adelante cuando lo llamaron.

—¿Qué pasa, papá?

—Dile a tu mamá: ¿eres feliz?

Por el espejo retrovisor, lo vi fruncir el ceño, como si aquella fuera una pregunta muy extraña. Y lo era.

Nathan era un niño hermoso. La piel oscura como la mía, el cabello castaño y rizado como el mío, pero con la forma de los ojos y los rasgos de su padre.

—¿Por qué mamá cree que no soy feliz?

—No tengo idea, hijo —respondió Sebastian, haciéndome reír.

—Soy muy feliz, mamá —contestó finalmente Nathan—. Excepto cuando no quieren pedir pizza para la cena.

Esta vez, Sebastian rió conmigo. El amor por la pizza era otra cosa que nuestro pequeño había heredado de mí.

—Tal vez pidamos pizza hoy —dijo Sebastian—. Porque tendremos motivos para celebrar. Sabes lo que va a pasar hoy, ¿verdad, Nathan?

Él asintió con entusiasmo, y mi corazón se llenó de amor.

Finalmente llegamos a nuestro destino. Era un hogar para niños.

Yo conocía muy bien la realidad de lugares como ese. Sabía que la mayoría de los que estaban allí no lo estaban de forma permanente. Muchos habían sido separados de sus padres por distintas razones, pero aún tenían la esperanza de regresar con sus familias biológicas. Otros, una minoría, ya no tenían esa posibilidad, o habían sido abandonados o eran huérfanos.

Aún no sabía en cuál de esas tres últimas categorías estaba la niña que nos esperaba, pero no hacía ninguna diferencia para mí. Ahora tendría una familia de verdad.

Apenas llegamos, nos guiaron hasta una oficina. Y, en cuanto entramos, Sebastian y yo nos detuvimos apenas un paso después de cruzar la puerta, cuando la vimos.

Una pequeña. Tenía cuatro años —la misma edad de Nathan—, según nos habían dicho por teléfono. Piel color oliva, cabello ondulado castaño oscuro, del mismo tono que sus ojos, que nos observaban con curiosidad. Estaba sentada en un sofá en un rincón de la sala y llevaba un vestidito amarillo, con vuelo.

Y era una cosita hermosa y perfecta.

La directora del hogar se había acercado a la puerta para recibirnos, pero apenas la miramos ni escuchamos lo que decía,

porque tanto Sebastian como yo, tomados de la mano, no podíamos dejar de mirar a esa niña.

Ya sabíamos cómo debía funcionar todo. Teníamos que ir despacio, dejar que la directora nos presentara ante ella —al principio como los "tíos" que la llevarían a pasar unos días a su casa—. Habría un período de adaptación, y también sabíamos que no era raro que algunos niños fueran devueltos incluso antes de que ese plazo terminara.

Y eso, definitivamente, no era una opción para nosotros.

Mientras la directora nos decía algo, Nathan se adelantó, soltó la mano de Sebastian y corrió hacia la niña, sentándose a su lado.

—Hola. ¿Quieres ser mi hermana? —preguntó de inmediato, con total naturalidad, sorprendiéndonos.

Él sabía el motivo de la visita, pero le habíamos explicado que primero llevaríamos a la niña a casa para que pudiera conocernos mejor. Sin embargo, nuestro hijo no tenía ese filtro ni esa paciencia. Porque los niños son así: directos y sinceros.

Y la pequeña también lo fue, al sonreír y asentir con la cabeza. Luego, los dos se abrazaron de una forma tan fraternal y dulce que sentí como si el corazón fuera a estallar en mi pecho.

Después de todo, yo tenía una hermana adoptiva y conocía muy bien la fuerza y la sinceridad de ese amor.

Así como también había tenido una madre adoptiva. Por eso podía entender la intensidad de ese sentimiento que ya comenzaba a crecer dentro de mí con solo mirar a esa niña.

—Bueno, parece que ellos ya adelantaron las cosas —dijo la directora, en tono de broma—. Tendrán que firmar algunos documentos y puedo contarles un poco sobre su historia.

—No es necesario —respondió Sebastian de inmediato—. Me refiero a la historia. Solo queremos saber su nombre.

—Bien, saben que, si deciden adoptarla oficialmente, podrán cambiar su nombre. Pero sus padres biológicos la registraron como Daisy.

Eso solo podía ser una extraña jugada del destino.

Tenía el mismo nombre que yo.

Sentí la mano de Sebastian apretar la mía con más fuerza y lo miré cuando habló.

—Creo que es un nombre hermoso. ¿Y tú, Lay?

—Me parece perfecto —respondí.

Y, ese día, se escribió un nuevo capítulo en nuestra vida.

El día en que también nos convertimos en padres de Daisy.

Horas después, esa misma noche, Sebastian y yo estábamos sentados uno al lado del otro sobre la arena de la playa frente a nuestra casa, observando cómo nuestros dos hijos jugaban juntos con Ollie.

Como en el dibujo que una vez hice.

No. En realidad, era mucho más hermoso que ese dibujo. Porque ya no era un sueño.

Ahora era real.

Daisy y Nathan serían siempre las obras de arte más perfectas que Sebastian y yo creamos juntos.

*****

Epílogo 2



ANNA

Once años después…

24 de diciembre

El auto se detuvo frente a la casa de mi abuela, donde todos los años celebrábamos la Navidad en familia. Sabía que la presencia de todos era prácticamente obligatoria para la cena, pero aún era un poco temprano. Por eso había aprovechado para pasar el día con mis amigos de Los Ángeles.

—¿Cuándo regresas a Nueva York? —preguntó Harper, mi amiga que me había llevado hasta allí. Sus padres vivían en el mismo condominio que mi abuela, y así nos habíamos conocido cuando éramos niñas.

—Creo que me quedaré por aquí hasta después de Año Nuevo. Sabes que mi abuela no renuncia a su gran fiesta de Nochevieja.

—Podrías quedarte más tiempo esta vez, ¿no?

—No puedo. Tengo que ir a la universidad.

—Puedes faltar unos días, doctora Anna. ¿Qué diferencia va a hacer?

Puse los ojos en blanco. Harper era un poco irresponsable. Bueno, no es que yo fuera precisamente un ejemplo de chica perfecta. Pero cuando me proponía algo, era terca y perseverante. Y graduarme en Medicina era un objetivo que tenía desde hacía años.

—En unos meses empezaré como médica interna —comenté—. Así que no puedo darme el lujo de repetir materias ni hacer nada que retrase eso aún más.

—No estás atrasada, Anna. Fue tu hermana la que se adelantó.

Claro, porque Rory era la joven genio de la familia. Pero eso no me molestaba en absoluto; siempre lo decía en tono de broma. Mi hermana gemela era mi mejor amiga, después de todo. Aunque fuéramos prácticamente opuestas en personalidad. Ella era dulce, amable, cariñosa y muy inteligente.

Yo, en cambio, era más bien como un huracán caótico.

Me despedí de Harper, bajé del auto y entré en la casa. Traté de hacerlo con discreción, observando a mis familiares repartidos por la amplia sala de estar. Mis padres y mis tíos conversaban en un gran círculo, todos riendo y disfrutando de alguna historia del pasado que mi tío Michael contaba de forma exagerada, acompañado por los comentarios siempre mordaces de la tía Camila.

En uno de los sofás estaban los tres adolescentes de la familia: mis primos Eric, Nathan y Daisy, comiendo algo que seguramente habían robado de la mesa antes de la cena. También estaba con ellos la nueva novia de Eric, aunque yo no

sabía su nombre. Y cómo iba a saberlo, si mi primo, con sus casi diecisiete años, parecía cambiar de novia cada semana.

Intenté pasar desapercibida, pero mi abuela me descubrió. Se acercó por detrás, tocó mi hombro y me hizo sobresaltarme.

—Pensé que no vendrías, Anna. ¿Dónde estabas hasta ahora?

—Ay, qué susto, abuela. Salí con Harper y mis amigos de Los Ángeles. Pero llegué a tiempo para la cena, como prometí.

—Bueno, eso es lo que importa. Al menos llegaste antes que Robert. Ya son casi las once y aún no aparece.

Robert era el nuevo novio de la abuela. Un hombre de unos cincuenta y tantos, lo cual ya era bastante mayor para sus estándares. Era agradable, pero, al igual que las novias de Eric, nunca teníamos tiempo suficiente para acostumbrarnos a las parejas de la abuela Trinity antes de que se cansara de ellas y encontrara otra.

—Debe estar en camino, abuela. El tráfico está un poco complicado hoy. Creo que mucha gente decidió salir en plena víspera de Navidad para comprar regalos de última hora o algo así.

—Típico, todos los años es lo mismo. En fin, querida, luego tengo algo importante que hablar contigo. Para adelantarte, sabes que el próximo año cumpliré cincuenta y siete, ¿verdad?

—Claro... Lo sé, abuela... —En realidad, el próximo año cumpliría setenta y siete. Pero eso era algo que nadie en la familia se atrevería a admitir.

De cualquier manera, no haría ninguna diferencia. Si no supiéramos la edad de Trinity Turner, sería muy fácil creer que en realidad tenía unos veinte años menos. Yo esperaba que su belleza y su salud fueran factores genéticos, porque llegar cerca de los ochenta como ella era un verdadero sueño para cualquiera.

—Creo que es una marca especial, ¿no? —continuó—. Estoy planeando hacer una semana entera de eventos.

—Yo te ayudo con la planificación, abuela.

—Ah, querida... ¿de verdad me ayudarás?

—Claro. Y sé que Rory y Alice también se van a entusiasmar mucho en ayudar.

—Ah, ustedes son tan adorables. Está bien, entonces mañana hablaremos de eso. Voy a llamar ahora a Robert para ver si acaso se perdió en el camino.

Me dio un beso en la mejilla antes de alejarse, y yo seguí hacia el balcón de la sala, donde sabía que encontraría a mi hermana y a mi prima Alice.

Ellas estaban sentadas en las cómodas sillas del balcón, y había una libre en medio de ellas, que fue donde me senté. Estaban bebiendo algo, muy probablemente sin alcohol. Bueno, Alice todavía tenía dieciocho años, así que no tenía la edad legal para beber.

Aurora, al igual que yo, ya tenía veintidós, pero era demasiado correcta como para beber.

Aurora y yo éramos gemelas idénticas, pero, a esa altura de la vida, era bastante difícil que alguien nos confundiera. Ella

tenía el cabello castaño, muy largo y ondulado, con un flequillo recto cayendo sobre la frente, mientras que yo llevaba el mío por encima de los hombros, en un estilo más desenfadado, igual que mi ropa. En ese momento, yo llevaba unos jeans desgastados, un top azul oscuro y zapatillas. En cambio, mi hermana prefería vestidos más delicados y zapatos o sandalias con un estilo más de muñeca.

—Entonces, ¿cuál es el tema? —pregunté en cuanto llegué. Como siempre, miraba a Aurora cuando hablaba, para que pudiera leer mis labios.

Fue mi prima Alice quien respondió:

—Rory estaba hablando mal del supervisor de su internado.

Puse los ojos en blanco.

—Y con razón. Logró la hazaña de quedar en el equipo médico del peor profesor posible. Le advertí que era un tirano, pero pensó que exageraba.

Mi hermana respondió usando señas. Aunque podía hablar, se sentía mucho más cómoda usando lenguaje de señas, y era así como solía comunicarse cuando estábamos en familia.

"Creo que me dejé llevar por su carita bonita. Nadie diría que un hombre tan atractivo puede ser tan cruel con sus alumnos".

Volví a poner los ojos en blanco.

—No fue por falta de advertencias. Todos los que hicieron sus prácticas con él dicen que es insoportable. De verdad espero que, cuando me toque a mí, me asignen al equipo de otro médico.

Alice comentó:

—Pero el tío Logan es el director del hospital. ¿Qué médico loco se atrevería a reprobarlas o a hacerles la vida imposible?

—Nosotras no le contamos a nadie que somos sus hijas —respondí. Me incliné sobre la mesita frente a las sillas, tomando un trozo de queso de la bandeja que había allí. Mastiqué rápido antes de seguir hablando—. Para Rory es más difícil, porque hay un ala del hospital que lleva su nombre. Pero yo puedo pasar más desapercibida. "Turner" no es precisamente un apellido poco común.

—Qué bueno saberlo —respondió Alice—. Así no corro el riesgo de soltarlo sin querer cuando llegue a la universidad.

Se echó el cabello rubio hacia atrás con un gesto teatral y divertido. Alice estaba radiante, ya que el próximo año también iría a la Universidad de Nueva York. No iba a estudiar Medicina, y probablemente cursaría en otro edificio distinto al nuestro, pero conviviríamos mucho, porque iba a vivir con nosotras. Aurora y yo compartíamos un apartamento de tres habitaciones muy cerca de la universidad, y pronto nuestra primita también sería nuestra compañera de piso.

—Ve preparándote, Alice —bromeé—. La universidad es una jungla.

Aurora se rió y negó con la cabeza, como si pensara que mi comentario era exagerado.

—¡Ya no veo la hora! —respondió Alice, entusiasmada.

Sin duda, ella era la más emocionada de las tres. Alice parecía un pequeño punto de luz, siempre saltando de alegría. Siempre alegre y optimista.

Miré por un momento a las dos. Mi hermana y mi prima. Y mis mejores amigas. Éramos tan diferentes entre nosotras. Sin embargo, las amaba tanto que sería capaz de matar o morir por ellas.

El tío Sebastian llegó al balcón en ese momento. Siempre atento, probablemente había notado cuándo llegué, porque trajo un vaso para mí, además de una botella de refresco, con la que me sirvió y rellenó los vasos de Alice y Aurora.

—¡Vamos, tío! —protesté—. Podrías traer algo más fuerte que Coca-Cola para mí, ¿no?

—¿Para que tu padre me corte el cuello, Anna? Ni lo sueñes.

—Eres el hermano mayor, ¡tienes que imponerte! —bromeé—. Yo nací solo doce minutos antes que Rory, y ella me respeta.

—Ni en sueños... —respondió Aurora, con su voz marcada por un leve acento debido a que no oía.

—¡Pues deberías! —repliqué.

Nuestro tío solo se rió y, después de servirnos y avisar que la cena se serviría en cuarenta minutos, volvió a entrar en la casa.

Entusiasmada, Alice levantó su vaso y propuso un brindis:

—Por el año que viene y por todas las aventuras que vamos a vivir juntas en Nueva York.

—Por tu iniciación en la selva que es la universidad —añadí.

Y Aurora también habló, ya que tenía una de las manos ocupada con el vaso y, por eso, no podía usar señas con facilidad:

—Y por la tuya, Anna, en la selva que es el internado.

—Y por la tuya, Rory —repliqué—. En la selva aún más grande que, probablemente, será la residencia.

—No importa qué selvas tengamos que enfrentar —respondió Alice—. Brindemos por nuestra familia, por nuestra amistad y por todo lo que aún vamos a vivir.

Chocamos los bordes de nuestros vasos.

Y deseando, de verdad, que el próximo año trajera buenas sorpresas para nuestras vidas.

Continúa en...

ATADOS POR UN ACUERDO



Este es el **tercer** y último libro de la serie **LOS HERMANOS TURNER**

Los libros son independientes y cada uno cuenta la historia de una pareja diferente, con un principio, un desarrollo y un desenlace**.** Sin embargo, si prefieres leerlos en orden, el primer libro, * **Desperté comprometida con mi jefe** * , cuenta la historia de **Michael y Camila.** Y el segundo libro, ***Desperté madre de las gemelas del médico*** , cuenta la historia de **Logan y Evelyn.** Puedes encontrar los libros en Amazon en este enlace: https://www.amazon.com.br/gp/product/B0C6N2HBWL

La trilogía ATADOS POR UN ACUERDO contará las historias de las tres primeras herederas de los hermanos Turner, con un

libro centrado en el romance de cada una: Anna Turner, Alice Turner y Aurora Turner.

El primer libro de Anna pronto estará disponible en Amazon.

Suscríbete al boletín informativo del autor para estar al día de los nuevos lanzamientos, noticias y contenido exclusivo.

https://substack.com/@authorlucianerangel

Sigue al autor en las redes sociales:

Sigue a la autora en redes sociales para estar al día de novedades, contenido extra y próximos lanzamientos:

INSTAGRAM: @authorlucianerangel

FACEBOOK: @lucianerangelbooks

TIKTOK: @lucianerangelbooks

NEWSLETTLER:
https://substack.com/@authorlucianerangel

PÁGINA DE AUTORA EN AMAZON:
https://www.amazon.es/stores/author/B00J2K4DJI

https://www.amazon.com.mx/stores/Luciane-Rangel/author/B00J2K4DJI

https://www.amazon.com/stores/author/B00J2K4DJI

Acerca de la autora

Luciane Rangel es una autora bestseller en Amazon Brasil, con más de 230 millones de páginas leídas, y varios de sus lanzamientos se encuentran entre los 10 más vendidos de la plataforma.

Nacida y criada en Río de Janeiro, publicó su primer libro en 2010 y, desde entonces, ha conquistado a los lectores con su narrativa entretenida y emotiva, con personajes profundamente humanos e historias de amor llenas de todos los clichés que nos gustan.

Cuando no está escribiendo, a Luciane le encanta coleccionar artículos de papelería, decorar su casa para Navidad (sin importar la época del año) y pasar tiempo tranquilo con sus queridas mascotas, preferiblemente con un buen libro.



Puedes conocerla mejor a través de sus redes sociales:

INSTAGRAM: @authorlucianerangel

FACEBOOK: @lucianerangelbooks

TIKTOK: @lucianerangelbooks

NEWSLETTLER:
https://substack.com/@authorlucianerangel